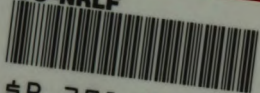
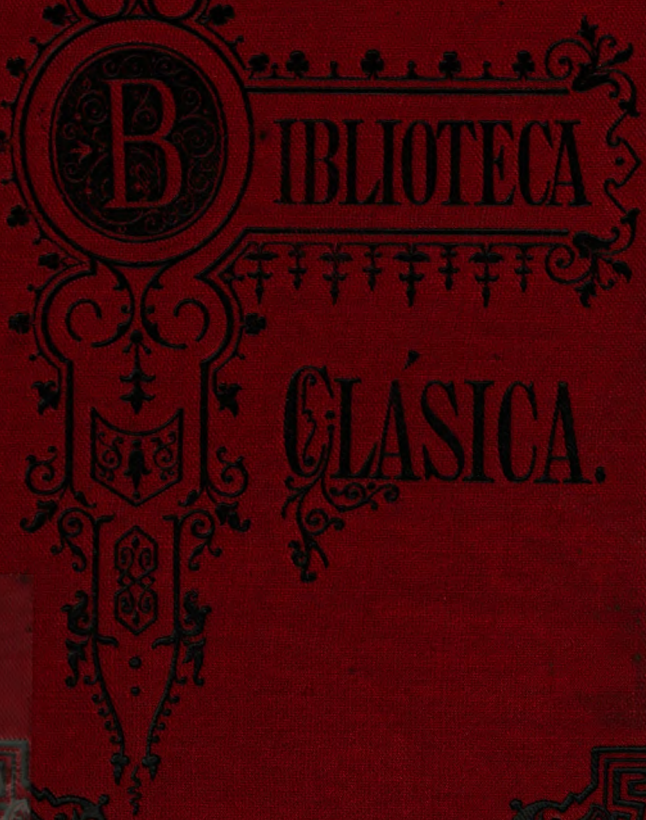


UC-NRLF



LB 291 842



B

IBLIOTECA

CLÁSICA.

GIFT OF
J.C.CEBRIAN



EX LIBRIS

OBRAS COMPLETAS DE HORACIO

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CCXXIII

OBRAS COMPLETAS

DE

HORACIO

TRADUCIDAS Y ANOTADAS POR

DON GERMÁN SALINAS

TOMO I

ODAS Y EPODOS

MADRID

LIBREERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.[^]

(Sucesores de Hernando)

Calle del Arenal, núm. 11.

1909

ES PROPIEDAD

PAG 400

A153

1909

v. 1

MAIN

HORACIO EN ESPAÑA

Con el título que encabeza estas líneas publicó el eminente polígrafo D. Marcelino Menéndez y Pelayo en la *Revista Europea* primero, y siete años más tarde (el 83 del pasado siglo) en la *Colección de Escritores Castellanos*, una reseña crítica completa y documentada de la multitud de traductores que recrearon sus ocios en la versión de las odas y sermones del gran poeta, y un estudio imparcial, sereno y razonado de su omnímoda influencia sobre los ingenios españoles que tuvieron á gala imitarle y aun copiarle en las mejores de sus composiciones, creyendo que ganarían no poco en valor si se presentaban ataviadas con los ricos adornos y primores del que por excelencia mereció ser llamado el lírico latino.

Esta publicación nos excusaría de entrar en el examen de las traducciones castellanas que en verso y prosa han visto la luz, si no

viniésemos obligados á exponer nuestro criterio sobre problema tan controvertido y difícil de resolver, como la manera más adecuada de trasladar á las lenguas vivas los poemas griegos y latinos; problema cuya solución depende del fin especial que en cada caso se persigue, ya sea el de cautivar la fantasía y mover el corazón amante de lo bello con la intensidad y fuerza de la obra original, ya limitando las aspiraciones, únicamente se pretenda servir de guía al lector é ilustrar su inteligencia en aquellos casos en que, abandonado á sí mismo, sólo alcanzaría á distinguir entre mil sombras una luz débil y confusa.

Horacio ha sido el autor más leído, imitado, comentado y traducido desde el Renacimiento hasta nuestros días. La Edad Moderna le ha vengado cumplidamente del desdén y menosprecio en que yació durante los siglos medios, harto apasionados de las heroicas narraciones de Virgilio, para entusiasmarse con las enseñanzas morales desprendidas de sus poemas líricos y didácticos. En mil quinientas se calculan sus ediciones, y es seguro que, andando los tiempos, aumentará todavía este número, demostración contundente de la autoridad indiscutible con que fué siempre mirado en las escuelas de los humanistas. Así nada tiene de ex-

traño que cuantos se preciaban de verdaderos poetas lo estudiasen é imitasen á veces con suma felicidad, orgullosos de ser sus discípulos los que no podían llamarse sus émulos, y siguiéndole de cerca, ya que renunciaran al primer premio de la carrera; y no contentos con imitarle le traducían también, para enriquecer las letras nacionales con los soberanos partos de numen tan privilegiado; pues todo el que goza las inefables bellezas de un genio inmortal y se deja deslumbrar por la nitidez de sus imágenes y se deleita con sus divinas melodías, siente un placer hondo é intenso que tiende á comunicar á los demás; y de aquí la ilusión que le lleva á creer que pueden saborearse en lengua distinta sus giros atrevidos, sus frases expresivas, sus encantos de dicción, sus formas irreprochables, sus ritmos y cadencias, y producir la misma ó parecida emoción que el poema original causó entre sus contemporáneos; y decimos ilusión, porque la experiencia demuestra cuán difícil es que un lírico antiguo, á quien se obliga á cantar en cualquiera de las lenguas modernas, no pierda la mejor parte de sus galas, si ya no se le desfigura de tal modo que resulte otro tan diferente que no le conozcan ni aun los amigos de su mayor intimidad.

Tendríamos que escribir casi la historia de

la influencia que los vates del siglo de Augusto ejercieron en nuestro Parnaso, si quisiéramos dar noticia circunstanciada de los ingenios salmantinos, andaluces y aragoneses que vertieron al idioma patrio buen número de las inspiraciones horacianas; y basta leer las notas y comentarios de D. Javier de Burgos ó los solaces bibliográficos antes mencionados del Sr. Menéndez y Pelayo, para formar de ellos una lista en que la memoria llega á perderse con la multitud de nombres, unos famosos en la república de las letras, otros casi desconocidos, bastantes anónimos, y algunos cuyos desvelos no han logrado el honor de la estampa. Y se explica esta predilección. Los escolares que asistían á las aulas universitarias dominaban hasta cierto punto la lengua de Cicerón, y todos, quién más, quién menos, traducían los clásicos del siglo de oro, entre los que Virgilio, Ovidio y Horacio ocupaban preferente lugar. Era el último el que más se acomodaba á las nuevas ideas y sentimientos despertados por la revolución literaria y científica de las postrimerías del siglo xv, el que interpretaba mejor la necesidad de substituir á un concepto sombrío y tristón de la vida otro más en armonía con el ansia de bienestar y goces que traían los nuevos tiempos, y el que supo des-

tacar su personalidad en el siglo de Augusto con tan alto relieve, que se le señalaba en todas partes como el príncipe de la lira romana, y en los siglos posteriores no halló quien osara arrebatarle su dominio soberano. Era un gran patriota sin ridículas exaltaciones, creyente más cercano de la tibieza que del fanatismo, amador tierno y elegante, aunque voluble y no siempre limpio en sus inclinaciones; filósofo no ceñudo ni displicente, sino tan amable y tolerante como un hombre de mundo; satírico contenido dentro del chiste urbano y juguetón, cuando la cólera no le arrastra á los violentos sarcasmos de sus epodos; moralista que señala el camino de la virtud como una senda cubierta de flores, y nos invita á ser buenos, ya que no podamos ser impecables, y maestro queridísimo de sus discípulos, así cuando dirige sus pasos vacilantes en la vida social, como si ilumina sus ojos con la antorcha de la verdad en el Arte.

Añadía á tales dotes una inventiva poderosa, una riqueza de colores, una precisión en los contornos de sus figuras y un estilo flexible y vario, dogmático ó festivo, según la naturaleza de los cuadros trazados por su fantasía creadora, que lo mismo liba el tomillo y el cantueso como la abeja ática, que se remon-

ta con el águila á la región de las nubes, y allí descubre el carro de Jove, estremeciendo el orbe con sus truenos espantosos y los rayos que lanza su irritada diestra contra el linaje humano, cada vez más perverso y sacrílego; así deja percibir el blando murmullo de la fuente vecina de su casa campestre, como el sonido estridente del clarín y la trompeta, y el fogoso relincho de los bridones prontos á lanzarse á la atroz carnicería de la batalla; que ora deja escapar de su pecho suspiros tan tiernos que merecían salir de los labios de un Adonis ó un Jacinto, ora lanza anatemas pavorosos contra la implacable crueldad de las discordias intestinas, que amenazaban poner á Roma bajo las plantas de los bárbaros aborrecidos; ya se desata en chistosas ocurrencias contra los sandios y mentecatos que veía pulular por el foro, ó se presenta como un feliz Anacreonte, enamorado de danzas, copas, festines y doncellas, ya como un moralista escrutador que ha penetrado en el fondo de su propia conciencia y en la de sus contemporáneos; y para todas estas fases de su múltiple inspiración, halla en su paleta vivos colores, en su pincel líneas precisas, en su imaginación formas seductoras, y sentencias graves y profundas en su cerebro, confirmando casi con el

ejemplo su axioma tan discutido de que la poesía debe ser como la pintura: *ut pictura poesis erit.*

Con tan relevantes prendas no es de admirar que nuestros ingenios le imitasen y tradujesen á competencia, y que algunos salieran, digámoslo con vanidad, harto airosos de su arriesgado empeño. Al frente de todos, y ninguno tan merecedor de la primacía, aparece el insigne maestro Fray Luis de León, que imitó los patrióticos lamentos del *Vaticinio de Nereo* en su *Profecta del Tajo*, briosa y enérgica como si hubiese sido escrita entre el fragor y estruendo del combate, y aun le aventajó en la *Vida del campo*, tan apacible, meliflua y sosegada, que en sus versos dulcísimos casi se perciben los rumores de las fuentes y las auras que juegan entre los árboles del huerto. Estas dos odas bastarían á su gloria si no la hubiese cimentado con los éxtasis de sus raptos religiosos, que le abrían las puertas y le dejaban entrever la luz y hermosura de los cielos. Pero como traductor de algunas odas morales y amatorias acaso no merece iguales elogios: su ingenua libertad y osadía traspasan á menudo los límites que el Arte impone á una recta interpretación, y en el afán de castellanizar á su autor favorito, le despoja de su vestido y carác-

ter, pareciéndose no poco á aquellos dramaturgos de la decadencia que presentaban en las tablas al gran Aristóteles con golilla y gre-güescos, como un galancete de capa y espada del teatro calderoniano; por esto en sus versiones alternan aciertos singulares con descuidos frecuentes, y más parecen brotes de propia inspiración que ecos inmortales de cantos de la antigüedad. Bien al reverso procedió el doctísimo Medrano, que, olvidando las tradiciones y reglas de la escuela poética de su tierra, preconizadas por el divino Herrera, tan amante del boato y fastuosidad del estilo, muchas veces convertido en gárrula é insubstancial palabrería, llegó á compenetrarse de la sobriedad, concisión y nervio del cisne de Ofanto, de sus conceptos y giros, de sus imágenes y locuciones, como ningún otro intérprete nacional ni extranjero. Cuando no le traduce, le parafrasea ó le imita, y le adapta á hechos y circunstancias actuales ó sucesos históricos de España; y si no siempre consigue emular la perfección de su maestro, ni conservar la melodía de sus versos, ó el colorido de sus imágenes, demuestra siempre haberse apoderado de tal modo de sus sentencias, sus frases y el hechizo de sus estrofas, que no vacilamos en considerarle el primero de los horacianos españoles.

Con menos éxito colaboraron en tan grata como difícil labor Mateo Alemán, Arguijo, Baltasar de Alcázar y Jáuregui.

Los hermanos Argensolas, Lupercio y Bartolomé, llamados por sus contemporáneos, algo hiperbólicamente, los Horacios españoles por su genio templado, reflexivo, y más atento á discurrir con seriedad sobre los azares de la vida que á volar con potentes alas en regiones inaccesibles, por la sobriedad del estilo, hijo de la concentración del pensamiento, y por el alto sentido moral que reflejan sus canciones y sonetos, epístolas y sátiras, delatan á las primeras que, sin abdicar, como Medrano, su personalidad relevante, se han nutrido en el estudio de Horacio, á quien no pueden seguir cuando se remonta á las nubes como el águila de Jove; pero le acompañan con especial gusto en sus correrías por las calles de Róma, en las visitas á las casas de sus infieles amadas y en las jiras campestres que le compensan con sus placeres francos y sencillos de los tedios y las molestias que le abrumaban en la gran ciudad. Y no se redujeron sólo á la imitación, pues Bartolomé se atrevió á verter alguna que otra oda y la regocijada sátira IX del libro I, y Lupercio hizo lo mismo con dos magníficas odas morales y dos amatorias. Aunque no

todas estas versiones son de igual valor, fuerza es reconocer que la de la sátira *Ibam forte via sacra*, de Bartolomé, tiene momentos felicísimos, y que la de Lupercio de la oda erótica *Quis multa...*, de la cual decía Escaligero que era un puro néctar, no se ha traducido nunca mejor que en su celebrado soneto

¡Quién es el tierno mozo que entre rosas...

Don Esteban Villegas imitó con su frescura y lozanía proverbiales los juguetones escarceos de Anacreonte, ligeros como la danza y alegres como las copas del espumante licor; y sus cantilenas juveniles, afeadas á ratos, no por los descuidos de la inexperiencia, sino por las arrogancias de su temperamento audaz é indisciplinado, que no se recataba de emplear frases inusitadas y peregrinas, ni de admitir á su antojo voces é inventar verbos que la índole de nuestra lengua rechaza, hoy aún se leen con singular deleite por la espontaneidad, ligereza, gracia y donaire que rebosan. Más que un imitador, parece un nuevo Anacreonte castellano, nacido para cantar, libre de inquietudes y zozobras, las aves y las flores, las danzas y los banquetes, las risas del amor y los deliciosos placeres que embriagan de felicidad el corazón de la juventud. No era, por lo mis-

mo, su ingenio el más apropiado para reflejar la corrección, la elegancia, la pompa, la profundidad y la energía del cisne de Ofanto; mas sin detenerse á reflexionar si sus hombros podrían resistir la pesada carga, se arrojó á versificar por completo el libro I de las odas y alguna que otra de los siguientes, y la imparcialidad nos obliga á declarar que en sus versiones parafrásticas sale poco gananciosa la fama del autor, á quien pretendió dar carta de naturaleza en España. No fueron estos los únicos poetas del siglo xvii que trillaron la áspera senda, y entre los de escasa nombradía los hubo merecedores de plácemes envidiables.

Á la muerte del último desdichadísimo monarca de la casa de Austria y el entronizamiento consiguiente de los Borbones, las bellas letras, obscurecidas por un eclipse total, aunque de corta duración, volvieron á brillar con luz menos intensa, pero despidiendo á menudo fulgores apacibles y tranquilos. Fué el siglo xviii el de la crítica, la erudición y el buen gusto, que no produjo portentos de fecundidad, como Lope; de fantasía, como Calderón, ó de fastuosa arrogancia, como Góngora; antes, escarmentado por los extravíos y demencias de la pasada centuria, puso el mayor cuidado en no soltar los andadores de la escuela clásica,

reforzados por Boileau y sus secuaces, sin confiarse en las alas de Ícaro, que tan fácilmente podían derretirse y precipitarlo de lo alto con funestas caídas. Así vemos que la mayor parte de los escritores cursan la senda de la imitación francesa, ó dedican sus tareas á comentar, ilustrar, parafrasear y traducir á los antiguos, entre los cuales siguió mereciendo la preferencia el inmortal venusino.

Dejando aparte los ensayos de Luzán, Montiano é Interián de Ayala, nos detendremos en D. Tomás Iriarte, literato estudioso, discreto y concienzudo, bien que la naturaleza no estimulase su laboriosidad con el estro apasionado ni la invención creadora. Convencido de que la versión del *Arte Poética* estaba por hacer, ó lo que es peor, estaba hecha tan detestablemente que más servía para desacreditar que para honrar al amigo y consejero de los Pisones, acometió la ardua empresa, y si no la llevó al colmo de la perfección, aventajó á sus predecesores en todas las buenas cualidades que deben adornar á un traductor fiel y diligente.

Á fines del siglo xvi habían aparecido dos versiones: la una de Luis Zapata, impresa en Lisboa, y de la cual, por la rareza de los ejemplares, sólo conocemos fríos y desmayados

trozos, sin que la ignorancia del resto nos cause gran sentimiento; y la otra, bastante más conocida, de Vicente Espinel, tan poco acreedora á los desmedidos elogios que Sedano le tributa, como á las crueles censuras de Iriarte, encarnizado contra sus erróneas interpretaciones y la flojedad ó dureza de sus versos, puntó este último en el que casi corrían parejas el crítico adusto y el reo cogido infraganti. Por de contado Espinel tenía más numen poético que Iriarte, como lo acredita en sus poesías originales, y con sumo acierto escogió el endecasílabo libre, el único en nuestro sentir adecuado á la amplitud severa y majestuosa del exámetro didáctico, pues el terceto nos parece harto oprimido y estrecho, y el endecasílabo real acaba por fatigar con su continuo sonsonete en poemas de larga extensión. Se objetará que no supo sacar de esta combinación métrica gran partido; que abunda su trabajo en versos fríos, inarmónicos y duros, defecto imperdonable en quien sabía versificar con fluidez y dulzura; que comete errores de monta en la interpretación de frases sencillísimas, y no pone la mayor diligencia por aclarar aquellas otras que tanto hicieron discurrir y cuestionar á gramáticos y eruditos, y que tradujo como un *amateur* y no como un filólogo con

atisbos de poeta; pero algo se ha de perdonar á los que desbrozan el camino y hasta con sus mismos errores enseñan á ser cautos y desconfiados á los que siguen sus huellas en tiempos de mayor cultura é ilustración. Francisco Cascales nos da la noticia de haber traducido la renombrada *Epístola á los Pisones*, y cita de ella pasajes que hacen bien sensible que no se hubiera publicado completa, y el P. Morell acometió y llevó á cabo la misma versión, junto con el primer libro de las odas, en versos pareados á la francesa, que le obligaron á la difusión y hasta al verdadero ripio por las exigencias de la medida y el consonante. El pliego de cargos formulado contra Espinel podría servir de acusación al docto jesuíta, á quien sin perdonar sus frecuentes deslices trata Iriarte con mayor respeto; y persuadido de que la introducción en nuestro Parnaso de la susodicha *Epístola* parecía encomendada á manos más hábiles, decidió estudiarla á conciencia en acreditadas ediciones, revolviendo los libros de los comentadores, tanto antiguos como modernos, que habían alcanzado mayor éxito en la exposición y declaración de los pasajes dudosos ó inextricables. Más de ocho lustros son pasados desde que por vez primera, allá en la mocedad, leímos la *Poética* de

Iriarte, y debemos confesar que la impresión de su lectura nos dejó bastante satisfechos, por la facilidad y llaneza de su estilo, su dicción neta y castiza, sus versos en general fúidos y espontáneos, salvas las excepciones que deslucen casi siempre los poemas muy extensos, y el acierto con que interpreta los lugares más controvertidos; y desde luego la consideramos como obra de maestro en cotejo de las anteriormente dadas á la estampa, sin negar que la silva que escogió, por su facilidad, ligereza y soltura, se compadece poco con la gravedad solemne del exámetro, que los sobrios preceptos del original están desleídos en una palabrería excesiva, y que el prosaísmo de su poema sobre la Música vuelve á confirmar en el de la Poética la pobreza de su fantasía; pero aun así y todo creemos que Burgos la trata con demasiado rigor al decir que valía tan poco como las anteriores y condenar sus versos, sus locuciones y su estilo con implacable severidad. Á la de Iriarte pueden añadirse la de Pedro Res y Lobet, en prosa y con notas aclaratorias; la de Fernando Lozano, que Lista solfeó de lo lindo en su *Imperio de la estupidez*; la del jesuita Andrés Forés, no editada; la de D. Ángel Pascual y la del marqués de Aguilar, vista por Lacasa. Sensible

es que tampoco se publicara la que en competencia con el autor de las *Fábulas literarias* escribió D. Juan Pablo Forner, entendimiento vastísimo y uno de los escritores de más jugo y fuerza del siglo XVIII; seguramente que no cedería á su rival la palma en la discreta interpretación del texto, y le aventajaría en el nervio de la versificación y en el estilo, pues los pocos versos que de ella cita Bartolomé Gallardo, se acercan bastante al ideal de una esmerada versión. De tamaña pérdida nos compensa en cierto modo la de D. José Antonio Horcasitas, que para demostrar con el ejemplo que cabe en la lengua castellana la enérgica concisión de la latina, redujo en centenares de sílabas el original, á costa de inauditos esfuerzos, sin suprimir pensamiento alguno, y dando testimonio de ser humanista de nota y enemigo de la profusión estéril y la verbosidad empalagosa de Iriarte y los de su escuela.

Entre los escritores que en las postrimerías del siglo XVIII y principios del siguiente se acreditaron de excelentes horacianos, cítanse con gran aplauso al canónigo de la catedral de Córdoba D. Manuel María Arjona, al poeta dramático y lírico D. Leandro Fernández Moratín, genuino representante del clasicismo francés, y al eximio latinista Sánchez Barbero,

tan famoso por sus muchas y buenas letras como por sus desgracias y persecuciones. El primero sólo tradujo, que sepamos, la sátira primera *Qui fit Mecenas* y la oda *Otium divos rogat*, esta última con tan admirable elegancia y precisión, que nos hace sentir muy de veras que no acometiese la versión completa de las odas: sin duda sería la más acabada y primorosa que en lengua romance conociéramos; el último supo versificar como nadie la alegoría á la República, en cuyos escollos tantos diestros pilotos naufragaron, y D. Leandro Moratín nos dió excelentes traslados de algunas odas heroicas y morales, que no ceden en fidelidad y pulcritud á los mejores; pues si puede reprochársele que metrificase el *Integer vitae* en versos de cinco sílabas asonantados, que no responden á la elevada entonación de las dos primeras estrofas, las únicas que con el rasgo feliz de la conclusión merecen los desmedidos elogios á este poema tributados, en la de *Eheu fugaces*, versificada en endecasílabos libres, se acredita de intérprete elegantísimo de las lamentaciones de Horacio sobre la brevedad de la vida. De Cienfuegos, Mor de Fuentes y Sobrado poco es lo que se puede decir en su alabanza, y así pasaremos desde luego á examinar la traducción de Burgos, el único de los

humanistas que se resolvió á poner en verso las odas y los epodos, las sátiras y las epístolas, éxcepto el epodo VIII, *In anum libidinosam*, y el XII, *In anum foedam*, que por su libertinaje escandaloso estimó que no merecían entrar en el Parnaso castellano.

Desde la primera á la última edición de su libro mediaron veinticinco años, y en todos ellos trabajó, siempre que sus ocupaciones políticas no le distraían, corrigiendo y mejorando asiduamente el texto y la versión, las notas y los comentarios. En su dedicatoria al rey don Fernando declara haber consumido en tan loable trabajo los ocios de su laboriosa existencia, y no les dió á la verdad tan fútil empleo que no pudiera vanagloriarse del éxito alcanzado entre los inteligentes.

La mayoría de nuestros ingenios se contentaron con vestir á la española una que otra oda, pocas de sus sátiras ó tal cual epístola, fuera de la dirigida á los Pisones, que mereció especial predilección á gramáticos, filólogos, preceptistas y poetas. Pero no es lo mismo traducir con tino y acierto una oda ó epístola, que hacerlo con el conjunto de obras tan heterogéneas como las que constituyen el caudal copioso que el amigo de Mecenas ha legado á la posteridad; así que el esfuerzo de Burgos

aparece como verdaderamente excepcional y merecedor de aplausos calurosos.

Pocos humanistas poseyeron facultades tan sobresalientes para realizar la misión que se había propuesto: su fino y agudo discernimiento y sus prendas poéticas especiales para identificarse con el pensamiento de su autor favorito y reflejarlo con diafanidad en la lengua nativa, la solícita diligencia que puso en hacerse dueño de las más autorizadas ediciones y del tesoro de erudición y doctrina con que las ilustraron Acrón y Porfirio, Turnebo, Erasmo y Minelio, Bentley y Sanadón, Cuningan y Dacier *et sic de caeteris*, no para engalanar con ellas sus notas y comentarios, sino para contrastarlas con una crítica sana y libre de prejuicios, que honra la perspicacia de su entendimiento; la facilidad sorprendente con que se asimila imágenes, expresiones y sentencias, y la oportuna elección á veces de las formas métricas que mejor reflejaban las estrofas líricas latinas, que no tenían ni podían tener, excepto las sáficas, sus correspondientes en castellano; la clarividencia con que se da cuenta de aquellas transiciones rápidas y bruscas, que parecen romper el hilo del discurso, cuando en realidad sirven para anudar fuertemente sus diversos miembros, y la sagacidad

con que interpreta, casi siempre en su recto sentido, pasajes ambiguos ú oscuros donde se estrellaron ó divagaron lastimosamente humanistas y filólogos distinguidos, nos obligan á reconocer que Burgos prestó á las letras un señaladísimó servicio y que su *Horacio* es el monumento más sólido y robusto levantado en honor del clasicismo latino.

No quiere esto decir que en todos los casos sea igualmente afortunado, que no desfigure á menudo el texto, más que por falta de comprensión, por dejarse imponer las duras leyes de la rima y la medida; que sus versos, flúidos, enérgicos y sonoros, no languidezcan á ratos, y que sus estrofas no acusen más artificio y estudio de lo que toleran los lectores contemporáneos. Asimismo no tiene reparo en usar voces peregrinas, empleadas por Horacio con perfectísimo derecho, como *pomifero*, *capripedo* y *centimano*, voces que la índole de nuestra lengua, muy parca y encogida en la formación de los compuestos, se resiste á aceptar de buen talante; abusa demasiado de los adjetivos abundanciales y de neologismos inadmisibles impuestos por la necesidad mal disimulada de enlazar las rimas; substituye locuciones llenas de vigor y rebosantes de colorido por otras pálidas y desmayadas, y hasta

se abstiene, como si fuese un grave pecado, de traducir literalmente frases tan significativas y hermosas como *los toneles apurados hasta las heces, cadis cum faece siccatis*, y se indigna de oír llamar á los machos cabríos *malolientes esposos de las cabras, olentis uxores mariti*, en un billete confidencial en que invita á su amigo Tíndaris á pasar con él una temporada en el campo.

Y es que Burgos, imbuído en los preceptos escrupulosos de la escuela académica, creyó necesario suavizar y pulir toda aspereza ó atrevimiento de lenguaje, prefiriendo la corrección y elegancia del vestido á la amplitud y soltura que deja ver los músculos recios y los miembros bien conformados. Seguro además de que su libro había de pasar por las manos de personas elevadas y de buen tono, modificó á su manera cuanto [pudiese ofender los hábitos de suprema distinción que se respiran en los salones aristocráticos ó las cámaras de los reyes; y si no llegó al extremo de escandalizarse del

*Dulce ridentem Lalagem amabo,
Dulce loquentem,*

como se escandalizaron Juvencio y el padre Urbano Campos, puso nimio cuidado en que

no se deslizara de sus versos ninguna frase atrevida é incompatible con las conveniencias sociales. Enhorabuena que por respeto al pudor suprimiese los dos epodos antes citados, aunque dudamos que asista derecho al traductor para cometer semejantes mutilaciones, y también aprobamos que velase ciertas desnudeces de las sátiras que acusan una despreocupación casi desvergonzada; pero si es lícito celar determinadas partes del cuerpo, y así lo exige la decencia, es intolerable que se cubran pies, manos y rostro, hasta el punto de robar á los ojos la majestad de la figura humana, la más hermosa con que Dios ha engalanado la Creación.

Los remilgos, escrúpulos y miramientos excesivos más denuncian una sandia mojigatería que una virtud intachable; y no son las mujeres, que se asustan de cualquier palabra, las que ponen mayor cuidado en que un juez severo no encuentre nada represensible en sus actos ó sus coloquios.

Á pesar de tales reparos, la obra magistral de D. Javier de Burgos no es acreedora á las pullas de Bartolomé Gallardo, y mucho menos á las críticas del P. Hermenegildo Torres, que ha querido entablar con él una competencia tan desigual como poco meditada; y cuando

son relevantes los méritos, es justo que resuenen los elogios por encima de las pequeñas murmuraciones que levantan defectos poco menos que inevitables.

El éxito alcanzado por este insigne maestro no fué óbice para que siguiesen explotando tan rico filón poetas como D. Alberto Lista, ni para que D. Francisco Martínez de la Rosa y D. Juan Gualberto González dejaran de disputarle el título de traductor eximio en el *Arte Poética*. Los dos, con mejor acuerdo, la trasladaron en verso libre, á fin de evitar el martilleo insoportable del romance endecasílabo; el primero se distingue por su elegancia, el segundo alardea de una precisión tan exacta como pudiera apetecer el autor para ser comprendido por hombres de otros climas y otras edades.

De las versiones menos afortunadas que emprendieron D. Sinibaldo Mas y D. Graciliano Alonso, haremos gracia al lector en obsequio de la brevedad, y sólo mencionaremos la del catedrático D. Raimundo Miguel, que no desmerece de las mejores, y cuya aparición provocó una contienda literaria, en la que intervino el marqués de Morante rompiendo lanzas en su favor, y consiguiendo la victoria sobre sus enemigos. Al mismo tiempo ó poco

después consagraban á Horacio sus vigili-
as doctos profesores, como Baráibar, Campillo y
Milá y Fontanalls, poetas como Tassara y Bar-
trina, próceres como el duque de Villahermo-
sa, discreto traductor de las *Geórgicas*, de Vir-
gilio, polígrafos como el Sr. Menéndez y Pe-
layo, y habríamos de hacer interminable la
lista si hubiésemos de citar á cuantos recrea-
ron sus ocios literarios versificando los cantos
horacianos, por los que sentían mayor admi-
ración y apasionamiento.

No mereció el gran poeta tanta atención á
nuestros gramáticos y prosistas como á los
cultivadores de las Musas. La declaración ma-
gstral é interpretación de Villén de Viedma,
que por tanto tiempo anduvo en manos de es-
colares y aficionados, y que en los años juve-
niles nos servía de andador para salvar los
pasos difíciles y de auxilio que nos evitase las
frecuentes consultas al Diccionario, es tan pe-
destre y vulgar, abunda en tan crasos errores
de comprensión y carece tan en absoluto de
prendas literarias, que merecía andar en las
caballerizas, como afirma Lope de Vega, y
aun permanecer siempre en ellas, alejada de
los sitios donde se rinde culto á la gloria de los
excelsos escritores. El jesuíta Urbano de Cam-
pos, que quiso enmendarle la plana y que su

libro sirviese para la enseñanza en las escuelas de la Orden, comenzó dedicándolo á la Santísima Trinidad, y por que no fuese indigno del profundo misterio ni peligroso á los jóvenes escolares, emprendió un expurgo bárbaro é irracional, ensañándose hasta con los conceptos más inofensivos y delicados; manera de traducir parecida á una decapitación, que deja á salvo los escrúpulos del fraile á costa de la fama del autor. Al menos si su erudición y buen gusto justificasen tan escandalosos atropellos, resultarían casi disculpables por los hábitos que vestía; pero acreditó una incapacidad tan lastimosa, que no parecía haberse propuesto, después de mutilarlo con tal audacia, sino hacerlo despreciable á quienes lo leyeran en castellano. Suerte que no llegó á cumplir su promesa de profanar las sátiras y epístolas con el lenguaje chabacano y pedestre de las odas, y los alumnos de fines del siglo XVIII vieron con satisfacción la reforma de texto tan poco recomendable, emprendida por el celo del P. Mínguez, que lo limpió de grandes errores y extravagancias. Siguió á éste en el pasado siglo D. Joaquín Escriche, autor del *Diccionario de Legislación y Jurisprudencia*, que en 1847 publicó traducidas y anotadas las odas, sin más pretensión que faci-

litar la inteligencia del texto, que ofrece á los principiantes y á los que no lo son, en determinados puntos, dificultades casi invencibles; y por último, el catedrático D. Rafael Lama comunicó al autor de *Las Ideas estéticas en España* el proyecto de publicar la versión completa de Horacio, acompañada de su biografía, con noticias de los principales códices y ediciones y las notas y comentarios correspondientes; trabajo que ignoramos si se ha publicado ó se guarda entre los papeles del ilustrado profesor, esperando la oportunidad de ver la luz; y que de ser así, haría disculpable el atrevimiento de ofrecer á los lectores de la BIBLIOTECA CLÁSICA la presente versión, en que hemos invertido gran parte de nuestros ocios, alentados por la esperanza de que no fuesen completamente estériles para la difusión y vulgarización de las letras latinas.

Nada más ajeno de nuestro ánimo que acometer empresas inconsideradas, donde es tan probable el fracaso como difícil acercarse á la meta sin peligro, máxime cuando los bríos y las facultades nos van abandonando y nos amonestan no emprender jornadas á cuyo término sólo se encuentre el agotamiento y el cansancio; pero teníamos traducidas en prosa las sátiras y epístolas, formando parte princi-

palísima de un libro concebido veinte años antes de terminar el pasado siglo, que debía comprender las obras de todos los satíricos latinos, y los borradores dormían en la obscuridad el sueño tranquilo de los justos, sin que el autor se doliese gran cosa por el poco ambiente que hallan en nuestros días, tan apartados del classicismo, los trabajos que intentan remozar sus antiguos poetas.

Dudábamos además que nuestros desvelos literarios añadiesen siquiera una flor á la guirnalda que ciñe las frentes de un Lucilio y Horacio, un Persio y Juvenal, y esta desconfianza invencible helaba, como una ráfaga de cierzo en el invierno, nuestros propósitos de exponerlas á la aprobación ó la crítica de los doctos, y hubiéramos seguido tan previsora norma de conducta si una circunstancia fortuita no hubiese venido á sacarnos del retraimiento. Hará más de un año que recibimos atentísima carta de D. Cayo Ortega, director de la BIBLIOTECA CLÁSICA, invitándonos á completar la traducción de Horacio, y precisamente coincidía con el suyo nuestro criterio de que en estos trabajos se debe atender sobre todo á la exactitud y fidelidad, no desfigurando á los autores con afeites extraños, ni obligándoles á decir cosas que estuvieron lejanas de su pen-

samiento, por el afán de conservar las formas externas de una metrificacón á la que ni de lejos responde la de los idiomas modernos.

Opusimos á su invitacón los reparos sugeridos por la dificultad del encargo, dadas las circunstancias especiales en que estábamos para realizarlo con mediano lucimiento; insistió él, cedimos á sus reiteradas pretensiones, y nos entregamos al estudio, sacando fuerzas de flaqueza, hasta agotar las últimas que nos restasen. Con la vejez encima, cargados de achaques y dolencias que sólo puede curar aquella eterna medicina que calma todos los dolores; turbada con insistente pertinacia nuestra tranquilidad por una serie no interrumpida de disgustos, que en la vida oficial de este bendito país suelen perseguir con predileccón á los que osan ponerse enfrente de la ineptitud, la astucia y la desvergüenza, y con el desaliento que señorea el ánimo mejor templado, cuando el cuerpo desfallece y el espíritu vive en la intranquilidad y la zozobra, resolvimos el cumplimiento de la palabra empeñada, esclavos de la misma, y juguetes de esa ilusón eterna que hace creer á los nacidos con tanta facilidad que los bríos, arrestos y facultades de que presumen en la lozanía de la juventud no se han mermado, y tal vez aniquilado, en su lucha

incesante con los años, los contratiempos y los pesares, imaginándose más fuertes de lo que son, y con esta fortaleza imaginaria, queriendo poner puntales al edificio que se desmorona.

No pretendemos que tan tristes reflexiones sirvan de disculpa á los errores en que seguramente habrá incurrido nuestra inadvertencia, que si el parto más soberano del ingenio español se engendró en una cárcel, «donde toda incomodidad tiene su asiento, y todo triste ruido hace su habitación», ¿con qué derecho se atreverá á reclamar ninguno cielos sonrientes, cantos de pájaros, murmullos de arroyo y perfumes de vergeles, para que los frutos tardíos de su entendimiento lleguen á la sazón apetecida? Mas si no de disculpa, sirvan al menos para embotar el agudo filo de la censura, y patentizar el amor ciego que profesamos al gran poeta, que ha pagado con exceso nuestra devoción, apartando por algún tiempo nuestros ojos del espectáculo de las miserias humanas, y fascinándolos con las imágenes sublimes de la patria, la verdad y la belleza, á que rindió culto tan fervoroso.

Con el mayor gusto entraríamos en el examen de su fecunda é inspirada producción poética, realizada en medio del bullicio y estré-

pito de Roma, que le eran tan poco simpáticos, ó en el tranquilo retiro de la Sabina, que le hacía dueño de sí mismo y le consentía entregarse todo entero á su ocupación, ó más bien á su pasión favorita; pero este estudio ya lo hicimos en los *Satíricos Latinos*, y habríamos de repetir ahora las reflexiones que en sus páginas se contienen; porque no ha variado un ápice el concepto que tenemos de la riqueza é importancia que la avalora, y porque es pleito definitivamente juzgado por la crítica universal, que ahogaría con sus clamores al insensato, si existiese alguno, que pretendiera rebelarse contra sus fallos inapelables; y sólo nos resta solicitar la benévola indulgencia del lector por haber acometido en circunstancias tan adversas como las que acabamos de indicar la empresa de vestir nuevamente á la española las poesías horacianas, sin reparar en las dificultades, ó atropellándolas con punible atrevimiento, creyendo de buena fe que no serían tan absurdas nuestras pretensiones si acertábamos á reproducirlas con fidelidad y exactitud en castellano correcto y limpio, que se acercase lo posible á la briosa concisión del original, ya que renunciásemos á conservar íntegros los primores y filigranas de su dicción, los tonos y cadencias de sus estrofas, y

las melodías inefables de su lira, que Mercurio y Apolo le hubieran arrebatado á competencia para amenizar con ellas los banquetes del Olimpo.

Aun así estamos poco seguros de no haber incurrido en los mismos deslices que achacamos á nuestros predecesores, ¿ni quién presumirá tanto de sí que se alabe de penetrar exactamente el sentido de algunas frases del autor, que pretendiendo aclararlas han embrollado lo indecible sus fanáticos admiradores, ó de descubrir á primera vista la intención de ciertos rasgos satíricos, velados por tan fina urbanidad que impiden discernir al más prevenido si el vituperio se halla envuelto entre los pliegues y repliegues de una irónica alabanza, que deja á la víctima de sus pullas ofendida y agradecida á la vez? ¿Quién, como nosotros, no se habrá desalentado mil veces al considerar cuán fáciles son de comprender y sentir sus imágenes fastuosas, sus agudas sentencias, sus vivas descripciones y sus versos de armonía fascinadora, y lo difícil de conservar en otra lengua tan sugestivos encantos? Al que nos preguntase si estamos satisfechos de nuestra labor, le contestaríamos sin vacilar: «Tanto como el que se promete un opíparo festín y por llegar tarde tiene que contentarse con la parte de

ración que se quita de la boca el último de los criados.»

Y vamos á concluir. Los poemas líricos, satíricos y didácticos cuya traducción casi literal ofrecemos al público, hacen indispensable gran número de notas aclaratorias, sin las cuales el lector quedaría poco menos que á obscuras, ó comprendería sólo á medias los hechos consignados y las alusiones en que abundan. Horacio es el vate por excelencia de la línea y el color, precisa siempre el lugar, el suceso y el individuo, y de aquí la necesidad de noticias que den á conocer los motivos especiales que enardecen su poderosa fantasía. En ellas procuramos ser sobrios y sucintos, y sólo nos extendemos cuando así lo reclaman la importancia de los hechos, el relieve de los personajes ó el interés de las situaciones. Fuera de tales casos, preferimos la brevedad y hasta el laconismo, á fin de evitar lo que se dijo con apariencias de verdad de un escritor francés, que la salsa valía más que el guisado, esto es, que el comentario tenía más valor que la obra comentada; dicho que en cierto modo podría aplicarse al mismo D. Javier de Burgos, cuyas notas parecieron á muchos preferibles á sus versos, por la agudeza y sagacidad con que descifra multitud de pasajes que lo peregrino de la ex-

presión hacía poco transparentes, ó lo vicioso de códices y ediciones, punto menos que incomprensibles. No estamos muy distanciados de tal parecer, y en sus comentarios y los de otros diligentes ilustradores de Horacio hemos metido mano como en arca llena de caudales; y con los datos suministrados además por excelentes Diccionarios mitológicos é históricos, geográficos y de antigüedades, dispusimos nuestras notas, que si no brillan, ni lo pretenden, por la originalidad, están seguras de no abrumar con el fárragó pedantesco de las antiguas declaraciones magistrales, de todo punto insoportables á los impacientes lectores de nuestros días.

Por exigencias editoriales, al final del segundo tomo se publican el fragmento atribuído á Turmo y la sátira de Sulpicia, que debieran ir mejor con los satíricos del Imperio.

GERMÁN SALINAS.

ODAS Y EPODOS DE HORACIO

ODAS

LIBRO PRIMERO

I

Á MECENAS

Mecenas, descendiente de antiguos reyes, refugio y dulce amor mío, hay muchos á quienes regocija levantar nubes de polvo en la olímpica carrera, evitando rozar la meta con las fervientes ruedas, y la palma gloriosa los iguala á los dioses que dominan el orbe.

Éste se siente feliz si la turba de volubles ciudadanos le ensalza á los supremos honores; aquél, si amontona en su granero espacioso el trigo que se recoge en las eras de Libia.

El que se afana en desbrozar con el escardillo los campos que heredó de sus padres, aun ofreciéndole los tesoros de Átalo, no se resolverá, como tímido navegante, á la travesía del mar de Mirtos en la vela de Chipre.

El mercader, asustado por las luchas del Ábre-

go con las olas de Icaria, alaba el sosiego y los campos de su país natal; mas poco dispuesto á soportar los rigores de la pobreza, recompone luego sus barcos destrozados.

No falta quien se regala con las copas del añejo Másico, y pasa gran parte del día, ora tendido á la fresca sombra de los árboles, ora cabe la fuente de cristalino raudal.

Á muchos entusiasma el clamor de los campamentos, los sonos mezclados del clarín y la trompeta, y las guerras aborrecidas de las madres.

El cazador, olvidado de su tierna esposa, sufre de noche las inclemencias del frío, y persigue la tímida cierva con la trailla de fieles sabuesos, ó acosa al jabalí marso que destroza las tendidas redes.

La hiedra que ciñe las sienas de los doctos me aproxima á los dioses inmortales; la fría espesura de los bosques y las alegres danzas de las Ninfas con los Sátiros me apartan del vulgo, y si Euterpe no me niega su flauta, si Polihinnia me consiente pulsar la cítara de Lesbos, y tú me colocas entre los poetas líricos, tocaré con mi elevada frente las estrellas.

II

Á CÉSAR AUGUSTO

Ya el padre de los dioses envió á la tierra bastante nieve y asolador granizo, y su encendida diestra, vibrando el rayo contra los sagrados

templos, llenó de espanto á Roma y puso terror en el orbe de que volviese el funesto siglo de Pirra con sus monstruosos portentos; cuando Proteo condujo sus rebaños á las cimas de los montes, los peces quedaron suspendidos de las copas de los olmos, donde antes se recogían las palomas, y los tímidos gamos nadaron sobre el mar extendido por la campiña.

Vimos al rojo Tíber, rebatidas con fragor sus ondas en el litoral etrusco, lanzarse á destruir el monumento del rey Numa con el templo de Vesta; y orgulloso de ser el vengador de su desolada esposa Ilía, desbordarse por la siniestra ribera sin la aprobación de Jove.

Muy pocos jóvenes oirán las guerras provocadas por los delitos de sus padres, y sabrán que los ciudadanos aguzaron contra sí mismos el hierro forjado para aniquilar á los temibles persas.

¿Á qué dios invocará el pueblo en la ruina del Imperio? ¿Con qué preces ablandarán las púdicas doncellas á Vesta, sorda á sus clamores? ¿Á quién dará Júpiter la misión de expiar tan horrendo crimen?

Apolo, dios de los augurios, te rogamos que nos asistas, velando tus hombros en cándida nube; ó si te place más, llega tú, sonriente Venus, en cuyo torno revolotean los juegos y Cupido; ó tú, si miras aún con ojos propicios la suerte del pueblo menospreciado y sus descendientes, padre de la ciudad, á quien entusiasma el clamoreo

bélico, los cascos relucientes y el aspecto feroz del mauritano frente á su enemigo cubierto de sangre; poned pronto término á nuestras discordias.

Ó mejor tú, alado hijo de la venerable Maya, si pretendes tomar en la tierra la figura de un heroico joven, y que te llamen todos el vengador de César.

Ojalá retrases tu vuelta á los cielos, y permanezcas gozoso largo tiempo con el pueblo de Quirino, sin que huyas en alas del viento, ofendido por nuestras culpas.

Aquí anheles conquistar solemnes triunfos y ser llamado príncipe y padre de la ciudad; y no toleres que, siendo César nuestro caudillo, cabalque impunemente el medo por dondequiera.

III

Á LA NAVE QUE CONDUCE A VIRGILIO

Así la diosa reverenciada en Chipre, así los hermanos de Helena, astros luminosos, dirijan tu curso, y el padre de los vientos los sujete á todos menos al Iapiga, ¡oh bajel!, que nos debes á Virgilio conñado á tu custodia; ruégote le conduzcas sano á los confines de Ática y guardes esa preciosa mitad de mi alma.

Guarnecido debía llevar el pecho de roble y triple cota de bronce quien osó el primero lan-

zarse en frágil navío al piélago irritado, sin temer la lucha violenta del Ábrego con el frío Aquilón, las tristes Híadas, ni la rabia del Noto, árbitro el más poderoso del Adriático, ya quiera sublevar ó calmar sus olas.

¿Qué muerte tan horrible infundirá miedo al que vió con ojos serenos los monstruos que nadan sobre el mar enfurecido, y los peñascos de Acrocerañia, famosos por tantos desastres?

En balde la providencia de un dios separó los continentes con la barrera infranqueable del Océano, si las impías naves atraviesan las sirtes que deben llenarlas de terror.

Audaz el linaje humano se precipita en todos los crímenes y conculca todas las leyes. El hijo audaz de Japeto, con sacrílego fraude, entregó á los mortales el fuego; y así que lo hubo arrebatado de las regiones etéreas, la escuálida palidez, con las fiebres antes desconocidas, se esparcieron por la tierra, y la muerte inevitable, que antes caminaba tardía, aceleró sus pasos. Dédalo se arrojó á volar por los aires con alas no concedidas al hombre, y el infatigable Hércules descendió al Averno: ninguna temeridad detiene el arrojó de los mortales. En nuestra demencia pretendemos escalar los cielos, y con nuestros crímenes impedimos que Júpiter deponga sus rayos iracundos.

IV

Á SEXTIO

Desátanse los hielos del invierno riguroso con la grata vuelta del Fabonio y la primavera, las máquinas botan al agua las naves que permanecían en seco, y ni el rebaño se goza en los establos, ni el labrador junto al fuego, ni los prados blanquean con las heladas escarchas.

Ya Venus Citerea guía los coros al asomar la luna; las modestas Gracias, unidas con las Ninfas, danzan joviales en las praderas, y el ardiente Vulcano abrasa los antros donde trabajan los Cíclopes.

Ahora es el momento de coronar con verde arrayán los perfumados cabellos, ó con las flores que brota la tierra libre de sus prisiones; ahora conviene inmolar á Fauno en las selvas umbrosas una cordera, ó, si le agrada más, un cabrito. La pálida muerte pisa con igual pie las chozas de los pobres que los palacios de los ricos. ¡Oh venturoso Sextio!, la brevedad de la vida nos prohíbe alimentar largas esperanzas. Pronto te oprimirán las eternas sombras, los Manes de que tanto se habla y el funesto reino de Plutón, adonde así que llegues no te proclamará rey del festín la suerte de los dados, ni admirarán tus ojos al tierno Lícidas, que hoy abrasa á los jóvenes y luego abrasará de amor á todas las doncellas.

V

Á PIRRA

¿Qué lindo joven, perfumado de exquisitas esencias, te oprime, Pirra, á su corazón, sobre el lecho de flores esparcidas en tu gruta deliciosa? ¿Peinas para él tu rubia cabellera y te atavías con elegante sencillez? ¡Ay, cuántas veces ha de llorar la fe violada y las mudanzas de los dioses, y ha de ver con asombro el mar alborotado por los negros huracanes el crédulo amante que ahora es dichoso oyendo tus doradas promesas, y confiando hallarte siempre fiel, siempre amorosa, porque no sabe que eres más voluble que el viento! ¡Desgraciados los que se dejan seducir por tus encantos!

Respecto á mí, la tabla votiva del naufragio, colgada en la pared del templo, atestigua que ofrecí mis húmedos vestidos al poderoso dios de los mares.

VI

Á AGRIPA

Vario, el rival de Homero, es quien debe enaltecer tu valor, tus gloriosos triunfos y las hazañas que realizaron por mar y tierra los combatientes que guiaste á la victoria.

Yo, Agripa, ni sabría remontarme á tanta altura, ni pretendo cantar la encendida cólera del hijo de Peleo, las peligrosas navegaciones del astuto Ulises, ó los crímenes de la familia de Pelops, asuntos grandiosos para mi pequeñez.

El pudor y la Musa que gobierna mi humilde lira me prohíben desdorar con la rudeza de mi ingenio las alabanzas del egregio César y las tuyas.

¿Quién cantará dignamente á Marte, protegido por su coraza diamantina, á Merión, cubierto con el polvo de Troya, ó al hijo de Tideo por el favor de Pálas, equiparado á los dioses?

Yo, en los momentos de ocio, canto los festines y las riñas de las tiernas doncellas que rechazan suavemente las pretensiones de los jóvenes cuando me abraza, como de costumbre, un amor pasajero.

VII

Á MUNACIO PLANCO

Unos ensalzan la ilustre Rodas, Mitilene, Éfeso ó las murallas de Corinto, que bañan dos mares, ó Tebas, insigne por Baco, y Delfos por Apolo, ó el valle de Tempe, en la Tesalia.

Hay poetas que se entretienen en celebrar con perpetuos cantos la ciudad de la casta Palas, y coronar sus frentes con ramos de olivo cogidos

doquier; otros, en honor de Juno, enaltecen la ciudad de Argos con sus briosos corceles y la rica Micenas. En cuanto á mí, ni la sufrida Lacedemonia, ni los fértiles campos de Larisa me deleitan como el antro resonante de Albunea, el rápido Anio, los bosques de Tibur y los frescos vergeles que riegan los cristalinos arroyos.

Como el Noto disipa á veces los oscuros nublados del cielo, pues no siempre trae las lluvias, así tú, discreto Planco, esfuérzate por ahuyentar la tristeza y poner fin con el dulce vino á los trabajos de la vida, ya mores en los campamentos donde resplandecen las águilas, ya reposes á la sombra de los árboles de Tibur.

Cuando Tencer huía de Salamina y de su padre, es fama que ciñó sus sienes humedecidas por el licor de Baco con una corona de álamo, y habló así á sus tristes amigos: «Iremos, ¡oh socios y compañeros de mis penas!, adondequiera nos lleve la fortuna, menos cruel que mi padre. No desesperéis nunca siendo Tencer vuestro caudillo y guiados por los auspicios de Tencer. El verídico Apolo me ha prometido en nuevas tierras una Salamina igual á la que abandonamos. ¡Oh bravos camaradas, que habéis padecido tanto en mi compañía, disipad ahora las cuitas con el vino, que mañana volveremos á emprender nuestro viaje por la inmensa llanura!»

VIII

Á LIDIA

Por todos los dioses te lo ruego, dime, Lidia, ¿por qué precipitas con tu amor la ruina de Sibaris? ¿Por qué odia ya el campo de Marte, donde sufrió mil veces las molestias del polvo y el sol? ¿Por qué no cabalga esforzado entre sus compañeros, ni reprime la fogosidad del bridón galo con el freno de dientes de lobo? ¿Por qué teme cruzar las rojas ondas del Tiber, y el aceite de los atletas le infunde más horror que el veneno de las víboras? ¿Por qué no muestra en sus brazos las señales lívidas de las armas, ni se gloria de arrojar el disco ó el venablo más allá del término señalado? ¿Por qué se esconde como el hijo de la marina Tetis, según es fama, antes de la ruina lastimosa de Troya, para no lanzarse, vistiendo la armadura, á la matanza contra las falanges de Licia?

IX

Á TALIARCO

¡Oh Taliarco!, ¿no ves cómo la cima del Soracte blanquea con la nieve, las selvas agobiadas apenas resisten el peso de la escarcha, y los ríos detienen su curso encadenados por el hielo riguroso?

Defiéndete del frío echando en el hogar leña en abundancia, y llena alegremente las copas del vino de cuatro años que guarda el ánfora sabina. Lo demás déjalo al arbitrio de los dioses que, en cuanto amansen la furia de los vientos que en-crespan las hinchadas olas, dejarán de combatir á los viejos olmos y altos cipreses.

Huye de inquirir lo que será del mañana, aprovecha bien los días que te concede el destino, y no desprecies las danzas y los tiernos amores; pues eres joven, y la tardía vejez aun no se atreve á marchitar tu lozano verdor.

Ahora debes frecuentar el campo de Marte, las plazas públicas y los gratos coloquios nocturnos que te llaman á la hora señalada. Ven á gozar la risa hechicera que descubre á tu amante escondida en su retiro silencioso, y á quitarle las joyas de sus brazos y el anillo del dedo que resiste suavemente tu intención.

X

Á MERCURIO

Mercurio, elocuente nieto de Atlas, tú que lograste suavizar la áspera rudeza de los hombres primitivos con la persuasión y los nobles ejercicios de la palestra, tú, el mensajero del gran Júpiter y los dioses, inventor de la corva lira y diestro en esconder con hurto gracioso

aquello que te agrada, tú serás hoy el numen de mis cantos.

Apolo quiso asustarte con terribles amenazas cuando aun eras niño, si no le devolvías las vacas que le robaras astuto; pero se echó á reir viendo que su aljaba también había desaparecido.

El rico Príamo, guiado por ti, abandonó á Ilión, burló á los soberbios Atridas, y cruzó por entre las hogueras de los tésalos y el campamento que fué la ruina de Troya.

Tú conduces las almas piadosas á los lugares felices del Eliseo, y diriges las turbas de las ligeras sombras con tu áureo caduceo, grato por igual á las dioses del Olimpo y del Averno.

XI

Á LEUCONOE

No indagues, Leuconoe (no es lícito saberlo), qué fin reservan los dioses á tu vida y la mía, ni combines los números mágicos. Mejor será que te resignes á los decretos del hado, sea que Júpiter te conceda vivir muchos años, sea éste el último en que ves romperse las olas del Tirreno contra los escollos opuestos á su furor.

Sé prudente, bebe buen vino y reduce las largas esperanzas al espacio breve de la existencia. Mientras hablamos, huye la hora envidiosa. Aprovecha el día de hoy, y no confíes demasiado en el siguiente.

XII

Á AUGUSTO

¿Qué mortal, qué héroe intentas celebrar, ¡oh Clio!, con la lira ó la flauta resonante, qué dios cuyo nombre repita la juguetona imagen de la voz en los sombríos montes de Helicón, ó en las cimas del Pindo y del frío Hemo? De aquí descendieron las selvas arrastradas por los cantos de Orfeo, que aprendió de su madre á detener el rápido curso de los ríos, el impulso de los ligeros vientos, y mover las encinas que escuchaban los dulcísimos acordes de su cítara.

¿Á quién daré primero mis alabanzas antes que al padre Júpiter, soberano de los hombres y los dioses, que impera en la tierra y el mar y templa el curso vario de las estaciones?

Ningún dios sobrepuja su grandeza ni se aproxima á su poder; sin embargo, Palas merece en segundo lugar los más altos honores.

No pasaré en silencio las empresas de Baco, audaz en los combates; de la casta Diana, enemiga de las fieras salvajes; ni de Febo, temible por sus certeras saetas.

Cantaré los trabajos de Alcides y los hijos de Leda, el uno sin rival en las carreras de caballos, el otro en las luchas del pugilato, cuya propicia estrella, en el momento que resplandece á los ojos de los marineros, calma el mar agitado que

bate las rocas, amansa el fragor de los vientos, disipa los nublados, y sumisas á la voluntad de estos Númenes, las olas se duermen sobre la líquida llanura.

Tras éstos, dudo si recordar primero á Rómulo ó el pacífico reinado de Numa Pompilio, ó las fascas soberbias de Tarquino, ó la muerte generosa de Catón.

También glorificaré en mis cantos á Régulo y los Escauros, y á Paulo Emilio, que prodigó su gran alma antes que sobrevivir al triunfo del cartaginés.

La dura pobreza, la hacienda corta y el humilde techo, lanzaron á conquistar los lauros de la guerra á Fabricio, á Camilo y á Curio, el de los encrespados cabellos.

Crece la fama de Marcelo, como el árbol más robusto, de día en día; y el astro de Julio brilla sobre todos, como la luna entre las estrellas del cielo.

Hijo de Saturno, padre y defensor de la humana gente, á ti confían los hados la misión de velar por el gran César, que será tu segundo en la tierra; y ya ostente en su triunfo los parthos domados que amenazaban al Lacio, ó sujete en las comarcas orientales á los seres y los indos, bajo tu imperio regirá con sabias leyes el mundo; mientras tú estremecerás el Olimpo con las ruedas de tu carro, y con la diestra lanzarás el rayo sobre los bosques que la impiedad ha profanado.

XIII

Á LIDIA

Cuando tú, Lidia, celebras el semblante de rosa y los brazos blancos como la cera de Telefo, ¡ay!, la bilis me quema las entrañas; al mismo tiempo pierdo el sentido y mudan de color mis mejillas, por donde resbalan furtivas lágrimas, delatando el fuego lento que me consume.

Monto en cólera si veo en tus cándidos hombros los torpes indicios de las reyertas que acalora el vino, ó si ese joven, enardecido por la pasión, imprime en tu boca las señales harto visibles de sus dientes.

No, Lidia; si oyes mis consejos, no esperes que sea eterno el amor brutal de quien hace con sus besos saltar la sangre en tus labios, que Venus humedeció con la quinta esencia de su néctar.

¡Felices tres veces y aun más los seres unidos por lazos indisolubles, y cuyo amor, triunfante de quejas y celos, sólo acaba con el último suspiro!

XIV

Á LA REPÚBLICA

¡Oh nave!, ¿vuelves á lanzarte á los peligros de las olas? ¿Qué haces? Apresúrate á ganar el puerto. ¿No ves tu costado desprovisto de remos, ro-

tas tus antenas y tu mástil quebrantado por la violencia del Ábrego, y que sin cables ningún bajel es capaz de resistir el imperioso oleaje? Tus velas están destrozadas, y los Númenes desoyen las súplicas que en tu angustia les diriges.

Aunque pongas en las nubes, hija nobilísima de las selvas del Ponto, tu linaje y tu ilustre nombre, el tímido piloto no confía nada en los dioses pintados en la popa.

Si no quieres ser el ludibrio de los vientos, resguárdate en seguro. Tú, que ayer me inspirabas inquieta zozobra, hoy avivas mis cuidados y solicitos deseos, para que evites los escollos del mar que baña las resplandecientes Cicladas.

XV

NEREO PROFETIZA LA RUINA DE TROYA

Cuando Paris, el pérfido pastor, conducía en las naves del Ida á la robada Helena, Nereo sujetó con el ocio ingrato los rápidos vientos para anunciarle su cruel destino.

«Bajo auspicios fatales llevas á tu patria esa mujer, que ha de reclamarte con numerosas huestas la Grecia, conjurada en romper tus nupcias y destruir el antiguo reino de Príamo.

»¡Ay, cuánta fatiga rendirá á caballos y caballeros! ¡Cuánta desolación atraes sobre el pueblo de Dárdano! Ya Palas prepara su yelmo, su égida, su carro y su furor:

»En vano orgulloso con la ayuda de Venus peinarás tu cabellera y cantarás al son de la cítara versos que hechicen á las mujeres. En vano evitarás desde tu tálamo los ruidos venablos, las puntas de las saetas cretenses, el clamoreo de la batalla y la persecución del volador Ajax; aunque tarde, has de ver manchados de polvo tus adúlteros cabellos.

»¿No ves al hijo de Laertes, exterminio de tu gente, y á Néstor, el príncipe de Pilos? Ya te acosa el impávido Tencer de Salamina y Esteneo, diestro en el combate é ímpetuoso en el momento que es preciso fustigar á los caballos. También conocerás á Merión. He aquí al atroz hijo de Tideo, más valiente que su padre, corriendo enfurecido por alcanzarte; y como ciervo que se olvida del pasto al divisar el lobo en la otra ladera del valle, así tú le huirás con la respiración anhelante y muerto de pavor.

»No es esto lo que prometías á tu Helena. La escuadra del iracundo Aquiles dilatará la ruina de Ilión y las matronas frigias; mas pasados ciertos años, el fuego de los aqueos abrasará las casas de Troya.»

XVI

Á SU AMIGA

PALINODIA

¡Oh, de hermosa madre, hija más hermosa todavía!, destruye como te plazca mis versos ofensivos, arrojándolos á las llamas ó á las ondas del Adriático.

Cibeles, Baco y Apolo Pitio no trastornan la mente de sus sacerdotes en los santuarios de los templos, ni los Coribantes entrechocan sus escudos de bronce con más furia que las iras desatentadas desafían el acero de los bárbaros, el fuego devorador, el mar y sus naufragios y el poder del mismo Jove con sus rayos y truenos espantosos.

Es fama que Prometeo, en la necesidad de añadir al barro de nuestro ser alguna partícula de otros animales, infundió en las entrañas del hombre la cólera del león furibundo.

Las iras ocasionaron á Tiestes horribles tormentos y fueron la principal causa de caer arrasadas egregias ciudades, en torno de cuyos muros pasó el arado el insolente ejército de los enemigos.

Reprime tus enojos; confieso que en el ardor de la juventud me dejé arrebatado por la pasión y vomité en versos satíricos mil diatribas vene-

nosas; pero hoy deseo que aquel encono se trueque en más tiernas afectos, y así que me retracte de tales oprobios, me vuelvas tu amistad y me entregues tu corazón.

XVII

Á TINDARIS

El veloz Fauno suele trocar el Liceo por mi amena Lucretila, y defiende del ardor estival y las lluvias huracanadas mis cabras, que, desviándose de sus mal olientes maridos, recorren impunemente el apacible bosque tras el dulce madroño y el tomillo.

Los cabritos no temen á las verdes culebras ni á los rapaces lobos, cuando el dios, ¡oh Tindaris!, hace resonar su dulcísima avena por los valles y rocas sembradas en la pendiente del Ústica.

Los dioses me protegen, mi piedad y mis cantos son aceptos á los dioses. Aquí la abundancia, enriquecida con los frutos del campo, derramará en profusión para ti los dones de su cuerno fecundo.

Aquí, en el sombrío valle, evitarás el ardiente fuego de la Canícula, y con la lira del cantor de Teos ensalzarás á Penélope y la artificiosa Circe, enamoradas las dos del gran Ulises.

Aquí, á la sombra, colmarás los vasos del inocente vino de Lesbos, sin temor de que el hijo de Semele, unido con Marte, nos impulse á peligro-

sas reyertas, ni recelar que el protervo Ciro, abusando de tu debilidad, ponga en ti sus manos insolentes y te quite la guirnalda de las cabelllos y rompa el vestido que cela tus encantos.

XVIII

Á V A R O

Varo, no siembres ningún árbol antes que la sagrada vid en el fértil suelo de Tibur ó las pendientes de Catilo; pues Dios reserva males sin número á los abstemios, y sólo con el vino se disipan los cuidados roedores.

¿Quién después de haber bebido se queja de la pobreza ó los trabajos de la guerra? ¿Quién entonces no canta alegre al padre Baco y la hechicera Venus? Mas la lucha encarnizada de los Centauros con los Lapitas por causa de la embriaguez, nos advierte que no se han de traspasar los límites de la moderación, y nos lo advierte el rigor que desplegó Baco con los tracios, que no distinguían los deseos lícitos de los ilícitos en su febril acaloramiento.

Divino Basares, no seré yo quien me entregue al exceso de la bebida, ni quien patentice lo que ocultas entre el verde follaje; pero aparta de mí los ruidosos atabales y la trompa de Berecinto, á quien acompañan siempre el ciego amor propio, el orgullo que yergue su cabeza vacía más

de lo justo, y la indiscreción, transparente como el vidrio, que divulga todos los secretos.

XIX

Á GLICERA

La cruel madre de los ardientes deseos, el hijo de la tebana Semele y la voluptuosa licencia me ordenan entregar el ánimo á los amores que ya creía extinguidos.

Me arrebató la hermosura de Glicera, más blanca que el mármol de Paros; me cautiva su traviesa malignidad y su rostro, tan peligroso al que lo mira.

Venus ha dejado á Chipre por precipitarse toda entera en mi corazón, y no consiente que recuerde á los escitas ni á los parthos animosos, que pelean huyendo en sus corceles, ni nada, en fin, que no toque al amor.

Muchachos, traedme fresco césped, incienso, verbena y la copa con vino de dos años; así que la llama devore la ofrenda, acudirá Glicera menos desdeñosa.

XX

Á MECENAS

Beberás en pequeños vasos el vino común de la Sabina, que yo misma guardé en el ánfora griega, cuando recibiste en el teatro, querido ca-

ballero Mecenas, los aplausos estruendosos que resonaron en las orillas del patrio Tíber é hicieron repetir tus alabanzas á los ecos del monte Vaticano.

Tú bebes el Cécubo y el licor de la uva prensada en Cales; pero el vino Falerno y el de los collados de Formio nunca corrigen la aspereza del que llena mis copas.

XXI

Á DIANA Y APOLO

Tiernas doncellas, cantad á Diana; mancebos, cantad á Apolo, el de los largos cabellos, y á Latona, tan tiernamente amada por el supremo Jove.

Ensalzad vosotras á la diosa que se recrea en las márgenes de los ríos y las sombras de los bosques, que pueblan las heladas cumbres del Álgido y las oscuras selvas del Erimanto ó el Crago cubierto de verdor.

Vosotros, jóvenes, entonad las alabanzas del Tempe y la isla de Delos, patria de Apolo, que adorna sus hombros con la aljaba y la lira presente de su hermano.

Él azotará á los persas y britanos con el hambre cruel, la peste y la guerra, que hace verter tantas lágrimas, apartando sus estragos, movido por nuestras preces, del pueblo romano y su príncipe César.

XXII

Á ARISTIO FUSCO

El varón íntegro y puro de todo crimen no necesita, Fusco, los venablos de los moros, ni el arco y la aljaba llena de ponzoñas saetas, ya camine por los abrasados arenales, por el Cáucaso inhospitalario ó por los campos que riega el famoso Hidaspes.

Entonando canciones á mi Lálage, paseábame sin armas y libre de cuitas enojosas por los lugares menos frecuentados de la selva Sabina, y de pronto me hallé frente á un lobo que huyó sin atacarme.

Monstruo terrible cual no lo alimentó jamás la belicosa Daunia en sus vastos encinares, ni lo crió la tierra africana, engendradora de ardientes leones.

Llévame á la desolada zona donde nunca las auras del estío reaniman las plantas, ó á la extremidad del mundo en que reinan las brumas y las nieves eternas; llévame á las tierras inhabitables que abrasa el carro harto próximo del sol, y allí amaré á Lálage por su dulce sonrisa y su dulcísima voz.

XXIII

A CLOE

Huyes de mí, Cloe, semejante al cervatillo que busca á través del fragoso monte á su asustada madre, no sin espantarle el vano ruido del viento entre las ramas de los árboles; pues si el retorno de la primavera agita las móviles hojas, ó los verdes lagartos remueven el zarzal, sus rodillas tiemblan y su corazón se estremece.

No es mi ánimo despedazarte como un sangui-nario tigre ó un león de Getulia; así, ya que estás en sazón de ser amada, deja de seguir á tu madre.

XXIV

A VIRGILIO

¿Qué consuelo ni resignación cabe en la pérdida de tan caro amigo? Inspírame canciones lúgubres, Melpómene, á quien el padre Jove dió con la lira una voz melodiosa.

¿Con qué duerme el eterno sueño Quintilio? ¿Cuándo hallarán quien se le iguale el pudor, la verdad sincera y la fe incorruptible, hermana de la justicia?

Murió acompañado por las lágrimas de todos los buenos, pero nadie le lloró como tú, Virgilio, que en vano pides á los dioses te devuelvan á

Quintilio, no nacido para ser inmortal; y aunque pulsaras más blandamente que el tracio Orfeo la lira escuchada por los árboles, no volvería la sangre á reanimar la vana sombra que Mercurio, sordo á las preces para revocar los decretos de los hados, empuja hacia el negro rebaño con su horrendo caduceo.

XXV

Á LIDIA

Ya no llaman con golpes tan frecuentes á tus cerradas ventanas los jóvenes atrevidos, ni alteran tu tranquilo sueño; la puerta, que giraba á todas horas sobre sus quicios, ama permanecer quieta en los umbrales, y oyes menos veces de día en día este estribillo: «¿Duermes, Lidia, dejando perecer á tu amante?»

Muy pronto serás vieja sin atractivos, y llorarás en la silenciosa calle los desprecios de tus insolentes adoradores, expuesta al viento de Tracia que se desata en la luna nueva.

Entonces los ardientes deseos del amor, que suele enfurecer á las madres de los potros, abrasando tus llagadas entrañas, te arrancarán hondos gemidos, al ver cómo la juventud alegre se corona de verde hiedra y mirto resplandeciente, y arroja las guirnaldas marchitas á las frías ondas del Ebro.

XXVI

Á SU MUSA

Amigo de las Musas, dejaré que los vientos tempestuosos entreguen al mar de Creta mis cuidados y tristezas, sin importarme qué rey se hace temer en las heladas regiones del Norte, ó quién es el único que llena de terror á Tiridates.

¡Oh dulcísima Pimplea, que te gozas en las fuentes cristalinas, escoge las más bellas flores y teje una corona á mi querido Lamia! Sin tu favor de nada le servirán mis loores. Conságrale tú y tus hermanas nuevos acordes arrancados con el plectro á la lira de Lesbos.

XXVII

Á SUS COMENSALES

Es propio de los tracios pelear arrojándose las copas, nacidas para infundir alegría. Rechazad tan bárbara costumbre, y no tenga Baco que avergonzarse de provocar riñas sangrientas.

¡Cuánto desdice el cruel alfanje persa entre el vino y las antorchas! Compañeros, apaciguad los clamores del combate y permaneced apoyados sobre el codo en el lecho del festín.

Me exigís que apure también unos vasos de

añejo Falerno. Enhorabuena, que diga el hermano de Megila de Opuntia qué feliz herida, qué saeta le causa una muerte tan deliciosa. ¿Calla? Pues sólo beberé con esta condición.

Sea quienquiera la beldad que te domina, no te abrasas en fuego de que puedas sonrojarte, porque siempre pecas con mujeres bien nacidas. Ea, confía tus pesares en los discretos oídos de tu amigo. Ya te oí, ¡oh joven desventurado y digno de consumirte en mejor llama, en qué peligrosos escollos navegas!

¿Qué dios, qué hechicera ó qué mago con los venenos de Tesalia podría romper tus lazos? Tal vez el mismo Belerofonte no te librase de la triforme Quimera enroscada á tu cuerpo.

XXVIII

ARQUITAS Y EL MARINERO

EL MARINERO

Tú que mediste, Arquitas, los términos de la tierra y el mar con sus incontables arenas, yaces próximo al litoral etrusco por no haber quien echase sobre tu cadáver un puñado de polvo. ¿De qué te sirvió penetrar en las celestes mansiones y recorrer el mundo de polo á polo si habías de morir?

ARQUITAS

También murió el padre de Pélops, comensal de los dioses; Titón arrebatado á los cielos y Minos admitido á los consejos secretos de Jove; también habita en el Tártaro el hijo de Pantoís, que descendió por segunda vez al reino de las sombras, aunque demostrase con el escudo arrancado del templo su presencia en la guerra de Troya, y que sólo había concedido á la muerte su piel y sus nervios, según tu dictamen, escrutador profundo de la naturaleza y la verdad.

Una misma noche nos espera á todos, y todos hemos de pisar una vez el camino de la muerte. Las Furias sacrifican la juventud en holocausto del ceñudo Marte, y en las entrañas ávidas del mar hallan su tumba los navegantes; mezclados se aglomeran los cortejos fúnebres de mozos y ancianos, y ni una cabeza escapa á la cruel Proserpina.

El Noto, rápido compañero de Orión en su ocaso, sepultóme en las ondas de Iliria; mas tú, navegante, no te muestres tan malvado que niegues á mis huesos y cabeza insepulta algunos puñados de movediza arena. Así las borrascas con que el Euro subleva las olas de Hesperia vayan á caer sobre los bosques de Venusa, salvando tu vida, y el benigno Júpiter y Neptuno, protector de la ciudad sacra de Tarento, te enriquezcan con toda especie de lucrativas ganancias. ¿Por ventura temes cometer un fraude que expien

más tarde tus hijos inocentes? ¡Ah!, tú serás condenado por la misma ley, y arrostrarás la misma suerte. Si me abandonas, mis súplicas lograrán la venganza apetecida, y ninguna expiación te absolverá de tu crimen.

Como llevas prisa, sólo reclamo de ti breves momentos, y luego que me hayas echado tres veces un poco de tierra, podrás emprender de nuevo tu viaje.

XXIX

Á ICCIO

¿Ahora envidias, Iccio, los ricos tesoros de los árabes, preparas sangrienta guerra á los reyes, antes no domados, de Saba y forjas las cadenas que han de oprimir al horrible medo? ¿Qué virgen extranjera te servirá como cautiva, después que hayas muerto á su prometido esposo? ¿Qué joven de cabellos perfumados y hábil en despedir la flecha sérica del arco paterno pasará desde el palacio real á llenarte la copa? ¿Quién negará que los arroyos despeñados pueden subir á las cumbres de los montes, y volver á su fuente el Tíber, cuando tú cambias por las lorigas de Iberia los libros de Panecio, recogidos en todas partes, y la doctrina de Sócrates, defraudando las esperanzas que nos hiciste concebir?

XXX

Á VENUS

¡Oh Venus!, reina de Gnido y Pafos, deja tu querida Chipre y trasládate á la elegante mansión de Glicera, que invoca tu favor, prodigando el incienso, y vengan contigo el ardiente Cupido, las Ninfas, las Gracias con el ceñidor suelto, Mercurio y la diosa de la juventud, sin ti muy poco adorable.

XXXI

Á APOLO

¿Qué pide el vate á Apolo en el día de la consagración de su templo? ¿Qué le ruega al derramar el vino nuevo de su copa? No las mieses opimas de la feraz Cerdeña, no los lucidos rebaños de la ardiente Calabria, no el oro ó el marfil de la India, ni los campos que socava con sus tranquilas ondas el Liris silencioso.

Coja la podadera de Cales el que deba á la Fortuna grandes viñedos, y apure en copas de oro los vinos comprados con las esencias de Siria, el rico mercader á quien protegen los dioses, permitiéndole atravesar impunemente el Atlántico tres ó cuatro veces al año.

La aceituna, la achicoria y la humilde malva

proveen á mi sustento, y sólo te suplico, hijo de Latona, que me permitas gozar sano de cuerpo y alma los pocos bienes adquiridos, y que no se arrastre torpemente mi vejez, privada de pulsar la cítara.

XXXII

Á SU LIRA

Si en mis ratos de ocio canté á la sombra de los árboles versos juguetones acompañados por tus cuerdas, hoy te ruego que me inspires canciones latinas que vivan este año y otros muchos, ¡oh lira!, modulada por aquel poeta de Lesbos, tan impávido en las batallas, que entre el fragor de las armas y después de amarrar á la húmeda costa su nave combatida por la tormenta, cantaba á Baco y á las Musas, á Venus, al rapaz que siempre la acompaña y á Lico, resplandeciente por sus negros ojos y negra cabellera.

¡Oh gratísima cítara, honor de Febo, encanto de los festines del supremo Jove y dulce alivio de mis pesares, oye la voz piadosa que te llama!

XXXIII

Á ALBIO TÍBULO

Albio, no te atormentes más de lo justo por el recuerdo de la cruel Glicera, ni te desates en la-

crimosas elegías, porque un rival de menos años te haya suplantado en su corazón.

El amor de Ciro abrasa á Licoris, la de lindísima frente; y Ciro se inclina hacia la desdeñosa Fólœ; pero antes las cabras se unirán con los lobos de Apulia que Fólœ se entregue á tan torpe adúltero; así lo ha dispuesto Venus, á quien place, en sus juegos caprichosos, unir con férreo yugo personas harto desiguales y muy opuestos caracteres.

Á mí mismo, cuando un amor bien digno embargaba mi ser, me detuvo con agradables lazos la libertina Mirtale, más irascible que las olas del Adriático al estrellarse en los golfos de Calabria.

XXXIV

PALINODIA

Tibio y no frecuente adorador de los dioses, extraviado por una insana sabiduría, véome en la precisión de volver atrás las velas y emprender de nuevo el camino abandonado; porque Júpiter, rasgando mil veces las nubes con su rayo encendido, lanza por el cielo sus caballos atornantes y su carro volador que estremecen la baja tierra, los ríos fugitivos, la Estigia, las cumbres del Atlas y las hórridas mansiones del odioso Tártaro; él eleva á la altura á quien yace en el abismo, abate al poderoso y hace brillar al que

vive en la obscuridad. La Fortuna arrebatada con agudos gritos la diadema de una frente, y se regocija poniéndola en otra distinta.

XXXV

Á LA FORTUNA DE ANTIO

Diosa que reinas en el feliz Antio, que puedes elevar á los mortales más abatidos y convertir en fúnebres pompas los soberbios triunfos, el pobre colono del campo te invoca con solícitas preces, y te reconoce como señora del mar el navegante que en la nave de Bitinia desafía las iras del Cárpatos.

Temen tu poder el dacio intratable y el escita que pelea huyendo, las ciudades y las naciones, el belicoso latino, las madres de los reyes bárbaros y los tiranos vestidos de púrpura.

Sí, temen que tu pie injurioso derribe por tierra la columna que los sustenta, y que la revuelta muchedumbre llame á las armas á los ciudadanos pacíficos y destruya su imperio.

La dura necesidad camina siempre delante de ti, llevando en su bronceína mano los enormes clavos, las cuñas, los garfios terribles del tormento y el plomo derretido.

La esperanza te sigue, y cubierta de blanco velo la rara fidelidad, que no rehusa acompañar á la desgracia, cuando mudas de traje y abandonas como enemiga las mansiones del poderoso.

Pero el vulgo infiel y la perjura meretriz echan el paso atrás, y los falsos amigos rehuyen igualmente sobrellevar tu pesado yugo si en los tonelles quedan sólo las heces.

Guárdanos incólume á César, resuelto á marchar contra los britanos en las últimas regiones del mundo, y la nueva hueste de jóvenes que será pronto el terror de las comarcas orientales y del mar Rojo.

¡Ay! Cuánto nos avergüenzan nuestros crímenes, nuestras cicatrices y nuestros hermanos sacrificados. Edad endurecida, ¿ante qué delito nos hemos detenido?; ¿qué infamias olvidamos cometer?; ¿de qué templo apartó la juventud sus manos por temor á los dioses?; ¿qué altares perdonó? Así, ¡oh César!, forjes de nuevo en el yunque los aceros embotados y domes con ellos á los árabes y masagetas.

XXXVI

SOBRE LA VUELTA DE NUMIDIO

Con los granos del incienso, las cuerdas de la lira y la sangre de un tierno becerro, debemos demostrar nuestro reconocimiento á los dioses protectores de Numidio, que vuelve sano y salvo de los remotos confines de Hesperia, y reparte besos y abrazos á sus caros amigos; pero á nadie tantos como á su entrañable Lamia, recordando

que juntos aprendieron los juegos de la niñez y juntos tomaron la toga viril.

No olvidemos señalar con piedra blanca este fausto día, ni reposen un momento las ánforas, ni demos paz á los pies, bailando á la manera de los Salios, ni la borracha Dámalis consiga vencer á Baco bebiendo al uso tracio, ni falten en la mesa del banquete las rosas, los lirios y el verde apio.

Todos clavarán sus ojos encendidos en Dámalis, y Dámalis estrechará á su nuevo amante con la fuerza que estrecha al olmo la hiedra lasciva.

XXXVII

Á SUS AMIGOS

Ahora, amigos, debemos beber y danzar alegremente; ahora es tiempo de colmar las mesas de los dioses con los exquisitos manjares de los Salios. Antes de este día era un delito sacar el viejo Cécubo de las bodegas paternas, pues una reina embriagada por su fortuna, de la cual osaba esperar todo, con su hueste de guerreros torpes y enfermizos tenía preparada en su demencia la ruina y los funerales del Imperio.

Mas se templó su furia cuando apenas le quedaba una de sus naves libre del incendio, y su ánimo turbado por el vino Mareótico, sumióse

en honda postración al llegar César de las costas de Italia, incitando á sus remeros, como el gavián se precipita sobre la tímida paloma, ó el presto cazador sigue la liebre por los campos nevados de Tesalia, para sujetar en cadenas al monstruo fatal que, anhelante de una muerte generosa, ni temió como mujer el filo de la espada, ni quiso resguardar en puerto seguro su fugitiva escuadra; antes con impávido rostro y sin igual fortaleza, osó visitar su palacio lleno de consternación y coger los ponzoñosos áspides y aplicárselos al cuerpo que había de absorber su veneno, orgullosa de su voluntaria muerte, que quitaba á las naves liburnas la gloria de conducirla como una mujer cualquiera ante el carro del soberbio triunfador.

XXXVIII

Á SU SIERVO

Muchacho, aborrezco el fausto de los persas; no me agradan las coronas cuyas hojas entrelaza la sutil corteza del tejo; así, no te afanes por averiguar en qué punto florecen las rosas tardías. Quiero que no emplees en mi guirnalda más que el simple mirto. El mirto te sienta muy bien al alargarme la copa, y á mí cuando la apuro bajo la sombría parra.

LIBRO SEGUNDO

I

Á ASINIO POLIÓN

Polión, amparo insigne de atribulados reos y lumbrera del Senado, á quien el triunfo de Dalmacia coronó de inmortales laureles, en tu obra llena de azarosos peligros, y caminando sobre brasas cubiertas por una ceniza engañosa, nos relatas las discordias civiles que estallaron durante el consulado de Metelo, las causas de la guerra, sus horrores y vicisitudes, los caprichos de la fortuna, las amistades funestas de los caudillos y las armas teñidas de sangre, aun no expiada.

Que la Musa de la severa tragedia falte un momento á los teatros; luego que hayas trazado el cuadro de los públicos sucesos, volverás á cumplir la alta misión del poeta, calzándote el coturno de Cecrops.

Ya resuena en los oídos el aviso amenazador

de los cuernos y los clarines, ya el fulgor de las armas amedrenta á los caballos en fuga y cubre de palidez el rostro de los caballeros, ya creo oír las voces de los ínclitos capitanes manchados con el polvo del campo de batalla, y aparecen sometidas todas las regiones del orbe, menos el ánimo indomable de Catón.

Juno y los dioses amigos de África, que abandonaron impotentes la tierra que no conseguían vengar, han inmolado por fin á los Mapes de Yugurta, los nietos de los vencedores.

¿Qué campos no ha regado la sangre latina, atestiguando con sus sepulcros nuestras impías guerras, si hasta los medos llegó el estruendo de la ruina de Hesperia? ¿Qué golfos ó ríos ignoran nuestras luchas despiadadas? ¿Qué mar no enrojecieron las matanzas romanas? ¿Qué ribera no ha bebido nuestra sangre?

Pero, Musa atrevida, no intentes, abandonando tus juegos, renovar las canciones de Simónides de Ceos; ven conmigo á la gruta de Venus, y pulsa allí con plectro más suave las cuerdas de la lira.

II

Á CAYO SALUSTIO

Crispo Salustio, enemigo de los metales que esconde la tierra en su avaro seno, de nada sirve

el brillo de la plata si no resplandece en la moderación de su empleo.

Proculeyo vivirá hasta remotas edades por haber sido un tierno padre con sus hermanos, y la fama, en sus alas incansables, llevará adonde quiera su nombre inmortal.

Reinarás en más vasto imperio sofocando los impulsos de la ambición que si juntas al dominio de África la remota Cádiz, y una y otra Cartago obedecen tus mandatos.

La hidropesía cruel se agrava con la bebida, y no apaga la sed que la devora si no arranca de las venas la raíz de su dolencia y el humor acuoso de su pálido cuerpo.

La virtud, que rechaza las opiniones del vulgo, excluye del número de los venturosos á Fraates, repuesto en el trono de Ciro, y enseña á los pueblos á no dejarse llevar de falsos prejuicios, concediendo la diadema, el reino tranquilo y el laurel de la victoria al que pasa por delante de grandes montones de oro sin torcer la vista para contemplarlos.

III

Á QUINTO DELIO

Ten presente, Delio, que has de morir, y no pierdas la fortaleza del ánimo ante los rigores de la adversidad, ni en los prósperos sucesos te dejes arrebatarse por una loca alegría; sea que ha-

yas vivido largo tiempo en la tristeza, sea que en los días festivos te regales apurando las copas del añejo Falerno, allá donde el copudo pino y álamo blanco entrelazan sus ramas ofreciendo una sombra hospitalaria y las linfas del arroyo resbalan fugitivas por su turtuoso cauce.

Manda traer aquí vinos, ungüentos exquisitos y las flores del ameno rosal que tan presto se marchitan, pues te consienten tales goces tu hacienda, tu edad y los negros estambres de las Parcas.

Un día dejarás los bosques y la rica mansión que compraste á peso de oro, con la casita de campo que bañan las rojas ondas del Tíber, y un feliz heredero se hará dueño de tus inmensas riquezas.

Ya seas rico y descendiente del rey Inaco, ó pobre, de infima estirpe y sin otro abrigo que el cielo, has de perecer víctima del Orco inexorable. Á todos nos espera igual destino, y los nombres de todos se revuelven en la misma urna. Más tarde ó más temprano saldrá la suerte y nos conducirá en la barca de Carón al eterno destierro.

IV

Á JANTIA

Jantia Foceo, no te sonrojes del amor que te inspira tu esclava; mucho antes Briseida, la del

seno de nieve, prendió el corazón del indomable Aquiles.

La belleza de la cautiva Tecmesa conmovió á su dueño Ajax, vástago de Telamón, y el hijo de Atreo ardió por una virgen prisionera en el momento del triunfo, cuando las huestes bárbaras sucumbían al ímpetu incontrastable de los tésalos, y el cadáver de Héctor entregaba á los aqueos, cansados de guerras, la fácil conquista de Pérgamo.

Quién sabe si la rubia Filis es hija de ilustres progenitores que te ennoblezcan como yerno. Sin duda corre sangre real por sus venas, y llora la crueldad de los dioses que la han reducido á la servidumbre.

No es de creer proceda de la ínfima plebe la joven que te apasiona; su noble fidelidad y generoso desinterés revelan que no debe avergonzarse de la madre á quien debe el ser.

Como no soy esclavo de su hermosura, bien puedo alabar sus brazos, su rostro y su pierna torneada; déjate de suspicacias ofensivas; he cumplido ya ocho lustros de edad.

V

Á UN AMIGO

Aun no tiene fuerzas para soportar en la domada cerviz el yugo, ni compartir los trabajos

de un igual, ni tolerar el enorme peso del toro inflamado por los arrebatos del amor.

El ánimo de tu novilla sólo apetece regalarse en las verdes praderas, defenderse en el río del calor sofocante, y buscar solícita los terneros que retozan entre los húmedos sauces.

No pretendas coger la uva que aun está verde; día llegará en que el otoño, rico de frutos, te ofrezca sus maduros racimos teñidos de púrpura.

Entonces ella misma te buscará; pues el tiempo, que vuela sin descanso, le habrá añadido los años robados á tu juventud; entonces Lálage, con frente desembarazada, pedirá un esposo, y será mucho más querida que Cloris y la inconstante Fóloe, cuando deslumbra los ojos con sus espaldas blancas como la luna reflejada en el mar, ó con su rostro tan hermoso como el de Giges, que, metido en un corro de doncellas, engañaría respecto al sexo los ojos más perspicaces por su abundante cabellera y sus facciones delicadas.

VI

Á TITO SEPTIMIO

Septimio, capaz de seguirme á Cádiz y la Cantabria, que aun resiste nuestro yugo, ó á las sirtes bárbaras donde hierven los remolinos de las olas mauritanas, ojalá Tibur, fundada por una

colonia de Argos, sea el último retiro de mi vejez, y encuentre allí el sosiego apetecido mi cuerpo fatigado de campañas y viajes por mar y tierra.

Si las Parcas inicuas me niegan este consuelo, me trasladaré á las márgenes del Galeso, que sustentan rebaños de ovejas cubiertas de pieles, y á los campos donde reinó el laconio Palante.

Aquel rincón de tierra me deleita más que otro alguno; sus mieles no ceden á las del Hime-to, y sus olivos compiten con las verdes aceitunas de Venafro.

Allí es larga la primavera, Júpiter envía inviernos muy templados, y las laderas del Anlón, que festonan las vides, no tienen que envidiar nada á las uvas de Falerno.

Este sitio, este dichoso refugio te llama juntamente conmigo. En él derramarás las lágrimas que debes á las calientes cenizas de tu amigo Horacio.

VII

Á POMPEYO VARO

Pompeyo, el mejor de mis amigos, á cuyo lado tantas veces abrevié la lentitud del día con la copa en la mano, y ungidos mis cabellos relucientes con los perfumes de Siria, ¿quién te ha devuelto como ciudadano á los dioses patrios y

al cielo de Italia, después de militar en el ejército de Bruto y haber temido como yo en mil ocasiones que llegaba tu última hora?

Contigo padecí la derrota de Filipos, y en la fuga acelerada abandoné cobardemente el escudo, viendo que se estrellaba nuestro arrojo y que los más valientes mordían el polvo ensangrentado.

El ligero Mercurio me arrebató del pavoroso campo de batalla en espesa nube, mientras las olas en su hirviente remolino te arrastraban de nuevo á los combates.

Ea, pues, ofrece á Jove el festín que le debes, descansa bajo mis laureles el cuerpo fatigado por tantas guerras, y no economices el vino de los toneles que te brinda mi amistad.

Llena las copas del Másico, que sepulta en el olvido los pesares, y derrama los unguentos de las grandes conchas.

¿Quién se apresura á tejernos coronas de mirto y fresco apio?; ¿á quién elegirá Venus por rey del banquete? Hoy he de ser menos comedido que un bebedor tracio. Me siento feliz perdiendo la razón por el encuentro de tan fiel amigo.

VIII

Á BARINA

Te daría crédito, Barina, si alguna vez hubieses sufrido la pena que merecen tus perjurios,

ennegreciéndose un solo diente de tu boca ó una sola uña de tu mano.

Pero tú, apenas acabas de obligarte con pérfidos juramentos, resplandeces mucho más hermosa, y eres el ídolo público de la juventud.

Bien puedes jurar por las cenizas de tu madre, encerradas en la urna fatal, por los astros silenciosos de la noche que fulguran en el cielo, y por los dioses no sujetos al rigor helado de la muerte.

La misma Venus se ríe de tus promesas, se ríen las candorosas Ninfas y el fiero Cupido, que aguza sin descanso sus agudas saetas en una piedra ensangrentada.

Para ofrecerte su amor crecen todos nuestros jóvenes, esclavos nuevos de tus hechizos; y los antiguos amantes, mil veces amenazados por tu desvío, se resisten á abandonar el techo de su cruel enemiga.

Las madres te temen por sus hijos, te temen los viejos avaros, y aun temen más las míseras doncellas recién casadas que el ámbar de tu aliento detenga á sus maridos en tus umbrales.

IX

Á VALGIO

No siempre despiden las nubes torrentes de lluvia sobre los yertos campos, ni fatigan incansables al mar Caspio las borrascas espantosas, ni

los llanos de Armenia, amigo Valgio, están cubiertos de hielo todos los meses, ni las encinas del Gárgano son combatidas sin cesar por los aquilones, ni los olmos pierden el lozano verdor de sus hojas.

Y tú lloras con incesantes lamentos á Miste, que la muerte te arrebató, sin reprimir tus sollozos cuando surge el lucero de la tarde, ni cuando desaparece á la salida del sol.

Mas Néstor, el anciano que vivió tres edades, no lloró todos los años á su amado Antíloco, ni lloraron siempre la pérdida del joven Troilo sus padres y sus hermanas frigias.

Cesa, pues, en tus querellas, indignas de tu valor, y celebremos juntos los nuevos trofeos de Augusto César, y el Éufrates y el helado Nifates que, revolviendo menores raudales, se suman á los pueblos vencidos, y los gelonos, obligados á cabalgar en más estrecho territorio.

X

Á LICINIO

Vivirás dichoso, Licinio, no desafiando á todas horas los peligros de alta mar, ni por horror excesivo de las tempestades, bordeando la costa erizada de escollos.

El que se contenta con su áurea medianía no padece intranquilo las miserias de un techo que

se desmorona, ni habita palacios fastuosos que provoquen á la envidia.

El pino robusto es con más frecuencia sacudido por los vientos; las torres excelsas se desploman con mayor estruendo, y los rayos del cielo hieren las cumbres de los montes.

El ánimo bien preparado á las alternativas de la suerte espera cuando le acosa la adversidad, y teme si le sonríe la fortuna. Júpiter envía los crudos inviernos y Júpiter los ahuyenta.

Si hoy nos agobian los males, no ha de ser lo mismo mañana; no siempre Apolo tiene el arco tirante; á veces despierta la callada Musa con su lira.

Muéstrate firme y animoso en la desgracia, y con prudencia recoge las velas hinchadas por el viento de la fortuna, demasiado favorable.

XI

Á QUINTO HIRPINO

Quinto Hirpino, no te empeñes en averiguar los designios del cántabro belicoso y el escita, que el Adriático separa de nosotros, ni te afanes tanto por satisfacer las exigencias de una vida que necesita tan poco.

Huye veloz la juventud lozana en compañía de la belleza, y la rugosa vejez se nos lleva los amores juguetones y los fáciles sueños.

No conservan largo tiempo su esencia y sus matices las flores de la primavera, ni el rostro encendido de la luna brilla todas las noches con igual esplendor.

¿Por qué fatigas con eternos proyectos tu ánimo, incapaz de sustentarlos? ¿No sería mejor tendernos con negligencia á la sombra del alto plátano ó el recio pino, y pues se nos consiente, apurar sendas copas y adornar de rosas nuestros canos cabellos, perfumados con los nardos de Asiria?

Baco disipa los cuidados roedores. Á ver qué siervo joven refrescará más presto los vasos del ardiente Falerno en las aguas del arroyo fugitivo.

¿Quién se encargará de sacar en secreto de su casa á la cortesana Lide? Ea, dile que venga sin tardanza con su lira de marfil, y que ligue sus cabellos sueltos con un nudo, al uso de las mujeres de Esparta.

XII

Á MECENAS

No pretendas que cante al compás de la cítara las obstinadas luchas de la feroz Numancia, las batallas del fiero Aníbal, el mar de Sicilia enrojecido por la sangre cartaginesa, las contiendas de los Lapitas, la embriaguez del centauro Hileo

ó los Titanes, hijos de la Tierra, que hicieron estremecer el refulgente palacio del viejo Saturno, domados por la mano de Hércules.

Tú, Mecenas, relatarás en fácil prosa y con mayor elocuencia las campañas de César, que conduce por las calles de Roma las cervices humilladas de los reyes amenazadores; á mí la Musa me ordena ensalzar los dulcísimos cantos de tu amada Licinia, el hechizo de sus ojos abrasadores y su pecho fiel en pagar con creces el amor que le profesas.

El día solemne en que se celebran las fiestas de Diana brilla como ninguna por su agilidad en la danza, su genio bullicioso y la donosura con que da las manos á las vírgenes compañeras de sus juegos.

Cuando aproxima Licinia su lindo rostro para recibir tus ardientes besos, ó con fingida esquividad te los niega, porque á concedértelos prefiere que se los robes, y á veces ella se anticipa á robártelos, ¿venderías entonces uno solo de sus cabellos por las riquezas fabulosas del rey Midas, los tesoros del gran Aquémenes ó los aromas y perlas de los árabes?

XIII

CONTRA UN ÁRBOL

Maldito sea aquel que te plantó el primero en infausto día, y luego te trasladó con mano sacri-

lega, para que fueses la ruina de su descendencia y el oprobio del lugar.

Creo que degolló á su padre y mancilló por la noche su casa con la sangre del huésped, y supo confeccionar los venenos de Colcos, y atreverse á cuanto es capaz de concebir el ingenio más infame, el que te plantó en mi campo, árbol inicuo, que habías de caer sobre la cabeza de tu inocente dueño.

Por más peligros que evite, nunca tendrá el hombre la cautela de evitarlos todos. El marino de Cartago mira con horror la entrada del Bósforo, y no ve los riesgos con que en otra parte le acecha su adverso destino; el soldado romano teme las saetas y la rápida fuga del partho, y éste las cadenas y el esfuerzo del romano; pero la muerte arrebatada de improviso, y seguirá arrebatando á las gentes.

Cuán cerca estuve de visitar el tenebroso reino de Proserpina, el tribunal de Éaco, los sitios apartados de las almas piadosas, y á Safo quejándose en la lira eolia de las doncellas de su patria, y á ti, Alceo, que pulsas varonilmente las cuerdas con tu plectro de oro, cantando las borrascas del mar, los trances de la guerra y las amarguras del destierro.

Las sombras escuchan con admiración sus cantos, dignos de un religioso silencio, pero la inmensa muchedumbre del vulgo presta oídos más atentos al fragor de las batallas y los tiranos destronados.

Y no es de admirar cuando el monstruo de cien cabezas, poseído de estupor, humilla sus negras orejas al son de sus versos, y se estremecen de alegría las sierpes enlazadas en los cabellos de las Furias.

También Prometeo y el padre de Pélops hallan en tan dulces acentos alivio á sus trabajos, y Orión se olvida de perseguir á los leones y los tímidos linceos.

XIV

Á PÓSTUMO

Cuán fugaces, ¡ay! Póstumo, Póstumo, resbalan los años, sin que nuestra piedad alcance á detener las arrugas de la presurosa vejez ni el rigor implacable de la muerte.

Amigo, será inútil que intentes aplacar con tres hecatombes cada día al inexorable Plutón, que rodea á Ticio y al triforme Gerión con las tristes ondas de la Estigia, que hemos de atravesar cuantos nos alimentamos de los frutos de la tierra, ora seamos reyes, ora pobres colonos.

En vano evitaremos los cruentos choques de Marte, en vano venceremos el ronco oleaje del Adriático furioso, en vano á la llegada del otoño nos defenderemos del Austro, tan nocivo á la salud.

Tenemos que visitar el negro Cocito, que des-

liza lánguidamente su curso, y ver la raza infame de Dánao, y á Sísifo, el hijo de Eolo, condenado á su eterno suplicio.

Habrás de dejar tus campos, tu casa, tu placentera esposa, y de todos los árboles que cultivas sólo acompañará á su dueño de un día el aborrecido ciprés.

Un heredero más digno consumirá el Cécubo que guardas con cien llaves, y hará correr por el rico pavimento el vino, que sería envidiado en las mesas de los pontífices.

XV

CONTRA EL LUJO DE SU SIGLO

Ya los suntuosos edificios apenas dejan campos á la labor del arado; por doquiera se ven estanques mayores que el lago Lucrino; el estéril plátano substituye á los olmos; las violetas, los arrayanes y toda especie de flores esparcen sus perfumes en los olivares que enriquecían á sus primitivos dueños, y las espesas ramas del laurel impiden llegar á tierra los rayos del sol.

No sucedía así en el reinado de Rómulo ni en tiempos del rígido Catón, defensor de las antiguas leyes. Eran entonces muy cortas las fortunas privadas y muy grande la del común; no alzaba pórticos dilatados y abiertos á las ráfagas del Norte el simple particular; las leyes no per-

mitían que nadie despreciase el césped natural, y ordenaban que la pública hacienda sufragase los gastos de hermohear con ricos mármoles las ciudades y los templos de los dioses.

XVI

Á GROSFIO

Ocio pide á los dioses el marinero sorprendido en medio del Egeo, al ocultarse la luna entre negros nubarrones y obscurecerse las estrellas que guían al piloto.

El tracio feroz en la guerra, y el medo, orgulloso con su aljaba, anhelan también el ocio, que no se compra con la púrpura, las piedras finas ó el oro.

Ni las riquezas ni el lictor consular remueven del alma las tristezas hondas que la perturban y las zozobras que vuelan en torno de los techos artesonados.

Con poco vive feliz el que en su mesa frugal ve resplandecer el salero que heredó de su padre, y ni al miedo ni á la sórdida ambición sacrifica su plácido sueño.

¿Cómo nuestra insensatez forma tan grandes proyectos con vida tan corta? ¿Á qué volamos á tierras calentadas por otros soles? ¿Quién al desterrarse de su patria huye de sí mismo?

El afán de riquezas sube con nosotros á las

naves guarnecidas de bronce, y sigue á los escuadrones de caballeros más veloz que el gamo y más veloz que el Euro, forjador de tempestades.

El ánimo, satisfecho con los bienes presentes, no se inquieta por averiguar lo que ha de venir, y templa con alegres risas sus amarguras, porque nadie es completamente feliz.

Una muerte prematura arrebató al glorioso Aquiles; una larga vejez disminuyó á Titón, y tal vez la hora próxima me acuerde á mí lo que á ti te niega.

Cien rebaños y vacas sicilianas mugen en tus praderas; para ti relinchan las yeguas que has de uncir á la cuadriga, y te visten los vellones teñidos dos veces en la púrpura africana.

La Parca veraz me concedió á mí un pequeño campo, un soplo de la inspiración que infunden las Musas helénicas, y valor para despreciar al vulgo maligno.

XVII

Á MECENAS ENFERMO

¿Por qué me entristeces con tus amargos lamentos? Mecenas, mi mayor gloria, mi sostén más firme, ni los dioses ni yo queremos que me precedas en la muerte. ¡Ah! Si un sino despiadado te arrebatase á ti, parte principal de mi alma,

¿para qué había de vivir yo privado del entrañable amigo, y sobreviviéndole sólo en la mitad de mi ser?

El mismo día verá la ruina de los dos; no hago pérfidos juramentos. Iremos, iremos adonde vayas, como compañeros dispuestos á emprender el último viaje.

No me apartará de ti el aliento de fuego que vomita la Quimera, ni aunque resucitase Gías el de los cien brazos; así lo decretaron las Parcas y la soberana Justicia.

Ora la Balanza ó el pavoroso Escorpión, ora el Capricornio que tiraniza el mar de Hesperia hayan presidido con violencia mi nacimiento, nuestros destinos están unidos con lazo indisoluble.

La brillante tutela de Jove te libró del impío Saturno, y detuvo las rápidas alas de la muerte cuando la muchedumbre del pueblo hizo resonar tres veces sus alegres aplausos en el teatro.

Un tronco caído sobre mi cabeza hubiera dado cuenta de mí, si Fauno, protector de los favoritos de Mercurio, no evitase el golpe con su diestra. No olvides ofrecer las víctimas y erigir el templo que prometiste. Yo sacrificaré una humilde cordera.

XVIII

CONTRA UN AVARO

Ni el marfil ni los dorados artesones enriquecen mi casa, ni los troncos del Hímeto oprimen las columnas arrancadas á las canteras de Numidia, ni heredero desconocido tome posesión del palacio de Átalo, ni honestas clientes tiñen para mí de púrpura los vellones de Laconia.

Me basta con mi lira y la vena benigna de mi inspiración; aunque pobre, los ricos solicitan mi amistad; no importuno con exigencias á los dioses, ni reclamo nuevas mercedes de mi poderoso amigo, pues me juzgo bastante feliz con mis tierras de Sabina.

Un día empuja á otro día; las nuevas lunas surgen y desaparecen; mas tú, cercano á la muerte, ordenas labrar los mármoles y con ellos levantas suntuosas edificaciones, olvidándote del sepulcro; y no satisfecho con las tierras que posees, te esfuerzas por dilatar las costas de Bayas, donde se quiebra con estruendo el oleaje.

¿Por qué remueves sin cesar las lindes vecinas y en tu avaricia invades los campos de tus clientes? El esposo y la esposa son arrojados, llevando consigo sus patrios Penates y sus hijos harapientos; pero no por eso aguarda al rico palacio más seguro que la morada del Oreo rapaz.

¿Á qué codicias tanto? La misma tierra abre

su seno al miserable que á los hijos de los reyes. El guardián del Averno, sobornado por el oro, no condujo de nuevo á la orilla al astuto Prometeo, ni dejó de oprimir al soberbio Tántalo con su raza maldecida, y se le llame ó no se le llame, viene por fin á aliviar las miserias del pobre.

XIX

Á B A C O

Creedme, venideros, he visto á Baco en las rocas apartadas enseñando hermosos cantos á las Ninfas, que los aprendían solícitas, y á los Sáticos con pies de cabra, que estiraban sus orejas puntiagudas.

¡Vitor! Mi ánimo se estremece con el delirio reciente, y el pecho lleno de Baco palpita con tumultuosa alegría. ¡Vitor! Perdóname, Baco; perdóname, dios temible del tirso amenazador.

Tú me permites celebrar las Bacantes sobreexcitadas, las fuentes de vino, los arroyos de purísima leche, y recoger cien veces la miel que manan los huecos de las encinas.

Tú me consientes ensalzar la gloria de tu divina esposa, que fulgura en el cielo, la mansión de Penteo, destrozada con miserable ruina, y la muerte del tracio Licurgo.

Tú enfrenas el curso de los ríos y aplacas el mar de la India; tú, en los montes solitarios,

enardecido por la embriaguez, entrelazas sin riesgo manojos de víboras en los cabellos de las mujeres tracias.

Tú, cuando la cohorte impía de los Gigantes osó escalar el excelso reino de Jove, destrozaste á Reto con tus uñas y dientes feroces de león.

Creíamos que eras más apto en las danzas, los juegos y las fiestas que en los peligros de Marte; pero tú te mostraste tan poderoso en la guerra como en la paz.

Á la salida del infierno, deslumbrado por tus cuernos de oro, te contempla con mansedumbre el Cerbero, que mueve suavemente la cola y lame tus plantas con sus tres lenguas.

XX

Á MECENAS

Con alas potentes y nunca vistas, poeta de dos formas, hendiré el azul espacio, sin detenerme largo tiempo en la tierra, y más grande que la envidia, abandonaré sus ciudades.

Yo, nacido de humildes padres, y á quien tú, Mecenas, llamas amigo, no moriré del todo, ni me verá rodeado por las ondas de la Estigia.

Ya la áspera piel se endurece sobre mis piernas; ya de medio cuerpo arriba me transformo en blanco cisne, y las plumas suaves me nacen por los dedos y los hombros.

Ya más presto que Ícaro el de Dédalo, cantor alado, visitaré las playas donde gime el Bósforo, las sirtes de Getulia y los campos Hiperbóreos.

El morador de Colcos, el dacio que disimula el miedo que le infunden los ejércitos marsos y los remotos gelonos, oirán mi nombre; el docto ibero y el que bebe las aguas del Ródano aprenderán mis canciones.

Que no se oigan acentos tristes ni quejas lastimeras, ni llantos desolados en mis vanos funerales; refrena tus clamores y no me prodigues las pompas inútiles del sepulcro.

LIBRO TERCERO

I

SOBRE LA TRANQUILIDAD DEL ÁNIMO

Odio al vulgo profano, y lo rechazo. Favorecedme con vuestro silencio; sacerdote de las Musas, canto versos nunca oídos á las vírgenes y los mancebos.

Los rebaños de pueblos tiemblan ante sus propios reyes; los reyes, á su vez, tiemblan ante el imperio de Jove, que, esclarecido por su triunfo sobre los Titanes, conmueve los mundos al fruncir el entrecejo.

Uno extiende, más que el vecino, en los surcos las filas de árboles; éste, de sangre más generosa, baja al campo de Marte á caza de honores; esotro lucha confiado en su buen nombre y sus virtudes cívicas; aquél se autoriza con la turba numerosa de sus clientes, pero la necesidad iguala altos y bajos con la misma ley, y en la vasta urna se revuelven los nombres de todos.

Al que ve pendiente la espada amenazadora sobre su impía cabeza, ni los manjares de Sicilia le regalan con su dulce sabor, ni los sonidos de la cítara ó los gorjeos de las aves le incitan al sueño.

El blando sueño de los pobres labriegos se concilia mejor en las humildes cabañas, en las riberas sombreadas por el ramaje ó en el valle de Tempe que los Céfiros acarician.

Quien limita sus deseos á lo necesario, no se intimida por las borrascas de los mares, y desafía los ímpetus violentos del Arturo en su ocaso ó del aparecer de las Cabrillas.

No se queja de sus viñas azotadas por el granizo, ni de su heredad improductiva, ya culpen los árboles á las lluvias insistentes, ya al crudo rigor del invierno ó al estío que abrasa los campos.

Los peces se sienten estrechados por las moles que se alzan en el líquido elemento, y los ricos, cansados de habitar la tierra, traen aquí sus numerosos contratistas con carros de materiales y falanges de obreros; mas el temor y la zozobra los siguen tenaces adondequier, montan con ellos en la trirreme guarnecida de bronce, y cabalgan á sus grupas, oprimiéndolos con sombríos cuidados.

Pues si los mármoles de Frigia, los mantos de púrpura más resplandecientes que la luz, las copas de Falerno ó los perfumes de Aquemenes no libran de angustias al poderoso, ¿á qué someter-

me á las exigencias del fausto y edificar atrios suntuosos con pórticos que exciten la envidia? ¿Á qué iré á trocar el valle de Sabina por riquezas que sean mi tormento?

II

Á SUS AMIGOS

Amigos, aprenda el joven robusto en la dura escuela de la milicia á soportar la ingrata pobreza, y, caballero temible, persiga á los feroces parthos con su lanza.

Sufra las inclemencias del cielo, y realice tan intrépidas hazañas que, contemplándolo desde las murallas enemigas la esposa del tirano á quien combate, con su hija ya núbil, suspire, ¡ay!, porque su real esposo, ignorante del arte bélica, no provoque el encuentro de león tan indomable; cuya cruenta rabia se goza en la atroz carnicería.

Es dulce y glorioso morir por la patria. La muerte acosa en la fuga al cobarde, y no perdona al joven sin arresto que vuelve al peligro las tímidas espaldas.

La virtud, no acostumbrada á la torpe repulsa, resplandece por sí misma con brillantísimos fulgores, y no toma ó depone las segures al antojo del aura popular.

La virtud se abre paso por caminos jamás hollados, eleva al cielo á los que ganan la inmorta-

lidad, y desprecia en sus atrevidos vuelos el fango de la tierra y el aplauso del vulgo.

El silencio fiel tiene asimismo su premio reservado. Yo procuraré que no habite conmigo bajo el mismo techo, ni monte conmigo en el mismo esquife el indiscreto que osó divulgar los misterios de Ceres.

Muchas veces Júpiter ofendido hiere de un golpe al culpable y al inocente, y es muy raro que la pena, con su pie cojo, no consiga alcanzar al perverso que huye de ella acelerado.

III

EL VARÓN CONSTANTE

Al varón justo y firme en sus propósitos no lo apartarán del recto camino los gritos de los ciudadanos que le incitan al crimen, el aspecto amenazador de un tirano, el Austro que subleva las olas inquietas del Adriático, ni la mano poderosa del fulminante Jove. Si el orbe estalla hecho pedazos, las ruinas le cogerán sin espanto.

Merced á esta fortaleza, Pólux y el infatigable Hércules escalaron las celestes mansiones, y Augusto, reclinado entre tales héroes, apura el néctar de los divinos banquetes; por ella mereció el padre Baco que los tigres, doblando al yugo su indócil cuello, lo condujeran en su carro, y que Quirino triunfase del Aqueronte, arrastrado

por los bridones de Marte, gracias á la elocuencia desplegada por Juno en la asamblea de los dioses.

Ilión, Ilión, un juez incestuoso y fatal para ti y una mujer extranjera te han reducido á pavesas, pues desde el día en que dejó Laomedonte de pagar á los Númenes las pactadas recompensas, su pueblo, con su fraudulento rey, fué entregado á mi venganza y á la de la casta Minerva.

Ya no resplandece el famoso huésped de la adúltera espartana, ni la perjura casa de Príamo rechaza con el brío de Héctor á los intrépidos aqueos; acabó, por fin, la guerra que prolongaron nuestras disensiones.

Satisfecho mi odio rencoroso, entrego á Marte el nieto aborrecido que dió á luz una sacerdotisa troyana; le consiento subir á la cumbre luminosa del Olimpo, beber las copas de néctar y sentarse en la tranquila compañía de los dioses.

Vivan estos desterrados en cualquier parte felices, siempre que el mar bravío se interponga entre Roma é Ilión; siempre que el ganado insulte sin temor los sepulcros de Paris y Príamo, y las fieras no perseguidas oculten allí sus cachorros.

Que el Capitolio brille esplendoroso, y la triunfante Roma pueda dictar leyes á los medos vencidos y extender el terror de su nombre á los postreros confines por donde el mar separa el África de Europa, y por los cámpos que riegan las inundaciones del Nilo.

Que se muestre más generosa despreciando el oro oculto en el seno de la tierra, donde debía permanecer siempre escondido, que hábil en aprovecharlo para los usos humanos, ó pronta á arrebatarlo de los templos con mano sacrilega.

Que llegue á sojuzgar con sus armas las regiones más apartadas del mundo, y dilate su dominio desde las zonas tostadas por el sol, á las que yacen envueltas por las nieblas y las lluvias del invierno.

Pero anuncio tan felices hados á los romanos con esta condición: que no intenten por un exceso de piedad ó sobra de confianza en su suerte levantar las murallas de la ciudad donde vivieron sus antepasados.

Troya, renaciendo bajo funestos auspicios, volvería á sucumbir con espantoso estrago; porque yo, la hermana y esposa de Jove, lanzaría contra ella las falanges que la arruinaran.

Si Apolo la ciñese de un triple muro de bronce, caería tres veces al ímpetu de mis aqueos, y tres veces las matronas cautivas habrían de llorar la muerte de sus hijos y esposos.

Pero, Musa, ¿adónde diriges tu vuelo? Tan altos asuntos no convienen á mi lira juguetona; cesa en tu porfía de referir los discursos de los dioses y cantar sus designios á tus débiles acordes.

IV

A CALÍOPE

Desciende del cielo, soberana Calíope, y acompaña con tu flauta mi canto heroico, si no prefieres que suene tu divina voz sola ó al compás de las cuerdas y la cítara de Apolo.

¿La oís, ó es una ilusión deliciosa que me engaña? La oigo, y la veo errar por los bosques sagrados, que bañan los arroyos y perfuman las auras.

Las palomas mensajeras de Venus me cubrieron de hojas frescas y recientes un día que el cansancio del juego me rindió dormido en el monte Vultur, á la falda que se extiende más allá de la Apulia, mi país natal: prodigio que admiraron cuantos habitan como en nidos las rocas de Aquerontia, los bosques de Bantia y los fértiles valles del humilde Ferento.

Niño animoso con el favor de los dioses, dormía seguro de las garras de los osos y la ponzoña de las víboras sobre hojas de laurel sagrado y fresco mirto.

Vuestro favor, ¡oh Musas!, vuestro favor me ensalza á las cumbres de los montes sabinos, dirige mis pasos á la fría Preneste, á las colinas de Tibur ó á las risueñas costas de Bayas.

Por haber amado vuestras fuentes y vuestros coros no perecí en el desastroso combate de

Filipos, ni á la caída de un árbol funesto, ni en los escollos de Palinuro, que azota el mar de Sicilia.

Como atrevido piloto no vacilaré, siempre que me hagáis compañía, en arrostrar las tempestades del Bósforo, ni en pisar como viajero las ardientes arenas de las playas asirias.

Visitaré indemne al britano tan cruel con el extranjero, al concano que se abreva alegremente en la sangre de sus caballos, al gelono armado de su aljaba y el río de la Escitia.

Vosotras recreáis en la gruta Pieria al gran César cuando busca descanso á sus trabajos, y reconcentra en las ciudades sus cohortes fatigadas de tantas guerras; vosotras le dais consejos de clemencia, y os regocijáis de habérselos dado.

Bien sabemos cómo aniquiló con el rayo destructor á los impíos Titanes y sus horrendos secuaces el dios único que gobierna con magnánima equidad la tierra inmóvil, el mar tumultuoso, el reino de las sombras, las ciudades, los Númenes y las turbas de los mortales.

Había infundido gran terror en el ánimo de Jove la audacia de aquella juventud, que intentaba con la fuerza de sus brazos colocar el Pelión sobre las cumbres del Olimpo; ¿mas qué podían Tifeo y el robusto Mimante, Reto, Porfirio el de estatura colosal, y Encélado, que por dardos vibraba troncos arrancados de cuajo, contra la égida resonante de Palas?

Allí peleó Vulcano ávido de sangre, la matro-

na Juno y Apolo venerado en Pátara y Delos, que nunca suelta el arco de los hombros, que lava sus hermosos cabellos en las puras ondas de Castalia, y habita en las montañas de Licia las selvas que le vieron nacer.

La fuerza que no guía el consejo se precipita por su propio peso. Los Númenes robustecen la fuerza que dirige la prudencia, y odian la que impulsa á los hombres á cometer toda maldad. Testigos de mis asertos son Giges, el de los cien brazos, y el infame Orión, que atentó á la castidad de Minerva, cayendo derribado por las saetas de la virgen.

La tierra se conduele de los monstruos que abortó y llora la suerte de sus hijos lanzados por el rayo á las tinieblas del Orco. Ni las llamas que Encélado vomita devoran su prisión del Etna, ni el buitre que castiga la maldad del incontinente Ticio deja nunca de roerle las entrañas, y trescientas cadenas sujetan á Piriloo, el amante de Proserpina.

V

ELOGIO DE AUGUSTO

Por los truenos espantosos creemos que Júpiter reina en el cielo; Augusto es reconocido como dios en la tierra, por haber sometido á su imperio los bretones y los formidables persas.

El soldado de Craso vivió en torpes lazos maritales con esposas extranjeras. ¡Oh curia, cuánta corrupción! El marso y el apulio han podido envejecer en los campos de los enemigos hechos sus parientes y prosternarse ante un rey medo, olvidados de los escudos anciles, el nombre, la toga y el fuego eterno de Vesta, reinando incólume Jove y la ciudad de Roma.

El magnánimo Régulo quiso precaver tanta vergüenza, rechazando condiciones humillantes de paz y oponiéndose á tratos que habían de sernos funestos en el porvenir si no se dejaba perecer aquella juventud cautiva é indigna de compasión.

«Yo he visto, dijo, las enseñas romanas y las armas rendidas sin combatir, que adornaban como trofeos los templos cartagineses; he visto los brazos de libres ciudadanos atados fuertemente á las espaldas, las puertas de la ciudad de par en par abiertas, y en cultivo los campos que devastaron nuestros ejércitos.

»¿Volverá más valeroso á la patria el soldado que se rescate á precio de oro? ¿Queréis añadir el daño á la ignominia? Ni la lana, una vez teñida de rojo recobra su primitivo color, ni la virtud que se pierde una vez vuelve á levantar los ánimos envilecidos.

»Antes la cierva luchará por romper el lazo donde cayó, que luce bravamente quien se ha entregado á los pérfidos enemigos, y humille al cartaginés en nuevas campañas el que por temor

de la muerte sufrió impasible las correas que amorataban sus brazos, y por salvar cobardemente la vida antepuso la paz á los horrores del combate. ¡Oh baldón, oh Cartago engrandecida sobre las ruinas miserables de Italia!>

Es fama que se negó á recibir los ósculos de su púdica esposa y sus tiernos hijos, como si fuese un vil esclavo; y con torvo ceño clavó en tierra los ojos, hasta que los senadores vacilantes se resolviesen á seguir el dictamen que sólo era capaz de dar su heroísmo, y como egregio desterrado pudiese volver á su cautiverio entre el llanto de sus amigos.

Y sabía cuán horribles tormentos le preparaban sus verdugos; no obstante, apartó á sus parientes que le cerraban el paso y al pueblo que le detenía en su marcha, no de otro modo que si después de haber arreglado los negocios de sus clientes y compuesto sus diferencias, marchase á descansar en las campiñas de Venafro ó en la ciudad de Tarento, que fundaron los lacedemonios.

VI

Á LOS ROMANOS

Pagarás, romano, sin merecerlo los delitos de tus antepasados, como no restaures los templos y santuarios que se desmoronan, ni alces las es-

tatuas de los Números ennegrecidos por el humo.

Si eres dueño del mundo, á los dioses debes tu fortuna; tal es el principio y fin de toda grandeza. El menosprecio de su culto ha cubierto en mil ocasiones de luto á la desolada Hesperia.

Dos veces el caudillo Moneses y el ejército de Pacoro quebrantaron nuestro arrojo no alentado por los auspicios, y gozosos adornaron con nuestras joyas sus pequeños collares.

Roma, presa de civiles discordias, vióse á punto de sucumbir á los ataques del dacio y el etíope: el uno formidable por sus escuadras, el otro más temible por sus certeras saetas.

Nuestro siglo, fecundo en maldades, corrompió primero el tálamo nupcial, afrentando las casas y los linajes; de esta fuente deriva la pestilencia que destruye al pueblo y á la patria.

La virgen adulta se entrega sin freno á las danzas de Jonia, se instruye en las artes de la seducción, y desde tierna edad sueña con amores incestuosos.

Ya casada, solicita á los adúlteros más jóvenes en los banquetes de su esposo, y no se detiene á elegir el amante á quien prodigue en las sombras sus ilícitos favores, sino que á presencia del marido, tolerante con sus desórdenes, acude á la voz del fautor de tercerías ó del mercader de la nave española que paga á precio muy alto su deshonra.

No fueron estos padres los que engendraron la juventud que tiñó los mares con la sangre

cartaginesa y venció á Pirro, al poderoso Antioco y al cruel Aníbal, sino la prole varonil de rústicos soldados, diestra en remover la tierra con los azadones sabelios, que, obediente á la voz de sus severas madres, cargaba con los troncos de leña, cortados en la selva, cuando el sol prolongaba las sombras de los montes, hacía desuncir los bueyes cansados, y fugitivo en su carro traía las horas plácidas del reposo.

Un siglo pestilente, ¿qué no corrompe? La edad de nuestros padres, peor que la de nuestros abuelos, nos dió el ser á nosotros, aún más perversos, que á la vez engendraremos una progenie más corrompida.

VII

Á ASTERIE

Asterie, ¿por qué lloras la ausencia de Giges, que el templado Fabonio de la primavera te ha de restituir, siempre constante en su fe y rico con las ganancias de Bitinia?

Empujado por el Noto al Epiro, después que se ocultaron las infaustas Cabrillas, pasa las frías noches sin dormir, y derrama un río de lágrimas.

Un nuncio astuto de su solícita amiga Cloe le dice que suspira por él, que se abrasa por él en las mismas llamas que tú, y por todos los medios pone á prueba su constancia.

Refiérole cómo una pérfida mujer indujo al crédulo Preto, con sus falsas imputaciones, á quitar la vida á Belerofonte por demasiado casto.

Le cuenta que Peleo estuvo á pique de descender al Tártaro por esquivar los halagos de Hipólita de Magnesia, y le recuerda cien historias que convidan al placer.

Todo en vano; firme que firme, desatiende sus voces, más sordo que los escollos de Ícaro; pero guárdate que tu vecino Enipeo no te cautive más de lo conveniente, y eso que ninguno otro le iguala en la destreza con que monta á caballo sobre el césped del campo de Marte, ni atraviesa á nado con mayor rapidez la corriente del Tíber.

En las primeras horas de la noche cierra tu casa; no te asomes á la calle atraída por el son de su flauta quejumbrosa, y permanece insensible, aunque te llame mil veces dura y cruel.

VIII

Á MECENAS

Mecenas, doctísimo en las letras griegas y latinas, ¿te sorprende ver á un célibe como yo solemnizar las calendas de marzo con la naveta llena de incienso, con flores exquisitas y con las brasas del carbón sobre el fresco césped?

He prometido á Baco un gran festín y sacrificarle un macho cabrío por haberme librado del golpe de un árbol que cayó sobre mí.

Aquel fausto día que el curso del año renueva
hará saltar el corcho, sujeto por la pez, del án-
fora que guardo al humo desde el consulado de
Tulo.

Toma, pues, cien veces la copa que te brinda
tu salvo amigo; haz que brillen las antorchas
hasta el amanecer, y envía noramala los alterca-
dos y la cólera.

Desecha las inquietudes políticas que te ins-
pira Roma; el dacio Cotisón ha sucumbido; los
terribles medos se destruyen con sus propias
armas; el cántabro de España, nuestro irreconci-
liable enemigo, dobla por fin el cuello á la cade-
na, y el escita, aflojando la cuerda de su arco, se
resuelve á cedernos el campo.

Da al olvido un momento los públicos intere-
ses que tanto afán te cuestan, déjate de graves
negocios y coge alegre por los cabellos la dicha
de la hora presente.

IX

DIÁLOGO ENTRE HORACIO Y LIDIA

HORACIO

Cuando tú me amabas y ningún rival podero-
so oprimía tu cuello con sus brazos, me sentía
más feliz que el rey de los persas.

LIDIA

Cuando no ardías más por otra y Lidia no rei-

naba en tu corazón después de Cloe, la fama de Lidia llegó á ser más ilustre que la de la romana Ilia.

HORACIO

Ahora me domina Cloe de Tracia, que á su voz dulcísima reúne el arte de pulsar la cítara, y por ella no temería morir si los hados perdonasen su vida, que me es tan adorable.

LIDIA

Calais, el hijo de Ornito de Turio, me abrasa en su propia llama, por quien sufriría dos veces la muerte si así lograba que el destino respetase á joven de mí tan querido.

HORACIO

¿Y si vuelve el amor que antes nos profesábamos y sujeta con férreos lazos nuestros corazones? ¿Y si doy al olvido á la rubia Cloe y abro mi puerta á Lidia, á quien rechacé?

LIDIA

Aunque mi amante es más hermoso que un astro y tú más ligero que el corcho y más iracundo que el oleaje del Adriático, seré feliz en tu compañía, y moriré gozosa contigo.

X

Á LICIA

Si bebieras, Licia, en las fuentes del remoto Tánais y estuvieses casada con un escita cruel, no dejarías de llorar viéndome tendido á tus umbrales, víctima del Aquilón furioso.

¿Oyes el estrépito con que los vientos mueven las puertas y sacuden los árboles del jardín que hermosea tu mansión? ¿Ves cómo Júpiter con su frío aliento convierte en hielo las nieves?

Depón el orgullo, poco grato á Venus, temerosa de que se trueque tu fortuna. Tu padre, hijo de Toscana, no engendró en ti una Penélope desdeñosa con todos sus pretendientes.

Aunque no consigan doblegarte las súplicas ni los regalos, los rostros pálidos como violetas de tus amadores, ni tu infiel esposo, que se huelga en los brazos de una cortesana de Tesalia, ten compasión de los infelices que te ruegan, ¡oh tú, más dura que la encina y más peligrosa que las víboras africanas! No siempre mi cuerpo ha de arrostrar fríos y lluvias en tus umbrales.

XI

Á MERCURIO

Mercurio, que enseñaste al dócil Anfión á mover con sus acentos las peñas, y tú, lira de siete

cuerdas, que brotas raudales de armonía, en otro tiempo silenciosa y poco apreciada, hoy el encanto de los suntuosos banquetes y las fiestas de los templos, ven y dictame cantos que venzan la obstinación de Lide, que juguetea desatenta á mis súplicas, como salta en libertad por las extendidas vegas una yegua de tres años que aun desconoce por su juventud los placeres del amor y teme el contacto del ardiente marido.

Tú puedes amansar los tigres, remover los árboles, detener la corriente impetuosa de los ríos y acallar con tus acordes los aullidos del Cerbero, guardián del Averno, que agita como las Furias su cabeza erizada por cien serpientes, y despidе un aliento inmundo y una ponzoña mortífera por su boca de tres lenguas.

Al oír tus sentidas canciones, Ticio é Ixión sonrieron á pesar de sus tormentos, y las hijas de Dánao cesaron por un instante en su inútil faena.

Sepa Lide los crímenes de estas vírgenes, la pena harto conocida que se les impuso, condenándolas á llenar de agua una urna sin fondo, y la suerte horrenda que aguarda á los culpables en el infierno.

Las crueles, ¿qué más podían hacer?, se resuelven á asesinar con el duro hierro á sus jóvenes esposos; mas una de ellas, la única digna de la antorcha nupcial, con un hermoso engaño burla á su perjuro padre, mereciendo los loores de los siglos. «Levántate, dice á su tierno marido; le-

vántate, no sea que la mujer de quien menos recibas te sepulte en el eterno sueño; que no te sorprenda un suegro infiel y mis protervas hermanas, que como leonas encarnizadas con los becerros, ¡ay!, despedazan uno por uno á su esposos; yo, más compasiva que ellas, ni clavaré el acero en tus entrañas, ni dejaré de ayudarte en la fuga. Que mi padre me cargue de pesadas cadenas por haber tenido compasión de mi dulce esposo, que me embarque y relegue á los postreros confines de Numidia.

»Tú corre adonde te lleven los pies y los vientos. Venus y la noche te favorecen; huye con felices auspicios, acuérdate de mí y esculpe esta hazaña en mi sepulcro.»

XII

Á NEÓBULE

Es bien merecedora de compasión la joven que ni puede entregarse á las delicias del amor ni adormecer sus pesares con el vino, temiendo siempre las acerbos reprensiones de un tío adusto.

El hijo alado de Citerea, ¡oh Neóbule!, deja caer de tus manos el huso y la rueca, y el arrogante Hebro de Lipari te quita el gusto por las labores difíciles de Minerva.

Hebro, el que baña sus espaldas de atleta en

las ondas del Tíber, maneja su caballo mejor que Belerofonte, y jamás fué vencido en el pugilato ni en la carrera, ya persiga veloz con sus flechas á los ciervos del espantado rebaño, ya acometa con valor al jabalí oculto en la maleza del bosque.

XIII

Á LA FUENTE BLANDUSIA

¡Oh fuente Blandusia!, de mayor transparencia que el cristal y digna de las ofrendas de dulce vino y pintadas flores, mañana te sacrificaré un cabrito, á quien apuntan los cuernos en la túrgida frente, destinándolo á las luchas y al amor; pero en vano, que este vástago de padres lascivos ha de teñir pronto con su sangre tus heladas márgenes.

Los rayos insufribles de la ardiente Canícula no se atreven á tocarte, y ofreces tus cristalinos raudales á los bueyes fatigados de labrar y las tímidas ovejas. Tú serás la más noble de las fuentes cuando celebre la encina que arraiga entre las peñas de donde manan y corren tus linfas murmuradoras.

XIV

SOBRE LA VUELTA DE AUGUSTO, VENCEDOR

¡Oh plebe! César, semejante por sus hazañas al esforzado Hércules, acaba de conquistar nuevos laureles á precio de sangre, y vuelve á Roma vencedor de los cántabros españoles.

Salga á recibirle, después de hacer sacrificios á los justos dioses, la esposa que cifra en él toda su felicidad, con la hermana del preclaro caudillo, y las madres de las doncellas y los jóvenes que regresan salvos de la campaña, acudan con las sienes ornadas por las vendas de las suplicantes. Vosotros, mancebos y mujeres que ya gozáis las caricias de un esposo, no pronunciéis palabras infaustas.

Este día, verdaderamente festivo para mí, ha de librarme de negras inquietudes. Siendo César el dueño del orbe, no temeré morir en el tumulto de la sedición ni por el hierro de un malvado.

Anda, muchacho, tráeme ungüentos y coronas y el ánfora contemporánea de la guerra de los marsos, si pudo librarse alguna de las rapiñas y excursiones de Espártaco.

Y di á la cantatriz Neera que se apresure á recoger sus cabellos impregnados de mirra; mas si un odioso portero te prohíbe la entrada, vuelves sin tardanza.

Mis cabellos, que ya blanquean, reprimen los

ímpetus del ánimo, antes tan propenso á contiendas y riñas escandalosas. En el ardor de mi juventud, cuando era cónsul Plancó, no hubiera yo sufrido tamaño desdén.

XV

Á CLORIS

Consorte del pobre Ibico, pon ya fin á tus desvergonzadas aventuras y torpes amoríos. Estando por los años tan cercana á tus funerales, deja de mezclarte en los corros de las vírgenes y de eclipsar con tu sombra las blancas estrellas. No te sienta bien, Cloris, lo que cuadra perfectamente á tu hija Fóloe. Ésta, por su tierna edad, puede llamar en las casas de los jóvenes, como una Bacante excitada por los sonidos del tímpano; pues el amor de Noto la obliga á retozar semejante á una cabra lasciva; pero á ti, vejestorio, te conviene hilar la lana de la noble Luceria, y no las cítaras, ni las rosas purpúreas, ni los festines donde se apuran hasta las heces los toneles de vino.

XVI

Á MECENAS

Las torres guarnecidas de bronce, las puertas robustas y los tristes ladridos de los perros vigilantes, hubieran bastado á defender á la infeliz

Dánae de nocturnos adúlteros, si Júpiter y Venus no se burlaran de Acrisio, temeroso guardián de la encerrada virgen. Un dios transformado en oro allana y facilita todos los caminos.

El oro se abre paso por medio de los centinelas, y con la violencia del rayo quebranta las rocas. El oro perdió al adivino de Argos con la total ruina de su casa. Á fuerza de dádivas, el rey de Macedonia abrió las puertas de las ciudades y venció á los príncipes enemigos; hasta los duros capitanes de las naves se rinden ante los dones.

Al aumento de riqueza sigue la inquietud y la sed por aumentarla más todavía. Mecenas, honor de los caballeros, siempre aborrecí, y con razón, levantar tan alta la cabeza que fuese demasiado visible.

Cuanto más se niega uno á sí mismo, tanto más le conceden los dioses. Como tráfuga del partido de los ricos, me apresuro á abandonarlos, y casi desnudo me paso al campo de los que nada desean, y vivo tan satisfecho con mi corta hacienda como si ocultase en mis graneros la cosecha que recoge el labrador de Apulia, pobre en medio de la mayor abundancia,

Un arroyo de cristalinas aguas, un bosque de pocas yugadas de tierra y una siega que responda á mis esperanzas, me hacen más dichoso que si dominara en la fértil África; y aunque las abejas de Calabria no fabrican sus mieles para mí, ni envejece el vino que consumo en el ánfora de Formia, ni se cardan para vestirme pingües ve-

llones en los prados de la Galia, me veo libre de la importuna pobreza, y si deseara tener más, tú no me lo negarías. La poca ambición multiplica mis rentas limitadas, mejor que si extendiese mi dominio sobre el reino de Aliates y los campos de Frigia. Los que mucho ambicionan carecen de muchas cosas. ¡Feliz el hombre á quien los dioses conceden con parca mano lo estrictamente necesario!

XVII

Á ELIO LAMIA

Elio, cuya nobleza procede del antiguo Lamo (pues éste dió su nombre á los primeros Lamias y á todos sus descendientes, según lo certifican los fastos), digno heredero de aquel caudillo que reinó sobre las murallas de Formia y extendió su señorío sobre el Liris, que baña las tierras de Marica, mañana una violenta tempestad, desencadenada por el Euro, cubrirá el bosque de hojas y la playa de algas inútiles, si no engaña el canto de la corneja que predice la lluvia.

Ahora que puedes, recoge la leña seca en el hogar y ofrece mañana al Genio sendas tazas de vino y un cochinito de dos meses, en compañía de tus siervos libres de sus faenas.

XVIII

Á FAUNO

Fauno, perseguidor de las fugitivas Ninfas, pisa benigno mis cercados y tierras de labor, y antes de alejarte, mira propicio las crías de mis ganados, si es verdad que en tu honor se sacrifica el tierno cabrito al caer el año, que corre en abundancia el vino de la crátera amiga de Venus, y que tu ara vetusta humea con las nubes del incienso.

Todo el rebaño salta de contento en los viciosos pastos, cuando nos traen tu fiesta las nonas de diciembre y el pueblo con los bueyes ociosos se entrega al regocijo en los prados.

El lobo anda entre los corderos libres de temor, la selva alfombra el suelo de verdes hojas y el cavador goza golpeando con las pasos de la danza la tierra que tanto aborrece.

XIX

Á TELEFO

Nos cuentas el tiempo transcurrido desde Inaco al rey Codro, que no temió morir por la patria, quiénes fueron los descendientes de Éaco y las batallas reñidas frente á los muros sagrados

de Ilión; pero nada nos dices del precio á que se vende el ánfora de Quíos, de quién calentará el agua de nuestro baño, ni qué huésped ni á qué hora nos recibirá en su casa para defendernos de las heladas ráfagas del monte Peligno.

Ea, muchacho, escancia aprisa y sin temor el jarro, y llena las copas tres ó nueve veces; quiero brindar por la luna nueva, por la media noche y por el augur Murena. El vate, enamorado de las nueve Musas, brinda en su loor otras tantas copas; las Gracias, en su inocente desnudez, temerosas de las reyertas, prohíben que se apuren más de tres.

Es muy grato en ocasiones delirar. ¿Por qué cesa la música de las flautas frigias y pende la zampoña junto á la callada lira? Aborrezco las manos ociosas. Esparce flores, muchacho; que el envidioso Lico y la vecina demasiado joven para esposa de este viejo caduco oigan nuestros clamores.

La tierna Cloe te llama, ¡oh Telefo!, seducida por tu hermosa cabellera y tus ojos que brillan como el lucero de la tarde; á mí me consume á fuego lento el amor de Glicera.

XX

Á PIRRO

¿No ves, Pirro, con cuánto peligro de tu vida intentas quitar sus cachorros á esa leona de Ge-

tulia? Raptor cobarde, huirás bien pronto del campo de batalla, cuando la veas correr por entre las turbas de jóvenes en busca del arrogante Nearco. Grave contienda decidirá si ha de ser tuya ó suya la apetecida presa; y mientras tú echés mano á las rápidas saetas y ella aguce sus finos dientes, el juez del campo, pisando la palma con sus desnudos pies, dejará que las auras acaricien sus cabellos perfumados, que le caen en bucles sobre la espalda, tal como Nireo ó el bello Ganimedes arrebatado de los montes lluviosos del Ida.

XXI

Á SU ÁNFORA

¡Oh ánfora!, como yo nacida en tiempo del cónsul Manlio; ora nos reserves el llanto ó la alegría, las contiendas ó los desatinados amores, ora nos facilites piadosa el grato sueño, y sea cualquiera el motivo por que guardas en tu seno el exquisito Másico, ven y colma nuestras copas de tu añejo licor, pues mereces en tan fausto día ser nuestra compañera, y Corvino te lo manda. Corvino, que entusiasta propagador de las doctrinas de Sócrates, no es, sin embargo, tan rígido que se atreva á aborrecerte, y aun se dice que la virtud severa del viejo Catón á veces se acaloraba con el vino.

Tú dulcificas los caracteres violentos, y con tu alegre humor descubres las cuitas de los sabios y sus ocultos designios; vuelves la esperanza á los que viven en la ansiedad, y das fuerza y aliento á los pobres, que después de unos tragos ni se espantan del rostro amenazador de un tirano, ni de las armas de sus soldados.

Si el risueño Baco, la hermosa Venus y las Gracias, que no aciertan á vivir separadas, asisten á nuestro festín, la luz de las antorchas iluminará sus goces hasta que vuelva Febo y ahuyente las tinieblas de la noche.

XXII

Á DIANA

Diosa triforme, virgen de las selvas y guardiana de los montes, que invocada tres veces oyes los gritos de las esposas en el dolor del alumbramiento y las salvas de la muerte, yo te consagro el pino que sombrea mi villa campestre, y todos los años lo regaré con la sangre de un verraco dispuesto á acometer torciendo la cabeza.

XXIII

Á FÍDILE

Sencilla Fídile, si en la luna creciente elevas al cielo las manos suplicantes y ofreces á tus Lares el incienso, los granos recién cogidos y el

sacrificio de una ávida puerca, ni la fecunda vid padecerá el rigor del Ábrego pestilente, ni tus mieses el anublo que las hace estériles, ni las tiernas crías de tus ganados la influencia maligna del otoño rebosante de frutos.

Tiña la segur de los pontífices con su sangre la víctima que entre carrascas y encinas pace en las faldas del Algido, cubierto de nieve, ó crece con las hierbas de los prados de Alba.

Tú no debes tentar el favor de tus pequeños dioses con el sacrificio de numerosas ovejas al coronarlos de romero marino y resplandeciente mirto, pues si tus manos tocan el ara, limpias de toda mancha, mejor que con suntuosas ofrendas, ablandarás á los irritados Penates con la torta de cebada y sal que chispea en el fuego.

XXIV

CONTRA LOS AVAROS

Aunque sobrepujes en tu opulencia los tesoros no explotados de los árabes ó las riquezas de los indios, y ocupen tus edificaciones el mar Tirreno y de Apulia, si la cruel necesidad fija sus clavos de diamante en los techos artesonados de tu mansión, ni tu alma se librárá del miedo ni de los lazos de la muerte tu cabeza.

Mejor viven los labriegos escitas, que trasladan en carros adondequier sus mudables casas,

y los fieros getas, que en campos sin límites recogen mieses comunes con toda especie de frutos; no prolongan el cultivo más de un año, y así que terminan su labor, otros los reemplazan, que á su vez son substituídos al año siguiente.

Allí la segunda esposa mima con gran cariño á los hijos huérfanos de madre, y no hay mujer que, orgullosa de su dote, gobierne al marido ó se entregue á la seducción del adúltero.

La virtud de los padres es prenda tan estimada como la castidad, temerosa de romper las alianzas legítimas en brazos de otro varón; la infidelidad es un crimen y su castigo la muerte.

¡Ah! Quien quiera poner fin á las impías matanzas, á las discordias intestinas y que se grave al pie de sus estatuas el título de padre de la patria, atrévase á refrenar la escandalosa licencia de nuestros días, y su nombre será famoso entre los venideros; ya que nosotros, ¡oh baldón!, aborrecemos á los patricios integérrimos mientras viven, y sólo ensalzamos sus virtudes cuando desaparecen de nuestros ojos.

¿Á qué vienen las tristes lamentaciones si el suplicio no desarraiga los crímenes? ¿Qué aprovechan las vanas leyes sin las costumbres, cuando ni aquella parte del mundo que abrasa un calor sofocante, ni las frías regiones tapizadas de nieve, que el Boreas convierte en duro hielo, asustan al mercader? La audacia del navegante triunfa de las tormentas alborotadas, y la pobreza, que es considerada el mayor oprobio, ordena

emprender todas las empresas de lucro, sufrir todas las adversidades y abandonar los senderos escabrosos de la virtud.

Arrojemos al fondo del mar próximo ó llevemos al Capitolio, adonde nos llaman los gritos de las turbas que favorecen nuestros intentos, las alhajas, las piedras preciosas y el oro inútil, fuente de infinitos males.

Si realmente nos avergonzamos de nuestra maldad, arranquemos de raíz los gérmenes de las viles pasiones y templemos en ásperos trabajos los ánimos harto delicados. El joven de hoy, incapaz de sostenerse á caballo, aborrece el ejercicio de la caza, y es más diestro en manejar el disco de los griegos ó los dados prohibidos por las leyes. La mala fe del padre engaña al amigo, al consocio y al huésped, y reúne con rapidez los caudales que ha de legar á un indigno heredero. Así crecen cada día las riquezas mal ganadas; sin embargo, no sé qué les falta siempre que nunca el avaro, se harta de aumentarlas.

XXV

Á B A C O

¿Adónde, Baco, me arrebatas lleno de tu espíritu divino? ¿A qué bosques, á qué grutas me transporta de repente el entusiasmo que me inspiras? ¿Qué antros me oirán ensalzar la gloria del invencible César, elevándolo hasta las estrellas, y

el concilio de Jove? Sus triunfos memorables y recientes serán por mí cantados y celebrados en estrofas jamás oídas, con el asombro de la Bacante que, al despertar, contempla maravillada desde la cumbre del Hebro cristalino la Tracia cubierta de nieve y el monte Ródope hollado por un pie bárbaro. ¡Oh, cuál me encantan las rocas y las vegas solitarias desviándome del camino! ¡Oh tú, Numen de las Náyades y Bacantes, cuyas manos son capaces de arrancar los corpulentos fresnos, nada cantaré que sea bajo, nada insignificante, nada mortal! Es muy grato, ¡oh Baco!, el seguir á un dios que ciñe su frente con verdes pámpanos.

XXVI

Á VENUS

Yo viví en otros días favorecido por las doncellas, y milité, no sin gloria, en las lides del amor; mas hoy, en esta pared que mira al siniestro costado de la marina Venus, quedarán suspendidas mis armas y mi laúd cansado de la guerra.

Vosotros depositad aquí también las antorchas encendidas, las palancas y los arcos que amenazaban las puertas cerradas á nuestros deseos. ¡Oh diosa que reinas en la venturosa Chipre y en Menfis, que jamás ha visto las nieves de Tracia, humilla una vez siquiera con tu sublime látigo la arrogancia despreciativa de Cloe!

XXVII

Á GALATEA

Que el graznar del ave siniestra, los ladridos de la perra próxima á dar á luz, la zorra con sus hijuelos y la loba que merodea por los campos de Lanuvio, persigan en su ruta á los malvados; y la culebra los desvíe del camino derecho, lanzándose veloz como una saeta contra sus asustadizos caballos.

Yo, augur favorable para quien amo, rogaré que vuele desde la parte de Oriente el cuervo de feliz agüero antes que vuelva á sus estancadas lagunas el ave que adivina las lluvias inminentes.

Sé tan feliz cual deseas, y adondequiera que vayas acuérdate de mí, Galatea. Ojalá no impidan tu viaje el siniestro pico verde ni la vagabunda corneja. ¿Pero no ves qué tumultuosas borrascas levanta la caída de Orión? Ya conozco las sombrías tempestades del Adriático y la perfidia engañosa del Yapiga. Sientan las esposas y los hijos de nuestros enemigos la rabia ciega del Austro amenazador y el bramido de las negras olas que estremecen las riberas.

Luego que la crédula Europa confió su cuerpo de nieve á las espaldas del fingido toro, palideció con espanto, á pesar de su audacia, viéndose rodeada de monstruos y expuesta á las insidias del mar. Poco antes cogía flores en los prados para

tejer coronas á las Ninfas; ahora, á la débil claridad de la noche sólo distingue los astros en el cielo y el abismo á sus pies.

En el momento de arribar á Creta, poderosa por sus cien ciudades, exclamó: «¡Oh padre, oh dulce nombre de hija por mí abandonada, oh piedad vencida por la locura! ¿De dónde vengo? ¿Adónde he llegado? Una sola muerte es castigo hartamente leve de mis culpas. ¿Yo he podido cometer tan torpe maldad, ó soy inocente y me engaña vana ilusión, hija de los falsos sueños que se deslizan por la puerta de marfil?

¿Cómo preferí la travesía de mares peligrosos á la ocupación de coger flores recientes? Si alguien me pusiera delante el infame toro, le hundiría colérica el hierro en el costado, ó rompería los cuernos del monstruo que me sedujo.

Sin pudor abandoné la casa de mis padres, sin pudor temo descender al Averno. ¡Oh dioses, si alguno de vosotros oye mis lamentos, permitid que vague con el cuerpo desnudo entre fieros leones, y que mi hermosura sirva de alimento á los tigres antes que las secas arrugas ajen mis sonrosadas mejillas, y pierda mi cuerpo el vigor y la frescura juvenil!

El padre ausente me increpa así con dureza: «Vil Europa, ¿á qué retardas tu muerte? Por fortuna no has perdido el ceñidor con que puedes suspenderte del olmo cercano, ó si prefieres estrellarte en las duras rocas y en medio de los escollos, arrójate al mar proceloso, y así evita-

rás, retoño de sangre real, el ultraje de hilar como sierva la lana, y obedecer á una rival extranjera.»

Oyó estas quejas Venus sonriendo malignamente, y Cupido con la aljaba depuesta; y después de burlarse cuanto quiso de sus penas, exclamó: «No te dejes arrebatarse por la cólera y el furor cuando ese toro aborrecido humille ante ti sus cuernos que pretendes destrozar.

»Sin saberlo eres la esposa del invicto Jove; basta de sollozos, y aprende á enorgullecerte de tu singular fortuna; una gran parte del mundo llevará tu nombre.»

XXVIII

Á LIDE

¿Qué haré yo ante todo en el día consagrado á Neptuno? Pronto, Lide, saca el oculto Cécubo, y haz una suave violencia á tu morigeración bien conocida. ¿Ves que el sol declina hacia su ocaso, y cómo si el curso del día volador se detuviera, retrasas el momento de sacar de la bodega el ánfora, que permanece ociosa desde los tiempos del cónsul Bíbulo?

Cantaremos alternativamente á Neptuno y las Nereidas de verdosos cabellos. Tú celebrarás en la corva lira á Latona y las flechas de la cazadora Diana, y nuestros últimos cantos serán para la diosa que reverencia Gnido en las brillantes

Cícladas, y visita á Pafos en su carro conducido por los cisnes. También dedicaremos á la noche tristes elegías.

XXIX

Á MECENAS

Mecenas, descendiente de los reyes de Etruria, guardo para ti un vino delicioso en el ánfora no empezada, rosas bien olientes y esencias ricas que perfumen tus cabellos.

No retrases tu venida ni estés contemplando siempre el húmedo Tibur, los pendientes campos de Ésula y los montes del parricida Telegón.

Huye el hastío de la opulencia, las torres de los alcázares vecinas á las nubes, y el humo, el estrépito y el fausto de la venturosa Roma.

La variedad seduce mucho á los ricos; á veces una cena limpia y frugal, bajo el techo del pobre que no adornan la púrpura ni los tapices, consigue desarrugar el ceño de sus frentes.

Ya el padre esclarecido de Andrómeda deja vislumbrar sus ocultas estrellas, ya Proción y el león furioso lanzan sus rayos, y el sol nos trae los días más sofocantes.

Ya el pastor fatigado, con su rebaño que languidece, busca las sombras y las márgenes de los arroyos, los espesos jarales de Silvano y la ribera silenciosa no refrescada por el soplo del viento.

Tú meditas sobre la norma de gobierno más útil á la ciudad, y solícito por su grandeza, intentas penetrar los designios de los seres y bactrianos que dominó Ciro, ó de los habitantes del Tanas, que se destrozan en continuas guerras.

Un dios sapientísimo envuelve en noche caliginosa los sucesos que están por venir, y se burla del mortal que pretende descifrar sus arcanos.

Piensa en ordenar lo presente, pues lo futuro es como un río, que ora aprisionado en su cauce corre mansamente hacia el mar Etrusco, ora arrastra las peñas carcomidas, los árboles que descuaja, las casas y los ganados, y con su estruendo alborota las vecinas selvas y las montañas, cuando acrecido por incesantes lluvias se desborda en espantosa inundación.

Sólo vive feliz y dueño de sí aquel que puede decir cada día: «He vivido.» Mañana, ya cubra Júpiter el cielo de negros nubarrones, ya brille el sol resplandeciente, no conseguirá que lo pasado no haya pasado, ni borrar ni destruir lo que trajo una vez el curso fugitivo de las horas.

La fortuna se regocija en sus crueles caprichos, y al dispensar sus inciertos favores, nos burla á menudo con sus juegos insolentes; hoy benigna conmigo, mañana piadosa con otro.

Si permanece á mi lado, se lo agradezco; si agita sus rápidas alas, le devuelvo sus dones, me cubro con el manto de mi virtud y me desposo sin dote con mi honrada pobreza.

No es propio de mí, cuando el mástil del navío cruje combatido por los vientos de África, recurrir á miseras preces y atraerme con votos á los dioses para que las ricas mercancías de Tiro y Chipre no aplaquen la avaricia del Ponto.

Prefero viajar en humilde barco de dos órdenes de remos, y que la brisa y los gemelos Cástor y Pólux me conduzcan seguro á la playa á través de las olas tumultuosas.

XXX

SE PROMETE UNA GLORIA INMORTAL.

He acabado un monumento más duradero que el bronce y más alto que las regias tumbas de las pirámides, que no podrán destruir las lluvias persistentes, el frío Aquilón ni la marcha de los tiempos con la serie innumerable de los años. No moriré del todo. La mejor parte de mi ser se librá de Libitina, y mi gloria crecerá de día en día con las alabanzas de la posteridad, mientras el pontífice suba al Capitolio acompañado de la vestal silenciosa.

Desde las márgenes que bate con estruendo el Aufido á los sedientos campos, donde Dánao, venciendo su humilde fortuna, reinó sobre pueblos agrestes, se dirá que yo fui el primero que ajustó á la lira latina los cantos eolios. ¡Oh Melpómene!, llénate del orgullo que infunden tus méritos y ven á ceñir mi frente con el laurel de Apolo.

LIBRO CUARTO

I

Á VENUS

¿Osas, Venus, declarar nuevamente la guerra á quien vivió tantos años libre de sus peligros? Perdóname, perdóname, te lo ruego una y mil veces. No soy el que solía bajo el imperio de la hermosa Cínara.

Madre cruel de los dulces amores, no intentes someter á tu blando yugo mi corazón rebelde por los diez lustros que va á cumplir. Corre adonde te llaman las fervientes súplicas de la juventud.

Si quieres abrasar un alma digna de ti, vuela sobre las alas de tus brillantes cisnes á la mansión de Paulo Máximo, joven, noble, discreto y solícito defensor de los afligidos reos, que con sus grandes dotes llevará muy lejos tus pendones victoriosos.

Y cuando se ría triunfante de los regalos espléndidos de su rival, te levantará, próxima á los

lagos de Alba, una estatua de mármol bajo un templo de cidro.

Allí recrearán tus sentidos las nubes del incienso, y te deleitarán las canciones acompañadas por la lira y las flautas de Pan y Cibeles. Allí los jóvenes y las tiernas doncellas ensalzarán tu numen dos veces al día, y á la manera de los Salios, golpearán tres veces la tierra con sus blancos pies.

En cuanto á mí, ya no me conmueven los hechizos de una hermosa, ni las gracias de un efebo, ni la crédula esperanza de un amor recíproco, ni empuñar la copa en la mano, ni ceñir mis sienes con flores olorosas.

Mas, ¡ay!, ¿por qué, Ligurino, por qué una furtiva lágrima resbala por mis mejillas? ¿Por qué en mi lengua, otros días tan elocuente, se hielan las palabras, sumiéndome en triste silencio?

En el delirio de mis sueños te sujeto con mis brazos; cuando huyes, cruel, te persigo por el césped del campo de Marte, y á través de las ondas inquietas del río.

II

Á TULO ANTONIO

El que pretende, Tulo, rivalizar con Píndaro, se confía en las céreas alas que Dédalo inventó, para dar su nombre á las cristalinas olas.

Como río que se despeña del monte y engrosado por las lluvias extiende sus riberas, el gran

Píndaro hierva y se precipita con raudal profundo; siempre digno del laurel de Apolo, ya siempre de voces nuevas sus audaces ditirambos en estrofas libres de toda ley, ya ensalce á los dioses ó á los reyes, progenie divina, por cuyo valor fueron derribados los Centauros con justa muerte y apagadas las llamas de la espantosa Quimera.

Ya cante al atleta ó al caballo vencedor, á quienes la palma de Elea equipara á los inmortales, glorificándolos más que cien estatuas; ya llore la suerte del joven arrebatado á la doliente esposa, y eleve á los cielos la fuerza, el valor y las puras costumbres que las sombras del Orco son impotentes á obscurecer.

El cisne Dirceo en su pujante vuelo, ¡oh Antonio!, consigue remontarse por encima de las nubes; yo, al modo de la abeja de Matina, que liba con afán solícito el oloroso tomillo, forjo humilde y laboriosamente mis canciones cerca del bosque ó los húmedos arroyos de Tibur.

Tú cantarás con briosa inspiración las glorias de César cuando ceñido de laureles conduzca los feroces sicambros por la cuesta sagrada del Capitolio; nunca los destinos ni los benévolos dioses han concedido á la tierra príncipe tan excelso y tan justo, ni podrían dárnoslo, aunque tornásemos á la edad de oro. Después cantarás los días venturosos y el júbilo inmenso de la ciudad, con el foro cerrado á los procesos por la vuelta tan deseada del invencible Augusto.

Entonces, si mi voz merece ser oída, se unirá con gusto á tus acentos, exclamando: «¡Oh día hermoso, día inolvidable que nos devuelves á César!»; y durante su marcha solemne los ciudadanos alborozados prorrumpirán conmigo «¡Triunfo, triunfo!», y elevaremos nubes de incienso á los benignos dioses.

Tú inmolarás diez toros y otras tantas vacas, yo me desligaré de mis votos sacrificándole un tierno novillo, que ya separado de su madre crece en los viciosos pastos; su frente imita los cuernos encendidos de la luna al tercer día de su nacimiento, y muestra una mancha blanca como la nieve; el resto de su cuerpo es de color rojo.

III

Á MELPÓMENE

El mortal á quien miras con propicios ojos desde el día que vino al mundo, ¡oh Melpómene!, no brillará con el premio del pugilato en los juegos ístmicos, ni lanzará vencedor sus bridones impetuosos en el carro de Acaya, ni la fortuna de la guerra lo elevará al Capitolio, ceñida la cabeza con el laurel de Delos por haber humillado la fiera arrogancia de los reyes; pero las espesas ramas de los árboles y los arroyos que fertilizan los campos de Tibur harán famoso su nombre en la poesía eólica.

Roma, la señora de las ciudades, se digna colocarme al frente de los coros amables de sus poetas, y apenas osa morderme ya el diente de la envidia.

¡Oh Musa que templas las cuerdas de mi cítara de oro, tú que podrías si quisieras dar á los mudos peces el canto de los cisnes, tú eres la fuente de todas mis dichas! Si merezco ser señalado con el dedo como el príncipe de la lírica romana, si vivo feliz y consigo agradar á las gentes, á ti lo debo sólo.

IV

CELEBRA LA VICTORIA DE DRUSO NERÓN

Como al águila portadora del rayo á quien Jupiter, rey de los dioses, concedió el imperio sobre las demás aves por haber experimentado su fidelidad en el rapto del rubio Ganimedes, en otro tiempo los bríos juveniles, el aliento de sus padres y la inexperiencia de los trabajos la hicieron abandonar el nido, y los vientos primaverales impulsaron en un cielo sin nubes sus primeros y vacilantes esfuerzos; después, con ímpetu violento, se arroja como enemiga contra los apriscos, y por último el afán ardoroso de presas y combates la precipita contra las irritadas serpientes; como la cabra que trisca en los alegres pastos contempla el cachorro que la roja leona acaba de criar, quitándole la leche, y con terror

se ve ya devorada por sus finos y agudos dientes, así vieron los vindelicios al gran Druso mover la guerra en los Alpes de Retia.

No pretendo averiguar de dónde tomaron estos pueblos la costumbre de armar sus diestras con el hacha de las Amazonas, que no es lícito al mortal saberlo todo; pero las falanges vencedoras en cien combates, vencidas á su vez por el joven caudillo, probaron á su costa lo que puede una gran fortaleza, una índole excelente adoctrinada por sabios consejos, y la solicitud paternal de Augusto en pro de los jóvenes Neronos.

Los fuertes son hijos de los fuertes y animosos. Los toros y caballos revelan el esfuerzo de sus progenitores, y nunca el águila feroz ha engendrado á la tímida paloma.

La enseñanza perfecciona el buen natural, y el ejercicio de la virtud fortalece los bríos.

Donde no reinan puras costumbres, los vicios deslucen las dotes más sobresalientes.

Cuánto debes, ¡oh Roma!, á los Neronos, bien lo atestiguan el río Metauro y la rota de Asdrúbal, y aquel hermoso día en que, disipadas las tinieblas del Lacio, nos sonrió por vez primera la fausta victoria sobre el fiero cartaginés que assolaba las ciudades de Italia, como la tea inflamada, como el Euro encrespa las olas de Sicilia.

Tras este día la juventud romana se ennobleció con empresas memorables, y en los templos devastados por la irrupción africana pudo darse culto á los dioses.

Entonces exclamaba el pérfido Anibal: «Como ciervos destinados á ser presa de rapaces lobos perseguimos sin tregua á un enemigo, de quien el mayor triunfo que logremos reportar es huirle, engañándole con estratagemas.

Esa gente valerosa que, después del incendio de Troya, vióse arrojada á las playas etruscas y llevó á las ciudades de Ansonia sus Lares, sus hijos y sus ancianos padres, es como la encina del monte Algido, cuyo espeso ramaje corta el hacha reluciente, que de las mismas heridas y golpes del hierro cobra fuerzas y lozanía nueva.

El cuerpo destrozado de la Hidra no creció más potente contra Hércules, temeroso de su derrota, ni la ciudad de Colcos ó Tebas la de Equión sometieron monstruos mayores.

Si la hundes en el abismo, surge más altiva; si se arroja á las batallas, conquista timbres merecedores de eterna alabanza, y reporta victorias que cuenta satisfecha á sus mujeres.

¡Ah!, ya no enviaré nuncios orgullosos á Cartago; se desvaneció para siempre nuestra esperanza y la fortuna de nuestro nombre con la muerte de Asdrúbal.

Nada es imposible á los Claudios. Júpiter benigno los defiende, y sus previsiones sagaces los sacan triunfantes en los difíciles empeños de la guerra.

V

Á AUGUSTO

Defensor nobilísimo del linaje de Rómulo, que los dioses favorables nos concedieron, bastante hemos padecido tu ausencia, y pues prometiste un pronto regreso al santo concilio de los senadores, cúmplenos tu promesa.

Vuelve, príncipe benigno, la luz á tu patria. Igual á la primavera, donde tu semblante sonrío, resbala el día para el pueblo más feliz, y el sol brilla con más intensos fulgores.

Como la madre del joven marino, á quien el Noto, con su hálito envidioso, detiene en la opuesta ribera del Cárpatos por espacio mayor de un año, sin permitirle volver á su cara mansión, lo llama con sus votos, sus ruegos y sus presagios, y no aparta un momento los ojos del corvo litoral; así la patria en su fidelidad ardiente demanda la vuelta de César.

Por él la vaca paze segura en el prado, Ceres y la copiosa Fecundidad reinan en la tierra, vuelan sin temor las naves por el piélago tranquilo, y la buena fe teme hasta las sospechas.

La castidad de las familias no se mancha con torpes estupro, la ley y las costumbres refrenan el escándalo, la honestidad de las madres se pinta en el rostro de los hijos, semejantes á sus esposos, y el castigo sigue inmediato á la culpa.

¿Quién temerá al partho ó al guerrero de la

helada Escitia?; ¿quién á la juventud que cría la
hórrida Germanía?; ¿quién se preocupará de la
guerra de los feroces iberos mientras aliente
César?

El labrador pasa el día en sus colinas, enla-
zando los sarmientos al tronco de los árboles; de
allí torna contento, empuña la copa, y como á
un dios, te invita á sus frugales festines.

Te dirige ardientes preces y hace en tu honor
repetidas libaciones, mezclando tu nombre con
los de sus Lares, como Grecia mezclaba los de
Cástor y el gran Hércules.

«¡Oh príncipe excelso, ojalá des á Italia mu-
chos venturosos días!» Así exclamamos en ayu-
nas al amanecer el sol, y así repetimos después
de beber, cuando se pone por la parte del
Océano.

VI

HIMNO Á APOLO Y DIANA

Dios que hiciste sentir tu venganza á los hijos
de la arrogante Níobe, al raptor Ticio y al tésalo
Aquiles, ya casi vencedor de la esforzada Troya;
caudillo que aventajaba á todos, y sólo se reco-
nocía inferior á ti, aunque hijo valeroso de la
marina Tetis que hizo temblar las torres de Pér-
gamo con su tremenda lanza.

Como el pino que derriban los golpes del

hacha, ó el ciprés arrancado por la violencia del Euro, cayó por fin á lo largo en el suelo, y tuvo que morder el polvo troyano.

Pero jamás oculto en el vientre del engañoso caballo que se ofrecía á Minerva, hubiera sorprendido á los troyanos en sus fiestas intempestivas, ni el alegre palacio de Príamo en medio de las músicas y las danzas, sino á la luz del día, implacable con los cautivos, hubiese, ¡qué horror!, abrasado en las llamas de los aqueos á los niños que acababan de nacer y á los que alentaban en el seno materno, si el padre de los dioses, vencido por tus ruegos y los de la hermosa Venus, no acordase á los destinos de Eneas levantar otros muros con más faustos auspicios.

Tú, Febo, que enseñas á pulsar la cítara de Talía á los griegos y lavas tu cabellera en las ondas del Janto, tú, que proteges nuestras ciudades, defiende el honor de las Musas latinas.

Tú eres quien me alienta, tú me concedes el arte seductor de los versos y el renombre de poeta.

¡Oh las primeras de nuestras vírgenes!; ¡oh mancebos nacidos de insignes progenitores!, hermoso cortejo de la diosa de Delos, que con las flechas de su arco detiene la carrera de los veloces linceos y los ciervos, observad las leyes del metro sáfico, obedientes á las señales que os hago con el dedo.

Elevad vuestros himnos al hijo de Latona y á la diosa de la noche, cuya faz creciente fertiliza

los sembrados y en su rápido curso nos vuelve los meses fugitivos.

Cuando seas casada excluirás: «Yo entoné canciones gratas á los dioses, dócil á las órdenes del poeta Horacio, en los días festivos del siglo que espiraba.»

VII

Á MANLIO TORCUATO

Las nieves pasaron; vuelven á reverdecir los campos y las ramas de los árboles; la tierra muda de aspecto, y las corrientes menos caudalosas de los ríos dejan de combatir sus riberas.

Una de las Gracias, desnuda, y en compañía de las Ninfas y sus gemelas hermanas, se atreve á dirigir las danzas; el año y hasta la hora que arrebató el día presente nos aconsejan no esperar nada duradero.

Los Céfiros templan el rigor del invierno; la primavera cede á los rayos del estío, que ha de fenecer cuando el otoño, coronado de frutos, esparza sus ricos dones; después tornan otra vez los días brumosos de diciembre.

El curso acelerado de los meses repara los daños de las estaciones; pero nosotros, si caemos en el lugar que habitan el piadoso Eneas, Anco ó Tulo Hostilio, quedamos convertidos en polvo y sombra.

¿Quién sabe si los dioses celestiales nos aña-

dirán al día de hoy el de mañana? Sólo escapará á las ávidas manos de tu heredero lo que generoso hayas dado á tus amigas.

Así que dejes de ser, Torcuato, y Minos haya pronunciado su última palabra, ni la piedad, ni la elocuencia, ni el ilustre linaje te restituirá á la vida.

Diana no logra libertar de las tinieblas eternas al pudoroso Hipólito, ni Teseo romper las cadenas que sujetan á su caro Piritoo en el infierno.

VIII

Á MARCIO CENSORINO

Con el mayor gusto, Censorino, regalaría á mis amigos copas y bronces artísticos, y aun los tripodes que se daban en premio á los griegos vencedores, y no serías tú quien recibiese los presentes de menos valor si yo fuera rico en las obras de arte producidas por Parrasio y Escopas, hábiles en modelar la figura, ya de un hombre, ya de un dios, éste en el mármol, aquél en el lienzo con brillantísimos colores.

Mas ni poseo tales riquezas, ni tu fortuna y tu ambición echan de menos estas joyas valiosas. Te regocijás con los versos, y podemos darte versos y ensalzar el precio que los avalora.

Los mármoles esculpidos con sus correspondientes inscripciones, que devuelven alma y vida

á los heroicos caudillos que sucumbieron; la fuga precipitada de Aníbal con sus pavorosas amenazas, y el incendio de la impía Cartago, no realzan con tan magníficos loores, como las Musas de Calabria, la gloria del que supo inmortalizar su nombre en los campos africanos.

Si los escritos callan no lograrás el premio de tus hazañas. ¿Qué sería de Rómulo, vástago de Iliá y Marte, si el silencio envidioso hubiera callado sus empresas?

Éaco, arrebatado á las ondas de Estigia, goza la inmortalidad en las islas Afortunadas, gracias al poder, el favor y los versos de los grandes poetas. Las Musas impiden la muerte del varón digno de la gloria, abriéndole los cielos. Así el esforzado Hércules se sienta en los banquetes tan deseados de Júpiter, el astro brillante de los hijos de Tindaro logra salvar de los profundos abismos las quebrantadas naves, y Baco, con las sienes ceñidas de verdes pámpanos, favorece que se cumplan nuestros votos.

IX

Á LOLIO

No temas que perezcan un día las canciones que yo, nacido en las riberas del Aufido estruendoso, compuse con arte enteramente nuevo para acompañarlas á los acordes de la lira.

Si Homero el Meonio ocupa el primer asiento,

no dejan de brillar las Musas de Píndaro y Simónides de Cos, las estrofas amenazadoras de Alceo y las graves de Estesícoro.

La edad no ha conseguido borrar de la memoria los deliciosos juegos de Anacreonte, y aun respiran amor y arden en vivas llamas los cantos de la poetisa Safo.

Helena, la hija de Esparta, no fué la única mujer que se abrasó en la pasión de un adúltero, seducida por sus blondos cabellos, su traje recamado de oro, su fausto real y su lucido acompañamiento.

No fué Tencro el primero que disparó las flechas del arco cretense, ni Troya sitiada una sola vez, ni el gran Idomeneo y Estenelo pelearon solos en batallas que habían de eternizar las Musas, ni el bravo Héctor y el pujante Deifobo fueron los únicos que recibiesen mortales heridas en defensa de sus caros hijos y púdicas esposas.

Muchos valientes vivieron antes que Agamenón, pero han muerto desconocidos y sin que nadie los llorase, por no alcanzar la fortuna de que un vate inspirado realzara sus ínclitos hechos.

El valor que permanece oculto dista poco de la inútil pereza. Yo no economizaré en mis páginas tus alabanzas, ni consentiré, Lolio, que un silencio envidioso sepulte tus muchos y loables trabajos.

Estás dotado de un ánimo previsor, tan cons-

tante en los tiempos dudosos como en los bonancibles; eres justo en el castigo del fraude que nace de la avaricia, y menosprecias el oro que pretende para sí todo provecho.

Cónsul no de un año, sino cuantas veces antepones lo honrado á lo útil, como juez incorruptible y severo, rechazas los dones de los perversos con ceño en el semblante, y sale vencedora tu probidad de las ruines catervas enemigas.

No llares nunca venturoso al poseedor de grandes riquezas; más bien merece ese nombre el que sabe gozar con moderación los presentes de los dioses, y sufrir sin lamentos los rigores de la pobreza; el que teme una acción reprobada más que la muerte, y aventura la vida con intrepidez por su patria y sus caros amigos.

X

Á LIGURINO

¡Oh joven cruel y orgulloso con los favores de Venus! Cuando el vello naciente venga á castigar tu presunción, cuando vuelen de tu cabeza esos cabellos que ahora te caen sobre los hombros, y ese color purpúreo, que aventaja al de las rosas de Libia, desaparezca, Ligurino, bajo una espesa barba, cuantas veces te mires al espejo tan otro del que fuiste, exclamarás: «¡Ah!, ¿por qué no pensé de joven como ahora?; ¿por qué con estos pensamientos no vuelve la frescura á mis mejillas?»

XI

Á FILIS

Tengo una ánfora de vino de Alba, que ya cuenta más de nueve años; crece, Filis, en mi jardín el apio para tejer coronas, y gran abundancia de hiedra que entrelace tus fúlgidos cabellos.

En mi casa resplandecen los servicios de plata, y el ara, ornada de casta verbena, aguarda la caliente sangre del cordero que he de inmolar.

Todos se apresuran; acá y allá corren las jóvenes mezcladas con los mancebos, y globos de llamas despiden humo sombrío por encima de los techos.

Si quieres saber á qué fiesta te invito, es á celebrar los Idus de abril; día que divide el mes consagrado á Venus, nacida del mar; día para mí, con razón, solemne, y tal vez más santo que el de mi propio natalicio, porque desde esa fecha comienza á contar sus años mi querido Mecenas.

El joven Telefo á quien solicitas, y cuyo amor te niega la suerte, es el idolo de una mujer lasciva y opulenta que lo aprisiona con gratas cadenas.

Faetón, abrasado por el rayo, intimida las locas esperanzas, y también nos da saludable ejemplo el alado Pegaso, echando de sí al caballero terrestre Belerofonte.

Persigue siempre objetos dignos de ti, huye

de lazos desiguales, y considera dañosas las esperanzas desmedidas.

¡Oh tú el último de mis amores! (pues jamás ha de cautivarme ninguna otra mujer), aprende mis canciones, repítelas con tu voz melodiosa y endulzaremos con ellas los tristes cuidados.

XII

Á VIRGILIO

Ya los vientos primaverales que soplan de la Tracia hinchan las turgentes velas y aplacan el mar; ya los prados no blanquean con la escarcha, ni los ríos estruendosos se precipitan cargados de nieve.

Gimiendo tristemente por la muerte de Itis, dispone su nido la infeliz Progne, eterno oprobio de la casa de Cecrops, por haber vengado de modo tan atroz las torpes liviandades del rey.

Los guardianes de las blancas ovejas, tendidos sobre el verde musgo, acompañan con la flauta sus canciones pastoriles, y regocijan al dios Pan, protector de los rebaños y los sombríos collados de Arcadia.

El calor nos aviva la sed; mas si deseas probar el vino que se coge en las laderas de Cales, ¡oh Virgilio!, cliente de jóvenes ilustres, en pago de mi néctar tráeme tus esencias de nardo.

Por un lindo frasco de nardo haré vaciar el ánfora, encerrada en los graneros de Sulpicio,

donde se guarda un vino que despierta risueñas esperanzas y disipa eficazmente las penas más amargas.

Si no rehusas acudir á la fiesta, ven pronto con tus perfumes; que no he de regalarte sin recompensa con mis vinos, como el dueño de una mansión opulenta.

No retrases, pues, tu venida; deja los afanes interesados, y acuérdate de las llamas que han de quemarnos en la pira; y ya que nos es lícito, mezclemos á los graves consejos alguna que otra locura; es muy dulce á ratos dar al olvido la razón.

XIII

Á LICE

Los dioses, Lice, oyeron mis votos; me oyeron, Lice: estás vieja; pretendes, sin embargo, parecer hermosa; jugueteas y bebes sin pudor, y con la voz trémula de la embriaguez llamas á Cupido, que sordo á tus quejas reposa sobre las frescas y encarnadas mejillas de Quías, hábil en pulsar el laúd.

Cupido abandona desdeñoso las encinas despojadas de verdor y huye de ti, porque tienes negros los dientes, las arrugas surcan tu faz y las canas blanquean tu cabello.

Ni la púrpura de Cos, ni las piedras preciosas te volverán aquellos días que el tiempo volador sepultara una vez en los fastos pasados.

¿Qué fué de tu belleza, las rosas de tu cutis y la nobleza de tu andar? ¿Qué te queda de aquella otra Lice, que me inspiraba tanto amor, me enajenaba de mí mismo, y era, por las gracias insinuantes de su lindo rostro, la que después de Cinara me hacía más feliz?

Pero el destino, que concedió á Cinara pocos años de vida, conservó la de Lice hasta igualar en su edad á la decrepita corneja, para que la fogosa juventud contemplase, prorrumpiendo en risas insolentes, una antorcha reducida á blancas cenizas.

XIV

Á AUGUSTO

¿Con qué estatuas, con qué altos honores la gratitud del Senado y el pueblo eternizará, Augusto, en los monumentos y los fastos históricos tus soberanas virtudes?

¡Oh príncipe el más egregio de cuantos el sol alumbra en las tierras habitadas! Los vindelicios, libres hasta hoy del yugo latino, acaban de experimentar lo que vales en la guerra; pues con tus soldados el valiente Druso derrotó, y no en un solo encuentro, al genauno levantisco y al intrépido breno, y arruinó sus fortalezas levantadas en las cimas de los Alpes pavorosos.

Luego el mayor de los Nerones emprende otra campaña formidable, y alentado por faustos auspicios aniquila á los inhumanos retios.

¡Qué espectáculo ver en la bélica contienda las crueles y numerosas heridas que recibieron aquellos hombres, mejor dispuestos á la muerte que á la esclavitud!

Como al romper las nubes el coro de las Pléyadas el Austro encrespa las indómitas olas, así acomete impávido á los escuadrones enemigos, y lanza su fogoso bridón adonde más arrecia la batalla.

Y cual pasa el Aufido por el reino de Dauno de Apulia cuando brama con furia y devasta con espantosa inundación los campos mejor cultivados, así Claudio en sus violentas embestidas rompe los férreos escuadrones y siega desde los primeros á los últimos, cubriendo la tierra de cadáveres sin estrago de los suyos. Es que tú le habías prestado tus guerreros, tu genio y tus dioses.

En el día mismo que la ciudad de Alejandria te abrió su puerto y su palacio real abandonado, tres lustros más tarde, la fortuna próspera de las lides te conquistó memorables triunfos, y obediente á tu imperio, te dispensó cuantas glorias y alabanzas pudieras ambicionar.

¡Oh Numen protector de Italia y de Roma, señora del orbe! El cántabro, antes nunca domado, el indio, el medo y el escita, que pelea huyendo, acatan sobrecogidos tu poder.

El Nilo, que oculta las fuentes de donde nace, el Istro y el rápido Tigris, el Océano lleno de monstruos que azota las costas de Bretaña, la

Galia que no retrocede ante la muerte, y los pueblos de Iberia, duros en los trabajos, se postran ante ti, y los sicambros, que se deleitan en la carnicería, te veneran y rinden las armas.

XV

ELOGIO DE AUGUSTO

Deseaba cantar las batallas y las ciudades vencidas; pero Apolo me prohibió con su lira que me aventurase en humilde bajel á los peligros del Tirreno.

En tus días, César, los campos rebosan con la abundancia de frutos, se restituyen á nuestro Jove las enseñas arrancadas á las soberbias columnas de los templos parthos, la paz ha cerrado las puertas de Jano, el orden y la ley reprimieron la licencia que vagaba sin freno y extirparon los crímenes, haciendo brillar las antiguas artes que engrandecían el nombre latino, el prestigio y la fama de Italia, y la majestad del Imperio extendido desde la cuna del sol hasta el mar de Hesperia.

Rigiendo César los patrios destinos, no turbaron nuestra tranquilidad la fuerza ni la discordia civil, ni la ira que forja las espadas y atiza el odio entre las míseras ciudades.

No osaron romper los edictos de Julio los que beben las aguas del profundo Danubio, los getas

ni los chinos, ó los que pueblan las riberas del Tánais.

Y nosotros, en los días festivos y sagrados, entre los dones joviales de Baco, después de invocar debidamente á los dioses en compañía de nuestros hijos y esposas, mezclaremos los cánticos con las flautas lidias, y celebraremos, según costumbre de los antepasados, á los caudillos gloriosos, á Troya y Anquises, y á la progenie de la radiante Venus.

LOS EPODOS

I

Á MECENAS

¿Irás en los bajeles liburnos, amigo Mecenas, entre las altas fortalezas de las naves, resuelto á afrontar todos los peligros del César? ¡Ah!, ¿qué será de mí, á quien la existencia parece tan grata mientras vives, como le sería insoportable con tu muerte? ¿Habré de obedecer y condenarme á una quietud que únicamente me agrada en tu compañía, ó temes acaso que no pueda sobrellevar las fatigas de la guerra con el ánimo que conviene á los fuertes varones? Las soportaré y te seguiré con pecho animoso por las cumbres de los Alpes, del Cáucaso inhospitalario y las últimas comarcas de Occidente.

¿Me preguntas cómo yo tan débil y apocado he de ayudar tus esfuerzos con los míos? Acompañándote será menos mi temor, que siempre acobarda más á los ausentes; así el ave que cobi-

ja á sus tiernos polluelos recelosa del ataque de la serpiente, teme mucho más cuando los abandona, aunque su presencia no les sirva de auxilio.

Con el mayor gozo iría á esta y otras campañas sólo en la esperanza de complacerte, y no por aumentar las parejas de bueyes uncidas á mis arados relucientes, ni porque mis rebaños, al amenazar el estío, truequen los de Calabria por los pastos lucanos, ni para que mi granja se extienda hasta tocar las murallas de la elevada Túsculo. Bastante me ha enriquecido tu liberalidad á manos llenas. Jamás codiciaré tesoros que esconda en la tierra, como el avaro Cremes, ó que disipe como un joven manirroto.

II

ALABANZA DE LA VIDA CAMPESTRE

Dichoso el que alejado de los negocios y libre de toda usura, como los primitivos mortales, trabaja los paternos campos con bueyes de su propiedad; ni le despierta en el campamento el aviso de la cruel trompeta, ni le intimidan las borrascas del iracundo mar, y evita por igual los pleitos del foro que los soberbios umbrales de los ciudadanos poderosos.

Ya liga los crecidos sarmientos al tronco de los altos álamos, ya contempla vagar sus rebaños de vacas mugidoras en el angosto valle, ó corta

con la podadera las ramas inútiles injertando otras mejores, ó conserva la miel de sus panales en limpias ánforas, ó trasquila las ovejas enfermas.

Pues cuando el otoño levanta en los campos su cabeza coronada de frutos sabrosos, ¡cómo se regocija cogiendo la pera injerta y' la uva que desafía el color de la púrpura, para ofrecerlas á ti, Priapo, y á ti, padre Silvano, que guardas los linderos!

Ora se recuesta á la sombra de vieja encina, ora sobre la grama de fuerte raíz, mientras las cascadas se precipitan de las altas rocas, las aves gorjean en la selva y murmuran las linfas que manan de las fuentes, invitando al dulce sueño.

Mas así que el tonante Jove nos trae las nieves y las lluvias del invierno, persigue con la jauría de perros al cerdoso jabalí, precipitándolo en la oculta trampa, ó con horquilla ligera extiende las redes donde han de caer los voraces tordos, ó prende en el lazo la tímida liebre y la grulla extranjera, premios que recompensan sus afanes.

¿Quién no olvidará con estos ejercicios los sin-sabores y zozobras que el amor acarrea? ¡Y qué placer si la púdica esposa cuida por su parte de la casa y los tiernos hijos, cual la Sabina ó la mujer del recio habitante de Apulia, tostada por el sol, y con leños secos enciende el hogar á la llegada del varón fatigado, encierra en la urdimbre de zarzos las cabras triscadoras, ordeña sus ubres llenas, saca de la tinaja vino mulso de

aquel año y le adereza la mesa con viandas no compradas!

No me agradarían más las ostras del Lucrino, el escaro ni el rodaballo, si la borrasca movida por el Levante los dirige á nuestros mares; ni la gallina de Africa ó el francolín de Jonia serían recibidos con más placer en mi vientre que la aceituna cogida de las ramas rebosantes, la hierba del lampazo que crían las praderas, las malvas tan saludables al cuerpo enfermo, la cordera sacrificada al dios Término y el cabrito arrancado á los dientes del lobo.

Entre estos manjares, ¡qué hermoso es ver cómo vuelven á su casa las ovejas repastadas, cómo traen el arado al revés, sobre el lánguido cuello, los bueyes desfallecidos, y los esclavos, enjambre de las casas ricas, sentados en torno á la fogata brillante del hogar!

Apenas hablo así Alfio, el usurero, dispuesto á hacerse rústico, á mediados de mes recoge todo su capital, y vuelve á prestarlo á principios del siguiente.

III

CONTRA EL AJO

Si algún criminal con mano impía hubiese cortado la cabeza de su anciano padre, condénesele á comer ajos, más ponzoñosos que la cicuta. ¡Oh duros vientres de los segadores!, ¿qué veneno

roe mis entrañas? ¿Es sangre de víbora cocida con estas hierbas la que me abrasa, ó fué este manjar aderezado por Canidia?

Cuando Medea, entre todos los argonautas, escogió por amante al hermoso Jasón, untóle con zumo de ajos para que sujetase los indómitos toros, y con ajos envenenó los presentes que la veñgaron de su rival antes de huir sobre el alado dragón.

Jamás ningún astro lanzó tan cálidos vapores á la sedienta Apulia, ni la túnica envenenada ardió con tal violencia sobre los hombros del pujante Hércules. Si un día deseas comerlos, jovial Mecenas, que tu amante rechace tus besos con su linda mano, y se acueste, lejos de ti, al borde de la cama.

IV

CONTRA MENAS, LIBERTO DEL GRAN POMPEYO

Cuanta enemiga puso Naturaleza entre lobos y corderos, tanta es la que siento hacia ti, que un día sufriste que amaratase tus espaldas el látigo de Iberia, y aprisionase tus pies el duro grillete.

Aunque te pavonees soberbio con tus riquezas, la fortuna no cambia el linaje. ¿No reparas, cuando barres la vía Sacra con tu toga rozagante, cómo la indignación de los transeuntes se desata contra ti en los mayores ultrajes? ¿Ese hombrezuelo azotado por los triunviros hasta

rendir al pregonero, labra mil yugadas del campo Falerno, recorre en sus bridones la vía Apia, y como si fuese un caballero, con desprecio de la ley de Otón, ocupa en el teatro los primeros asientos. ¿Á qué equipar tantas naves rostradas contra ladrones y esclavos, si este mal bicho es tribuno de los soldados?

V

CONTRA LA HECHICERA CANIDIA

¡Ah! Por los dioses que desde el cielo gobiernan la tierra y el humano linaje, ¿qué peligros amenaza ese tumulto, ó qué significan todos esos semblantes enfurecidos contra mí? Si Lucina te asistió alguna vez en partos verdaderos, te suplico por tus hijos, por este vano honor de la púrpura, por Jove que reprueba tus maldades, me digas qué te mueve á mirarme como ceñuda madrastra ó como fiera castigada por el hierro.

Apenas el niño tembloroso prorrumpie en tales lamentos, despojando del vestido su tierno cuerpo que podría enternecer el pecho feroz de un tracio, Canidia, ceñida la frente y el áspero cabello de rabiosas víboras, ordena quemar en las llamas de Colcos las ramas del fúnebre ciprés y del cabrahigo que crece en los sepulcros, los huevos de la inmunda rana teñidos en sangre, las plumas del buho nocturno, las hierbas que produce Yolcos ó Iberia, fértil en venenos, y los

huesos arrancados á la boca de una perra hambrienta.

Sagana, muy solícita, esparce por toda la casa las aguas del Averno, con los cabellos rígidos como el erizo de mar ó el jabalí en su carrera. Veya, que jamás sintió remordimiento por sus crímenes, anhelante de fatiga, cava con el duro azadón la tierra donde había de ser sepultado el niño que iba á morir, ante el horrible espectáculo de la comida, que se le renovaba dos ó tres veces al día junto á la boca, como el infeliz que se ahoga y consigue asomar la cabeza por encima de las olas; hasta que extrayéndole la medula y los ardientes hígados, pudiese componer un filtro amoroso, en el momento que la muerte apagase para siempre sus pupilas fijas en la vianda apetecida.

Los ociosos habitantes de Nápoles y los pueblos circunvecinos creyeron que no faltó Folia la de Rímini, conocida por su varonil lujuria, y capaz de arrancar del cielo la luna y las estrellas con sus mágicos encantamientos.

Entonces la cruel Camidia, mordiéndose con los negros dientes las uñas que jamás se cortó, ¿qué dijo ó qué calló? Oidla: «¡Oh noche! y ¡oh Diana!, compañeras fieles de mis empresas, que presidís el silencio, sedme propicias en la celebración de estos sagrados misterios. Que vuestro numen se revuelva airado contra las casas de mis enemigos, mientras las fieras se rinden al blando sueño en la fragosidad del bosque. Que

todos los perros de Suburra ladren á ese viejo adúltero, que provoca la risa general con sus esencias de nardo, tan perfectas como no supieron nunca elaborarlas mis manos.

»¿Mas qué es esto? ¿Cómo resultan ineficaces los crueles venenos de la bárbara Medea, con los cuales antes de la fuga se vengó de su orgullosa rival la hija del gran Creonte, abrasándole el cuerpo con la túnica emponzoñada que le regalara el mismo día de sus bodas? Y eso que jamás me engañó ninguna hierba ni raíz oculta en los montes escabrosos.

»El perverso, olvidándose de mí, frecuenta los lechos perfumados de cien rameras. ¡Ah! Sin duda debe su libertad á los encantos de hechiceras más sabias. ¡Ay, Varo, cómo has de llorar tu desdén! Yo haré que vuelvas á mí, valiéndome de filtros nunca conocidos, y tales, que los cantos de los marsos no consigan devolverte la razón. Te preparo y has de beber una poción irresistible, y antes el cielo aparecerá bajo el mar y la tierra por encima del cielo que dejes de abrasarte en mi amor con la violencia del negro betún arrojado á las llamas.»

Al oír esto el niño, ya no pensó en mover á piedad tan infames Harpías con sus tristes quejas, y dudando cómo rompería su silencio, por fin prorrumpe en las maldiciones de Tiestes.

«Vuestros hechizos y crímenes atroces son impotentes para mudar la suerte de los mortales.

»Yo os perseguiré acompañado de las Furias, y

no hay víctima que expíe tan horrendas imprecaciones. Luego que haya expirado, pues ordenáis que muera, mi sombra os acosará por la noche, y os clavaré en el rostro las corvas uñas, que los Manes tienen este poder.

»Introducida en vuestros corazones, os quitará el sueño con grandes terrores; las turbas, viejas indecentes, os acosarán por las calles á pedradas, y después arrojarán á los lobos y los buitres del Esquilino vuestros cadáveres insepultos. Este espectáculo calmará, ¡ay!, el dolor de mis padres, que han de sobrevivirme.»

VI

CONTRA CASIO SEVERO

Can medroso frente á los lobos, ¿por qué acometes á las personas inofensivas, y no vuelves tus necias amenazas contra mí, que puedo acribillarte á dentelladas? Pues como el perro moloso ó el rojo de Laconia, defensa de los pastores, con las orejas enhiestas perseguiré por la nieve del monte á las fieras que huyan de mí.

Tú, á poco de alborotar la selva con feroces ladridos, te pones á olfatear el hueso que te arrojan. Guárdate, guárdate, que tengo prontos los cuernos para ensartar á los bribones, cual el despreciado yerno del infiel Licambe, ó el enconado enemigo de Búpalo; y si alguno pretende

clavarme el diente, no lloraré como un niño sin tomar venganza.

VII

A LOS ROMANOS

¿Adónde, adónde os despeñáis, malvados? ¿Por qué los aceros desnudos brillan en vuestras manos? ¿No se ha vertido ya bastante sangre latina sobre la tierra y el mar? Y no para que el romano destruyera con el incendio las soberbias torres de la enemiga Cartago, ó el indomable britano descendiese cargado de hierro por la vía Sacra, sino para que, según los votos de los parthos, Roma pereciese por su propia diestra. Los lobos y leones nunca mostraron fiereza tanta con los de su especie.

¿Os arrebatara un furor ciego, ó la fuerza del destino, ó vuestras culpas? Respondedme.

Callan, y la palidez se refleja en sus semblantes, y sus ánimos se rinden al estupor.

No hay duda; cruel fatalidad persigue á los romanos, y el crimen de la muerte de Remo manchó la tierra con sangre, que han de expiar sus descendientes.

VIII

CONTRA UNA VIEJA IMPÚDICA

¿Y pretendes que enerve mi vigor por complacerte, vieja impúdica, montón de años, que tienes los dientes negros, la frente surcada por las arrugas de la decrepitud, y como vaca rijosa despides un hedor nauseabundo entre las escuálidas nalgas? ¿Piensas que me seducen tus pechos flácidos como las ubres de una yegua, tu vientre blanducho y los flacos muslos que sostienen tus hinchadas rodillas? Que seas opulenta, que precedan en tu entierro las imágenes triunfales de tus antepasados y no haya matrona que se pasee adornada de perlas más hermosas; pues bien: no me importa que los libros de los estoicos anden entre tus almohadones de seda. ¿Acaso la gente tosca y sin letras muestra menos pujanza y siente menos el ardor de Venus? Si pretendes excitarlo, lo conseguirás con los refinamientos que sabes.

IX

Á MECENAS

Venturoso Mecenas, ¿cuándo será que, regocijado por la victoria de César, beba en tu soberbio alcázar (así lo quiere Jove) el Cécubo añejo que reservas para los suntuosos festines, que

amenizan los cantos acompañados por la flauta en el tono frigio y la lira en el dórico? Como el día en que, tras el incendio de sus naves, se vió arrojado del estrecho de Sicilia el hijo de Neptuno, aquel que amenazaba oprimir la ciudad con las cadenas arrancadas á su pérfidos siervos.

El soldado romano, ¡ay!, los descendientes se resistirán á creerlo, esclavo de una mujer, la sigue con su campo y sus armas, se rebaja á obedecer á despreciables eunucos, y entre las águilas de las legiones el sol contempla el pabellón de una egipcia. Dos mil galos, llenos de sonrojo y aclamando á César, lanzan los caballos á sus tiendas, y las popas de las naves enemigas buscan su salvación á la izquierda del puerto. ¡Triunfo, triunfo!, ¿cómo detienes los carros de marfil y las terneras no domadas? Sí, triunfo más grande que el alcanzado por el caudillo vencedor de Yugurta, ó Escipión el Africano, que alzó sobre las ruinas de Cartago el pedestal de su gloria. El enemigo, vencido en mar y tierra, trueca por vestidos de luto sus galas de púrpura, y con vientos desfavorables busca un refugio en Creta, orgullosa con sus cien ciudades, ó se pierde en las sirtes azotadas por los vientos de Mediodía, ó vaga por mares desconocidos.

Muchacho, tráenos aquí sendas copas llenas del licor de Quíos y Lesbos, ó sírvenos el Cécubo que entona los estómagos débiles. Quiero sepultar en dulce vino el miedo y la zozobra que pasé por la suerte de César.

X

CONTRA MEVIO

Con auspicios fatales zarpa la nave que conduce al hediondo Mevio. Austro, no dejes de azotarla por ambos costados con las olas enfurecidas.

Que el Euro sombrío, agitando el mar, le arranque los cables y los remos hechos pedazos. Que brome el Aquilón como suele al descuajar en las altas cumbres las corpulentas encinas, y en la lobreguez de la noche no luzca, por donde el triste Orión se pone, estrella que le sea favorable, y contemple el piélago más alborotado que la hueste victoriosa de los griegos, cuando Palas desvió su cólera de las cenizas de Troya para revolverla contra la impía nave de Ajax. ¡Ay, cuántos trabajos amenazan á tu chusma, cuánta palidez reflejará tu rostro, qué femeniles lamentos saldrán de tus labios, y qué súplicas al indignado Jove, así que el golfo jónico, soliviantado por el húmedo Noto, destroce tu navío! Mas si tu cadáver, arrojado á la corva playa, sirve de pasto succulento á los cuervos marinos, inmolaré á las tempestades un cabrón libidinoso y una inocente cordera.

XI

Á PETO

Ya, Peto, no me recrea como otros días escribir versos, herido gravemente por los dardos del amor, del amor que abrasó mis venas, más que á ningún mortal, por los tiernos mancebos ó las lindas doncellas. Pasaron tres diciembres despojando de pompa á los árboles desde que cesó mi frenesí por Inaquía. ¡Ay, cuánto se habló de mi locura en la ciudad! Aun me avergüenza tanta humillación y me sonrojan aquellos banquetes en que mi silencio, mi languidez y mis suspiros, arrancados del hondo pecho, delataban mi febril apasionamiento.

Quejábame de que nada valiese el amor ingenuo del pobre con una mujer interesada, y no te ocultaba mis lágrimas cuando el dios indiscreto con sus ardientes libaciones me hacía confesar los más recónditos arcanos. ¡Ah! Si logro encender en libre cólera mis entrañas, dejaré que se lleven los vientos mis vanas quejas, incapaces de cerrar tan crueles heridas, y desechando esta falsa vergüenza, rehusaré competir con rivales indignos de mí.

Así que te hube anunciado tan firme resolución, mandaste que me recogiera en casa; pero, ¡ay!, los pies vacilantes me llevaban á las puertas de aquella enemiga, en cuyos umbrales se desplomó cien veces mi cuerpo quebrantado.

Ahora me domina Licisco, que se gloria de vencer en voluptuosidad á la mujèr más impúdica. Ni severos reproches ni graves amonestaciones de amigos podrán arrancarme esta pasión si ya no es otra llama encendida por alguna tierna doncella, ó algún adolescente que anude en trenzas su larga cabellera.

XII .

CONTRA UNA VIEJA DESHONESTA

¿Qué pretendes de mí, vieja dignísima del amor de un negro elefante? ¿Á qué me regalas y envías tus billetes si ya no soy un joven vigoroso, ni he perdido el olfato y sé percibir, con la sagacidad del perro valiente que descubre dónde se oculta el jabalí, el pólipó de tus narices y el hedor de tus velludos sobacos?

¡Qué sudor transpiran tus débiles miembros, y qué olores tan repulsivos exhalan por doquier cuando en lúbrica actitud te dispones á satisfacer tu arrebatada lujuria! Ya la fresca greda y el color que produce el excremento del cocodrilo resbalan por tu rostro, y en tus violentos espasmos haces temblar la cama y el suelo, y con estas coléricas palabras increpas mi flojedad: «Eres más hombre con Inaquía que conmigo. Con ella trabajas toda la noche, conmigo te rindes á la primera embestida. Maldita sea Lesbía, que me proporcionó en ti un hombrecillo, cuan-

do yo buscaba un robusto toro y estaba en posesión de Amintas de Cos, cuyo ardor nunca extinguido oprimía mi cuerpo con la fuerza que el árbol recién plantado arraiga en la tierra. Los mantos, dos veces teñidos en la púrpura de Tiro, ¿para quién los vestía yo? Por ti solo. Deseaba que ninguno de tus amigos se vanagloriase de ser más querido de su amante que tú; pero ¡cuán desdichada soy!; huyes de mi presencia como el cordero del hambriento lobo y la cabra del león.

XIII

Á UN AMIGO

Hórrida tempestad encapota el cielo, y arroja á torrentes la lluvia y las nieves; el huracán de Tracia resuena en los mares y los bosques.

Amigos, aprovechemos la ocasión, y pués los años y las fuerzas de la juventud nos lo permiten, lejos de nosotros las tristezas que anublan la frente de la vejez.

Saca de la bodega el vino que esconde desde el tiempo del cónsul Torcuato en que nací; tal vez un dios nos traerá luego días más venturosos.

Ahora debemos ungir el cuerpo con las esencias pérsicas y desterrar á los sonos de la lira las sombrías inquietudes del alma.

Así aconsejaba el noble centauro Quirón á su heroico alumno: «Invicto joven Aquiles, vásta-

go de la divina Tetis, oye cómo te llama la tierra de Asáraco, que riegan las frías ondas del Escamandro y el tortuoso Simois.

›Las Parcas, rompiendo el hilo de tu existencia, evitarán que vuelvas de aquel país, y tu madre, la de cerúleos cabellos, no podrá acompañarte á su palacio.

›Procura, pues, disipar allí las nubes de tu melancolía con el vino, el canto y los coloquios de los buenos amigos.›

XIV

Á MECENAS

Querido Mecenas, me matas preguntándome á todas horas por qué la blanda pereza sume mi espíritu en olvido tan profundo, cual si hubiese apagado mi sed ardiente en la onda olvidadiza del Leteo.

Un dios, un dios me impide terminar los yambos comenzados que ha días te prometí. Me abraza, como se abrasaba por el joven Batilo de Samos Anacreonte de Teos, que cantó cien veces al compás de la lira armoniosa su amor desdeñado en versos bastante lejanos de la perfección.

Tú también ardes en la misma llama, y si tu hermosa no cede á la que ocasionó el incendio de Troya, goza enhorabuena de tu suerte. Á mí me atormenta la liberta Frine, no satisfecha con un solo amante.

XV

Á NEREA

Era de noche; la luna resplandecía en el sereno firmamento, rodeada de estrellas, cuando tú, dispuesta á ofender la majestad de los dioses con tus perjurios y estrechándome en tus hermosos brazos más fuertemente que la hiedra asida á la robusta encina, jurabas sobre mis palabras que en tanto fuese el lobo el terror del ganado y el Orión, enemigo de los marineros, sublevase el inquieto piélago, y las auras agitasen los largos cabellos de Apolo, mi amor sería por ti al unísono correspondido. ¡Oh Nerea, y cuán amargamente has de sentir mis rencores, pues mientras quede en mí algo de hombre, no toleraré que pases las noches enteras con un competidor más afortunado! En mi despecho buscaré otra amante digna de mi predilección; y si llego á convertir las sospechas en certidumbres, no lograré quebrantar mis propósitos una hermosura que tanto me ha ofendido. Y tú, rival feliz, que hoy te burlas de mi desgracia, aunque seas rico en ganados y heredades, aunque corran para ti las arenas del Pactolo, aunque vuelva á nacer Pitágoras para enseñarte sus profundos misterios y venzas en gallardía al mismo Nireo, ¡ay!, presto llorarás también al verte suplantado por otro, y yo me reiré de tus lágrimas.

XVI

Á LOS ROMANOS

Una nueva edad se ensangrienta con las guerras civiles, y Roma se destruye con sus propias fuerzas. La ciudad que no pudieron abatir los marsos, sus vecinos, ni el ejército etrusco del amenazador Pórsena, ni la emulación arrogante de Capua, ni los bríos de Espártaco, ni el infiel piamontés amigo de revueltas, ni la rubia juventud de la belicosa Germania, ni Aníbal, tan aborrecido de nuestras madres, la perdemos nosotros, raza impía y manchada de crímenes, y las fieras salvajes vendrán un día á ocupar nuevamente su suelo.

El bárbaro vencedor hollará nuestras cenizas; el paso resonante de sus caballos se dejará sentir sobre nuestras ruinas y, ¡horrible profanación!, su insolencia esparcirá los huesos de Quirino, hasta hoy defendidos de los vientos y los soles.

Acaso todos ó la mejor parte de vosotros busquéis solícitos el remedio á tanta calamidad. Ved aquí el dictamen más prudente. Como los focenses, maldiciendo su ciudad, abandonaron sus campos, sus patrios Lares y consintieron que profanasen sus templos los jabalíes y rapaces lobos, huyamos adonde nos empuje la suerte, adonde por medio de los mares nos lleven el Noto ó el

Ábrego violento. ¿Os resolvéis ó hay quien proponga remedio mejor? ¡Ea!, ¿por qué vacilamos en hacernos á la vela con prósperos auspicios? Pero antes hagamos este juramento: «Que nadie piense en regresar hasta que naden en la superficie los peñascos arrancados al fondo del abismo, y sólo nos sea lícito dirigir el curso hacia nuestras playas cuando llegue la corriente del Po á las cumbres del Matino, y se derrumbe el excelso Apenino sobre el mar, cuando un amor inconcebible se deleite en uniones tan monstruosas, que el tigre halle placer en ayuntarse con el ciervo, la paloma adultere con el milano, los tímidos rebaños se confíen crédulos á los fieros leones y el macho cabrío se bañe á gusto en las salobres olas.»

Hechos estos juramentos y los que pueden impedirnos el ansiado regreso, huyamos todos de la execrada ciudad, ó si no la mejor parte de sus indóciles habitantes; que los tímidos y sin fuerzas reposen muellemente en sus lechos afrentados.

Pero vosotros, raza de héroes, no os entreguéis á llantos femeniles, y volad lejos de las playas etruscas. El inmenso Océano nos llama; busquemos á través de sus olas los campos venturosos y las islas florecientes donde la tierra, sin ser arada, produce todos los años abundancia de espigas, y la viña no podada florece con la mayor lozania; donde las ramas del olivo jamás engañan las esperanzas concebidas, y los dulces higos

adornan el árbol que los sustenta; allí mana la miel del hueco de la encina, y se desprenden de los altos montes con grato rumor los cristalinos arroyos; allí el rebaño vuelve del pasto con las ubres hinchadas, y las cabras se ofrecen gustosas á las manos que las ordeñan; no aúlla por la tarde el oso en torno del redil, ni se ven montones de tierra por las víboras levantados. Diehosos mil veces, veremos que nunca el Euro lluvioso devasta los campos con sus torrentes, ni la árida gleba seca las fecundas semillas, porque Jove templará el rigor de las contrarias estaciones. Nunca á fuerza de remos llegó la nave de los argonautas, ni la impúdica Medea pudo imprimir sus huellas, ni los marinos de Sidón ó la chusma trabajada de Ulises enderezaron allí sus proas; ningún contagio se ceba allí en los ganados, ni los aniquila la influencia letal de un astro maligno. Júpiter consagró estas playas á gentes piadosas, cuando el bronce vino á manchar la pureza del siglo de oro. Tras el bronce corrieron los siglos aún más duros del hierro, de los cuales pueden huir á estas regiones los hombres inocentes. Creed en la verdad de mis profecías.

XVII

HORACIO Y CANIDIA

HORACIO

Por fin me rindo á tu ciencia soberana, y suplicante te ruego por el reino de Proserpina y el

numen implacable de Diana, y por los libros poéticos capaces de arrancar del cielo los astros que lo tachonan, que ceses, Canidia, en tus mágicas imprecaciones, y vuelvas pronto hacia atrás el círculo que giras rápidamente.

Pudo Telefo conmover al nieto de Nereo, contra quien armó los soberbios escuadrones misios y dirigió sus agudas flechas; las matronas de Ilión ungieron el cuerpo del homicida Héctor, condenado á ser pasto de los perros y las aves de rapiña, después que Príamo abandonó los muros de su ciudad, para humillarse á las plantas del obstinado Aquiles; los sufridos marineros de Ulises, á una señal de Circe, echaron las duras cerdas que cubrían sus carnes, y recobraron la razón, el habla perdida y la dignidad del rostro humano.

Prenda querida de marineros y traficantes, harto tiempo ejercitaste sobre mí tus rigores. Pasó mi juventud y el color sonrosado de mi rostro; mis huesos se transparentan bajo un cutis pálido, y con tus malditas drogas has vuelto blancos mis cabellos; ningún reposo viene á calmar mi turbación; la noche sigue al día y el día á la noche, sin que el pecho lastimado se alivie un punto de sus congojas.

Vencido en la fatal contienda, creo al fin lo que siempre negué: que los encantos de los sabinos mueven el corazón, y las fúnebres canciones de los marsos son capaces de trastornar el juicio.

¿Qué más pretendes? ¡Oh tierra, oh mar! Yo me abraso en el fuego de Hércules cuando se vistió la túnica de Neso emponzoñada en las rojas llamas que vomita el encendido cráter del Etna; pero tú sigues confeccionando en mi daño los venenos de Colcos, hasta el día en que mis tristes cenizas sean el juguete de los vientos. ¿Cuándo pondrás término á mis males, ó qué precio exiges por mi rescate? Habla; sufriré resignado el castigo que me impongas, dispuesto á la expiación, aunque ordenes que mi lira lisonjera entone tus alabanzas, llamándote púdica y honesta y haciéndote recorrer los cielos como un astro de oro. Cástor y su hermano Pólux, ofendidos del ultraje de la hermosa Helena, se dejaron vencer por las súplicas y devolvieron al poeta difamador la vista de que le habían privado; así tú, que puedes hacerlo, líbrame de mi demencia, ya que no estás manchada por indignos progenitores, ni esparces, como hechicera advertida, las cenizas de los pobres en los sepulcros á los nueve días de su muerte. Tus manos son puras, tu pecho compasivo, tu vientre fecundo, y la matrona lava tus ropas teñidas de sangre cada vez que te levantas del lecho ágil y sana después de haber dado á luz.

CANIDIA

¿Por qué te empeñas en ablandar con tus preces mis oídos tan sordos, como lo son á los gritos de los marineros los peñascos que Neptuno

azota con su bramador oleaje? ¿Piensas quedar impune habiéndote mofado de los misterios de Cotito y los arcanos del licencioso Cupido?

Como pontífice de los sortilegios del Esquilino, ¿pretendes llenar la ciudad con mi nombre sin que te aniquile mi venganza? ¿De qué te servirá haber enriquecido á las hechiceras de Peligno, aprendiendo de ellas á componer tósigos violentos, si la muerte no ha de acudir pronta á tus voces? Infeliz, has de llevar una vida miserable, que cada día te atormente con nuevos dolores. Tántalo, padre del culpable Pélops, codicioso del grato manjar que huye de su boca, pide el fin de su tormento, y lo piden Prometeo, destrozado por el buitre, y Sisifo, condenado á fijar su peñasco en la cumbre del monte; pero las leyes de Jove rechazan sus votos.

Deseoso de tu muerte, intentarás arrojarte desde una alta torre, sepultar en tu pecho el acero homicida, ó en la cruel desesperación de tu amargura querrás echarte un lazo á la garganta. Todo será en vano. Yo cabalgaré en triunfo sobre tus hombros enemigos, y la tierra reconocerá mi insolente dominación.

¿Acaso la que pudo animar (tu curiosidad harto lo sabe) las imágenes de cera y arrancar la luna del firmamento con sus gritos, y volver á la vida las cenizas de los cadáveres, y componer los filtros del amor más enérgicos, habrá de llorar la impotencia de sus artes inútiles contra ti?

CANTO SECULAR

CORO DE MANCEBOS Y DONCELLAS

¡Oh Febo, y tú, Diana, poderosa en las selvas, astros brillantes del cielo, siempre adorados y siempre dignos de adoración, escuchad nuestras preces en los días consagrados por los versos de la Sibila, para que las vírgenes escogidas y los castos mancebos eleven sus cánticos en loor de los dioses protectores de las siete colinas!

CORO DEL PUEBLO Y LOS MANCEBOS

Sol resplandeciente que en tu carro de fuego nos traes y celas el día, y renaces siempre nuevo y siempre el mismo, así no puedas alumbrar nunca ciudad más poderosa que Roma.

CORO DE DONCELLAS

Dulce Ilitia, que presides los alumbramientos felices, protege á las madres; y ya quieras ser llamada Lucina, ya Genital, favorece, ¡oh diosa!, su fecundidad, y haz que prosperen los decretos de los senadores sobre los matrimonios y la ley conyugal llamada á multiplicar nuestra prole; así, transcurridos otros ciento diez años, volverán á resonar estos cantos y celebrarse estos juegos tres veces á la luz radiante del sol, y otras tantas en la alegría de la noche.

CORO DEL PUEBLO

Y vosotras, Parcas, siempre veraces al anunciar lo que el destino ha decretado, lo que guarda el orden estable de la Naturaleza, añadid nuevas dichas á las ya logradas.

Que la tierra, fértil en granos y rica en rebaños, ciña con corona de espigas las sienas de Ceres, y fecundicen sus gérmenes vitales las ondas cristalinas y las auras de Jove.

MANCEBOS

Depón los certeros dardos, Apolo, y escucha grato y benévolo á los jóvenes suplicantes.

DONCELLAS

¡Oh luna, creciente reina de los astros, dignate oír á las doncellas!

CORO GENERAL

Si Roma es obra vuestra, si obedientes á vuestros mandatos abandonaron sus Lares y su ciudad y emprendieron próspero viaje hacia las playas de Etruria los habitantes de Ilión, á quienes el piadoso Eneas, sobreviviendo á la catástrofe de su patria y fiel á sus promesas, abrió libre camino á través de la incendiada Troya para darles más de lo que abandonaban, ¡oh dioses!, conceded á la dócil juventud puras costumbres, plácido descanso á los ancianos, y al pue-

blo de Rómulo sucesión, riquezas y glorias envidiables.

Que el descendiente esclarecido de Anquises y Venus, que ahora os sacrifica los blancos toros, impere vencedor del enemigo belicoso, y clemente con el enemigo humillado á sus plantas.

Ya el medo reconoce su poder, tan grande en la tierra como en el mar, y tiembla ante las segures de Alba; ya los escitas y los indos, antes tan soberbios, aguardan sus soberanos decretos.

Ya se atreven á volver el honor, la buena fe, la paz, el antiguo pudor y la virtud tanto tiempo olvidada; ya aparece la feliz Abundancia con su cuerno henchido de frutos.

CORO DE MANCEBOS

Y el profético Apolo, ornado de su aljaba rutilante, y siempre querido de las nueve hermanas, cuya ciencia saludable vigoriza los cuerpos que languidecèn enfermos, si contempla orgulloso los alcázares del Palatino, la grandeza de Roma y la tierra feliz del Lacio, prolongue nuestras dichas otro siglo con días siempre mejores.

CORO DE DONCELLAS

Que Diana, tan reverenciada en el Aventino y el Algido, acepte los ruegos de los quince sacerdotes, y preste atento oído á los votos de los mancebos.

CORO GENERAL

Nosotros, que aprendimos á cantar en coro las alabanzas de Febo y Diana, nos llevamos á casa la firme y consoladora esperanza de que han atendido nuestras súplicas Jove y todos los dioses.

NOTAS

NOTAS Á LAS ODAS

LIBRO PRIMERO

I

En esta primer oda, prefacio de las siguientes, enumera las diversas inclinaciones de los hombres, para disculpar su entusiasmo por la poesía lírica, á la que, junto con la didáctica, dedicó los ocios de su laboriosa existencia.

Verso 1. *Mecenas*.—Cayo Cilnio Mecenas, inmortalizado por los elogios horacianos, ha tenido la fortuna de dar por antonomasia su nombre á todos los muníficos protectores de las letras y las artes.

V. 4. *Meta*.—Á los dos extremos de la espina, bajo muro que en sus tres cuartas partes dividía el circo, tres columnas cónicas erigidas sobre una base cuadrada formaban las metas primera y segunda; y era gran habilidad del conductor del carro acortar el camino, acercándose tanto á ellas, que no dejara espacio al paso de un rival; pero evitando, *metaque evitata*, chocar en las mismas antes de completar las siete vueltas que constituían la carrera.

V. 10. *Lybicus*.—La Libia, al norte de África y al occidente de Egipto.

V. 12. *Attalicus*.—Átalo III, hijo de Eumenes y Estratónice, dejó por su heredero al pueblo romano,

de quien había sido siempre aliado celoso y fidelísimo.

V. 14. *Myrtoum mare.*—El mar de Mirtos, peligroso por sus muchos escollos, era una parte del Egeo que bañaba la Eubea, Ática y Argólida; llamóse así ó de la isla Mirto, ó de Mirtilo, precipitado en su fondo por Pélops.

V. 15. *Icúriis.*—El mar de Icaria, junto á las islas de Samos y Delos.

V. 19. *Massici.*—El vino Másico de los collados de Campania se reputaba como de los más excelentes.

V. 25. *Sub Jove.*—Jove, por metonimia, significa el aire ó el cielo.

V. 28. *Marsus.*—Los bosques de los marsos, en el Abruzo, criaban abundancia de jabalíes.

V. 39. *Euterpe... Polyhynnia.*—Las Musas, inspiradoras de la poesía lírica.

V. 34. *Lesboum.*—Alceo, á quien imitaba Horacio, nacido en Lesbos.

II

El asesinato de César y los desastres que afligieron la Italia en castigo de tan horrendo crimen, dan ocasión al poeta para lamentar los males de la patria y dirigir delicadas lisonjas á Augusto en los versos sáficos de esta soberbia composición.

V. 6. *Pyrrae.*—Deucalión, rey de Tesalia, y su esposa Pirra se salvaron del diluvio espantoso con que Júpiter destruyó la raza criminal de los hombres en un navío construido al efecto, que vino á tocar en el monte Parnaso. Consultado el oráculo de Temis sobre el modo de repoblar la tierra, los dioses les ordenaron velar sus cabezas y arrojar por detrás los huesos de su madre, ó sea las piedras. Las que arrojaba Deucalión se conver-

tian en mancebos; las de Pirra en mujeres, y así reapareció la vida humana en la Hélada.

V. 7. *Proteus*. — Proteo, pastor de las vacas marinas de Neptuno.

V. 17. *Iliac*. — Iliá, madre de Rómulo, se supone aquí desposada con el Tiber, y el desbordamiento del río como un efecto de la cólera divina por la muerte de César.

V. 32. *Augur Apollo*. — Apolo presidia los augurios.

V. 33. *Erycina*. — Llama á Venus Erycina por el templo que se le dedicó en el monte Erix de Sicilia.

V. 36. *Auctor*. — Rómulo, hijo de Marte y fundador de la ciudad de las siete colinas.

V. 43. *Filius Maiæ*. — Maya, hija de Atlas y Pleione, que de sus amores con Júpiter tuvo á Mercurio, el mensajero de los dioses.

V. 46. *Quirino*. — De *quiris*, lanza.

III

Con motivo del viaje á Atenas de Virgilio, se desata contra la audacia del hombre que no vacila en escalar el cielo, descender al Averno y atravesar los pasos más peligrosos de los mares, como si quisiera contraponer á sus mezquinas fuerzas su ambición infinita, alentada por el soplo de una inteligencia soberana.

V. 1. *Dica... Cipri*. — El planeta Venus.

V. 2. *Fratres Helenæ*. — Cástor y Pólux, constelación propicia á los navegantes, hoy conocida con el nombre de Géminis.

V. 4. *Yapiga*. — Viento que soplaba de la Pulla, muy favorable para los que de Italia se dirigen á Grecia.

V. 12. *Africum*. — El Abrego que sopla entre Mediodía y Poniente.

V. 14. *Hyadas*.—Las Híadas ó lluviosas constituyen la constelación vulgarmente llamada las Cabrillas.

V. 14. *Noti*. — El Noto, viento de Mediodía.

V. 20. *Acrocerannia*.—Montes de la costa del Épiro, donde con frecuencia se estrellaban las naves.

V. 27. *Japeti genus*. — Prometeo.

V. 34. *Daedalus*. — Dédalo es un mito que personifica el primer desenvolvimiento de la Escultura y Arquitectura.

V. 36. *Herculeus*. — Entre los memorables trabajos de Hércules, no es el de menor atrevimiento su bajada á los infiernos para arrebatarse el Cerbero, según el testimonio del autor de *La Iliada*.

IV

El sonriente espectáculo de la Naturaleza, cuando el áspero invierno huye de las caricias de la primavera, y las Gracias, junto con las Ninfas, danzan regocijadas en los prados, infunde en el ánimo del poeta ansias de dicha y placentera efusión, que intenta comunicar á su amigo Sextio, advirtiéndole de paso en sentencias que se han hecho inmortales que el breve plazo de la vida no consiente dilatar la esperanza de la felicidad, y que la muerte visita lo mismo los palacios de los poderosos que las chozas de los humildes para aliviar las miserias de los unos, y advertir á los otros que todas sus arrogantes pretensiones han de quedar reducidas á un puñado de ceniza.

V. 1. *Faoni*. — Viento de Poniente.

V. 5. *Cytarea*. — La isla de Cerigo, al sudeste de Laconia, estaba consagrada á Venus, porque, según las tradiciones míticas, allí surgió de la espuma del mar, resplandeciente de juventud y hermosura.

V. 6. *Gratiae*. — Las Gracias, hijas de Júpiter, fueron tres: Eufrosine, Aglae y Talía.

V. 8. *Vulcanus*. — Aunque la residencia favorita del herrero de los dioses, que forjaba los rayos, fuese la isla de Lemnos, muchas tradiciones colocan su taller en las profundidades del Etna.

V. 11. *Fauno*. — Hijo de Pico, nieto de Saturno y padre de Latino, fué el tercer rey de Laurento, y se le veneraba como á dios protector de la agricultura y el pastoreo. Posteriormente se le identificó con Pan, representándole con cuernos y pies de cabra.

V. 14. *Sexti*. — Los comentadores no están de acuerdo acerca de la personalidad de Sextio; tal vez sea Lucio Sextio, cónsul el año 731 de la fundación de Roma.

V. 16. *Manes*. — Las almas de los muertos consideradas como seres divinos.

V. 17. *Domus exilis Plutonia*. — La morada de Plutón, que habitan las sombras ligeras.

V

Razón tiene Escaligero al afirmar que este delicadísimo reproche es un puro néctar. Elegancia, suavidad, armonía encantadora, frases escogidas, ternura en los afectos y cierta melancólica resignación á los desdenes de su hermosa heroina lo proclaman uno de los poemas eróticos más perfectos que haya dictado nunca el corazón. El poeta se consuela en la seguridad de que sus tormentos han de ser también experimentados por el rival que acaba de vencerle, y muestra su reconocimiento á los dioses por haberle devuelto la libertad perdida en las redes que le tendiera tan peligrosa cortesana.

V. 16. *Maris deo*. — Los náufragos que escapaban á

la muerte ofrecían á Neptuno sus vestidos húmedos y la tabla votiva donde se pintaba el accidente marítimo que los puso en tanto riesgo.

VI

Con una modestia más fina que sincera, se excusa de glorificar las empresas de Agripa y César, considerando la misión superior á sus alientos y sólo capaz de ser realizada por su amigo Vario; pero en las mismas excusas demuestra cumplidamente, cuando alude al hijo de Peleo, á Ulises, á Marte y á Merión, que si su numen sobresalía en el género gracioso y satírico, en sus cantos arrebatados y sublimes, ni los héroes ni los dioses oyeron jamás estrofas tan dignas de conmemorar sus hazañas y su poder incontrastable.

V. 1. *Vario*. — Lucio Vario, de quien sólo nos quedan insignificantes fragmentos, contemporáneo y amigo de Horacio, se distinguió en el cultivo del poema épico y la tragedia.

V. 2. *Meoni carminis*. — Cierta tradición hace á Homero natural de Meonia, en Lidia.

V. 5. *Agrippa*. — Marco Vipsanio Agripa, por sus talentos políticos y militares, fué una de las más robustas columnas del Imperio, y la victoria de Accio acabó de consolidar su reputación de caudillo inteligente y afortunado. El Panteón, que labró para su sepulcro, y hoy guarda los restos mortales de Víctor Manuel y Umberto, es el edificio mejor conservado de la antigüedad, y el que sobrepuesto á los arcos de la basilica de Constantino ha dado origen á la arquitectura cristiana del Renacimiento.

V. 6. *Pelidae*. — Aquiles, el hijo de Peleo.

V. 8. *Pelopsis*. — Los crímenes de la familia de Pé-

lops dieron asuntos á no pocas tragedias. Tántalo hizo servir á los dioses en un festin los miembros cocidos de su hijo Pélops; Agamenón cayó asesinado por su esposa, y ésta por su hijo Orestes, en venganza del asesinato de su padre.

V. 15. *Merionem*. — Merión, hijo de Molo, guiaba el carro de Idomeneo en la guerra de Troya.

V. 16. *Tididen*. — Diomedes, el hijo de Tideo, otro de los esforzados caudillos griegos.

V. 17. *Nos convivía*. — Después de la estrofa grandilocuente y arrebatadora que precede, por una de esas transiciones rápidas á que era el poeta tan inclinado, pasa á la siguiente, que respira gracia, maligna y traviesa donosura, contraponiendo las lides del amor á los cruentos empeños del furibundo Marte.

VII

Don Javier de Burgos asegura haber visto, en un códice de la Escuela de Medicina de Montpellier, dividida en dos esta pieza, y así la presentan algunos manuscritos examinados por Escaligero, dato que le inclina á sospechar si acaso será obra de los copistas la reunión de las partes heterogéneas que la integran.

V. 1. *Rhodon... Mitilenen*. — Rodas, isla próxima al Asia Menor, y Mitilene, la capital de Lesbos.

V. 2. *Ephesum... Corinthi*. — Éfeso, la principal de las ciudades jónicas extendidas por la costa del Asia Menor, y muy célebre en la antigüedad por su templo de Diana, una de las siete maravillas del mundo. La ciudad de Corinto, situada en el istmo que une el Ática y el Peloponeso, por su posición entre dos mares llegó á ser el depósito del comercio oriental con las comarcas de Occidente.

V. 3. *Thebas... Delphos*.—Tebas, capital de la Beocia, inmortalizada por Pelópidas y Epaminondas, alcanzó en los tiempos míticos extraordinario prestigio, y en ella se presume que nacieron Baco y Hércules, Anfión y Tiresias. Delfos, situada en la Fócida y al pie del Parnaso, era famosísima por su oráculo de Apolo, del cual ha hecho Ernesto Curtius un estudio magistral en su *Historia de Grecia*.

V. 4. *Tempe*. — El valle de Tempe, en la Tesalia, atravesado por el Peneo, y uno de los sitios predilectos de los poetas.

V. 5. *Palladis urbem*. — Atenas.

V. 9. *Argos... Micenas*.—Argos, la rival de Esparta, en el Peloponeso, consagró un templo magnífico á Juno, y Micenas, fundada por Perseo, tuvo gran importancia hasta la conquista de los dorios. El tesoro de esta última ciudad, descubierto en 1876, y las murallas ciclópeas con su puerta de los leones, son el encanto de los arqueólogos y eruditos de nuestros días.

V. 11. *Larissae*. — Larisa, en la Tesalia, á la margen del Peneo y sobre una fértil pradera.

V. 12. *Albunee*. — Una de las Sibilas que habitaba la gruta sombría de un bosque próximo al Anio.

V. 13. *Praeceptis Anio*.—El Anio, afluente del Tiber, así llamado por un rey etrusco del mismo nombre que se arrojó desesperado en su corriente. Hoy es el Teverón.

V. 13. *Tiburni*. — Á Tiburno, hijo de Anfiarao, es atribuida la fundación de Tivoli.

V. 19. *Plance*.—Munacio Planco, tráfuga del partido de Antonio, á quien Horacio dirige esta exhortación, poseía en Tibur una linda casa de campo.

V. 21. *Teucer Salamina*.—Teucer, hijo de Telamón y Hesione, se vió arrojado de Salamina por no ha-

ber vengado en Ulises la muerte de su hermano Ajax.

V. 22. *Liaco*.—Sobrenombre de Baco que viene de *luo*, desatar; pues el vino suelta la lengua y libra el alma de enojosas preocupaciones.

V. 29. *Ambiguam Salamina*.—Otra Salamina igual en esplendor á la que abandonaban, fundada por Teucer en Chipre.

VIII

Garcilaso imitó en parte y con gran fortuna esta bellísima poesía del Venusino.

V. 2 y 3. *Amando perdere*.—Si el amor es fuente de inefables goces y generosos sacrificios, no son pocos los jóvenes que, como Sibaris en los brazos de Lidia, por rendirle culto olvidan sus deberes y se anticipan miserablemente su perdición.

V. 6. *Lupatis*.—Frenos dentados, y por eso se les llamaba de lobo.

V. 11. *Disco*.—Recia placa circular de piedra ó metal que se lanzaba rodando á la mayor distancia posible, según la fuerza y maña del discóbulo. La célebre estatua de Mirón nos permite conocer exactamente la postura y actitud de los que se entregaban á tal ejercicio.

V. 14. *Filium Thetidis*.—Aquiles, á quien su madre Tetis envió disfrazado de mujer á la corte de Licomedes para impedir que fuese á la guerra de Troya, donde había de perecer.

V. 16. *Lycias*.—Sarpedón y Glauco mandaban las tropas de Licia, que acudieron en auxilio de la ciudad sitiada.

IX

Taliarco es voz que significa rey del festin, y el poeta le aconseja no perder el tiempo y sacar el mayor provecho de la vida, ya que han de privarle muy pronto de su efímero reinado la vejez y su inseparable compañera la muerte.

V. 2. *Soracte*. — Monte de Toscana consagrado á Apolo.

V. 8. *Diota*. — Cántaro de dos asas, literalmente de *dos orejas*, que se fabricaba en el país de los sabinos.

X

Porfirio supone que este himno es original del gran Alceo.

V. 1. *Atlantis*. — El gigante Atlas, que sustenta el cielo sobre sus hombros, hijo de Júpiter y Climene y abuelo de Mercurio, quedó convertido en la montaña africana de su nombre, en castigo de haber rehusado la hospitalidad á Perseo.

V. 6. *Curvæque lyrae*. — Mercurio se encontró la concha de una tortuga muerta, le puso cuerdas, y su pulsación produjo armoniosos sonidos; de aquí el origen divino de la lira.

V. 9. *Boves*. — El mismo dios todavía niño robó á Apolo los bueyes que apacentaba, y cuando éste se querelló ante el tribunal de Júpiter, notó, lleno de asombro, que el rapaz, con gran habilidad, le había substraído la aljaba, y no pudo menos de echarse á reir.

V. 14. *Dives Priamus*. — Cargado de riquezas y más todavía de pesadumbres, el último soberano de

Troya llegó sin daño á la tienda de Aquiles para rescatar el cadáver de su hijo Héctor.

V. 17. *Tu pias.* — Una de las principales atribuciones de Mercurio era la de empujar con su caduceo las sombras de los muertos al sitio que según sus méritos ó sus culpas se les asignaba.

XI

En estos ocho versos que dedica á Leuconoe, algo inclinada á descifrar los enigmas oscuros del porvenir, se repite los consejos que prodigaba á sus amigos de aprovechar el tiempo, limitar los deseos ambiciosos, beber excelente vino y no preocuparse del mañana, como el único modo de hacer menos sensibles los trabajos y miserias de la vida.

V. 2. *Babylonios.* — En Babilonia se cultivaba con éxito la Astrología.

XII

El plan de este himno, consagrado al enaltecimiento de los dioses y los héroes, es verdaderamente grandioso, y la ejecución corresponde á su majestad soberana. Tras el elogio de Júpiter, el de Palas, Baco, Diana y Apolo. Después el de los héroes, á continuación el de los inclitos caudillos republicanos cuyo heroísmo acrisolado hizo respetar en todas partes el nombre de Roma, y por último el de César Augusto, vencedor de las facciones en Italia, de los parthos y los seres en Oriente, de los cántabros en España, y fundador del imperio más poderoso que ha existido y quizás existirá sobre la tierra.

V. 2. *Clio.* — La Musa de la Historia que consigna

las grandes hazañas y empresas merecedoras de eterna recordación.

V. 3 y 4. *Jocosa... imago*. — Llama al eco la juguetona imagen de la voz, valiéndose de una metáfora tan exacta como graciosa. La Mitología personificaba el eco en una Ninfa, hija de la tierra y el aire.

V. 5. *Heliconis*. — Cadena de montañas de la Beocia entre el lago Copais y el istmo de Corinto; allí brotaban las fuentes Aganipe é Hipocrene, inmortalizadas por los poetas.

V. 6. *Pindo... Haemo*. — El Pindo, ó sea el cordón de montes del norte de Grecia, que separa la Tesalia del Epiro; y Hemo se llamaba á la cordillera, casi siempre nevada, interpuesta entre la Tracia y la Mesia.

V. 8. *Orphea*. — Orfeo personifica el influjo avasallador que sobre los rudos hombres primitivos ejercieron la poesía y la música para suavizar sus instintos y guiarlos por el camino de la civilización.

V. 11. *Auritas... quercus*. — Encinas con orejas. Burgos, al llamar la atención sobre la originalidad del epíteto *auritas*, reconoce su impotencia para trasladar primores tan fáciles de percibirse en el texto y tan difíciles de ser traducidos, por el carácter de los idiomas modernos, menos audaces en sus vuelos y menos libres en sus movimientos.

V. 13. *Parentis*. — El padre de los dioses.

V. 17. *Nil majus*. — El poderío de Júpiter fué mayor que el de Saturno, su padre, y que el de los demás dioses, sus descendientes.

V. 20. *Pallas*. — Palas ó Minerva, que personifica la sabiduría, nació del cerebro de Júpiter.

V. 22. *Inimica virgo*. — Diana, perseguidora de las fieras de los bosques.

V. 24. *Phaebe*. — Jamás erraban el blanco las sae-

tas de Apolo, ministro encargado de ejecutar las sentencias de Jove, contra los mortales que provocaban su venganza.

V. 25. *Alciden*.—Hércules, hijo de Alcmena y nieto de Alceo.

V. 33. *Romulum*.—Con una maestria insuperable enlaza el cielo y la tierra, recordando á Rómulo el hijo de Marte, á Numa Pómpilio y su pacífico reinado, á Tarquino Prisco, el que usó primero las fasces como signo de autoridad, y á Catón de Utica, cuyo generoso suicidio le devolvió la libertad perdida por su derrota.

V. 37. *Regulum*.—El plebeyo Marco Atilio Régulo, que había obtenido el honor del triunfo en su primer consulado, mereció por segunda vez esta dignidad el año 256 de la fundación de Roma; y con su colega Lucio Manlio Vulso destruyó la flota cartaginesa en Sicilia y obtuvo en África importantes victorias. Manlio regresó á Italia acompañado de fuerzas considerables, y Régulo prosiguió la guerra contra Amilcar y Asdrúbal, hasta el punto de obligarles á pedir la paz; pero les impuso condiciones tan duras é insoportables, que los cartagineses decidieron proseguir á todo trance la guerra. En tan críticas circunstancias, el lacedemonio Jántipo supo persuadirles que los anteriores desastres se debían sólo á la incapacidad de los generales, y puesto al frente de las tropas africanas derrotó en la primer batalla á Régulo y le hizo prisionero, confirmando el éxito sus opiniones y su pericia militar. Cinco años después Cartago envió á Roma una embajada pidiendo nuevamente la paz, ó la devolución mutua de los prisioneros; y Régulo, que iba en la misma, con la obligación de volver á su cautiverio si no se obtenía el fin apetecido, aconsejó á los senadores vacilantes que rechazasen ambas demandas y prosiguiesen la guerra sin desmayos ni vaci-

láciones, y sordo á los ruegos de parientes y amigos que lo inducian á quebrantar su palabra, volvió á Cartago, donde le esperaba la muerte en medio de atroces tormentos.

V. 37. *Scauros*. — No acertamos á comprender cómo Horacio pone al lado del sobrio é integérrimo Atilio Régulo los nombres de los Escauros, distinguidos por su influencia política nó menos que por su depravación y falta de patriotismo. Marco Emilio Escauro se dejó sobornar por los presentes de Yugurta, y su habilidad y travesura le salvaron de la acusación del tribuno Manilio. Su hijo primogénito saqueó la Cerdeña, encomendada á su gobierno, y á la defensa de Cicerón debió la impunidad de sus fechorías; un hijo de este insigne bribón, que seguía el partido de Sexto Pompeyo, le traicionó y entregó á los generales de Marco Antonio; y su nieto distinguióse tanto por la elocuencia como por la relajación, y acusado en tiempo de Tiberio del crimen de lesa majestad, evitó con el suicidio la pena que le amenazaba.

V. 38. *Prodigum Paulum*. — Viendo Paulo Emilio casi perdida la batalla de Canas por la ineptitud de su colega Varrón, se arrojó desesperado á la muerte antes que presenciar el triunfo del aborrecido Anibal.

V. 40. *Fabricium*. — El gran Fabricio, cónsul, censor y general de la República, rechazó las ofertas de Pirro cuando quiso negociar el canje de los prisioneros, y reprimió severamente el lujo que se enseñoreaba de todas las clases, siendo un dechado de integridad, rectitud y patriotismo.

V. 41. *Incomtis capillis*. — Curio no quiso jamás perfumar ni arreglar la maraña de sus cabellos; mas su desaseo no impidió que fuese un héroe predilecto de los romanos por su austeridad y sencillez. Venció á los sam-

mitas y á Pirro, y después de sus victorias se retiró á cultivar con sus propias manos la heredad que poseía en la Sabina.

V. 42. *Camillum*. — El insigne patricio Camilo, cinco veces dictador y siempre victorioso, salvó á Roma de la invasión de los galos, y mereció ser llamado por sus compatriotas el segundo Rómulo.

V. 46. *Marcelli*. — ¡Alude á Marco Claudio Marcelo, vencedor de los galos y expugnador de Siracusa, ó al joven Marcelo, sobrino é hijo adoptivo de Augusto! Más verosímil parece la última conjetura.

V. 47. *Julium sidus*. — No sabemos si se refiere á la estrella que apareció siete días consecutivos después de la muerte de César, ó al mismo joven Marcelo, vástago de los Julios, como pretende Sanadón, aunque tal vez el primer supuesto sea el menos erróneo.

V. 53. *Parthos*. — El imperio de los parthos llegó á extenderse del Éufrates al Indo, y del Océano al monte Paronamiso.

V. 56. *Seras*. — Los habitantes de la Sérica, país de la seda; esta región correspondía, según Tolomeo, á la parte noroeste de la China, y al Tibet y la Tartaria.

V. 57. *Rejet aequus*. — La idea de presentar á Augusto rigiendo el orbe como un segundo del soberano de los dioses, que estremece con las ruedas de su carro los cielos y lanza el rayo sobre los lugares profanados, es de una majestad grandiosa.

XIII

No necesita nota alguna para ser comprendido y sentido perfectamente este desahogo de celos furiosos, que se revuelve en ultrajes contra el rival que le roba su dicha, y no contra la inconstancia de Lidia, causadora de sus tormentos.

XIV

Bajo la alegoría de la nave, combatida por vientos y tempestades, hasta romper sus antenas y quebrar sus remos, aparece la República de los últimos tiempos destrozada por las facciones y á pique de anegarse en el abismo si no se hubiera acogido al puerto de la paz, el orden y la concordia de los ánimos soliviantados; y el poeta, que en su mocedad había peleado en el ejército de Bruto, andando el tiempo abominó de su proceder, que los pocos años disculpaban, y llegó á convertirse en el primer panegirista de Octavio, por el horror que le inspiraban las contiendas y disensiones civiles.

V. 5. *Latus*. — Á pesar de la autoridad de Bentley y otros intérpretes, que ponen detrás de esta palabra el fin de la interrogación, no nos han convencido sus argumentos, y seguimos la ortografía generalmente admitida, que continúa en los versos siguientes el sentido interrogativo.

V. 11. *Pontica pinus*. — Las maderas de los bosques del Ponto Euxino eran muy apreciadas para la construcción de barcos.

V. 20. *Cycladas*. — Tampoco andan acordes los comentadores en lo que quiso decir aconsejando á la nave que evitase las Cicladas resplandecientes; pero ya se tome la frase en el sentido recto, ya en el metafórico, es indudable que la exhorta á huir los peligros y escollos donde pudiera encontrar un fin desastroso.

XV

La profecía de Nereo, que nuestro Fray Luis de León imitó tan gallardamente en su *Profecía del Tajo*, anunciando á Paris los estragos que había de acarrear á

Troya su proceder desatentado, comprende desde el motivo ocasional de la guerra hasta la ruina de aquella desventurada ciudad; y el vasto conjunto de sucesos que no pudo ser abarcado en el poema de Homero, aparece reunido en un canto lírico de corta extensión, gracias á la maestría del poeta, que convierte al raptor de Helena en el blanco adonde asestan todos sus golpes los furibundos capitanes aqueos.

V. 1. *Pastor*.—Paris, hijo segundo de Príamo y Hécuba, ejerció el pastoreo en el monte Ida, donde sus padres le abandonaron temerosos del ensueño que había tenido Hécuba de estar próxima á dar á luz una antorcha cuyas llamas abrasarían el reino.

V. 2. *Idaeis*.—Los bosques del Ida producían excelentes maderas, aprovechadas en las construcciones navales.

V. 2. *Helenam*.—Cuando Paris adjudicó á Venus la manzana de la discordia, la diosa, reconocida, le prometió hacerle dueño de la mujer más hermosa, y le condujo á través del mar al palacio de Menelao de Esparta, casado con Helena, la hermosura sin rival de la Grecia, que ocasionó la funesta guerra cantada por Homero, entregándose al príncipe troyano, ya sumisa á la influencia del destino, ya arrebatada por los impulsos ciegos del amor.

V. 5. *Nereus*.—Hijo del Ponto y Gea, ó del Océano y Tetis, y padre de las Nereidas, poseía el don profético y el de aparecerse á los mortales bajo variadas formas.

V. 5. *Mala... avi*.—Con malos auspicios, porque éstos se deducían del vuelo de las aves.

V. 7. *Conjurata*.—Los príncipes de Grecia congregados en el puerto de Aulis juraron no desistir de la empresa hasta recobrar á Helena.

V. 10. *Dardanae*.—Dárdano, hijo de Júpiter y Electra, primitivo rey de la Tróada.

V. 11. *Aegida*.— Traducir por escudo la palabra *aegida* (piel de cabra) es una impropiedad manifiesta; pues la piel de la cabra Amaltea, que Júpiter regaló á Palas, sirvióle para cubrir como arma defensiva el pecho y espalda, á manera de una coraza.

V. 17. *Gnosii*.— Gnoso, capital de Creta, donde se forjaban unas saetas especiales con las cañas que en abundancia producía su territorio.

V. 18. *Ajaxem*.— Dos Ajax asistieron á la guerra troyana: el hijo de Telamón y el de Oileo, distinguido por su valor impetuoso y también por su impiedad.

V. 20. *Laertiadem*.— Ulises, hijo de Laertes.

V. 21. *Pylium Nestora*.— Nestor, rey de Pilos, en el Peloponeso, adquirió gran predicamento entre los caudillos griegos por su templanza, sensatez y cordura.

V. 22 y 23. *Salaminius Teucerque*.— De Teucer de Salamina hemos hablado en nota anterior.

V. 23. *Sthenelus*.— Estenelo, hijo de Capaneo, se ocultó en el vientre del caballo tan fatal á los troyanos.

V. 33. *Iracunda diem*.— El resentimiento de Aquiles contra Agamenón dilató la ruina de Troya, hasta que la muerte de Patroclo le sacó de su inacción, arrojándole á la lid, terminada con la muerte de Héctor.

XVI

Arrepentido de los ultrajes que había inferido á una joven, le pide que temple su enojo y le devuelva su afecto, reconociendo que obró impulsado por la ira, de cuyos perniciosos efectos hace una viva descripción.

V. 1. *Adriano*.— El mar Adriático ú otro cualquier

ra. Horacio siempre concreta y precisa los objetos que llaman su atención.

V. 5. *Dindymene*.—Cibeles ó Dindimene, del monte Dindimo, en la Frigia, donde se la veneraba especialmente.

V. 6. *Pythius*.—Apolo Pitio, por la muerte que dió á la serpiente Pitón.

V. 8. *Corybantes*.—Eran éstos los sacerdotes de Cibeles, cuyas fiestas solemnizaban con danzas vertiginosas, himnos cantados en alta voz al son de los tambores y cimbales, choques violentos de escudos y golpes de espadas, como si estuviesen poseídas de loco furor.

V. 13. *Prometheus*.—Las tradiciones sobre Prometeo son harto contradictorias: en unas aparece como el bienhechor del linaje humano, á cuya disposición puso el fuego robado del cielo; en otras, con un poco de agua y tierra forma el hombre, y le anima con partículas de los demás animales; y Horacio supone que del león escogió la ira y la fiereza, que con tanta frecuencia perturban la razón.

V. 17. *Thyestem*.—Las imprecaciones de Tiestes fueron tan horribles como el banquete en que la venganza de su hermano Atreo le obligó á comer la carne de sus propios hijos.

V. 24. *Celeres iambos*.—En versos yambos se escribían las sátiras.

XVII

Invita á Tindaris á pasar una temporada en su finca de Sabina, y le recomienda la frescura del clima y la sencillez de los placeres rústicos que en ella podrá saborear, libre de las impertinencias de los jóvenes licen-

ciosos, tan audaces en las lides del amor como precavidos en las de Marte.

V. 1 y 2. *Lucretilem... Lycaeo*. — El Liceo es un monte de la Arcadia, y el Lucretila otro de la Sabina, en cuya falda estaba situada la mansión del poeta.

V. 7. *Olentis mariti... Los mal olientes maridos ó los machos cabrios*.

V. 11. *Usticae*. — Una colina del Lucretila de muy suave pendiente.

V. 16. *Cornu*. — El cuerno de Amaltea ó de la abundancia tenía la virtud de ofrecer cuanto se desease.

V. 17. *Caniculae*. — La perra que por sus altos servicios mereció, transformada en constelación, la inmortalidad en los cielos.

V. 20. *Penelopem... Circem*. — Penélope es la incomparable y fidelísima esposa de Ulises, y Circe, la hechicera astuta que intentó prenderlo en sus redes.

V. 21. *Innocentis... Lesbii*. — Sin duda el vino de Lesbos debía ser muy ligero, y quitaba el temor de que se subiese á la cabeza.

V. 22 y 23. *Semeleius... Thyoneus*. — Porque Baco era hijo de Semele, y por parte de madre nieto de Tione.

XVIII

En opinión de Dacier, es imitada de Alceo esta poesía dirigida á Quintilio Varo, cuya muerte deplora tan amargamente en la oda XXIV del libro primero, aconsejándole aquí templar con el vino sus inquietudes, pero sin entregarse á la embriaguez desenfrenada, que trae siempre fatales consecuencias.

V. 2. *Catili*. — Catilo, uno de los tres hermanos fundadores de Tivoli.

V. 8. *Centaurea... Lapithis*. — Los Centauros semisalvajes de la Tesalia eran tan hábiles y consumados jinetes, que la tradición los representa como seres monstruosos medio hombres y medio caballos. Invitados á las bodas de Piritoo é Hipodamia se embriagaron desatinadamente, y pretendieron robar á la desposada y las demás mujeres, surgiendo una contienda horrosa en la que sucumbieron á manos de los Lapitas. Parece verosímil que la leyenda sea el relato desfigurado por la imaginación ardiente de los helenos, de las luchas entre las primitivas tribus de Tesalia, en las que cayeron vencidas las más indómitas y salvajes.

V. 9. *Sithoniis... Ecius*. — Los sitionios, pueblos de Tracia sobre el Ponto Euxino. Evio, que significa *buen hijo*, es el dictado con que saludó Júpiter á Baco después de la batalla de los Gigantes.

V. 11. *Bassarem*. — Basares, voz que procede del hebreo y significa *vendimiador*.

XIX

En esta brevisima oda se nos presenta el autor cogido por sorpresa en los lazos de una pasión invencible y avasalladora; los conceptos que revelan el estado de su ánimo y las frases inimitables que los enuncian, se distinguen por su intención, energía, gracia, ternura y delicadeza, y cuantas dotes deben acompañar á las explosiones fogosas del amor.

V. 1. *Mater sacra*. — Venus.

V. 2. *Semeles puer*. — El hijo de Semele, Baco.

V. 6. *Pario marmore*. — El mármol de Paros, una de las islas Cieladas.

V. 8. *Vultus... lubricus*. — Literalmente *rostro resbaladizo*, expresión metafórica tan exacta y signifi-

cativa como difícil de trasladar á nuestra lengua; lo mismo que el *ruens Venus* del verso siguiente. Los desconocedores del latín no podrán apreciar nunca la intensidad y fuerza de tales locuciones, imposibles de ser reproducidas en los idiomas modernos, de índole tan distinta.

V. 16. *Veniet lenior*. — Respetando la autoridad de los insignes maestros que aplican el epíteto *lenior* á Venus, creemos con Burgos que debe referirse á Glicera, porque el objeto del sacrificio á la diosa de los amores es humanizar á esta linda joven con el que tan ciegamente la adora.

XX

La lista de los vinos que en su banquete ofrece al gran Mccenas tenía poco de tentadora, pues se reduce al de la Sabina, que no se distinguía por su calidad; pero sabe recordarle oportunamente una fecha que al válido de Augusto debía llenar de satisfacción: la del día en que recibió los aplausos generales del pueblo en el teatro de Pompeyo por haber convalidado de una grave enfermedad.

V. 1. *Vile... Sabinum*. — El vino de la Sabina pasaba por uno de los ligeros y comunes.

V. 2. *Graeca... testa*. — Los romanos opulentos se hacían traer los vinos de Grecia, y los recipientes, una vez vacíos, se llenaban en ocasiones con los de Italia.

V. 9. *Caecubum*. — El Cécubo de un pueblo próximo á Gaeta, el Cales de la Campania, el Falerno de un monte así llamado, y el de los collados de Formio, todos de la Campania, se consideraban como los más exquisitos entre los buenos bebedores.

XXI

Este himno debió cantarse en la festividad de Apolo, y no tiene relación ninguna con el Canto Secular, fuera del carácter religioso de entrambas inspiraciones.

V. 2. *Cynthium*. — Sobrenombre de Apolo, nacido en el monte Cintio, de la isla Delos.

V. 3. *Latonam*. — Madre de Apolo y Diana.

V. 6. *Algido*. — Monte del Lacio.

V. 7 y 8. *Erimanthi... Cragi*. — El Erimanto es un monte de Arcadia y el Crago otro de Licia.

V. 9. *Tempe*. — Delicioso valle de Tesalia, adonde se retiró Apolo después de matar á la serpiente Pitón.

V. 12. *Fraternaque... lyra*. — Su hermano Mercurio le regaló la lira.

XXII

Las sentencias de las dos primeras estrofas nos parecen más elevadas y brillantes que sólidas, y su relación con el caso concreto de su peligro personal harto discutible. Los criminales y las fieras, de que son próximos parientes, no distinguen en sus presas al inocente del malvado, y por tanto, no huelgan las precauciones en los viajes por tierras inhospitalarias y sitios peligrosos.

V. 4. *Fusce*. — Aristio Fusco, gramático y dramaturgo, á quien dedicó la epístola X del libro I.

V. 8. *Hydaspes*. — El Hidaspes es uno de los afluentes del Indo, y le llaman *fabulosus* por las cien historias maravillosas que de él se contaban en aquellos remotos tiempos.

V. 14. *Daunia*. — El reino de Dauno, en la Pulla.

V. 15. *Jubae tellus*. — Juba reinó en la Mauritania.

V. 23. *Dulce videntem*. — Imposible parece que versos tan diáfanos y hermosos hayan podido motivar las interpretaciones desatinadas de Juvencio y otros de su misma escuela.

XXIII

La timidez de la doncella Cloe está pintada con verdad y delicadeza.

V. 10. *Getulusce leo*. — En la Getulia, provincia de África, se criaban leones ferocísimos.

XXIV

La sentida lamentación que dirige á Virgilio por la muerte de su entrañable amigo y pariente Quintilio Varo, tiene al apasionamiento de la oda y la languidez triste y melancólica de la verdadera elegía. El plan es regular y ordenado: primero los elogios de sus altas prendas, después el sentimiento de su pérdida y las súplicas á los dioses; por último, la consideración de que en el tribunal de la muerte no hay indulto para nadie, y la necesidad de bajar la cabeza ante sus fallos rigurosos, pues lo contrario sería resistir vanamente los decretos del Hado inexorable.

V. 3. *Melpomene*. — La Musa de la tragedia, representada con la máscara, la guirnalda de pámpanos y el coturno.

V. 16. *Virga... horrida*. — El caduceo ó la vara con las serpientes entrelazadas.

XXV

El despecho, sin duda, dictó las estrofas de esta oda, cuyos pensamientos son tan verdaderos como mortificantes y crueles. Alegre y estruendosa la juventud de las cortesanas, viene á parar en una vejez prematura, triste y abatida.

V. 11. *Thracio baccante*. — El viento de Tracia se desencadenaba furioso en las lunas nuevas.

V. 20. *Hebro*. — Quieren algunos que esta lección se substituya por *Euro*; mas las razones que aducen son poco convincentes.

XXVI

Elio Lamia, de noble estirpe, se distinguió en la guerra de los cántabros.

V. 5. *Tiridatem terrent*. — Tiridates arrojó del trono de los parthos á Fraates; pero restablecido éste en su autoridad con la ayuda de los escitas, obligó al usurpador á refugiarse en Roma, y ni aun allí se vió seguro, por las continuas reclamaciones que solicitaban su extradición.

V. 9. *Pimplea*. — Fuente de Macedonia consagrada á las Musas.

XXVII

Si esta oda báquica, como asegura el P. Sanadón, se compuso en un banquete con el fin de apaciguar los ánimos, excesivamente acalorados por las continuas libaciones, es innegable que cumple á la maravilla su misión, picando la curiosidad de los comensales con

historietas de amorios y trapisondas, tan peligrosas ó más que los arrebatos de la embriaguez.

V. 8. *Cubito... presso*. — Los romanos comían tendidos en lechos y apoyando el cuerpo sobre el codo izquierdo.

V. 10. *Opuntiae*. — No sabemos quién fuese esta Megila de Opuntia, ni tampoco de su hermano tenemos noticia alguna.

V. 19. *Charybdi*. — La narración de Homero pone frente al escollo de Escila el de Caribdis, en Sicilia, habitado por este monstruo, que sorbía las aguas del mar tres veces al día y otras tantas las vomitaba.

V. 24. *Pegasus*. — El caballo alado Pegaso, que nació de la sangre de la Medusa, quedó sujeto por Belerofonte con unas bridas de plata que Minerva le regalara, y con su ayuda venció á la Quimera, monstruo horrendo que arrojaba llamas por sus tres bocas de león, dragón y cabra. Bien se echa de ver que este mito es la personificación de un volcán que tenía aterrados á los moradores de los contornos.

XXVIII

Arquitas de Tarento fué astrónomo, geómetra y discípulo de Pitágoras. Un naufragio arrojó su cadáver á las costas de Calabria, donde permaneció largo tiempo insepulto, hasta que descubierto y reconocido por cierto navegante, entabló con él la discusión presente, que algunos han tomado por una sátira de las doctrinas pitagóricas.

V. 3. *Litus... Matinum*. — El Matino, una de las ramificaciones del monte Gárgano, prolongada hasta las riberas de la Pulla.

V. 7. *Pelops genitor*. — Tántalo, padre de Pélops,

según una leyenda no tan general como la de su atroz suplicio, descuartizó á su hijo y lo sirvió en un banquete á los dioses.

V. 8. *Tithonus*. — Titón, esposo de la Aurora, en premio de su fidelidad y ternura, gozó muchos años de vida, y en su decrepitud se convirtió en cigarra.

V. 9. *Minos*. — Júpiter nombró á Minos juez del infierno por haber gobernado con tanta sabiduría y justicia su reino de Creta.

V. 10. *Panthoiden*. — Euforbio, hijo de Pantoo, muerto en la guerra troyana. Habiendo visto Pitágoras en un templo el escudo de este héroe, se lo llevó como si fuese suyo, pues afirmaba haber existido otra vez bajo la forma del hijo de Pantoo.

V. 24. *Non sordidus auctor*. — No vulgar, no despreciable intérprete de la naturaleza y la verdad. El elogio de Pitágoras más peca de tímido que de hiperbólico.

V. 20. *Proserpina*. — Es la esposa de Plutón, rey de los infiernos.

V. 21. *Orionis*. — Creían los antiguos que, al declinar esta constelación, eran frecuentes y pavorosas las tempestades.

V. 26. *Venusinae*. — Las selvas de Venusa, patria de Horacio.

V. 29. *Tarenti*. — En Tarento, la ciudad principal de la Magna Grecia, tenía Neptuno un templo, y de ahí el llamarle su protector.

V. 36. *Injecto ter pulvere*. — Los romanos tomaron de los griegos la piadosa costumbre de arrojar con la mano tres veces la tierra sobre los cadáveres.

XXIX

...Ignoramos, quién sea este Accio que abandonó el estudio de la Filosofía por los trabajos de la guerra.

V. 3. *Sabaeae*. — Los sabeos, pueblos de la Arabia Feliz.

V. 9. *Sagittas... Sericas*. — Los seres, de quienes ya se habló en otro lugar, alcanzaron suma destreza en tirar las saetas.

V. 14. *Panaeti*. — Panecio, filósofo estoico de Rodas.

V. 15. *Loricis ibericis*. — Los pueblos vascones de España gozaban fama de forjar magníficas armas de acero, así defensivas como ofensivas.

XXX

La invocación á Venus, cuyo culto se celebraba en Chipre con esplendor inusitado, para que acuda á presenciar el sacrificio de Glicera, es notable por la pintura del cortejo que debía acompañarla, hecha con la mayor gracia y sobriedad.

V. 1. *Guidi... Paphique*. — Dos de las residencias favoritas de Venus.

V. 7. *Parum comis*. — Efectivamente, nada suaviza, pule, atilda y corrige la aspereza fogosa de la juventud como el amor, que la postra rendida ante un ser más débil y delicado.

XXXI

En acción de gracias por la victoria de Accio, levantó en el Palatino Augusto un templo á Apolo, y á la fiesta de su inauguración dedica el poeta este canto fervo-

roso, en que á los interesados presentes que la mayoría solicita de los dioses, opone sus nobilísimas aspiraciones, reducidas á una mesa frugal, una vejez sana de cuerpo y alma, y la compañía de la lira, que legitimase sus ocios, empleados en enaltecer la gloria de la patria.

V. 7. *Liris*. — Hoy Garillano, nace en el Apenino, y desliza por la Campania su corriente mansa y silenciosa.

V. 18. *Latoe*. — El hijo de Latona, Apolo.

XXXII

La invocación á su lira le trae á la mente el recuerdo de Alceo, guerrero tan bravo y amante tan tierno, que entre el fragor de las batallas y tempestades se complacía en entonar cantos llenos de pasión y ternura.

V. 10. *Haerentem puerum*. — El joven que iba siempre al lado de Venus, Cupido.

V. 11. *Licum*. — Lico nos es desconocido.

XXXIII

Para consolar á Albio Tibulo de sus contrariedades amorosas, le pone delante las inconsecuencias del dios vendado, que se complace y divierte en las uniones más disparatadas y absurdas.

V. 14. *Compede*. — Cadena que bajaba de la cintura á los pies.

XXXIV

Es un himno grandilocuente elevado al poder de la Providencia, tan ostensible en los fenómenos de la Naturaleza como en la inestabilidad de la suerte que abate

ó ensalza á las criaturas. Los que como Dacier lo estiman una irrisión de las doctrinas estoicas, deberían probar sus asertos con buenas razones y no con fútiles supuestos que tan poco acreditan su sagacidad.

V. 8. *Egit equos*.—Según la creencia general, Júpiter producía el trueno lanzando su carro volador por el cielo.

V. 10. *Stix*.—Río ó laguna, ó mejor ambas cosas, del infierno.

V. 10. *Taenari*.—Promontorio de Laconia, con una gruta por donde se descendía al infierno.

XXXV

En Antio, una de las ciudades del Lacio, se erigió un templo á la Fortuna.

V. 7. *Bhytina*.—Bitinia, reino del Asia Menor cuyas costas baña el Ponto Euxino.

V. 8. *Carpathium*.—Isla del Egeo situada entre Creta y Rodas.

V. 9. *Dacus*.—El Dacio, pueblo belicoso de las orillas del Danubio.

V. 17. *Necessitas*.—La necesidad precede á la Fortuna porque es el origen de donde mana; la esperanza, bálsamo de los desheredados, la acompaña, y la fidelidad de los buenos no la abandona ni en los más críticos momentos.

V. 23. *Iturum Caesarem*.—Probablemente se escribió esta oda poco antes del año 726, en que Augusto preparaba dos expediciones: la una de muy dudosos resultados contra los árabes, y la otra, que no llegó á realizarse, contra la Bretaña.

V. 40. *Massagetas*.—Pueblos guerreros del Asia Central que vivían á orillas del Yaxartes.

XXXVI

El regreso de Plocio Numida sano y salvo de la guerra española regocija de tal modo al poeta, que desea festejarlo con la música, la danza, los banquetes y cuantos obsequios pudieran demostrarle la amistad entrañable que le profesaba.

V. 9. *Mutatae... togae*. — Al llegar á la pubertad, los jóvenes mudaban la pretexta por la toga.

V. 10. *Cressa*. — Se señalaban los días faustos con una raya blanca hecha con greda.

V. 12. *Salium*. — Los Salios (de *salio*, saltar), sacerdotes de Marte.

XXXVII

Si gran regocijo causó entre los partidarios de Octavio la noticia de la victoria de Accio, que ponía definitivamente el Imperio en sus manos, no fué menor el que les produjo la muerte de Cleopatra, cuyos últimos heroicos momentos se describen aquí con rasgos sobrios y vigorosos. Todos los versos respiran el calor del entusiasmo, así los que incitan á empuñar las copas por el fausto acontecimiento, como los dedicados al César por la solicitud con que apresta su escuadra para aniquilar al enemigo; pero descuellan sobre unos y otros los dedicados á la reina de Egipto, que supo morir como tal antes que subir al Capitolio por la vía Sacra, atada al carro del soberbio triunfador.

V. 2. *Saliaribus*. — En los festines de los Salios reinaban la profusión y la opulencia.

V. 14. *Mareotico*. — Vino que se cosechaba en Egipto cerca de la laguna Meotis.

V. 20. *Haemoniae*. — Hemón, hijo de Deucalión, dió su nombre á aquella parte de la Tesalia confinante con Macedonia, que se llamaba Hemonia.

V. 30. *Liburnis*. — Los libúrnos, pueblos de Iliria, navegaban en barcos muy ligeros, de los cuales había gran multitud en la flota octaviana.

XXXVIII

En estas dos estrofas sáficas vuelve á patentizar Horacio el desdén que le inspira la fastuosidad y el lujo, en sus días tan generalizado.

V. 2. *Philyra*. — Los antiguos, de la corteza del Tejo, dividida en láminas sutiles, hacían cintas para las guirnaldas que ceñían en los banquetes.

LIBRO SEGUNDO

I

Asinio Polión, historiador de las guerras civiles, autor de tragedias, orador político de fama, abogado insigne y caudillo victorioso, de quien hablan con especial encomio Quintiliano, Tácito, Plutarco y Suetonio, mereció que Horacio le dedicase esta oda soberana, incitándole á terminar su obra, donde había de aprender la posteridad cuán desastrosas son para los pueblos las discordias intestinas que revuelven contra parientes, amigos y hermanos, las armas forjadas para defenderlos de sus implacables enemigos.

V. 1. *Metello consule.*—Durante el consulado de Metelo Celer y Lucio Afranio, estallaron las disensiones entre César y Pompeyo.

V. 4. *Principum amicitias.*—Alude al primer triunvirato de César, Craso y Pompeyo.

V. 12. *Cecropio... cothurno.*—El coturno de Cecrops (la tragedia), fundador de Atenas y su ciudadela, llamada Cecropia.

V. 16. *Dalmatico... triumpho.*—Polión obtuvo los honores del triunfo por haber vencido á los partineos de la Dalmacia.

V. 24. *Præter atrocem animum Catonis.*—Es atrevido y sublime el rasgo con que termina esta brillanti-

sima estrofa, presentando sometidos los espíritus más rebeldes, los pechos más enconados, los pueblos más levantiscos, todo menos el ánimo indomable de Catón, que halló en su voluntaria muerte el medio de substraerse al servilismo imperial.

V. 31. *Auditumque Medis*. — No participamos de la opinión de Burgos sobre este pasaje. Los rumores de los sucesos de Italia debieron llegar muy pronto á las más apartadas regiones, y en este sentido es lícito afirmar que los medos oyeron el estruendo de la ruina de Italia.

V. 38. *Ceae... neniae*. — Simónides de Ceos sobresalió en la elegía.

V. 39. *Dioneo*. — De sus tratos con Júpiter tuvo Dione á Venus, llamada también Dionea.

II

La gravedad de las sentencias hállase confirmada con hechos recientes de abnegación y fortuna, y la conclusión es de un colorido tal, que creemos ver con los ojos cuanto nos dictan los versos.

V. 3. *Crispe Salusti*. — Crispo Salustio, hijo adoptivo del historiador del mismo nombre.

V. 4. *Proculcius*. — Proculeyo, cuñado de Mecenas, hizose notar por su liberalidad. Arruinados sus hermanos, que siguieron el partido de Pompeyo, repartió con ellos sus bienes y trabajó sin descanso hasta obtenerles el perdón.

V. 11. *Uterque... Poenus*. — Las dos Cartagos, la de África y Cartagena en España.

V. 17. *Phraatem*. — Fraates arrojado del trono de Persia y restablecido posteriormente con la ayuda de los escitas.

III

Quinto Delio, que había militado en todos los partidos y abrazó por último el de Augusto, no necesitaba consejos que le persuadiesen á gozar de la juventud; pero tal vez la desigualdad de su carácter hiciera preciso recordarle la conveniencia de conservar un ánimo igual en los reveses y los prósperos sucesos, sin engreirse demasiado con los últimos ni abatirse tampoco con los primeros, ya que la brevedad de la vida ha de acabar pronto con unos y otros y conducirnos en la barca de Carón al eterno destierro.

V. 8. *Iutiore nota.* — Se inscribía en los toneles el año de la cosecha del vino.

V. 15. *Sororum.* — Las tres hermanas ó las Parcas.

V. 21. *Inaccho.* — Inaco, hijo de Océano y Tetis, padre de Io y primer rey de Argos.

V. 24. *Orci.* — El Orco ó Hades, morada de Plutón.

V. 28. *Cimbae.* — La barca de Carón.

IV

Se desconoce la personalidad de Jantia Foceo, prendado de su cautiva Filis, como Aquiles por Briseida y Ajax por Tecmesa.

V. 3. *Briseis.* — La hija de Briseo, cautiva de Aquiles y arrebatada de su tienda por Agamenón, motivó entre los dos caudillos la ruptura tan funesta á las armas griegas, por el resentimiento del ofendido hijo de Peleo, que permaneció impasible en sus naves presenciando los triunfos de los troyanos, hasta que la muerte de su amigo Patroclo le hizo salir de su retraimiento y lan-

zarse de nuevo á los combates precursores de la ruina de la ciudad, por tanto tiempo asediada.

V. 6. *Tecmesae*. — Tecmesa, hija de Tentras, rey de un territorio frigio.

V. 7. *Atrides*. — El hijo de Atreo, Agamenón.

V. 8. *Virgine rapta*. — Casandra, hija de Priamo y Hécuba, había recibido de Apolo el don de la profecía. Ayax Oileo la arrancó del templo de Minerva, y en el reparto del botin cupo en suerte á Agamenón.

V. 10. *Ademtus Hector*. — Después de la caída de Héctor, el caudillo más valeroso de los troyanos, la rendición de éstos era inevitable y sólo cuestión de días.

V. 13. *Beati*. — Halla disculpable su inclinación por las altas prendas de su cautiva, reveladoras de una ascendencia tan ilustre como la de las princesas antes mencionadas.

V. 22. *Fuge suspicari*. — Entendia el poeta que su edad le autorizaba al elogio de tan hermosa mujer sin que apareciese sospechosa su conducta.

V

Se propone como fin moral esta pieza, el disuadir á su amigo, enamorado de una niña que no había llegado á la pubertad, de empeño por entonces tan imposible, presentándosele bajo la imagen de una novilla no desarrollada lo bastante para soportar los trabajos de la unión sexual, y aconsejándole que tenga calma y espere á que el curso volador del tiempo sazone el fruto y lo haga caer de su propio peso.

V. 16. *Lalage*. — Nos es desconocida esta jovencita, lo mismo que la Fóloe y Cloris de los versos siguientes.

V. 20. *Gnidiusve Gyges*. — Mozo tan afeminado de cara y costumbres, que parecía una doncella.

VI

Es una de las mejores odas horacianas: la belleza de sus pensamientos iguala al encanto y armonía de los versos, que inspiran al lector el deseo de retirarse á los sitios amenos y silenciosos, tan hermosamente descritos, donde la voz augusta de la Naturaleza habla y persuade con eficacia avasalladora.

V. 1. *Septimi*. — Caballero romano y amigo suyo de gran intimidad.

V. 2. *Cantabrum indoctum*. — Los cántabros resistieron el yugo romano hasta los tiempos de Augusto.

V. 10. *Galesi*. — El Galeso (hoy Galaso) es un riachuelo próximo á Tarento, adonde Palante condujo una colonia de lacedemonios.

V. 14. *Hymethi*. — Monte del Ática, renombrado por su exquisita miel.

V. 16. *Venafro*. — Ciudad de la Campania que cosechaba las mejores aceitunas de Italia.

V. 18. *Aulon*. — Collado de Tarento festonado de vides superiores.

V. 23. *Sparges laerima*. — Como si presintiese su fin cercano, se apresura á pedir á su entrañable amigo las lágrimas que debían caer sobre sus yertos despojos.

VII

El encuentro de un compañero de armas y fatigas, cuya suerte le era desconocida, le obliga á prorrumpir en transportes de sincera efusión y á preparar un banquete espléndido por tan fausto acontecimiento.

V. 6 y 7. *Diem... fregi*. — Dividir el día y destinar buena parte del mismo á los placeres de la mesa.

V. 8. *Malobathro Syrio*. — Según Plinio, el malobatro era un árbol de Siria, y también de India y Egipto, del cual se extraía aceite para componer perfumes y cosméticos.

V. 10. *Relicta non bene parmula*. — Con noble ingenuidad confiesa que, por lo menos en la fuga seguida á la derrota de Filipos, huyó atropelladamente y abandonó sin pudor el escudo; pero no creemos que tan sincera confesión sea bastante á infligirle la nota de cobarde; pues cuando el pánico se apodera de un ejército, aun los bizarros y pundonorosos fian más en los pies que en la punta de la espada.

V. 11. *Fracta virtus*. — La resistencia que opusieron los republicanos á las acometidas de Octavio y Antonio fué desesperada y tenaz, y la rota debióse á la precipitación suicida de Casio y no á la estrategia de los triunviros.

V. 13. *Mercurius*. — Finge que Mercurio le sacó del campo de batalla envuelto en una nube, como dios protector de los que amaban las ciencias y las letras.

V. 22. *Ciboria*. — La vaina de una haba especial de Egipto, que posteriormente dió su nombre á ciertas copas usadas por los griegos, semejantes á ella en la forma.

V. 27. *Edonis*. — El monte Edón, en la Tracia.

VIII

Julia Barina, hermosísima romana, ídolo de la juventud, y el mayor tormento de los viejos avaros y las esposas enamoradas, podía jurar y perjurar sin miedo, ya que el castigo de los dioses no rezaba con los falsos juramentos del amor.

V. 2. Los dioses castigaban á los perjuros ennegre-

ciéndoles los dientes, las uñas y otras partes del cuerpo.

V. 9. *Expedit*.— Los juramentos más graves se hacían por los padres, los astros del cielo y los dioses inmortales.

V. 13. *Ridet*.— Los Númenes se reían de los perjuicios de los amantes y las cortesanas, como dictados por la pasión y no por el designio premeditado de ultrajarlos.

IX

La consolación que dirige á su amigo Valgio con motivo de la pérdida de su hijo, es tierna y á la vez persuasiva. Los aspectos sombríos de la Naturaleza pasan con el curso de las horas, y en su mudanza nos advierten que tampoco deben ser eternas las quejas que el dolor arranca al corazón de un padre; pero como hubiese sido un ultraje á su honda amargura invitarle á danzas y festines, le convida á cantar las glorias de la patria y los triunfos de César sobre los pueblos rebeldes, que al fin se postraban humildes y obedientes á su imperio.

V. 7. *Gargani*.— El Gárgano, monte de la Pulla.

V. 10. *Mysten*.—Según Sanadón, es un término que significaba *iniciado, consagrado*, porque acaso lo estuviere á alguna divinidad.

V. 13. *Ter aevo*.—Treinta años constituían la edad media de la vida humana; así, pues, Néstor vivió más de noventa años y no siempre estuvo llorando á su hijo Antiloco, muerto en la guerra de Troya.

V. 16. *Troilon*.— En la misma guerra sucumbió, á manos de Aquiles, el joven Troilo, hijo de Príamo.

V. 20. *Niphaten*.— Río y monte de Armenia.

V. 21. *Medumque flumen*.— El Éufrates.

V. 23. *Gelonos*.— Pueblos de la Escitia, cuyos lími-

tes señaló Augusto para evitar sus correrías por los territorios vecinos.

X

La sabiduría de los consejos, la nitidez de las imágenes y la armonía de la versificación hacen de esta oda moral una joya valiosísima y proclaman á su autor maestro sin rival en el género.

V. 1. *Licini*.—Licinio Varrón Murena, hermano de Proculeyo, á quien la pérdida de sus bienes redujo á la estrechez, debió mostrarse agradecido á tan saludables advertencias; pero se dejó arrastrar por su ciega ambición, conspiró contra Augusto y pagó con la cabeza su locura.

V. 18. *Quondam*.—Feliz idea la de presentar á Apolo, ya despidiendo mortíferas saetas como ministro de la cólera divina, ya tomando la cítara y acompañando con sus cuerdas cantos sublimes y arrebatadores.

XI

No somos de la opinión de Burgos, que da á esta oda el título de anacreónica; la profundidad de los conceptos de sus primeras estrofas la colocan entre las llamadas morales ó filosóficas, siendo muchas las del autor que terminan, como la presente, con vivas exhortaciones al placer.

V. 2. *Hirpine Quinti*.—Sospechan algunos comentadores que Quinto Hirpino era dueño de grandes posesiones en países expuestos á las correrías de los enemigos, y de aquí su natural inquietud por el miedo de verlas taladas y perder las rentas que le proporcionaban.

V. 2. *Adria*.—Para explicar este pasaje, que supone á los escitas separados de los romanos por el Adriático, Dacier entiende que en aquella denominación se comprendían las tribus de Iliria, Dalmacia y Panonia.

V. 11. *Quid aeternis*.—Esta admirable pregunta podría dirigirse por igual á todos los ambiciosos del mundo.

XII

Mecenas había solicitado del poeta que escribiese sobre los triunfos de César; mas éste se excusa lisonjeramente y pinta las gracias de su amada con tan bellos colores, que el gran político aun debió quedar agradecido á la repulsa. Las tres primeras estrofas son dignas de Píndaro; las siguientes, juguetonas y suaves como el Céfito, respiran la libertad y malicia de Anacreonte:

V. 1. *Numantiae*.—Pocos serán los lectores que no tengan noticia del memorable sitio de Numancia, las victorias de Aníbal en España é Italia, y los combates navales entre cartagineses y romanos.

V. 6. *Hylaeum*.—La embriaguez del centauro Hileo ocasionó la lucha con los Lapitas, de que se ha hecho mención en nota anterior.

V. 7. *Telluris juvenes*.— Los Titanes.

V. 13. *Licymniae*.— No ha faltado quien suponga que bajo el seudónimo de Licinia alude á la esposa de Mecenas.

V. 21. *Achaemenes*.— Rey de los persas.

V. 22. *Mygdonios*.— Los migdonios, de quienes procedían los lacedemonios, ocupaban la parte de la Frigia donde reinó Midas, famoso por sus riquezas y sus orejas.

XIII

La impresión que le produjo la caída de un árbol, que pudo costarle la vida, le impulsa á desatarse en exageradas imprecaciones contra el primero que lo plantó, y luego pasa á filosofar sobre lo difícil de prevenir los riesgos que á diario nos amenazan, cuando los más graves suelen sorprendernos de improviso. Al fin desvía la atención de su peligro personal y entona un caluroso elogio de Safo y Alceo en una digresión no bien ligada con el asunto, y sólo disculpable por el entusiasmo que le inspiraban los versos de aquella extraordinaria mujer y de este poeta griego, del cual se reconoce discípulo é imitador.

V. 9. *Colchica*. — En otra parte hemos hablado de las plantas venenosas que producía la región de Colcos.

V. 14. *Bosphorum*. — El Bósforo ó canal de Constantinopla.

V. 21. *Proserpinae*. — Hija de Júpiter y Ceres y esposa de Plutón.

V. 22. *Aeacum*. — Éaco, con Minos y Radamanto, mereció constituir el tribunal del infierno, después de haber reinado en la isla Egina con moderación, piedad y justicia.

V. 25. *Sapho*. — Por su talento excepcional se hizo poco simpática á las mujeres de su tiempo.

V. 34. *Bellua centiceps*. — El Cancerbero tenía sólo tres cabezas; pero como las llevaba adornadas de multitud de culebras, pudo muy bien dársele el epíteto de *centiceps*, cien cabezas.

V. 35. *Intorti capillis*. — Son las culebras muy sensibles á los encantos de la música, y así no parece inverosímil que las enredadas en los cabellos de las Furias se recreasen con los cantos de Alceo.

V. 39. *Orion*. — Las tradiciones sobre el gigante Orión son muy contradictorias. Unos quieren que enamorada la Aurora del arrogante cazador, lo arrebatase de los bosques, y Diana, en venganza, lo atravesara con una flecha; otros pretenden que está diosa se enamoró de él, y sabedor Apolo de su inclinación, la desafió á tirar á un punto determinado. Diana acertó á la primera, atravesando la cabeza de Orión, que nadaba sobre las olas.

XIV

También se ignora quién es Póstumo, al que tan sentidamente inculca el poeta la necesidad imperiosa de la muerte, y el deber en que estamos de aprovechar los momentos de la fugaz existencia.

V. 5. *Trecenis*. — La hecatombe la constituía el sacrificio de cien toros; la de trescientos equivale, pues, á tres hecatombes.

V. 8. *Gerionem, Tityon*. — Dos enormes y descomunales Gigantes: el primero, de tres cuerpos, murió á manos de Hércules; al segundo, de desmesurada grandeza, lo mató con sus flechas Apolo.

V. 18. *Cocytus*. — El Cocito, río del infierno.

V. 20. *Sisyphus Aeolides*. — Sisifo, hijo de Eolo y Enareta, fué un rey de Corinto tan avaro, falso y desleal, que se le impuso en el infierno el suplicio de subir á una montaña un gran bloque de mármol que caía al tocar la cima, para obligarle de nuevo á su cansada faena.

V. 28. *Pontificum*. — Las cenas de los pontífices se distinguían por lo opiparas y fastuosas.

XV

Recuerda la sobriedad y pobreza de los antiguos, y las contrapone al lujo y fastuosidad que se habían apoderado de sus contemporáneos.

V. 3. *Lucrino*.—Lago de la Campania, entre Bayas y Puzol, que hizo desaparecer un terremoto, dejando como reliquia sólo un pantano cubierto de cañas.

V. 11. *Intonsi Catonis*.—Marco Porcio Catón, el Censor, bisabuelo del de Utica, y famoso por su rigidez de costumbres.

V. 14. *Decempedis*.—Medida de diez pies.

V. 16. *Arcton*.—La osa ó el norte.

V. 17. *Fortuitum cespitem*.—La frase ha dado lugar á diversas interpretaciones: unos entienden que significa la cabaña cubierta de césped; otros, con Dacier, el pedazo de tierra que se repartió á los ciudadanos en los pueblos conquistados.

XVI

Conservar una parte siquiera de la belleza sorprendente de esta oda es empresa hartó superior al esfuerzo del que la acomete. Podrán traducirse hasta cierto punto sus elevados pensamientos y sus imágenes deslumbradoras; pero el hechizo maravilloso de la dicción y el encanto de la estrofa cincelada por un buril mágico tienen que desaparecer forzosamente al vaciarse en los moldes de otra lengua; sin embargo, la versión de nuestro Arjona, en los límites de lo posible, realiza el milagro de conservarlos.

V. 6. *Grospe*.—Acaso el Pompeyo Grosfo de la epístola XII del libro I.

V. 10. *Miseros tumultos mentis et curas laqueata circum tecta volantes.* — Son dos imágenes grandiosas y atrevidas, en las que la intuición suprema de la fantasía se ilumina con todos los esplendores de la verdad.

V. 13. *Vivitur.* — ¡Qué admirablemente contrasta tan ingenua sencillez con el fausto pomposo de los versos anteriores!

V. 14. *Salinum.* — El salero se toma por toda la vajilla.

V. 24. *Ocior Euro.* — La segunda comparación re- fuerza en grado superlativo á la primera, y parece una corrección de la misma, por no expresar con intensidad bastante la fuerza del pensamiento.

V. 26. *Laeto.* — Otros leen *lento* para evitar la repetición del epíteto con que principia la estrofa.

V. 29. *Achillen.* — Aquiles, el héroe legendario de *La Iliada*, murió atravesado por las flechas de Paris. El destino, en su juventud, le dió á escoger entre una vida larga y ociosa y una vida breve, pero llena de gloria, y optó por la segunda.

V. 30. *Tithonum.* — Á Titón, hermano de Príamo y amado de la Aurora, le concedieron los dioses la inmortalidad; mas su cuerpo fué disminuyendo en la vejez, hasta que su divina amante le convirtió en cigarra.

XVII

Una enfermedad grave de Mecenas inspiró esta consoladora poesía, impregnada de puros y acendrados sentimientos de amistad.

V. 8. *Ille dies.* — No murieron Mecenas y Horacio el mismo día; pero la muerte de aquél afectó á éste tan dolorosamente, que falleció en el mismo mes.

- V. 14. *Gigas ó Gyas*. — Un Gigante de cien brazos.
- V. 17. *Scorpius*. — El signo octavo del Zodiaco ó el Escorpión, dominado por el influjo de Marte.
- V. 20. *Capricornus*. — Llama al Capricornio tirano del mar de Hesperia por lo frecuentes que son en diciembre las tempestades.
- V. 29. *Mercurialium*. — Los poetas y hombres estudiosos vivían bajo la protección de Mercurio.

XVIII

Después de entonar el panegirico de su modesta fortuna, con la que vivía más satisfecho que si el rey Átalo le hubiese instituído heredero de sus inmensos tesoros, arremete contra la ambición inverosímil y despiadada de algunos de sus compatriotas, que á su lujo provocativo añadían una bárbara crueldad para hacerse tan aborrecibles por su vano orgullo como por la dureza de su corazón.

V. 3. *Trabes Hymettiae*. — Estas trabes del Himeto, monte célebre por sus canteras y sus mieles, han dado no poco que pensar á los comentadores; pero ni es del todo inverosímil que aquéllas fuesen de mármol, ni tampoco que en el susodicho monte creciesen árboles de buena madera.

V. 7. *Laconicas*. — El murex, con cuya sangre se teñía la púrpura, era muy abundante en el mar que baña las costas de Laconia.

V. 20. *Baiis*. — Bayas, en la Campania, á su benigno cielo juntaba sus aguas termales y la amenidad de los campos, y en ella alzaron muchos romanos soberbias edificaciones, hasta en terrenos ganados al mar, *maris obstrepentis*.

V. 24. *Agri... terminos*. — Delito de la mayor con-

sideración que castigaban siempre los dioses defensores de la propiedad.

V. 26. *Pellitur*.—Es un cuadro conmovedor y doloroso el de la familia del mísero cliente, arrojado de sus campos en compañía de la esposa y los desnudos hijos, y sin otro amparo que sus Penates, sordos á la voz de tanta desventura.

V. 34. *Satelles Orci*.—Carón conducía á los muertos, por el estipendio de una moneda que se les ponía en la boca, á las regiones infernales.

V. 35. *Promethea*.—De Prometeo, Tántalo y su criminal y desventurado linaje se habló ya en otro lugar.

XIX

Es muy lógico que quien tantas veces se entregó á los placeres del vino, sin llegar al exceso de la embriaguez, ensalce en arrebatados ditirambos al dios plantador de las viñas, á quien deben los mortales las más francas alegrías y bulliciosas expansiones.

V. 5. *Ecoe*.—Grito de las Bacantes que significa *bien para él*.

V. 8. *Thyrso*.—Largo bastón coronado por una piña, ramos de hiedra, pámpanos ú hojas de vid, empuñado por Baco y sus sacerdotisas.

V. 9. *Thyadas*.—Tias, hija de Cefiso, celebró la primera las orgías de Baco y de ella tomaron el nombre las Bacantes.

V. 13 y 14. — *Additum stellis honorem*.—Ariadne, hija de Minos y Pasifae, vióse abandonada por su esposo Teseo en la isla de Naxos. Allí la encontró Dionisio, la tomó por mujer, y convertida en constelación, trasladó al cielo la corona de nueve piedras preciosas que le regalara con motivo de sus bodas.

V. 14. *Pentheí.* — Penteo sucedió á Cadmo en el trono de Tebas, y por haberse opuesto á la introducción del culto de Baco, ó por otras causas desconocidas, pues las tradiciones no andan acordes, el dios le castigó arruinando su palacio y enloqueciendo á su madre y hermanas, que en el delirio báquico de que se hallaban poseídas le tomaron por una bestia feroz y le despedazaron horriblemente.

V. 16. *Lycurgi.* — Licurgo de Tracia, que ordenó arrancar las viñas de sus Estados, en un raptó de locura mató á su propio hijo, se cortó las extremidades de los miembros, y por último sirvió de pasto á las panteras.

V. 17. *Mare barbarum.* — El mar de la India, hasta donde llegaron las correrías de Baco.

V. 20. *Bistonidum.* — Así se llamaban los tracios de las orillas del lago Bistonio.

V. 23. *Rhoetum.* — Uno de los Gigantes destrozado por Baco.

V. 30. *Cornu decorum.* — Quiénes pretenden que los cuernos de Baco son la señal de lo dispuestos que están siempre los beodos á reñir, quiénes los atribuyen á la invención de uncir los bueyes

XX

Horacio se prometia la inmortalidad y así lo manifiesta sin rebozo en múltiples ocasiones, seguro de que la mejor parte de su ser viviría por los siglos de los siglos. Hasta el presente el tiempo ha confirmado sus proféticas esperanzas.

V. 2. *Biformis cates.* — Poeta de dos formas, medio cisne y medio hombre.

V. 15. *Syrtes Getulas.* — La Getulia, en el África Septentrional.

V. 16. *Hyperboreosque campos.* — Las tierras cercanas al Polo.

V. 19. *Peritus iber.* — El calificativo que da á los iberos demuestra que los pueblos de España se apropiaron muy pronto la civilización romana.

LIBRO TERCERO

I

Disentimos de la opinión de Escalígero sobre la primera estrofa de esta oda inmortal. Pudo muy bien Horacio, como sacerdote de las Musas, emplear al principio estas formas religiosas que dieran realce á las verdades y máximas que expone en versos llenos de elevación y rotundidad. La creencia y la moral se enlazan de modo tan íntimo, que á veces no es fácil discernir dónde comienza la una y termina la otra, por más que la primera mire al cielo y la segunda habite la tierra, influyendo en los actos humanos alientos de generosidad y nobleza que los distinguen de los movimientos instintivos de los irracionales.

V. 1. *Odi profanum*.—En ciertos sacrificios se hacia salir del templo á los profanos.

V. 2. *Favele linguis*.—Tal era la fórmula con que se imponía silencio á los fieles, ó se les conminaba á no pronunciar palabras desfavorables.

V. 8. *Cuncta supercilio moventis*.—Expresión tan sublime como difícil de traducir en toda su majestad.

V. 11. *In campum*.—Al campo de Marte.

V. 17. *Districtus ensis*.—Alude á Damocles, envidioso de la dicha de Dionisio de Siracusa, quien le con-

vidó á un opíparo festín para persuadirle del engaño en que vivía, haciendo suspender una espada amenazadora sobre su cabeza, como emblema de los riesgos continuos que turban la tranquilidad de reyes y tiranos.

V. 27. *Arcturi*.—Si el Arturo ó Boyero en su ocaso originaba furiosas tempestades, el mismo fenómeno se atribuía al aparecer de las Cabrillas.

V. 37. *Contracta pisces*. — Afirnar que los peces se sienten estrechados en los mares por las vastas edificaciones que los ricos levantaban en sus orillas, es una hipérbole tan exagerada que raya en lo inverosímil y contrasta por demás con la belleza de las imágenes siguientes.

V. 41. *Phrygius lapis*. — Mármol veteado de rojo en las canteras de Frigia.

V. 44. *Achaemeniumque costum*. — El costo, raíz olorosa de la India, se empleaba en los perfumes y los sacrificios.

II

Recomienda á sus amigos el valor en las lides, la probidad en las acciones y la fidelidad más escrupulosa en guardar los secretos; prueba de que tales virtudes no estaban tan generalizadas como en los buenos tiempos de la República.

V. 6. *Ex moenibus hosticis*.— Es un cuadro rebosante de luz y color el de la esposa y la hija del tirano contemplando desde las murallas el arrojado indomable del soldado romano, mudas de terror por la suerte que espera al padre y al esposo.

V. 10. *Dulce et decorum*. — Que es dulce y glorioso morir por la patria se ha hecho ya una sentencia universal, y que el soldado encuentra más fácilmente la

muerte en la fuga que en el ataque resuelto y denodado, lo comprueba la Historia con las matanzas que siguen á las derrotas de los ejércitos.

V. 17. *Virtus repulsae nescia*. — Tras el elogio del valor, el de la virtud, que abre á los espíritus generosos las puertas de la inmortalidad, y por último el de la reserva fiel en guardar los secretos. Sabido es el rigor que se desplegaba con aquellos que en un momento de indiscreción revelaban los misterios de Ceres.

V. 32. *Pede poena claudo*. — Sentencia tan verdadera como profunda; aunque la pena llegue tardía, esto es, ande con pie cojo, nunca deja de alcanzar al malvado que huye de sus rigores.

III

Le Fevre explica satisfactoriamente el largo discurso de Juno, que constituye el tema principal de oda tan admirable. Suetonio afirma que en Roma llegó á generalizarse el temor de que Julio César trasladase á Troya la capital del orbe; Augusto tuvo por la ciudad de Priamo la misma predilección, y nada tiene de extraño que pensara en reedificarla, y aun hacerla el centro del Imperio para dominar cómodamente las comarcas orientales.

V. 1. *Justum... virum*. — La constancia y fortaleza del varón justo se ponen á prueba en los peligros que mejor pueden quebrantarlas, como las alteraciones populares que le incitan á tomar medidas inconsideradas, el ceño amenazador de un tirano implacable y rencoroso, la tempestad desencadenada contra su débil bajel, el estallido del rayo que vibra la mano de Júpiter tonante, y la conflagración del orbe roto en pedazos sobre su cabeza, incapaz de abatirse por los accidentes del

acaso ó la fortuna, ni de apartarse del camino que le traza la rectitud de su conciencia.

V. 11. *Quos inter Augustus.*—El elogio de Augusto, que apura el néctar de los dioses recostado entre Pólux y Hércules, parecería adulator en extremo si no viniesen en seguida las razones que intentan disuadirle de su fatal empeño.

V. 15. *Quirinus.* — Tras un reinado de treinta años que hicieron memorable empresas nobles y esforzadas, Rómulo subió á los cielos en el carro de fuego de su padre Marte.

V. 19. *Fatalis incestusque iudex.* — Paris, juez fatal, porque adjudicó á Venus la manzana de la discordia y se atrajo el resentimiento de Juno y Palas, é incestuoso por el rapto de Helena, esposa de Menelao.

V. 20. *Et mulier peregrina.* — Mujer extranjera, la misma Helena, á quien evita nombrar.

V. 22. *Laomedon.* — La perfidia de Laomedonte, padre de Príamo, que negó la recompensa de sus servicios á Neptuno y Apolo, hizo recaer sobre su pueblo la venganza de los dioses.

V. 25. *Lacaenae... adulterae famosos hospes.* — El huésped famoso de la adúltera espartana. Con esta nueva perífrasis, Juno vuelve á fustigar á Paris y Helena, que debían serle tan aborrecidos.

V. 31. *Invisum nepotem.* — El nieto aborrecido, Rómulo.

V. 42. *Capitolium.*—El contraste del Capitolio triunfante é imponiendo sus leyes al orbe, mientras los baños y las fieras insultaban los sepulcros de Paris y Príamo, es de lo más terrible y hermoso que ha imaginado la poesía lírica.

V. 66. *Auctare Phoebó.* — Febo protegió siempre á los troyanos.

IV

Podría esta oda considerarse dividida en dos partes; pero tan hábilmente están enlazadas con ser de índole tan distinta, que forman un perfecto conjunto. En la primera, el poeta expone los beneficios que desde su niñez debe á las Musas, y los atribuye á su moderación y templanza; y de aquí pasa á revolverse contra la audacia impía de los Titanes, cuya derrota considera justo castigo del cielo.

V. 2. *Regina... Calliope*. — La reina de las Musas, por ser mayor de edad.

V. 7. *Amoenae*. — El epíteto de amenas, aplicable á las aguas y las auras, sólo es admisible por metonimia, en cuanto llevan la amenidad á los campos.

V. 9. *Fabulosae*. — En efecto, las palomas de Venus eran famosas, porque se hablaba mucho de ellas.

V. 9. *Vulture in Apulo*. — El Vultur, monte de Venusa, en los confines de Apulia y Lucania, por la cual se extendía aquella de sus faldas en que sucedió el prodigio.

V. 14. *Acherontiae*. — Aquerontia, lo mismo que Bantia y Ferento, eran pueblos situados en los confines de las dos regiones.

V. 23. *Praeneste*. — Hoy Palestrina, ciudad antigua del Lacio, fundada por Telegón sobre una escarpada montaña, á veinte millas al sudeste de Roma.

V. 28. *Palinurus*. — Promontorio de Lucania, al que dió nombre Palinuro, piloto de Eneas, y en el cual estuvo Horacio á pique de naufragar á su regreso de Filipos.

V. 33. *Britannos hospitibus feros*. — Los britanos antiguos devoraban á los que tenían la desgracia de arribar á sus costas, ó los sacrificaban á sus dioses.

V. 34. *Concanum*. — Los concanos de Cantabria bebían sangre de caballo, costumbre muy generalizada entre los pueblos del norte de Europa.

V. 36. *Scythicum*. — ¿El Tánaís?

V. 40. *Pierio*. — El antro de las Piérides ó Musas, en compañía de las cuales recreaba Augusto los ocios que el gobierno le permitía.

V. 41. *Vos lene consilium*. — Finge que las Musas dan á Augusto consejos de clemencia, de los que anduvo un tiempo bastante necesitado.

V. 42. *Scimus ut impios*. — La transición parece violenta y es naturalísima. Después de haber enumerado los bienes que dispensan los dioses á quienes reverencian su poder, el ejemplo del castigo tremendo aparejado á los que en su soberbia pretenden desafiarlo, como los Titanes, sepultados en las profundidades del Etna por los rayos vengativos de Júpiter.

V. 52. *Pelióu*. — Monte de Tesalia que intentaron los Titanes colocar sobre el Olimpo para escalar el cielo.

V. 56. *Enceladus*. — Encélado vibrando, como rápidas flechas, troncos de árboles arrancados de raíz, es una imagen sorprendente y grandiosa, que enaltece el triunfo de los dioses sobre sus esforzados enemigos.

V. 64. *Delius et Patareus*. — Apolo tenía un templo célebre en Patara y otro en la isla de Delos.

V

No parece improbable que este elogio magnífico de Régulo se escribiese por el año 733, con motivo de haber devuelto los parthos á Octavio las águilas perdidas por Craso en el campo de batalla.

V. 2. *Praesens divus*. — Se reconoce á Augusto

como un dios en la tierra, por haber sometido al Imperio los britanos y los persas.

V. 5. *Milesne Crassi*. — Los soldados de Craso, prisioneros en la batalla de Carras, no eran tan culpables como el torpe caudillo que los llevó á una derrota segura, buscando, no la gloria de Roma, sino el aumento de sus fabulosas riquezas, y si procuraron dulcificar las asperezas del cautiverio en brazos de las hijas de sus amos y trabajando los campos de sus suegros que antes habían imaginado talar, acaso obraron con mejor sentido que quienes los llevaban á morir en tierras remotas para hartar su codicia insaciable.

V. 10. *Anciliorum*. — Los doce escudos anciles descendidos del cielo, y á los que estaban ligados los destinos del pueblo romano.

V. 13. *Reguli*. — Del heroísmo de Régulo ya hemos dicho lo bastante en otro lugar; pero se criticaba en todas partes que no se hiciesen esfuerzos mayores á fin de rescatar las águilas y los soldados vencidos en Carras, y Horacio sale al paso con el discurso del héroe, oponiéndose á las condiciones de paz y al canje de los prisioneros de las guerras púnicas.

V. 18. *Signa ego Punicis*. — El discurso de Régulo llamando la atención sobre los hechos que más podían lastimar el orgullo de un verdadero romano, es persuasivo á eficaz, y había de contribuir á que la incertidumbre de los senadores se convirtiese en resolución firmísima de proseguir á todo trance la guerra.

V. 41. *Pudicae conjugis*. — El retrato del héroe apartando con la mano á la esposa y los tiernos hijos, y clavando en tierra la vista como un esclavo hasta que el Senado resolviese la paz ó la guerra, y la entereza con que sin hacer caso de lágrimas de parientes ni amigos vuelve á sus prisiones sabiendo los tormentos

que le aguardaban, aparece, como una de las creaciones más brillantes de la poesía horaciana y uno de los más varoniles ejemplos del antiguo patriotismo.

VI

Declama contra la impiedad y la corrupción generalizadas en su siglo, á las que achaca las intestinas discordias, las derrotas de los ejércitos y cuantos desastres sobrevinieron en los últimos días de la República. Mas quien se declaraba en la mayoría de sus odas morales y anacreónticas un secuaz de Epicuro, y en alguna de las religiosas un creyente tibio y poco frecuentador de los templos, tenía bastante autoridad para tronar, como un apóstol de la virtud, contra la depravación de su tiempo?

V. 9. *Moneses et Pacori*. — Generales de Orodes, rey de los parthos, que destrozaron los ejércitos de Craso.

V. 14. *Dacus et Aethyops*. — Los dacios y etíopes fueron auxiliares de Antonio y Cleopatra.

V. 21. *Motus... Jonicus*. — Las danzas de Jonia pasaban por extremadamente libres y desenvueltas.

V. 35. *Pyrrumque*. — Alude á la derrota de Pirro, rey del Epiro, por Marco Curio Dentato en el año 480.

V. 36. *Antiochum*. — Rey de Siria vencido por los romanos.

V. 43 y 44. *Amicus tempus*. — El tiempo del descanso que principia á la puesta del sol.

VII

Consuela á Asterie de la larga ausencia de Giges, detenido por los vientos contrarios en un puerto del

Epiro, ponderando la constancia y la fidelidad de su amante.

V. 3. *Thyma merce.* — Mercaderías de Bitinia, región asentada sobre el Bósforo, y centro de un lucrativo comercio con Italia.

V. 5. *Oricum.* — Orico, puerto del Epiro.

V. 6. *Insana caprae sidera.* — La aparición de las Cabrillas era reputada como peligrosa para los navegantes.

V. 13. *Practum.* — Antea, esposa de Preto; rey de Argos, acusó á Belerofonte de seducción, por no haber correspondido á sus torpes insinuaciones.

V. 17. *Pelea.* — También pudo costar la vida á Peleo el haber rehusado los favores de Hipólita, mujer de Acasto, rey de Magnesia, en Tesalia.

V. 28. *Tusco... alveo.* — El Tíber nace en la Toscana.

VIII

Invita á Mecenas al solaz de un festín en el aniversario del día en que estuvo á punto de perecer por la caída de un árbol funesto, y le exhorta á olvidar los negocios públicos, ya que la tranquilidad del Imperio es tan completa, como imposible añadir nuevos laureles á su gloria.

V. 1. *Martiis... calendis.* — El día 1.º de marzo tenía lugar la fiesta de las casadas, en memoria de la reconciliación de los romanos y sabinos, obra de las mujeres, y en ella no podían tomar parte los solteros, y los casados hacían votos por la conservación de la vida de sus respectivas esposas.

V. 2. *Acerra.* — Así se llamaba una cajita rectangular que contenía los granos del incienso que se quemaba en los sacrificios.

V. 5. *Docte sermones.* — Entendido en las letras de griegos y latinos, y por énde sabedor de las ceremonias con que las fiestas de uno y otro pueblo se solemnizaban.

V. 10. *Corticem adstrictum pice.* — El tapón cubierto de pez.

V. 12. *Consule Tulo.* — No es fácil precisar por este dato la edad del vino, pues Tulo fué cónsul dos veces, y se ignora la fecha exacta de esta composición; mas bien puede asegurarse que el vino merecía por su edad el título de añejo.

V. 18. *Daci Cotisonis.* — Cotisón, rey de los dacios, hizo varias correrías por tierras del Imperio, hasta que Léntulo consiguió arrojarle á la izquierda del Danubio.

V. 19. *Medus infestus.* — Los medos ó persas aun andaban divididos entre Tiridates y Fraates.

V. 22. *Cantaber.* — Á pesar de su desesperada resistencia, los cántabros hubieron de someterse al yugo romano.

V. 23. *Laxo... arcu.* — Los escitas aflojaban sus arcos al pedir la paz.

IX

El diálogo de Horacio con Lidia y las sentidas reconvenções que les inspira su mutua infidelidad, debería titularse la reconciliación que se contiene en las dos últimas estrofas.

V. 8. *Clarior Ilia.* — Mereció gran respeto entre los romanos el nombre de Ilia, madre de Rómulo.

X

Todavía subsiste en Grecia la costumbre de estas canciones, que los jóvenes entonan á sus amadas para

enaltecer sus prendas, si son correspondidos, ó para vencer sus desdenes cuando sus agasajos no obtienen la anhelada correspondencia.

V. 1. *Extremum Tanaim.*—Las fuentes del Tánais.

V. 10. *Ne currente.*—Metáfora tomada del oficio de alfarero, que ha dado lugar á muy diversas interpretaciones. Creemos que su genuino sentido es el que le damos en la traducción.

XI

Un motivo al parecer insignificante le brinda ocasión para enaltecer el poderio de Mercurio y pintar con siniestros colores el crimen de las Danaides y la ternura y apasionamiento de la única de ellas que no quiso manchar sus manos con la sangre de su esposo.

V. 2. *Amphion.*—Hijo de Júpiter y Antiope y hermano gemelo de Zeto, se crió entre pastores; mas cuando supo su origen semidivino, voló á Tebas, donde reinaba Lico, esposo de su madre, el cual había contraído segundas nupcias con Dirce, después de atormentar á Antiope con refinada crueldad. Apoderados los dos hermanos de la ciudad, dieron muerte al tirano, y ataron á Dirce á un toro, que la despedazó; suceso admirablemente reproducido en el grupo escultórico del Museo de Nápoles, conocido por el toro de Farnesio. Anfión había recibido una lira de Mercurio, y la pulsaba con tal arte y delicadeza, que movía las piedras y las forzaba á colocarse en orden para formar las murallas de Tebas. Casó con Níobe, y tuvo en ella larga prole de hijos é hijas, muertos todos por las saetas de Apolo y Diana; trágica escena que inspiró al escultor Scopas el patético grupo que en la sala de las Nióbides se admira en Florencia.

V. 9. *Velut latis*. — A una comparación delicada sigue una estrofa llena de majestad, y por último la terrorífica presencia del Cerbero, que emponzoña el aire con su inmundo aliento.

V. 21. *Ixion*. — Ixión mató á su suegro, y Júpiter le purificó de su crimen en el cielo; pero desagradecido, ruin y perverso, intentó seducir á Juno, por cuya audacia Jove, sin andarse en contemplaciones, ordenó á Mercurio que lo atase de pies y manos á una rueda que giraba sin cesar.

V. 33. *Una de multis*. — Hipermnestra, esposa de Linceo. El discurso que le dirige en el momento de salvarle es tierno, delicado y conmovedor.

XII

Consuela á Neóbule de no poderse entregar á las delicias del amor que le inspira el arrogante Hebro, por los rigores de un tio nada complaciente.

V. 3. *Patruae... linguae*. — Los tios gozaban reputación de duros y regañones.

V. 6. *Liparei... Hebri*. — Hebro el de Lipari, pequeña isla cerca de Sicilia.

V. 8. *Bellerophonte*. — El joven Belerofonte, por la muerte de Belero, se desterró á Argos, donde reinaba Preto, cuya esposa Antea se enamoró perdidamente del mancebo, y viéndose desdeñada, cometió la infamia de acusarle ante su marido de intento de seducción. Preto no quiso matarle por sus manos, y le envió á su suegro Iovantes, rey de Licia, con una carta en que le recomendaba su muerte. El rey de Licia, por complacer á su yerno, le ordenó combatir contra la Quimera, y el joven, montado sobre su caballo Pegaso, consiguió matar al monstruo y salir triunfante de todos los peli-

gros á que le arrastraba la adversidad del destino; mas no por eso alcanzó la felicidad apetecida como premio de sus trabajos. Una tradición supone que en su altivez quiso remontarse al cielo, y que Jove con un tábano irritó tanto al Pegaso que arrojó de sí al jinete, dejándole cojo de la caída.

XIII

La descripción de la fuente Bandusia ó Blandusia, próxima á la casa de campo del poeta, que tantas veces apagó la sed en sus raudales cristalinos, tiene frescura y transparencia, y revela el hondo sentimiento que le inspiraba la naturaleza campestre.

V. 1. *Fons Blandusia*.—El territorio donde brotaba esta fuente, llamada Digencia, era el de Bandusia ó Blandusia.

V. 2. *Non sine floribus*.—Los antiguos solían coronar de flores las copas; así, al placer del gusto acompañaban en sus brindis el de la vista y el olfato.

V. 15 y 16. *Loquaces lymphæ*.—La indole de nuestra lengua sólo permite traducir el epíteto *loquaces* por el de *murmuradoras*.

XIV

Cuando preparaba Augusto su viaje á España para someter á los indomables cántabros, una grave enfermedad puso en peligro su vida é hizo temer por los resultados de la expedición; así que el regocijo de los ciudadanos se desbordó á su vuelta en locos transportes de entusiasmo.

V. 1. *Herculis ritu*.—Compara la empresa de reducir á los cántabros con los trabajos esforzados de Hércules.

V. 5. *Unico gandens mulier marito.*—Livia Drusila. La observación de Burgos, que traduce el adjetivo *único* por el adverbio *unice*, la encontramos muy fina y sagaz, porque no sería gran elogio de la esposa de César ni de las matronas de su tiempo decir que se hallaba contenta con un solo marido.

V. 6. *Justis... dicis.*—Justos, por haberle salvado de su enfermedad y concederle la victoria.

V. 7. *Soror clari ducis.*—Octavia.

V. 11 y 12. *Male ominatis parcite verbis.*—Palabras rituales con que se prohibía pronunciar palabras de mal agüero al principio de un sacrificio.

V. 18. *Cadum Marsi.*—La guerra de los marsos había tenido lugar veintiséis años antes de nacer el poeta.

V. 19. *Spartacum.*—Con anterioridad el tracio Espártaco, á la cabeza de los gladiadores de Capua, había desolado la Italia y deshecho sus ejércitos, hasta que M. Licinio Craso le venció á orillas del Siluro.

V. 28. *Consule Planco.*—Entonces tenia Horacio veintitrés años.

XV

Cloris, Fóloe, Íbico y Noto son personajes desconocidos, y aunque sus prendas morales dejan harto que desear, la invectiva se contiene en los límites del decoro, y no llega á las desvergonzadas desnudeces que el autor se permitió en otras ocasiones, vapuleando sin piedad á viejas lascivas y repugnantes, cuya prostitución pinta con tan vivos colores que los hace saltar al rostro del lector más corriente y desaprensivo.

V. 8. *Filia rectius.*—Según testimonios autorizados, en aquellos tiempos no siempre eran los jóvenes los que

llamaban á las puertas de las cortesanas, sino que muchas veces acudían éstas solícitas á las casas de sus amantes.

V. 14. *Luceriam.* — Ciudad de la Pulla, conocida por sus excelentes lanas.

V. 16. *Faece tenuis.* — Cuando se brindaba por alguno era preciso apurar el vaso hasta las heces.

XVI

No ha habido escritor en el mundo á quien el desprecio de las riquezas haya inspirado tan serias reflexiones, ironías tan punzantes, estrofas tan viriles y poemas didácticos, morales y satíricos tan provechosos por sus enseñanzas, y los conceptos de esta preciosa oda ponen bien de relieve que su amor á la áurea medianía no era un recurso poético de relumbrón, sino acaso el sentimiento más arraigado en su alma como enérgica protesta contra la codicia desenfrenada de que hacían gala sus compatriotas.

V. 1. *Inclusam Danaem.* — Danae, hija de Acrisio, á pesar de torres, puertas, cerrojos y perros, cayó víctima de las asechanzas de Jove, convertido en lluvia de oro.

V. 12. *Argivi domus.* — Anfiarao, adivino de Argos, se negó á marchar á la guerra de Tebas, donde debía perecer; pero Polinice sedujo con un collar de oro á su mujer Erifile, que reveló el lugar donde se ocultaba y á la fuerza hubo de formar parte de la expedición en que halló la muerte. Más tarde pereció con fatal estrago toda su familia.

V. 14. *Vir Macedo.* — Aseguraba Filipo de Macedonia que no había ciudad inexpugnable, si podía introducirse en ella un mulo cargado de oro.

V. 15. *Munera navium*. — Ya la palabra *navium* se refiera á *munera*, como cree Paserat, ya á *duces*, como afirma Torrencio, siempre resultará que los capitanes de barcos tenían un corazón nada tierno, y sólo se ablandaban ante la ganancia ó las dádivas más ó menos espontáneas.

V. 17. *Crescentem sequitur*. — Las cuatro estrofas que siguen son notables por la alteza de los pensamientos.

V. 32. *Fallit sorte*. — La interpretación de este pasaje ha dado lugar á muchas y diversas cavilaciones, aunque su verdadero sentido se destaca con facilidad á través de lo difícil de la expresión.

V. 34. *Lestrygonia*. — Los lestrigones pasaron de Sicilia á Formia, y por eso da aquel nombre al vino del país.

V. 41. *Regnum Alyathii*. — El reino de Creso, hijo de Aliates, ó la Lidia.

XVII

Elio Lamia, al que dirige esta misiva, gozaba de gran consideración por sus méritos personales y la antigüedad de su linaje.

V. 1. *Ab Lamo*. — Primer rey de Formia, estirpe de los Lamias.

V. 7. *Maricae*. — Las costas de Campania.

XVIII

Ruega á Fauno, el Pan de los latinos, que le sea propicio en las cosechas y las crías de sus ganados.

V. 3. *Abeas*. — Fauno abandonaba la Italia por la Arcadia, que le estaba consagrada, á principios de diciembre, y no volvía hasta mediados de febrero.

V. 10. *Nonae decembres*. — El 5 de diciembre se celebraba su fiesta con sacrificios.

V. 15. *Invisam*. — La tierra aborrecida por los duros trabajos á que condena á los cavadores.

XIX

Debía ser este Telefo uno de esos mil pedantes que venga ó no al caso quieren lucir á todo trance su indigesta erudición, sin parar mientes en que desdice de la jovialidad del festín la enseñanza del libro ó la cátedra, y que donde impera Baco, Minerva debe aparecer recogida y silenciosa. La réplica del poeta está llena de calor y vivacidad, y si se improvisó con la copa en la mano, es indudable que merecería los aplausos de los comensales.

V. 2. *Codrus*. — Codro, el último rey de Atenas, se arrojó valerosamente á morir impulsado por la predicción del oráculo, que á tanto precio aseguraba la victoria de los atenienses.

V. 3. *Genus Aeaci*. — En la ascendencia del justiciero Éaco se cuentan Júpiter, su padre, su madre Egina y su abuelo el dios fluvial Alopo.

V. 5. *Chium*. — La isla Quios, en el Archipiélago, producía famosísimos vinos.

V. 8. *Pelignis*. — Peligno, pueblo muy frío en el territorio de los samnitas.

V. 11. *Murenae*. — Licinio Murena, cuñado de Mecenas, recién elevado á la dignidad de Augur.

V. 13. *Qui Musas amat*. — El que brindaba por las Musas lo hacía con nueve copas, el que por las Gracias con tres, el que por su amada con tantas como letras tuviese su nombre.

V. 18. *Berecythiae*. — El monte Berecintio, en la Frigia, consagrado á Cibeles.

XX

Aconseja á Pirro que se cure en salud y no intente arrebatár al joven Nearco del poder de una cortesana irascible.

V. 11. *Arbiter pugnae*. — Nearco, el árbitro de la lid, porque de su voluntad dependía el triunfo de uno de los contendientes.

V. 15. *Nireus*. — Nireo, rey de Naxos y después de Aquiles, el más hermoso de los griegos.

V. 16. *Raptus*. — Ganimedes.

XXI

Esta anacreóntica, como todas las de Horacio, menos ligera y juguetona que las del cantor de Teos, porque su carácter reflexivo no perdía la gravedad ni aun en los momentos consagrados á la locura, es un cumplido elogio del vino y una enumeración completa de los beneficios que produce á los míseros mortales.

V. 1. *Nata mecum*. — Por lo visto tenía el vino los mismos años que su ferviente catador.

V. 4. *Pia, testa*. — Benlei separó estas palabras por una coma é hizo claro su sentido, de otra manera poco comprensible.

V. 5. *Massicum*. — El monte Másico, al noroeste de la Campania y cerca de los confines del Lacio en su falda oriental, recogía el Falerno, y en la de Mediodía el exquisito Másico, de su mismo nombre.

V. 7. *Corvino*. — Valerio Mesala Corvino, partidario de Bruto en Filipos, luego secuaz de Antonio, y por fin general de Octavio, á cuyo valor y pericia se debió en gran parte la victoria de Accio.

V. 18. *Cornua*. — Los cuernos simbolizaban la fuerza

V. 22. *Segnesque Gratiae.*—Las Gracias iban siempre unidas como amigas inseparables.

XXII

Invoca y consagra á Diana el pino que sombreaba su casa campestre.

V. 3. *Ter vocata.*—Las invocaciones se hacían tres veces, según los ritos.

V. 4. *Diva triformis.*—Hebe, Diana y Hécate.

XXIII

Aconseja á Fidile que no aplaque á sus diminutos Lares con víctimas numerosas y escogidas, porque tiene para ellos más valor la pureza de la intención que el fausto del sacrificio.

V. 2. *Phidile.*—Se ignora quién sea Fidile, cuya profusión en los sacrificios quiso corregir esta oda, impregnada de la mayor delicadeza.

V. 8. *Pomifero.*—Podría traducirse por fructífero.

V. 10. *Pontificum.*—Los toros, las terneras deben teñir con su sangre las hachas de los pontífices; mas á una joven sencilla le cuadra mejor ofrecer á sus Lares la torta y la sal que chispea en el fuego.

XXIV

Cuantas veces se desata en violentos apóstrofes contra la ambición desapoderada y la cruel avaricia de sus compatriotas, tantas consigue los honores del triunfo. En sus odas morales, la violencia de las imprecaciones y la profundidad de las máximas nos hacen al avaro repulsivo y odioso; en sus sátiras nos lo presenta risible

y digno de compasión; y así ataca tan feos vicios por lo que tienen en sí mismos de pecaminosos, como por las funestas consecuencias que acarreaban á las costumbres públicas, corrompiéndolas hasta un punto inconcebible, y siendo un ariete demoledor de la grandeza patria más potente que la enemiga de los pueblos que á las márgenes del Danubio ó el Éufrates la combatían con sus flechas, sus lanzas y sus odios inveterados.

V. 2. *Thesauris Arabum*.—La expedición proyectada por Augusto contra los árabes no se había aún realizado, y muy bien pudo decir que sus tesoros estaban intactos.

V. 4. *Apulicum*.—Otros leen *Ponticum* y *Punicum*; pero es más verosímil que las edificaciones de los potentados se alzarán sobre las costas de Apulia que no en los mares de África ó en el Ponto.

V. 9. *Scythae*.—Á la desatentada codicia y vanidad insufrible de sus contemporáneos, opone la sencillez de los nómadas escitas, que trasladaban en carros sus casas de una á otra región, y las costumbres de los getas, entre quienes era común la propiedad, común el trabajo y común y repartido por igual el beneficio que se reportaba.

V. 17. *Illie matre*.—¿Quién duda que en los pueblos primitivos y semisalvajes la virtud y castidad de las mujeres viven más seguras de las asechanzas de la seducción, porque el lujo y el egoísmo son desconócidos, y las faltas se castigan con saludable rigor?

V. 30. *Clarus post genitis*.—El que desde la cumbre del mando se atreve á poner diques al desbordamiento de la insensatez, la licencia y la perversión general, aunque sea tan dichoso que logre realizar su patriótico objeto, no espere jamás en vida el galardón que han de negarle sus envidiosos enemigos, y gracias si á su muer-

te se le reconoce el mérito que antes se le disputaba, porque los pueblos se dejan llevar mejor por quien los adula, engaña y explota que por quien tiene sinceridad bastante para acusarlos de sus vicios, y resolución firmísima de extirparlos á toda costa.

V. 45. *In Capitolium*.—Las consagraciones de dinero y alhajas que se hacían en el Capitolio excitaban la admiración popular, y eran un título al agradecimiento de la patria.

V. 47. *In mare*.—No está Cruquio conforme con la medida propuesta, y Burgos va más allá, tachando de perdulario y extravagante al que tal hiciese, imitando el proceder de Crates; pero nosotros juzgamos la argumentación horaciana tan sólida como terminante. Si las riquezas—dice—son la causa de nuestra actual degradación, ofrezcámoslas á los dioses del Capitolio, y si es preciso arrojémoslas al mar, como cosa fatal y dañina, porque así se arrancará la raíz de las malas pasiones que nos han traído las desdichas presentes.

V. 57. *Trocho*.—El aro que las niñas hacen rodar con una varilla por plazas y paseos, era entre los griegos de hierro, y estaba ornado de anillos metálicos que sonaban al moverse, y constituía uno de los juegos á que se sintieron grandemente aficionados los jóvenes romanos.

V. 64. *Curtae... rei*.—Siempre será corta la hacienda del avaro, pues siempre será mayor su insaciable avaricia.

XXV

Este ditirambo, dedicado á la apoteosis de Augusto, muestra el desorden, calor y movimiento que reclaman las composiciones báquicas; pero á poco de anunciar

pomposamente que no va á cantar nada humilde, bajo ni mortal, se calla poseido de estupor y defrauda las esperanzas, dejando el elogio del César para mejor ocasión.

V. 9. *Exsomnia*.—Vigilante, despierta. Bentley propone la corrección de este epíteto, aplicado á la Bacante, por el de *edonis*, aplicable á los montes.

V. 12. *Rodopem*.—El Ródope de Tracia, donde desde tiempo muy remoto se celebraba con gran aparato la fiesta de Baco.

V. 19. *Lenaee*.—Literalmente significa *prensa*, y se dió el nombre de Leneo á Baco por presidir las vendimias.

XXVI

Se despidе del amor que en su juventud y hasta en su edad madura le había proporcionado tantas dichas y sinsabores, tantas alegrías y tantos motivos de cólera; mas al despedirse, no bien curado de su inclinación á las mujeres, ruega á Venus que castigue las arrogancias de Cloe, tan sorda á sus pretensious como indiferente á sus agudos dolores.

V. 5. *Laevum*.—Cuantos renunciaban á ejercer su profesión colgaban en la pared del templo de su divinidad protectora los instrumentos del trabajo, al costado izquierdo de su estatua, que miraba á Levante y era el más favorable á los auspicios.

V. 10. *Memphim*.—Todavía se ven cerca del Cairo las ruinas del templo que á Venus se erigió en Menfis, ciudad de Egipto.

XXVII

Desea una feliz navegación á Galatea, y le relata el emocionante viaje de Europa, hasta su llegada á Creta, donde tuvo principio su desdicha y su glorificación.

V. 1. *Parrae*.—Ave de mal agüero que nos es desconocida.

V. 3. *Lanuvino*.—El campo de Lanuvio, ciudad próxima á Roma, en el país latino.

V. 12. *Solis ab ortu*.—De la parte de Oriente venían los auspicios favorables, como se ha dicho.

V. 25. *Europe*.—Europa, hija de Agenor, rey de Fenicia, gozaba fama de mujer tan hermosa, que enamorado de ella Aristeo, rey de Creta, envió para robarla un barco que ostentaba en la popa la figura de un toro; de aquí la fábula que supone á Júpiter convertido en este animal, trasladándose á las costas de Fenicia y humillándose ante su ídolo, hasta dejar que se sentase encima de sus espaldas para lanzarse á través de las olas con su preciosa carga y llegar á Creta, y allí hacerla madre de Minos, Radamanto y Sarpedón, y en recompensa eternizar su nombre, dándolo á la más importante parte del mundo conocido.

V. 34. *Pater o relictum*.—Desde *pater á barbara pellex* enmudece la voz del poeta y se dejan oír las sentidas lamentaciones de la inocente Europa, que sin darse cuenta de su extravío reconoce el baldón que echa sobre su linaje, y las tristes consecuencias que habrá de acarrearle; sus patéticas quejas contrastan soberbiamente con la alteza de su destino que Venus le descubre compadecida de tanto y tan inmerecido dolor.

V. 41. *Porta... eburna*.—El palacio del sueño tenía dos puertas: por la una salían los sueños verdaderos, y los falsos por la otra, que era de marfil.

V. 59. *Zona*. — La zona, una ancha banda que las mujeres llevaban sobre las caderas, según Sanadón, servía á los desesperados de lazo para ahorcarse.

V. 67. *Rideus Venus*. — La aparición de Venus sonriéndose y consolándola de sus penas, con el descubrimiento de su esposo y la revelación de la fortuna que la espera, cierra de modo admirable esta interesante página de los amos de Jove.

XXVIII

Invita á Lile á pasar alegremente bebiendo y cantando el día consagrado á la fiesta de Neptuno.

V. 8. *Bibali consulis*. — Horacio contaba seis años cuando fué cónsul Bibulo.

V. 10. *Nereidum*. — Las cincuenta hijas de Nereo y Doris, ninfas hermosas y amables que habitaban el Mediterráneo.

V. 16. *Nenia*. — Canción funeral, porque la noche con sus sombras y silencio sólo podía sugerir tristes ideas.

XXIX

Seguramente no es ésta una de las odas en que Horacio despliega mayor magnificencia; pero acaso ninguna la aventaja en la pureza de la doctrina, las observaciones profundas é ingeniosas, las imágenes de hechizo incomparable y la calma y la serenidad con que escudriña las leyes sociales, el orden moral, la contingencia de los sucesos, los juegos caprichosos de la fortuna y la incesante evolución de la vida, siempre la misma y siempre renovada sobre el planeta que habitamos. Federico el Grande, en visperas de una campaña

que podía en minutos derribar por el suelo el edificio de su gloria, quiso oír una explicación y comentario de la misma al célebre profesor Gottsched, y aun se conserva el recuerdo de la honda impresión que causó en el ánimo del regio oyente aquella estrofa en que el poeta se dispone á devolver á la fortuna, si se cansaba de favorecerle, los bienes que de ella había recibido, y á desposarse sin dote con la honrada pobreza, antes que someterse á sus caprichos arbitrarios y crueles.

V. 6. *Aesulae*. — Ésula, ciudad vecina de Tibur en la pendiente de una montaña.

V. 8. *Telegoni juga*. — Túsculo, hoy Frascati, fundada por Telegón, hijo de Ulises y Circe, que mató á su padre sin conocerlo. Mecenas había construido en su palacio del Esquilino una torre soberbia, desde la cual se descubría el hermoso panorama descrito en la estrofa.

V. 15. *Gratae vices*. — La observación revela exactitud y agudeza: el pobre envidia la abundancia y el lujo del rico, y éste, si no se entusiasma con la penuria de aquél, se complace muchas veces en sus diversiones, en sus cenas frugales y en sus trabajos, como recursos que den variedad á la monotonía de la existencia, llena de fastidio y aburrimiento para todos.

V. 17. *Andromedae pater*. — Cefeo y Casiopea, padres de Andrómeda y Perseo, fueron convertidos en una constelación que aparece en el mes de julio.

V. 18. *Procyon*. — Nombre de la constelación que precede al Can, llamada por los antiguos *antecanis*.

V. 19. *Leonis*. — El quinto signo del Zodiaco.

V. 23. *Dumeta Silvani*. — El dios de las selvas que protegía las plantaciones de árboles y las crías de los ganados, se identificó un día con Fauno y Pan.

V. 28. *Bactra*. — Capital de la Bactriana, á la

falda septentrional del Paropamisio y cerca del Oxo.

V. 28. *Tanaisque discors*. — El Tánais ó Don se consideraba como la línea de separación entre Europa y Asia: le llama *discors* porque sus tribus andaban continuamente en guerra unas con otras.

V. 33. *Caetera fluminis*. — La imagen del río que ora se desliza con mansa corriente, ora ensoberbecido por los raudales que su cauce no logra aprisionar, se derrama por los vecinos campos y arrastra chozas y árboles, hombres y ganados, comienza por ser bella y acaba por terriblemente sublime.

V. 53. *Laudo manentem*. — El hombre que siga la conducta aquí preconizada, conformándose con las veleidades de la suerte, no necesita más para llamarse tan feliz cuanto cabe serlo en este valle de amarguras y dolores.

V. 62. *Biremis*. — Nave de dos órdenes de remos.

XXX

La posteridad ha confirmado el alto juicio que de sí mismo formara Horacio, que vive hoy y vivirá muchos siglos, siendo aclamado el príncipe sin rival de la lírica latina.

V. 7. *Libitinam*. — La diosa de los funerales, por la muerte.

V. 8. *Dum Capitolium*. — En las grandes solemnidades, el pontifice subía al Capitolio acompañado de las Vestales.

V. 10. *Aufidus*. — El Ofanto, río de la Pulla.

LIBRO CUARTO

I

Una plácida y tranquila resignación á las leyes de la vida, que niega los placeres y goces del amor á los que ya se han dejado en los zarzales del camino la flor de la juventud, domina en esta oda suavísima y elegante; pero en los últimos versos descubre que su tranquilidad es más aparente que efectiva, que hay brasas ocultas bajo la ceniza, que aun le domina la pasión, y pasión de tal índole que le estuviera mejor no revestir con las galas de la poesía sentimientos que tan poco dicen en pro de su concepto personal.

V. 10 y 11. *Paulli Maximi*. — Paulo Máximo, de la familia Fabia y compañero de Tuberón en el consulado, el año 743.

V. 19. *Albanos propè te lacus*. — Ascanio, hijo de Eneas y nieto de Venus, pasa como el fundador de Alba; debía, por consiguiente, lisonjear no poco á la diosa de la hermosura que se le consagraba un templo en ciudad tan querida.

V. 39. *Martii*. — En el campo de Marte se ejercitaban los jóvenes en trabajos de fuerza y agilidad que los hiciesen aptos para la guerra.

II

El plan de esta oda es tan sorprendente como admirable su ejecución. Renuncia á cantar en el estilo de

Pindaro las glorias de César, porque considera una insensatez la pretensión de igualar la fuerza é impetuosidad del lirico de Tebas, é invita á Julio Antonio á tomar sobre sí tan pesada carga, deslizándose de paso en una estrofa el elogio de Augusto, tan lisonjero y oportuno que no podia decirse más de ningún príncipe, por insignes que fuesen sus hazañas y repetidas sus victorias.

V. 2. *Iule*. — Julio Antonio, hijo del triunviro, había escrito un poema titulado *Diomedes*, que le conquistó envidiable celebridad; pero pagó con negra ingratitud los favores que recibiera de Augusto, conspirando contra él, y sus tentativas revolucionarias le costaron la vida.

V. 2. *Ope Daedalea*. — El mar de Icaria que baña á Samos y Delos, recibió el nombre del hijo de Dédalo, caído en sus aguas al derretirsele las alas de cera, invención de su padre.

V. 5. *Monte decurrens*. — Las cinco estrofas siguientes que enumeran las altas cualidades de Pindaro, acreditan que Horacio sabía remontarse á las alturas del lirico de Tebas.

V. 10. *Dithyrambos*. — El Ditirambo, canción en loor de Baco, acompañada de la danza, imitaba en su libertad de expresión y medida los delirios de la embriaguez.

V. 17. *Elea*. — Ciudad de la Eólida en el Asia Menor.

V. 25. *Dircaeum*. — *Dirce* se llamaba á una fuente de las inmediaciones de Tebas, donde Anfión y Zeto arrojaron el cadáver de la segunda esposa de Lico.

V. 35. *Sacrum Clivum*. — La cuesta del Capitolio.

V. 36. *Sicambros*. — Pueblos del norte de Germania sobre el Rhin, vencidos por Tiberio.

V. 57. *Fronte curvatos*. — Todos los críticos han notado la belleza de la imagen del novillo, que el poeta se dispone á sacrificar por la vuelta de Augusto.

III

La gracia, armonía, elegancia y finura de esta oda hacen admisible la hipérbole de Escaligero, que hubiese preferido ser su autor á ceñir la corona de la España Tarraconense. El poeta se muestra tan satisfecho con los favores de las Musas, que no los trocaría por las glorias y los triunfos guerreros que enloquecen al vulgo de los mortales, y con razón; porque siempre ha sido y será mayor el número de los héroes que el de los genios capaces de enaltecer su heroísmo en versos inmortales que aprendan las futuras generaciones.

V. 3. *Istmus*. — Los juegos ístmicos tenían lugar en Corinto de tres en tres años.

V. 6 y 7. *Deliis...foliis*. — Las hojas de Delos, por el laurel de Apolo.

V. 12. *Acolio carmine*. — En la poesía eólica ó lírica.

IV

Si no resulta la más grandilocuente de las odas heroicas del vate de Venusa, tampoco cede á ninguna la palma. Las imágenes son sublimes, las sentencias profundas, las expresiones llenas de vigor y las estrofas de un encanto maravilloso. Parece que, como el águila, se lanza desde el cielo para elevar á Druso por sus triunfos y á Augusto por ser el inspirador de sus virtudes á las regiones habitadas por los dioses; y el elogio del pueblo de Quirino lo pone en boca de su rencoroso

enemigo, del pérfido Anibal, convencido de que todos sus esfuerzos y estratagemas serán impotentes á quebrantar el tesón de una raza que surgía siempre más potente en la adversidad y no desesperaba nunca de sus inmortales destinos.

V. 4. *Ganymede*. — Según la fábula, Ganimedes, el más hermoso de los mancebos, vióse arrebatado al amor de sus padres por el águila de Jove para servirle la copa en los divinos banquetes.

V. 5. *Vernisque*. — Tal es la lección restablecida por Bentlei, de conformidad con códices autorizados.

V. 15. *Jam lacte*. — Manuscritos y ediciones están conformes en esta palabra, que quisieron corregir muchos críticos para evitar la repetición de *depulsum lacte*, *depulsum ab ubere*, que vienen á significar lo mismo.

V. 17. *Rhoetis*. — Lección también de Bentlei, apoyada en un manuscrito, y la única conforme con la verdad histórica; pues Druso hizo sólo la guerra á los vindelicios mientras su hermano Tiberio la hacía á los retios.

V. 18. *Drusum*. — Claudio Druso, que por la línea paterna descendía de Claudio Nerón, el vencedor de Asdrúbal, era un joven de dotes sobresalientes, avaloradas por una educación superior.

V. 19. *Mos unde deductus*. — La primera vez que en los días ya lejanos de la adolescencia tradujimos estos cuatro versos, notamos el prosaísmo vulgar de que adolecen, tanto más sensible cuanto que vienen después de un trozo de poesía brillante y arrebatadora, sin duda para confirmar el principio inconcuso de que no hay artista que no se duerma á ratos sobre sus laureles, ni obra de arte que sea un absoluto dechado de perfección. En la imposibilidad de suprimirlos ni alterarlos, hemos variado ligeramente la puntuación para

que sirvan de principio á las estrofas siguientes mejor que de conclusión desmayada á las magnificas que los anteceden.

V. 27. *Augusti paternus.* — Tiberio Nerón, padre de Druso y Tiberio, consintió que su esposa Livia casase con Augusto, á quien designó como tutor de sus hijos; y Horacio aprovecha la ocasión para enaltecer los solícitos cuidados que puso en su educación.

V. 38. *Metaurum flumen.* — Á orillas del Metauro deshizo Claudio Nerón el ejército de Asdrúbal, último recurso de Aníbal para sostenerse en Italia.

V. 41. *Qui primus alma risit adorea.* — *Adorea* se llamaba la distribución de trigo hecha á los soldados después de la victoria, y por metonimia la victoria misma. El verso suena tan delicioso, como gratas debieron ser á los romanos las noticias de la derrota de Asdrúbal, la primera de importancia que los cartagineses sufrieron en Italia.

V. 50. *Cerci luporum.* — Tanto como regocijó á los romanos el triunfo de Nerón, tanto debió abatir el ánimo de Aníbal y arraigar en él la creencia de la imposibilidad de vencer definitivamente á sus enemigos. Así el discurso puesto en su boca aparece natural y oportuno, como arrancado á la convicción y á la desesperación de dominar á una raza de guerreros tan formidable y tenaz.

V. 61. *Non Hydra.* — La Hidra de Lerna constituye uno de los memorables trabajos de Hércules, por los esfuerzos y astucia que necesitó para matarla.

V. 63. *Cholchi.* — De los dientes del Dragón que sembraron Jasón en Colcos y Cadmo en Tebas, nacieron guerreros armados y dispuestos á la lid.

V. 86. *Per acuta belli.* — En los trances difíciles de la guerra.

V

Augusto llevaba tres años ausente de Roma pacificando las fronteras de las Galias, y el deseo de verlo regresar pronto llegó á ser tan general, que los cónsules hicieron votos públicos por que su presencia volviese la satisfacción y la calma al pueblo de Quirino.

V. 9. *Ut mater.* — No podía encarecer más el ardiente anhelo que los ciudadanos tenían de su presencia que comparándolo con el de la madre que espera un día y otro la vuelta de su hijo, detenido por vientos contrarios allende el mar, y tal vez temerosa de un horrible naufragio que le robe la alegría de estrecharlo nunca en sus brazos.

V. 10. *Carpathii.* — Isla del Egeo entre Creta y Rodas.

V. 21. *Nullis polluitur.* — Si era lícito afirmar que, gracias al reinado de la paz, el comercio se ejercía sin peligro, los rebaños pacían seguros y los campos rebosaban de frutos, no parecía igualmente exacto que las costumbres hubiesen llegado á la pureza y sobriedad de los tiempos primitivos.

V. 31. *Adhibet Deum.* — Por un decreto del Senado se concedieron á Augusto honores divinos.

V. 39. *Sicci.* — En ayunas ó al amanecer, como *uci di* después de haber comido y bebido.

VI

Las conjeturas de Sanadón, Rodelio y otros sobre este himno, se apoyan en su carácter religioso; pero las cinco estrofas dedicadas á la memoria de Aquiles dan lugar á que el héroe de *La Iliada* aparezca como la figura principal del cuadro, aunque su valor incon-

trastable se ponga por debajo del de Apolo, cuyos loores entona el poeta con cierto interesado egoísmo, como maestro de los coros de mancebos y doncellas que en las festividades públicas cantaban sus alabanzas y las de la cazadora Diana. No tiene la elevación ni la grandeza del *Carmen Seculare*.

V. 1. *Proles Niobaea*.— De la descendencia de Niobe ya se ha hablado anteriormente.

V. 2. *Tityosque raptor*. — Cierta tradición refiere que Apolo mató con sus flechas á Ticio por haber querido abusar de Diana.

V. 4. *Phithius*. — Aquiles nació en la ciudad Phthia de Thesalia.

V. 26. *Xanto*. — El Janto, río de Licia, tiene su fuente en el Tauro, y desemboca en el Mediterráneo.

V. 28. *Aggeu*.— Es lo mismo que defensor y conservador de los caminos y calles de las ciudades.

V. 35. *Lesbium... pedem*.— Safo, natural de Lesbos.

V. 38. *Noctilucam*. — Porque brilla de noche.

VII

Es muy acertada la pintura de las estaciones que se suceden invariablemente, y muy lógica la advertencia de no esperar nada firme, estable y duradero en nuestros destinos; advertencia dirigida á Manlio Torcuato, hijo ó tal vez nieto de aquel otro á que alude en la oda XXI del libro I.

V. 15. *Aeneas... Tullus... et Ancus*. — Los menos versados en la Historia saben que, según las tradiciones, Eneas, hijo de Anquises y Venus, echó en Italia los cimientos del poder latino, que Tulo Hostilio fué el tercero de los reyes, y que á su muerte le sucedió Anco Marcio.

V. 21. *Minos*.—Minos, Éaco y Radamanto, los tres jueces del infierno.

V. 23. *Torquate*.—Uno de sus ascendientes arrebató el collar *torques* á un jefe galo, dándole muerte en el campo de batalla.

V. 26. *Hippolytum*.— Por haber rechazado Hipólito las pretensiones incestuosas de su madrastra Fedra, vióse acusado ante su padre de la maldad que rehusó cometer, y murió de trágica y miserable muerte; pero una leyenda, más piadosa que sus padres, refiere que Diana obtuvo de Esculapio que volviese la vida al inocente joven, bajo el nombre de Virbio.

VIII

Cuando no tuviese otro mérito la poesía que el de perpetuar la gloria de los egregios patricios, los buenos reyes y los caudillos esforzados, éste sólo sería motivo bastante para tenerla en la mayor estima. Son muchos los varones excelsos que enorgullecen á los pueblos donde nacieron, y muy pocos los que han sabido conmemorarlos dignamente. Ciro, Alejandro y César no tuvieron la dicha de Aquiles, Eneas ó el Cid, más inmortalizados por la poesía que aquéllos por las páginas de la Historia; y la felicidad portentosa de sus empresas en la paz y la guerra, acaso no ha hecho resonar tanto el nombre de Augusto como las odas y epístolas de Horacio.

V. 2. *Censorine*.— Lucio Marcio Censorino, cónsul el año 715. Su hijo Cayo alcanzó la misma dignidad en 746.

V. 6. *Parrhasius... Scopas*.— Parrasio, natural de Eteso y émulo de Zeuxis, se distinguió en la pintura

sublime, y Escopas cinceló la estatua de Aquiles y las de los hijos de Níobe.

V. 17. *Incendia Carthaginiis*.—Mucho se ha divagado sobre esta frase, que puede interpretarse rectamente sin atribuir á Horacio un error histórico que hoy notaría cualquier estudiante.

V. 31. *Tyndaridae sidus*.—Cástor y Pólux, convertidos en constelación favorable á los navegantes.

IX

Vuelve á insistir en la eficacia de la poesía para inmortalizar los grandes hechos, las hazañas ilustres, los generosos sacrificios y la desgracia de aquellos héroes de los tiempos primitivos, muertos en el olvido por no ser contemporáneos de un gran genio que transmitiese sus nombres á la posteridad, y asegura á Lolio que sus trabajos y esfuerzos no pasarán en silencio ignorados, porque sus versos los harán conocer á las futuras edades.

V. 5. *Maeonius*. — El hijo de Meón, Homero.

V. 7. *Ceaeque*. — Simónides de Ceos.

V. 7. *Alcaei minaces*.—Alceo, en sus cantos políticos, es vivo, enérgico, impetuoso, hasta llenar á los tiranos de espanto con sus fieras amenazas.

V. 8. *Stesichorique*.—Estesicoro de Sicilia, de quien quedan pocos fragmentos.

V. 9. *Lusit Anacreon*. — Imposible calificar mejor que con el verbo *lusit* los juguetones y graciosos escarceos de Anacreonte, entregado de lleno á los goces de la mesa, la danza, las mujeres y el vino.

V. 11. *Commissi calores*. — Aun arde el fuego del amor en los cantos de Safo.

V. 18. *Non semel Ilios*.—Troya fué sitiada por Hé-

cules en castigo de la mala fe de su rey Laomedonte.

V. 20. *Idomeneus*. — Idomeneo, hijo de Deucalión y nieto de Minos y Pasifae, llevó á los cretenses al sitio de Troya, y allí se condujo como intrépido caudillo.

V. 22. *Deiphobus*. — Deifobo, hijo de Priamo y hermano de Héctor, á la muerte de Paris casó con Helena, y ésta le entregó á la venganza de los griegos, que lo despedazaron bárbaramente.

V. 25. *Agamemnona*. — Agamenón, rey de Micenas y jefe de la confederación de pueblos lanzados contra Troya, por sus dotes individuales no brilla tanto como Aquiles en el poema de Homero.

V. 33. *Lolli*. — La vida de Marco Lolio, como las monedas, tiene su anverso y reverso. El Lolio aquí enaltecido prestó grandes servicios á su patria en las guerras de Germania, y por ellas mereció ser en el consulado colega de Augusto, y que se le encargara la dirección de la guerra de Oriente; pero, según el testimonio de Patérculo, la política que siguió allí no pecó de desinteresada, por lo que se atrajo el odio del príncipe, y acabó desastrosamente sus días con el veneno.

V. 34. *Est animus*. — Desde *animus* hasta el final, las virtudes que se atribuyen á Lolio bastarían á formar el dechado más perfecto de un patricio eminente, si hubiesen sido reales y positivas, y las lisonjas de la amistad no suavizaran tanto los fallos adversos de la justicia.

X

Los ocho versos dedicados á Ligurino, por la dulzura melancólica que los impregna y la antitesis que les sirve de oportuno remate, constituyen un lindísimo madrigal que no cede en mérito á los mejores de Catulo.

V. 2. *Pluma*.—Esta palabra significa el bozo de la juventud; pero Bentley propuso que se corrigiese por *bruma*, y su opinión cuenta con partidarios de la valia de Batteux, Sanadón, Javier de Burgos y otros.

V. 5. *Ligurine*.—*Ligurinum*, que se lee en la generalidad de las ediciones, ofrece una construcción difícil de explicar.

XI

Para festejar el natalicio de Mecenas invita á Filida á un banquete, y le da muy útiles y provechosos consejos.

V. 2. *Albani cadus*.—Plinio consideraba el vino de Alba como uno de los más apreciados.

V. 14. *Idus tibi*.—Los *idus*, de *iduaré*, dividir, porque dividían el mes en dos partes iguales ó casi iguales, caían el 13 en el mes de abril, consagrado á Venus, porque en este mes se abre la tierra á la vegetación.

V. 25. *Phaeton*.—Quiso el audaz joven Faetón regir el carro del Sol, su padre, y lo hizo con tan poca destreza, que los caballos se apartaron del recto camino y llegaron cerca de la tierra, amenazando abrasarla. Para evitar tan pavorosa catástrofe, Júpiter hubo de precipitar al atrevido mozo en el Eridano.

V. 28. *Bellerophontem*.—Belerofonte pretendió subir al cielo en su alado Pegaso; pero Júpiter dispuso que un tábano molestase de tal modo á su cabalgadura, que ésta le arrojó de sí, dejándole cojo y ciego de la caída.

XII

Invita á Virgilio á comer en su compañía, y describe la risueña vuelta de la primavera con la maestría siem-

pre acreditada al trasladar la naturaleza á los versos de sus odas.

V. 2. *Animae... Thraciae*. — Los vientos de Tracia, región considerada como su nativa residencia, de donde se esparcian en todas direcciones.

V. 5. *Itym*. — Itis, el hijo de Tereo y Progne cuyos miembros fueron cocidos por su rencorosa y despiadada madre y servidos como manjar á su esposo, en venganza de haber violado á su hermana Filomena. Por tamaña atrocidad quedó convertida en golondrina.

V. 6. *Cecropiae domus*. — Burgos afirma que Cecrops, primer rey del Ática, no dejó sucesor de su familia; pero la tradición le contradice asegurando que tuvo un hijo llamado Erysichthon y tres hijas en su esposa Agrados.

V. 8. *Regum*. — Por *regis*, sinécdoque del plural por el singular.

V. 13. *Virgili*. — Varios comentadores sospecharon que este Virgilio fuese un vendedor de unguentos, y no el autor de *La Eneida*. Juzgamos inútil combatir tan disparatada creencia.

V. 18. *Sulpiciis horriis*. — No sabemos quién es el Sulpicio que guardaba tales vinos en sus bodegas ó graneros.

XIII

El amante que tan apasionado se muestra en la oda X del libro III, llorando los desdenes y arrogancias de Lice, aquí saborea el placer de la venganza, contemplándola vieja y con macas y arrugas que ahuyentaban la juventud de su casa, en busca de más frescas mejillas, dientes más blancos y ojos de fuego más abrasadores. Pero los años que habian pasado por Lice, ¡no

habrían arrebatado también á su rencoroso perseguidor las escasas dotes físicas de que pudo alardear en tiempos mejores?

V. 13. *Coae... purpuræ*. — La isla de Cos, una de las Espóradas, gozaba gran crédito por sus tintes de púrpura.

V. 12. *Capitis nives*. — Los blancos cabellos. Burgos con poco fundamento tacha de atrevida la metáfora de *nives*, usada hasta en la conversación familiar.

XIV

En la oda IV de este libro, el poeta levanta á las nubes el valor, la prudencia y la fortuna de Druso, hijo adoptivo de Augusto; en la presente es Tiberio el héroe principal, por el triunfo señaladísimo obtenido sobre los retios, en cuyas filas hizo espantosos estragos con escasa pérdida de su hueste. Una y otra escritas por encargo de Augusto, son de lo más patriótico, vehementemente y entusiasta que produjo la lírica del Lacio.

V. 8. *Vindelici*. — Los vindelicios de los Alpes, entre la Helvecia, la Germania y el Nórico.

V. 11. *Brennosque veloces*. — Los brenos, ágiles y sueltos en el acometer, vivían á las márgenes del Brenner.

V. 15. *Rhoetos*. — Los retios que moraban al sur de los vindelicios vencidos por Druso, no quedaron dominados por completo hasta las campañas de Tiberio Nerón.

V. 20. *Indomitas prope*. — Las dos comparaciones son valientes y hermosísimas.

V. 34. *Quo die*. — Octavio entró en Alejandria en agosto del 724, y en el mismo día, quince años después, alcanzó Tiberio su decisiva victoria sobre los retios.

V. 45. *Te fontium.*—Hasta nuestro tiempo han sido desconocidas las verdaderas fuentes del Nilo.

XV

Encomia la felicidad del siglo de Augusto, como resultado de sus triunfos, sus medidas políticas llenas de sabiduría, y su amor á la paz, al orden y al trabajo, fuentes del bienestar de los pueblos.

V. 6. *Signa... restituit.*—Fraates restituyó las águilas que ochenta y ocho años antes habían los parthos arrebatado á Craso, al solo anuncio de los preparativos que se hacían para vengar aquella afrenta.

V. 9. *Janum Quirini.*—En el espacio de veinte años, bajo el gobierno de Augusto, se cerró tres veces el templo de Jano.

V. 12. *Veteres artes.*—Las antiguas artes, esto es, el cultivo de los campos, los ejercicios corporales, el estudio de las letras y las ciencias, la observación de los preceptos religiosos y el respeto á las leyes.

V. 22. *Getae.*—Los getas, pueblos de Tracia que Herodoto y Tucídides ponen al sud de la embocadura del Danubio.

V. 30. *Lidiis... tibiis.*—El tono lidio era el más adecuado para las fiestas y los banquetes.

NOTAS Á LOS EPODOS

I

En ocasión de partir Mecenas á la guerra que terminó con la victoria de Accio para participar de los peligros y trabajos de Octavio, el poeta le atestigua su profundo reconocimiento y el amor entrañable que le profesa, hasta el punto de no sentir satisfacción ni placer sino al lado de tan caro amigo, y de soportar con gusto las penalidades de la campaña, á trueque de no separarse de él un momento.

V. 1. *Liburnis*. — Naves de guerra inventadas por los piratas de Iliria, que después de la batalla de Accio se adoptaron por la marina imperial, y cuya forma guardaba cierta semejanza con las góndolas venecianas.

V. 2. *Propugnacula*. — Torres alzadas sobre los puentes de los navíos, que resguardaban á los tiradores de dardos.

V. 12. *Inhospitalem*. — El Cáucaso debió ser poco amigo de los extranjeros, pues le llama inhospitalario en diversos pasajes.

V. 27. *Calabris*. — El clima suave de la Calabria invitaba al ganado trashumante á pastar en sus campos todo el invierno; mas á la proximidad del estío los pastores lo trasladaban á los frescos prados de Lucania.

V. 30. *Moenia Circaca*. — Las murallas de Túsculo

levantadas por un hijo de Ulises y Circe llamado Telegón.

V. 37. *Chremes*. — Personaje principal de la comedia de Terencio, *Eautontimorumenos*.

V. 37. *Discinctus*. — Afeminado, crapuloso, libertino, porque solían éstos andar ceñidos con la mayor flojedad y abandono.

II

Disputan muchos si esta composición descriptiva, cien veces traducida é imitada en nuestra lengua, es una verdadera alabanza de las faenas campestres ó una sátira contra el usurero Alfio, en cuya boca se ponen sus encantadores versos; para nosotros, sin asomo de duda, es un hermoso panegírico del campo y de los inefables placeres que permite saborear á los amigos de la naturaleza, negados á los espíritus mezquinos que se abrasan en la sed del negocio ó la ambición, y más todavía á los que se entregan cobardemente al demonio de la usura, que jamás suelta la presa caída una vez en sus manos; gozándose en hacerla infeliz, despreciable y esclava, sin esperanza de manumisión, de las riquezas que su tenaz delirio persigue.

V. 5. *Classico*. — No significa propiamente la trompeta, sino el sonido de la misma con que se daban las órdenes.

V. 18. *Autummus*. — Es bellísima la personificación del otoño, y no menos interesantes los versos que la siguen.

V. 21 y 22. *Priape... Silvane*. — Á Priapo estaba encomendada la custodia de huertos y jardines, y á Silvano los linderos de la propiedad rural; por eso los abradadores ofrecían en su honor flores y frutos.

V. 29. *Tonantis*. — Imagen grandiosa no poco difícil de trasladar al castellano con la fuerza expresiva del original.

V. 39. *Quod si*. — La pintura de la mujer del labriego, púdica, robusta, hacendosa y dispuesta á compartir las fatigas del marido, entregándose á los quehaceres propios de su sexo, viene muy oportunamente á completar el cuadro que describe con tan fuertes pinceladas y bellisimos colores.

V, 51. *Si quos*. — Por lo visto, los pescados de que hace mérito sólo visitaban las costas de Italia reinando temporales de Levante.

V. 59. *Terminalibus*. — En febrero se festejaba al dios Término, como protector de los límites de las heredades.

V. 69. *Relegit*. — Los buenos propósitos del avaro son rayas en el agua: la avaricia, dueña de su voluntad, se burla de ellos y los reduce á vanas palabras, desmentidas bien pronto por su tacañería y miseria.

III

Los ajos, que á tantos guisos sirven de condimento y que tantos hombres los comen como fruto regalado, no merecían tan horrenda imprecación. Buena es la justicia con grandes y pequeños, y el ajo, por su humildad y buenos oficios, debió inspirarle conceptos menos agresivos.

V. 8. *Canidia*. — Famosa hechicera de quien se hablará luego.

V. 9. *Argonautas*. — El Vellochino de oro, tras cuya conquista emprendieron su expedición á la Cólquida los Argonautas, era vigilado por unos toros que vomitaban fuego y abrasaban al audaz que acometía la empresa de

arrebatarlo; pero Jasón, gracias á las artes mágicas de Medea, pudo adormecerlos y sujetarlos, y el poeta afecta creer irónicamente que el olor de ajos que despedía le puso en disposición de realizar tan estupendo prodigio.

V. 13. *Delibutis*. — Enamorado Jasón de Creusa, la feroz Medea regaló á su rival un vestido emponzoñado, que al tocar su cuerpo le produjo la muerte con horribles dolores.

V. 17. *Efficacis Herculis*. — Igual funesta suerte cupo al invencible Hércules, víctima de la venganza de Neso, que entregó á Deyanira una túnica empapada en su propia sangre, haciéndola creer que al vestirla su marido, sería por él tan amada como ambicionaba.

IV

Aquí la sátira fina y graciosa se convierte en despiadada y feroz diatriba contra el advenedizo Menas, que desde el fango se elevó á la dignidad de tribuno y á la cumbre de la riqueza. No parece inverosímil la hipótesis de Burgos de haber existido contra él algún poderoso motivo de aborrecimiento por parte del autor, que no supo ó no quiso contenerse en los límites de la urbana censura, dejándose arrastrar por la indignación, que suele codearse á menudo con la injusticia. Este Menas fué un liberto de Pompeyo, que en las guerras civiles militó primero en el partido de Sexto Pompeyo y luego en el de Octavio, que le colmó de favores y mercedes.

V. 3. *Ibericis... funibus*. — Los azotes de Iberia con que se castigaban las faltas de los esclavos se hacían de esparto, muy abundante en España.

V. 7. *Sacram*. — La principal vía de Roma, de quinientos metros de larga por nueve de ancha: desde el

Capitolio pasaba por el Foro y el arco de Tito y terminaba en el valle formado entre el Celio y el Esquilino.

V. 11. *Triunviralibus*. — Los triunviros, como ministros de justicia, asistían á los suplicios y ejecuciones de la gente malvada.

V. 12. *Praeconis*. — El pregonero iba igualmente al lado de los reos publicando en alta voz sus delitos y las penas con que la justicia los castigaba.

V. 14. *Appiam*. — La célebre vía Apia, mandada construir por Apio Claudio el año 312 antes de J.-C., ponía á Roma en comunicación con la Italia meridional, y partiendo de la puerta Capena llegaba hasta Brindis.

V. 15. *In primis*. — Los catorce primeros órdenes de asientos se reservaban en el circo á los senadores.

V. 16. *Ottone*. — Á Lucio Roscio Otón se debe la ley que señalaba los asientos de preferencia que debían ocupar los caballeros.

V. 18. *Rostrata*. — Bentley propone con acierto la lección de *aera rostrata*.

V. 19. *Contra latrones*. — Alude á la escuadra de foragidos con que turbó la paz pública Sexto Pompeyo.

V

La superstición de aquellos remotos tiempos, más generalizada que en los presentes, atribuía á las viejas confeccionadoras de filtros amorosos, juntamente con prácticas nauseabundas y repulsivas, la perpetración de crímenes tan atroces como la muerte de tiernos niños, á quienes arrancaban la medula y las entrañas, como ingredientes principales de sus malélicas drogas. Horacio se convierte en portavoz de tales imputaciones, aunque no les prestase crédito, para acribillar á de-

nuestos á la hechicera Canidia, que tal vez sería una de esas zurcidoras de voluntades que se ayudan de filtros y pociones para el mejor éxito de sus embustes y tercerías.

V. 1. *Regit.* — Lección de la mayoría de las ediciones; los manuscritos dicen *legis*.

V. 6. *Lucina.* — Sobrenombre de Diana con que se la invocaba para que asistiese á felices alumbramientos.

V. 7. *Purpurae.* — Los niños, hasta cierta edad, ceñían su cuello con la bula y vestían la toga pretexta con franjas de púrpura.

V. 15. *Brevibus.* — Se creía que las víboras, cuanto más pequeñas, eran más venenosas.

V. 20. *Strigis.* — No podemos determinar con seguridad el nombre de este pájaro nocturno.

V. 21. *Iolcos atque Iberia.* — Iolcos, ciudad de la Tesalia, é Iberia, comarca situada entre el Cáucaso y la Armenia, la Cólquida y la Albania, criaban gran cantidad de plantas venenosas.

V. 26. *Acernales.* — Por el lago Averno, en la Campania, creían los romanos que se bajaba á los infiernos.

V. 29. *Nulla Veia.* — Nos es tan desconocida esta hechicera como las demás citadas en la invectiva.

V. 36. *Suspensa mento.* — Los nadadores que sumergen el cuerpo hasta la barba.

V. 39. *Interminato.* — Lo mismo que prohibido, porque no le era posible alcanzarlo.

V. 43. *Otiosa Neapolis.* — Data de muy antiguo la fama de los napolitanos, poco propensos á matarse de trabajar.

V. 45. *Voce Thessala.* — La Tesalia se hizo notar por sus hechiceras.

V. 55. *Formidolosis.* — Epíteto que concierta mejor

con *silvis* que con *ferae*, pues las selvas causan mayor espanto en la obscuridad.

V. 58. *Suburanae*. — El cuartel de la Subura no gozaba buena fama por la ralea de gente que allí tenía su albergue.

V. 62. *Venena*. — Alude al regalo que hizo Medea á su aborrecida rival.

V. 86. *Thyesteas*. — Las imprecaciones de Tiestes contra su hermano Atreo fueron tan horribles como el festín á que éste le convidó por satisfacer su venganza.

V. 100. *Esquilinae*. — En el monte Esquilino se enteraban los esclavos y ajusticiaban los reos; así que al olor de los cadáveres acudían de lejos las aves de rapiña.

VI

Casio Severo, con su lengua de escorpión, lo mismo acusaba ante los tribunales á patricios egregios, como zahería con sus chistes sangrientos á matronas de intachable conducta. Unas y otros se conjuraron contra él, logrando que se le desterrase, primero á Creta y luego á Serifo, donde acabó miserablemente sus días.

V. 2. *Adversum lupos*. — Es propiedad de los audaces, cínicos y deslenguados ensañarse hasta la crueldad con los débiles, y mirar con respeto á los que pueden hacerles pagar caro su atrevimiento, y Casio no parecía excepción de la regla general.

V. 5. *Molossus*. — Los molosos del Epiro no cedían en valor á los perros de Laconia.

V. 6. *Amica vis*. — Ni el pensamiento puede ser más trivial, ni más propia y significativa la frase que lo enuncia.

V. 12. *Parata cornua*. — Las armas preparadas, porque los cuernos son signos de gran poder.

V. 13. *Lycambae*.—Arquiloco, sentido del desprecio con que Licambe le negó la mano de su hija, escribió contra el uno y la otra sátiras tan atroces, que los infelices se ahorcaron de desesperación.

V. 14. *Bupaló*.—Búpalo, escultor de Quíos, labró la estatua del poeta Hiponax, que pasaba por un monstruo de fealdad. El poeta contestó al ultraje con una sátira tan violenta, que ocasionó la muerte del procaz estatuario.

VII

La fibra de la indignación, noble y sincera, por las interminables discordias civiles de los últimos días de la República, suena siempre potente y enérgica en los cantos horacianos.

V. 7. *Intactus*.—La Bretaña no se dejó dominar por completo hasta el tiempo de Claudio.

V. 13. *Vis acrior*.—La fuerza del destino.

V. 18. *Scelusque*.—Atribuye á la muerte de Remo las desgracias de la República.

V. 20. *Sacer*.—Que debía ser expiada por sus descendientes.

VIII

No hubiera perdido gran cosa la fama del autor con no escribir tan escandalosa invectiva, que pone en tela de juicio su moralidad y discreción entre los que sustentan que no cabe la belleza en lo sucio y repulsivo.

V. 11. *Atque imagines*.—Los romanos que habían tenido antecesores ilustres, llevaban sus imágenes por ostentación en las pompas funerales.

IX

Cuando la suerte de las armas iba á decidir en Accio si sería Octavio ó Antonio el dueño del mundo, debieron asaltar grandes temores al poeta, ya ligado al primero por los lazos del afecto y la gratitud, como al divulgarse los rumores de la derrota del segundo, debió ser inmensa su alegría, y la dejó desbordarse en esta sentida composición.

V. 5. *Tibiis lyra*. — Tañendo las flautas y la lira alternativamente.

V. 7. *Neptunius*. — Sexto Pompeyo, que osó llamarse hijo de Neptuno por la dominación y señorío que su padre había alcanzado sobre el mar, aniquilando las fuerzas de los piratas.

V. 16. *Conopeum*. — Burgos hace notar el contraste que debía ofrecer la vista de los mosquiteros egipcios junto á las soberbias águilas romanas.

V. 18. *Galli*. — Amintas, rey de los gálatas, abandonó con su caballería el campo de Antonio y se pasó al de Augusto.

V. 22. *Currus*. — Las carrozas triunfales estaban profusamente ornadas con figuras de oro y marfil, y afectaban una forma circular distinta de los carros de guerra.

V. 23. *Iugurthino*. — Cita los triunfos de Mario y Escipión, según él, inferiores á los de Octavio.

V. 28. *Sagum*. — Especie de manto que usaban lictores y soldados, sostenido por un broche que lo anudaba al hombro izquierdo.

X

Este epodo lo dispara contra cierto poetaastro ramplón, llamado Mevio, enemigo de Virgilio, y más enemigo todavía del aseo y decencia de su persona.

V. 12. *Graia*. — Los griegos sufrieron grandes trabajos por mar y tierra al regresar de Troya.

V. 23. *Libidinosus... caper*. — Tal vez alude á la liviandad de Mevio, y promete sacrificar un cabrón á la tempestad que libre al mundo de ser tan repulsivo y apestante.

XI

El dolor comunicado en el seno de la amistad experimenta grandes alivios; pero la naturaleza de la pasión revelada en los últimos versos, nunca debió el poeta lanzarla á los vientos, y hubiera dado mejor empleo á las galas de la fantasía en cualquier otro asunto que en alardear de su torpe inclinación á Licisco, rebelándose contra las advertencias y reconvenciones de sus amigos.

V. 1. *Petti*. — Debíó ser Peto, persona de su mayor intimidad, cuando con tal franqueza le declara sus punibles y escandalosos devaneos.

V. 5. *Tertius december*. — El tercer diciembre, despojando las selvas del honor de sus hojas, es una frase épica y grandilocuente.

V. 8. *Conviviorum*. — La pintura del amante lánguido y silencioso en medio del regocijo del festín, y sólo preocupado de sus celos y contrariedades, rebosa triste melancolía y prueba el talento del autor en pulsar todas las cuerdas de la lira, así las dulces y quejumbrosas, como las enérgicas y varoniles.

V. 18. *Imparibus*. — Desiguales, ó por aventajarles

en riquezas, ó porque no eran dignos competidores suyos en las lides del amor.

V. 24. *Mollitia*. — Es harto discutible la interpretación que da Burgos á la palabra *mollitia*, traduciéndola por lujo y elegancia, y desde luego nos inclinamos á creer que tiene un sentido menos candoroso.

XII

Por el buen nombre de Horacio quisiéramos que no hubiese escrito este epodo tan próximo pariente del VIII. Burgos se excusó de traducir uno y otro, fundando sus escrúpulos en exigencias de la moral; pero nosotros entendemos que el traductor de los clásicos no tiene derecho á mutilarlos, ni aun á disfrazarlos, y en la necesidad de darlos á conocer de cuerpo entero, con todas sus flaquezas y caídas, lo único que se le permite es suavizar los conceptos y velar las imágenes que ofendan al decoro de las personas honradas, en cuyos oídos disuenan tanto las frase nauseabundas de la disolución.

V. 10. *Humida creta*. — Las mujeres usaban la greda disuelta en vinagre para blanquearse el cutis.

V. 11. *Stercore... crocodili*. — Asimismo se empleaba el estiércol de cocodrilo, convenientemente preparado, para dar tersura al rostro y las manos.

XIII

La llegada del invierno con su séquito obligado de lluvias, vientos, nieves y tempestades, le inspira la resolución de incitar á sus amigos á solazarse con los placeres de la mesa y el vino, como si hubiese oído aquel proverbio castellano de «Á mal tiempo buena cara»,

desterrando así del ánimo las tristezas y pesadumbres que ennegrecen los breves días de la existencia.

V. 2. *Jovem.* — El cielo.

V. 9. *Fide Cyllenea.* — La lira de Mercurio, nacido en el monte Cilene, de Arcadia.

V. 11. *Centaurus.* — Quirón, maestro de Aquiles.

V. 13. *Assaraci.* — Asáraco, hijo de Tros y abuelo de Anquises.

V. 14. *Scamandri... Simois.* — El Escamandro inmortalizado por Homero, y que también se llamaba Janto, era un riachuelo de la Tróada, y el Símois de la misma región pasaba por hijo de Océano y Tetis.

V. 16. *Caerula.* — El epíteto de cerúlea que da á Tetis, amante de Peleo y madre gloriosa de Aquiles, encierra tanta propiedad como belleza.

XIV

Se excusa con Mecenas de no haberle enviado los yambos que le prometiera, porque el amor de la liberta y coquetuela Frine le roba el tiempo, antes consagrado al estudio y la poesía.

V. 3. *Lethaeos.* — El Leteo, río del infierno, hacía olvidar lo pasado á las sombras que bebían sus aguas.

V. 8. *Ad umbilicum adducere.* — Concluir enteramente.

V. 9. *Batillo.* — Joven amado con extremada ceguedad por Anacreonte.

V. 13. *Pulchrior ignis.* — Esto es, si Helena no fué tan hermosa como la mujer que te apasiona, goza de tu suerte.

XV

Con fina gracia se queja de las infidelidades de Nerea, y promete, aunque no haya que fiar mucho en juramentos de enamorados, sepultar en el olvido las injurias que día y noche recibe, profetizando á su orgulloso rival que dentro de poco será víctima, como él, de la inconstancia de la tal cortesana, más ligera que el viento y más movediza que las arenas de la playa.

V. 4. *In verba jurabas mea.* — Violar el juramento que se hacía sobre las palabras de otro, constituía un gravísimo perjurio.

V. 14. *Quaeret iratus parem.* — No sólo te olvidaré, sino que te daré en los ojos con otra que sea digna de mi amor.

V. 15. *Offensae... formae.* — Una hermosura que así me ofende, como interpreta Acrón.

V. 20. *Pactolus.* — Pequeño río de la Lidia que arrastraba gran cantidad de arenas de oro. Nace en el monte Tmolo, pasa cerca de Sardes y desemboca en el Hermo.

V. 21. *Pythagorae... renati.* — Pitágoras creía haber existido otra vez con nombre diferente.

V. 22. *Nirea.* — Ya se ha hablado de la belleza de Nireo en nota anterior.

XVI

Según la opinión más generalizada, se escribió este epodo al estallar la enemistad entre Antonio y Octavio, que puso las armas en las manos de cien pueblos para dirimir en una batalla decisiva la contienda que alteraba la paz universal; respira tan honda amargura en el fondo como en la forma alardea de vigor, lozanía y

belleza; sobre todo la descripción de las islas Afortunadas que esperan á los proscritos de la patria, cautiva por su esplendor y magnificencia.

V. 3. *Marsi*. — Las tribus de los marsos, habitantes del Abruzo, coligadas con otras vecinas y dirigidas por Popilio, sostuvieron contra Roma (año 668) una lucha porfiada y tenaz.

V. 4. *Porsenae*. — Porsena, rey de Etruria, intentó restaurar en el trono á Tarquino el Soberbio, y estuvo casi á punto de conseguirlo.

V. 5. *Capuae*. — Ciudad fundada por Capies, émula de Roma y cuartel general de Aníbal, después de sus repetidas victorias de Tesino, Trebia, Trasimeno y Canas.

V. 6. *Allobrox*. — Los alóbroges que habitaban el Piamonte, muy amigos de revueltas.

V. 7. *Caerulea*. — Porque los germanos tienen en su mayoría los ojos azules.

V. 9. *Devoti sanguinis*. — De mala sangre y entregada á la venganza de los dioses.

V. 12. *Eques sonante*. — La armonía imitativa es tal, que nos deja percibir el ruido de los cascos de los bridones sobre el pavimento de las calles.

V. 17. *Phocaeorum*. — Focea, ciudad de la Jonia, se vió tan castigada por los persas, que sus habitantes tomaron el partido de abandonarla y establecerse en las islas del Mediterráneo ó en los puertos continentales adonde los condujera la suerte.

V. 22. *Protervus Africus*. — Burgos traduce el calificativo *protervus* por propicio; mas aun concediendo que el Ábrego fuese favorable á la navegación de los foceos, dudamos que deba dársele semejante significación.

V. 25. *Simul imis saxa renarint*. — Herodoto refiere

el juramento de los foccos de no volver á su patria hasta que nadase en la superficie del mar un globo de hierro que á su fondo lanzaron.

V. 28. *Padus Matina*.— El Po, que nace en el monte Viso y riega el norte de Italia, desembocando en el Adriático, no podía llegar con sus aguas á las cumbres de Matina, ni era factible tampoco que el Apenino, arrancándose de su asiento, se precipitase en el mar.

V. 38. *Inominata perprimat cubilia*.— Esta frase tan expresiva y vigorosa, en la versión tiene que perder no poco de su intensidad y energía.

V. 42. *Dicites et insulas*.— Las islas Afortunadas, que algunos creían ser las Canarias.

V. 52. *Nec intumescit*.— Los bichos que viven bajo tierra, al excavarla, levantan montones de ella en sus guaridas.

V. 66. *Vate me*.— Produce gran efecto terminar la profecía saliendo fiador de su cumplimiento.

XVII

Finge rendirse á los maléficos encantamientos de la hechicera Canidia, cuyas infamias denunció en el epodo V, y en realidad escribe una sátira insinuante, regocijada y burlona contra esta maldita bruja que debía tener alguna cuenta y no baladí con el autor, cuando de tal manera la fustiga, unas veces con su ironía despectiva, y otras con su indignación vehemente.

V. 1. *Do manus*.— Solían los soldados vencidos en las batallas presentar las manos á las cadenas de los vencedores.

V. 7. *Solve turbinem*.— Instrumento mágico que es indudablemente el *rhombus* aquí llamado *turbo*.

V. 8. *Telepho*. — Telefo, hijo de un rey de Misia, acudió con sus escuadrones á la defensa de Troya, y habiéndole herido Aquiles, y sabedor por un oráculo que sólo el autor de la herida podría curarla, imploró la piedad del vencedor, que le sanó con las limaduras de su lanza.

V. 14. *Ad pedes Achilei*.—Uno de los pasajes de *La Iliada* más patético y conmovedor, es la presentación del anciano Priamo en la tienda de Aquiles, prosternándose á sus plantas é implorando de su clemencia el cadáver de su hijo Héctor para darle honrosa sepultura y librarle de ser pasto de los perros y las aves de rapiña.

V. 16. *Remiges Ulyssæi*. — Los marineros de Ulises, convertidos en puercos por los brebajes de Circe, gracias á la astucia de Ulises, recobraron al fin la forma humana.

V. 27. *Ergo negatum*.—Vencido y aniquilado, finge con maligna ironía creer que las canciones de los marcos y los versos de los sabelios le han sorbido el seso.

V. 31. *Quantum*.—Las dos comparaciones exageran de tal modo su tormento, que dan motivos á la incredulidad del lector poco dispuesto á interpretar los rasgos de su invectiva en el recto sentido.

V. 40. *Mendaci lira*. — El epíteto *mendaci* dado á su lira, prueba que no le importa mentir descaradamente á trueque de recabar la amistad de Canidia y no exponerse á las consecuencias de su odio.

V. 43. *Infamis*. — Cástor y Pólux privaron de la vista á Estesicoro por haber escrito unos versos infamantes contra Helena; pero movidos por las súplicas del poeta, le volvieron la vista de que le habiau privado.

V. 57. *Cotyttia*. — Las fiestas de Cotito en Tracia se celebraban con una licencia desenfrenada.

V. 61. *Pelignas*. — Las viejas de Peligno, pueblo

muy belicoso del centro de Italia, gozaban pésima fama por sus brujerías.

V. 77. *Ceréas imagenes*. — Las hechiceras solían formar una imagen de cera de las personas escogidas por víctimas de sus maleficios.

EL CANTO SECULAR

Entre las composiciones religiosas del vate de Venu-
sa no se registra ninguna de la transcendencia de *El
Canto Secular*. Escrito por encargo de Augusto, esfor-
zóse cuanto pudo para no defraudar sus esperanzas, ni
descender un peldaño del pedestal de su fama, tan legi-
timamente conquistada, y Roma, en medio de sus gran-
dezas, no oyó jamás en su favor una invocación á los
dioses tan patriótica y conmovedora.

V. 5. *Quo Sibyllini*. — Las Sibilas, dotadas del don
de profecía, fueron al principio cuatro; la célebre de
Cumas, consultada por Eneas antes de su descenso á
los infiernos, vino del Oriente y se apareció al rey Tar-
quino, ofreciéndole la venta de sus libros.

V. 6. *Virgines lectas*. — Veintisiete jóvenes donce-
llas y otros tantos mancebos de padres nobles cantaron
este himno en honor de Apolo y Diana, protectores de
la ciudad eterna.

V. 9. *Alme sol*. — La estrofa es soberana y deslum-
bradora, y en ninguna lengua se ha dirigido al Sol un
apóstrofe tan hermoso y arrogante.

V. 14. *Ilithya*. — Ilitia y Lucina, sobrenombres de
Diana, en cuanto favorecía los buenos partos.

V. 20. *Lege marita*. — La ley Julia, promulgada
por Augusto, condenaba el celibato.

V. 21. *Undenos decies*. — Consultados los sacerdo-
tes de las Sibilas sobre la fecha en que debían tener lu

gar las fiestas seculares, determinaron que en el año 737, y que este siglo religioso constase de 110 años.

V. 25. *Parcae*.— En la primera noche de la fiesta se sacrificaba á las Parcas buen número de cabras y corderos.

V. 35. *Bicornis*.—Calificativo intraducible con que se designa la luna creciente.

V. 41. *Sine fraude*.— Sin peligro, porque los dioses los preservaron para cumplir sus eternos decretos.

V. 49. *Quaeque*.— Otros leen *quique*. El pasaje ha sido felizmente interpretado por Acrón, Cruquio y Torrencio.

V. 54. *Albanasque*.— Alba, fundada según la tradición por Ascanio, hijo de Eneas, fué la cuna de Roma. Andando los tiempos, sus habitantes se incorporaron á los romanos, estableciéndose en el monte Celio.

V. 70. *Quindecim virorum*.— Los sacerdotes encargados de interpretar los libros sibilinos primeramente fueron dos y luego se aumentaron hasta quince.

APÉNDICE

DE LOS SATÍRICOS LATINOS

I

La Naturaleza en Horacio:

Don Juan Valera, en el prólogo que puso al libro de la bibliografía horaciana del Sr. Menéndez y Pelayo, ya porque no distingue bien la riqueza y finura de matices con que el lírico latino pinta los diversos panoramas del campo y la ciudad, ya por ese espíritu de controversia que se goza en desafiar las opiniones generalmente recibidas, temeroso de confundirse con el vulgo de los que viven en la misma comunidad de ideas y sentimientos, se resiste á concederle méritos tan relevantes como le ha concedido el unánime asentimiento de los siglos, y hasta da á entender que le juzga incapaz de aquilatar en el amor la pasión que exalta y dignifica, que no sabe entregarse á las efusiones de las cosas divinas con transportes de fervor y ricas esperanzas, y que tampoco siente la espléndida hermosura de la Naturaleza en su armónico conjunto, sino de un modo somero y accidental, así como petimetre que, educado en los círculos

recreativos de la corte, sale á deleitarse en el campo con la lozanía de los árboles y el verdor de los sembrados. Afirmaciones son éstas que parecen despedir ciertas vislumbres de razón, porque, efectivamente, no es Horacio el primer poeta erótico del mundo, ni el primer cantor religioso, ni el primer naturalista, ni creemos que haya reunido nadie esta trinidad de aptitudes excepcionales; pero el Sr. Valera deja al descubierto el flaco de su razonamiento por querer probar demasiado, pues los más entusiastas admiradores del Venusino no lo consideran, como á Lopè sus contemporáneos, un monstruo de la Naturaleza, sino un mortal lleno de inconsecuencias y debilidades, pero amante del bien, del orden, de la patria, de la justicia y de las perspectivas campestres, tanto como de las escenas cómicas, que los tipos más estrafalarios representaban á todas horas en las calles de la capital; reconociéndole que supo trasladar á sus versos la elocuencia del alma como patriota, como enamorado, como moralista y como admirador ferviente de la Naturaleza, con pasión y dulce abandono unas veces, con valentía de conceptos y esplendidez de imágenes otras, y que es ya vigoroso, ya delicado, ya reflexivo, ya punzante, ya músico que deleita con melodías y cadencias, ya colorista que fascina los ojos con tonos deslumbradores, hasta el punto de no saber qué admirar más en su poesía, si la fuerza de expresión ó la intesidad del colorido, la dulzura ó el vigor, la

encarnación de la idea ó la sonoridad armoniosa que parece robada á las quejas de las aves y los murmullos de las fuentes.

Horacio es ante todo un gran patriota, creía que la majestad de Roma y sus venerandas instituciones hijas del valor, la constancia y el sentido práctico de cien generaciones dignas y esforzadas merecían un cantor que las ensalzase hasta las estrellas, y á cumplir tan ardua misión consagró la mejor parte de su existencia; pero como es imposible amar la patria sin amar los campos paternos y sus dioses tutelares, de aquí que los sentimientos de temor y respeto á la divinidad en sus múltiples revelaciones se manifiesten en sus odas á despecho del escepticismo que aparentaba profesar, como atestigua en sus epodos y epístolas su inclinación por los goces inocentes de la campiña, que paga siempre con usura el amor que se la profesa. Los ánimos superiores, los que revuelven en el santuario de su cerebro pensamientos inspirados por los Números, y acarician proyectos de regeneración en el Arte, las leyes ó las costumbres, son apasionados por la soledad, y la soledad sólo pueden encontrarla huyendo el estrépito de los grandes centros de población. Horacio vivía á su sabor en Roma, donde su espíritu sagaz y maligno notaba al primer golpe de vista las extravagancias, impertinencias, contrasentidos y rarezas de sus contemporáneos, que le señalaban con el dedo como al príncipe de los poetas; gustábale asistir

á las tertulias de Mecenas, que sazonzaban las discusiones literarias con bromas finas y originales ocurrencias, y á sus cenas aristocráticas, donde las copas de Quíos desataban las lenguas, descubriendo la índole de los comensales en su encantadora desnudez; pero como se creía llamado al cumplimiento de altos deberes, gustábale también libertarse de los lazos de la amistad y las redes de la galantería, y en su retiro silencioso dar cuerpo y aliento en estrofas magníficas á las enseñanzas adquiridas en el estudio de los libros y el más difícil estudio de la sociedad, al que consagró su genio privilegiado, como las doncellas consagraban á Venus sus muñecas al entrar en la pubertad, creyéndose llamadas á substituir por más serias ocupaciones los pueriles entretenimientos de la niñez; y por eso, porque ama la soledad, compañera inseparable del filósofo y el artista, ama la Naturaleza y pinta con tan simpáticos colores las fuentes que surgen del seno de la tierra, los árboles que doblan sus ramas sacudidas por el aquilón, las cumbres excelsas con su manto de nieve, los céfiros y las golondrinas que nos traen en sus alas los dones de la primavera, y los paisajes de Bayas, Tibur y Tarento, que le compensan con creces de los fastidios de Roma. No es esto decir que Horacio fuese un intérprete de la naturaleza campestre como Virgilio, alma cándida é ingenua que pisaba los terrones de los barbechos con más gusto que los mosaicos de los palacios augustales, y á quien

era tan antipático el trato cortesano como al ruiseñor la jaula en que vive encerrado. Horacio no creía que la felicidad perseguida por nuestra ambición estuviese en el campo ni en la ciudad, sino en nosotros mismos, en la conciencia tranquila, en el amor á lo justo y lo bueno, en la fortaleza que nos hace invulnerables á los rigores y contratiempos de la suerte, y en la expansión y la tolerancia que nos permite gozar los breves momentos de placer que los dioses conceden á los míseros mortales; y claro que siendo como pocos leal y franco con sus amigos, agradecido con sus protectores y benigno con sus siervos, no habiéndose enriquecido con las fincas de un proscrito ó teñido sus manos con la sangre de sus compatriotas, ni sintiéndose inclinado á la superstición ó la avaricia, y ambicioso, como los griegos, sólo de justas y nobles alabanzas, creíase con algún derecho á llamarse feliz, sin que su felicidad dependiera de circunstancias externas, que nunca deben ejercer en el ánimo tan decisiva influencia que le arrastren á buscarla fuera de sí, como esos aturdidos que buscan llenos de confusión por todas partes lo que sin reparar llevan dentro de sus bolsillos.

Pero si no es un amante de las labores campestres hasta el punto de serle insoportables otras cualesquiera, no deja de apreciar su importancia, gozar sus delicias y cantar con las notas más bien timbradas los goces del labriego, que lejos de afanosos negocios, de los campos de

batalla, de las iras del mar y los embrollos de los litigios, ve cómo sus bueyes abren los surcos en las tierras heredadas de su padre, y contempla cómo los olmos reciben los abrazos de la parra, y los álamos consienten al podador que les corte las ramas inútiles, sin que llame menos su atención el espectáculo de las vacas que pacen en el angosto valle, la miel que pasa de la colmena al vientre del ánfora, la oveja enferma á quien el esquila alivia de su manto de lana, y el rumor de las aves y los arroyos produciendo un agradable concierto que le colma de purísima é inefable satisfacción, como se desprende del segundo de sus epodos. Aun se muestra más acalorado defensor de los placeres rústicos en la epístola X del libro I que dirige á Fusco, cuando le dice :

«Si es lo más conveniente vivir conforme á las leyes de la Naturaleza, y al levantar una casa lo primero es elegir el solar de la edificación, ¿dónde lo encontrarás más agradable que en medio de una fértil campiña, dónde son más templados los inviernos, dónde soplan más suaves los céfiros que calman la rabia del can y el furor del león, cuando el sol le lanza sus rayos encendidos, dónde perturban el sueño menos las inquietudes crueles de la envidia? ¿Acaso las olorosas flores campestras no deslumbran más la vista que los mármoles africanos? El agua que brota en las fuentes de las plazas por cañerías de plomo, ¿es más fresca y cristalina que la que ser-

pentea por el declive de un arroyo con dulcísimo murmullo? Hasta en la ciudad se plantan árboles sombríos entre las columnas, y se encomia la casa que recrea la vista con el panorama del campo. Esa es la Naturaleza; aunque la rechaces, se impone al cabo y triunfa á las calladas de tus injustos desdenes.»

*Vivere naturae si convenienter oportet,
 Ponendaeque domo quaerenda est area primum;
 Novistine locum potiore m. rure beato?
 Est, ubi plus tepeant hiemes? ubi gratior aura
 Leniat et rabiem Canis, et momenta Leonis.
 Quum semel accepit solem furibundus acutum?
 Est, ubi divellat somnos minus invida cura?
 Deterius Libycis olet aut nitet herba lapillis?
 Purior in vicis aqua tendit rumpere plumbum,
 Quam quae per pronum trepidat cum murmure rivum?
 Nempe inter varias nutritur silva columnas,
 Laudaturque domus, longos quae prospicit agros,
 Naturam expellas furca, tamen usque recurret.*

Y este sentimiento de amor entrañable á la tierra cultivada por su inteligente dirección y aun por sus mismos esfuerzos musculares, se va en Horacio acentuando con los años, y cuando observa que su cuerpo rechoncho es blanco del desdén de las mujeres y las pullas de los burlo- nes, que sus cabellos blanquean de prisa y los achaques le roban el vigor de la juventud, pro- longa de intento sus estancias veraniegas, y res- ponde á Mecenas que le acusaba de ingrato por

permanecer tanto tiempo lejos de su compañía :

«Si me exiges que no me separe nunca de tu lado, vuélveme el vigor de los años juveniles y los negros cabellos que coronaban mi frente; vuélveme aquel lenguaje melifluo, aquellas seductoras sonrisas, y las quejas que prorrumpía en el festín por los desdenes de la traviesa Cínara.»

*Quod si me noles usquam discedere, reddes
Forte latus; nigros angusta fronde capillos
Reddes dulce loqui; reddes ridere decorum, et
Inter vina fugam Cynarae moerere protervae.*

(Epis. VII del lib. I.)

II

Las mujeres de Horacio.

Horacio no pudo ó no quiso constituir una familia, y no es que aborreciese, como Eurípides, al sexo débil, pues se le ve quemar en las aras de sus ídolos con tal abundancia el incienso de la adulación, que parece un enajenado por los furros de Venus, más que el juicioso autor que encarnó en las formas seductoras del lenguaje los sanos consejos de la experiencia y la moral; pero fué poco constante en sus inclinaciones y más propenso á saborear los deleites voluptuosos del sentido que á sobrellevar las cargas de una familia, en su tiempo harto pesadas, por las exigencias del lujo que tan desapoderadamente se había introducido hasta en los últimos hogares. No debió retraerse del matrimonio, como Virgilio, por su extremada inocencia y timidez, sino acaso por su disipación y ligereza, mezcladas con el recelo de ser uno de tantos desdichados como paseaban su afrenta por las calles. Su atención entera estaba absorbida por el arte á que debía su fama y engrandecimiento, y por las relaciones sociales que lisonjeaban su vanidad, elevándole al nivel de encumbrados personajes; y estos dos amos tal vez le esclavizaron con lazos tan fuer-

tes, que no le dejasen libertad para forjarse otros nuevos, al calor de una esposa honrada, en una casa bendecida por los frutos de la sucesión. Por otra parte, sus cualidades físicas dejaban harto que desear. Su figura, aunque no repulsiva, tampoco pecaba de arrogante, y sabido es que el ídolo de la mujer ha sido y será siempre un mozo gallardo, por insubstancial y majadero que resulte en su trato y conversación. Hallamos por ende muy verosímil que nuestro satírico se viese desairado con frecuencia en sus pretensiones, si las tuvo formales; pues en los pasatiempos, desvaríos y acaloramientos de que su Musa erótica alardea, recogió, según confesión propia, riquísima cosecha de sinsabores y disgustos, que le inundaron los ojos de lágrimas y le arrancaron gritos de amargo despecho.

Acaño por vanidad de ser amada de un hombre célebre ó por miedo á salir cubierta con el oprobio de sus sátiras, le pusiera alguna los ojos expresivos y tiernos; mas creemos que no tuvo motivos para enorgullecerse de ser el niño mimado de las bellas, como lo fueron Alcibiades y Jacinto, y sí los tuvo á menudo para quejas y recriminaciones que su inconsecuencia daba bien pronto al olvido. Además, él mismo lo confiesa, sus apetitos no tenían nada de escrupulosos, y por una ramera de buen garbo renunciaba generosamente á la más encopetada matrona. Á pesar de estas inclinaciones tan vulgares, en sus odas suenan los nombres de muchas mujeres que le

hicieron sentir las glorias y los tormentos del amor, inspirándole frases de galantería refinada y acentos otras veces tan agudos como el dolor penetrante de sus entrañas. Pirra, Lidia, Glicera, Cloe, Lálage, Tindaris, Mirtale, Barina, Inaquia, Frine, Galatea y Cínara pasan por su mente como imágenes deslumbradoras, y sus hechizos y sus desdenes fueron por él inmortalizados en versos dignos de la boca de Venus, y aunque no todas conmovieron en igual grado aquel corazón tan impresionable, veleidoso y antojadizo, para todas tuvo elogios y súplicas, y para algunas de ellas atroces dicterios cuando le daban con la puerta en los hocicos ó las sorprendía en los brazos de sus aborrecidos competidores.

Creemos que ninguna encendió la sangre inflamable de sus venas como Glicera (oda XIX del libro I), arrogante como la diosa del amor, blanca como los mármoles de Paros, y nacida para seducir á los mancebos con sus graciosos desdenes y encantadores hechizos, haciéndoles olvidar la gloria de las armas romanas, y aun la suya propia, y no pensar más que en flores y verbenas, inciensos y perfumes, que generosos le ofrecían por conseguir los favores que Venus prodiga á los amantes afortunados. No le conmovieron tanto los ardides de Pirra, ocultos como sierpe entre flores, y hasta se duele generosamente del mancebo que la llama suya, porque no ignora que aquella voluble é inconstante mujer ha de substituirle bien pronto, entregándole á las furias

de la desesperación, sin condolerse poco ni mucho de los sufrimientos que le ocasione su infidelidad (oda V del lib. I). Más ingenuo y delicado aparece con Cloe, que, tímida como un ciervo, huye la persecución del amante cual si fuese un tigre dispuesto á devorarla: «*Atqui non ego te tigris ut aspera = Gaetulusve leo frangero persequor*» (oda XXIII del lib. I), y más afectuoso y agasajador en el billete que escribe á Tindaris, rogándole se digne pasar la canícula en su granja de la Sabina, donde la frescura del valle, la abundancia de frutos, los acordes de la lira y las copas de Lesbos le harán gratisima la residencia y la amistad del poeta, que parece la amaba con sentimientos más apacibles que fogosos, prefiriendo en ella á la cortesana la afable compañera de su soledad (oda XVII del libro I). La libertina Mirtale le puso asimismo grillos en los pies, y al parecer no los llevaba con gran desabrimiento, y eso que el geniecillo de la tal debía ser de perlas, si no exagera el vate al comparar su furia á las olas del Adriático, cuando más violentas se estrellan en la bahía (oda XXXIII del lib. I); y algo parecido le sucedió con Lálage (oda V del lib. II), cuya juvenil frescura le llenaba de entusiasmo, mientras ella se divertía como la ternerilla por el prado en jugar retozona con niñas de su edad, no comprendiendo aún los tormentos bien merecidos del mancebo que intenta coger los racimos en agraz, sin aguardar á que el otoño los madurè

y pidan ellos mismos ser arrancados de la cepa que los sostiene, dispuestos á regalar la boca enardecida por el fuego de la pasión. Bellísima y seductora á la vez, para todos los que tenían la dicha ó la desgracia de contemplarla, debía ser la joven Barina (oda VIII del lib. II), cuyos falsos juramentos en materias de amor, siempre disculpables, nunca le atrajeron el castigo de los dioses irritados, antes le sirvieron, por la ligereza y despreocupación con que los prestaba, para bordar en los labios de Venus, Cupido y las Ninfas las más festivas y hechiceras sonrisas. Los viejos avaros y las madres solícitas vivían en continua zozobra por sus hijos detenidos en los umbrales de la casa que encerraba tal prodigio de hermosura, y hasta las matronas recién casadas andaban recelosas de que el ámbar de su aliento no retuviese prisioneros á sus jóvenes maridos, olvidando los deberes que el matrimonio les imponía. ¿Y los hechizos de Lidia? Como Hércules con Deyanira, el infeliz Sibarís olvida por esta sirena los ejercicios ecuestres y cobra aborrecimiento á las armas que dejan señales lívidas en los brazos, que quisiera conservar hermosos y robustos para estrechar en ellos el cuerpo del sér idolatrado. También el vate se deja vencer por sus atractivos, y cuando ve tan rico tesoro en manos extrañas, pierde el color del semblante, el juicio se le trastorna, los malos humores le encrespan, y lágrimas de ira resbalan por sus pálidas mejillas; pero en vez de desatarse

contra la hermosa y fatal causadora de sus sufrimientos, se desata contra el rival que le roba su felicidad, y se revuelve contra sí mismo, por no haberse unido á su amada con esos lazos que sólo pueden romperse en la última hora; mas si aquí aparece delicado y respetuoso con ella, en otra parte (oda XXV del lib. I) respira un encono impropio de amante bien nacido, pues viéndola vieja y enferma, se atreve á cantarle una serenata insolente, recordándole que ya no se abren sus puertas á la turba de donceles apasionados, que ya no escucha sus quejas en la callada noche, que ya su vista es odiosa á los mismos que un día la contemplaron embelesados, y que en adelante ha de vivir sola, triste y abandonada á los recuerdos de sus triunfos y liviandades, porque las frentes juveniles no gustan de coronarse con hojas secas, sino con hiedras y mirtos de lozano verdor. Y lo que más subleva en tan atroz palinodia es que Horacio no andaba muy sobrado de razón al destemplarse contra esta mujer hechicera, si son justificadas las acusaciones que brotan de sus labios (oda IX del lib. II), lamentándose de la inconstancia del poeta, que, preso de las redes de Cloe, se siente fascinado por la dulzura de su voz y su habilidad en tañer la cítara.

También la honesta Licia le obligó á tomar el sereno algunas noches, esperando impaciente á la puerta de su casa que cesara en los rigores que su honradez le aconsejaba: Cínara, más humana y tratable, acogióle con solícita ternura: Galatea

fijó por algún tiempo su corazón, tan movedizo como las arenas del mar: Inaquia le sorbió los sesos y le vió tendido en sus umbrales, ensordeciendo el aire con repetidas quejas, si amantes más dichosos ó más ricos merecían sus favores: Frine, que jamás se satisfizo con un solo querido, tuvo la satisfacción de contarle en el número de los suyos, y la misma victoria alcanzó la pérfida Neera, que le juraba amor y fidelidad inquebrantables, para dejarle chasqueado en presencia de un rival insolente y satisfecho, que á su vez venía á ser blanco de la irrisión de los otros, cuando un tercero ocupaba su lugar en el alma fementida de la cortesana; y Filis, ya en la edad madura, fué su último pensamiento, su última despedida á los devaneos galantes, su última canción de notas suaves y voluptuosas, esparcidas en un ambiente perfumado, y el primer aviso de la reflexión que le ordenaba emplear su numen en más dignos objetos, por parecer ridículo y extemporáneo que las notas del amor vibrasen en los trémulos labios de quien estaba casi pisando los umbrales de la vejez.

III

Odas heroicas.

Increíble parece que el amante que con tal apasionamiento hizo resonar la lira de Lesbos, expresando con sinceridad atrevida sus éxtasis, sus celos y sus vengativos furoros, y sobre todo, que quien tan fácilmente substituía los ídolos de su devoción, y daba con su conducta motivos bastantes á justificar la inconsecuencia ó el rigor con que por el sexo bello fué generalmente tratado, aparezca tan enérgico y varonil cuando su pecho se abrasa en el amor á la patria, que no convida con deleites ni entretiene con festejos y reclama en cambio el sacrificio y la abnegación que convierten al hombre en víctima voluntaria ofrecida en holocausto al bien de los demás.

Augusto, Mecenas, Druso, Agripa, Tiberio y la gloria de la República hallaron en el Venusino el cantor entusiasta de sus hechos esclarecidos; tanto, que la una puede estar satisfecha de haberle alimentado en su seno, y los otros no tienen por qué vanagloriarse de los favores y distinciones que le hicieran, pagados con usura en elogios tan inmortales como las empresas por ellos realizadas.

¡Qué hábil y grandiosamente meditado el plan de la oda que glorifica la fortuna de Augusto, digna de ser celebrada por la voz y la lira de Orfeo, que detenían el rápido curso de los ríos, amansaban la cólera de los vientos y hacían que las selvas se trasladasen de lugar, impacientes por oír aquellas canciones que nunca habían turbado el silencio de sus fragosas soledades! Comienza el elogio por Júpiter, el padre de los dioses y los hombres, el dominador de tierras y mares, el que rige el curso incansable del tiempo, el que se contempla el primero de los Númenes, sin descubrir en torno suyo quien se atreva á disputarle el supremo poderío; sigue con Minerva, la diosa del saber reverenciada por los helenos; Baco, el audaz y temerario en los combates; Diana, la cazadora de las selvas; Apolo, temible por sus certeras flechas; Alcides, el de los trabajos inmortales; Cástor y Pólux, convertidos en benéfica constelación de influjo poderoso á calmar los vientos, aquietar las olas, barrer los nublados del cielo, y conseguir que una esperanza consoladora descienda sobre el atribulado navegante; y de los dioses y los héroes pasa á refrescar la memoria de los ciudadanos con las hazañas de los ínclitos varones que engrandecieron el templo de la Fama. Rómulo, el fundador de la ciudad augusta; Numa Pompilio, con su reinado feliz; Lucio Tarquino, el de las soberbias fascas; Catón, el de carácter férreo é indomable; Régulo, personificación del patrio-

tismo; Escauro, el vencedor de los galos; Paulo Emilio, con tanto brío en el combate y tanta vergüenza en la derrota, que se arrojó en los brazos de la muerte por no contemplar la victoria del aborrecido cartaginés; Fabricio, cuya modestia igualaba á su heroísmo, y detrás los Curios, Camilos y Marcelos hasta llegar al gran Octaviano, astro que brilla como la luna entre las estrellas de la noche, y gobierna por especial protección de Jove en paz y justicia la República, haciendo tascar el freno á los parthos amenazadores, á los indos remotos y á los feroces cántabros, y sentir el peso de sus armas hasta los últimos confines de la tierra postrada humildemente en su presencia soberana.

Ya sea un verdadero vaticinio á fin de amedrentar con el lastimoso ejemplo de Paris y Helena á los jóvenes audaces que, arrebatados por una pasión culpable, se atreven á violar pérfidamente la santidad del hospedaje y el matrimonio, ó como algunos quieren, un anatema contra Antonio, por las consecuencias que su conducta desatentada hubo de acarrear á sus parciales y á los pueblos bajo su mando sometidos, es indiscutible que la oda llamada *La Profecía de Nereo*, por su concisión, sus transiciones rápidas, hijas de febril entusiasmo, y sus imágenes, ya cubiertas de polvo y de sangre, ya revestidas de brillantísimas galas, es de lo más arrebatador y apasionado que produjo el numen del lirismo horaciano.

Se ven en ella fulgurar las espadas con sus resplandores siniestros y sembrar por doquiera el estrago y la mortandad; á Palas ceñido el casco y ajustada la loriga, atropellando las hues-tes con su carro de guerra; se ven los dardos volar por los aires y producir mortales heridas; se ven con su propia fisonomía á Ajax, ágil y suelto en el acometer; al hijo de Laertes, sembrando la desolación; á Néstor y Teucro de Sa-lamina, á Estenelo y Merión, y al pujante Diomedes tras el inicuo raptor que evita temeroso el encuentro; como el ciervo abandona el sabroso pasto y huye al asomar el lobo por la opuesta parte del valle, y á la conclusión se oyen estallar las llamaradas del incendio, que consumen en breve las mansiones y alcázares, como espantosa advertencia de que nunca la fe violada queda sin expiación en el tribunal de la eterna justicia.

Y el patriotismo de Horacio es tan ardiente en las glorias como en las desgracias: lo acredita su amargura (oda II del lib. II) al contemplar los aceros que debían hundirse en los cuerpos de los indos y persas, manchados con la sangre de los ciudadanos, y notar cómo desaparecía en los combates de una política facciosa la juventud llamada á nutrir las filas de las legiones. En presencia de espectáculo tan desgarrador, es tal su abatimiento, que ni aun sabe cómo dirigir sus preces á los Números para que se apiaden de tanta infelicidad y miseria, poniendo término á luchas y proscripciones.

Igual amargura reina (oda XIV del lib. I) en la bellísima alegoría de la nave, que representa á la República con los costados sin remos, el mástil roto y las velas hechas trizas, juguetes de las olas y los vientos, á la que aconseja que vuele á recogerse en el puerto y no ose desafiar el oleaje que amenaza sepultarla en el abismo; esto es, que no vuelvan á empuñar las crispadas manos las armas de las contiendas intestinas, forjadas para destruir á los caballeros parthos y mauritanos, tan célebres por su destreza como por su bárbara ferocidad. Con el mismo sentimiento escribe (oda I del lib. II) á Asinio Polión, quien no satisfecho con los aplausos conquistados en las tablas, el Foro y el Senado, arriésgase á la escabrosa misión de historiar las guerras civiles que surgieron durante el consulado de Metelo, y en sus épicas estrofas se sienten los relinchos de los caballos, los gritos de los caballeros y los estridentes toques del clarín y la trompeta llenando de mortal palidez los rostros curtidos de los combatientes :

«Ya resuena en los oídos el aviso amenazador de los cuernos y agudos clarines, ya el fulgor de las armas amedrenta á los caballos en fuga y cubre de palidez los rostros de los caballeros, ya creo oír las voces de los insignes capitanes manchados con el polvo del campo de batalla, y aparecen sometidas todas las regiones del orbe menos el ánimo indomable de Catón.»

*Jam nunc minaci murmure cornuum
Perstringis aures; jam litui strepunt;
Jam fulgor armorum fugaces
Terret equos, equitumque vultus.
Audire magnos jam videor duces
Non indecoro pulvere sordidos.*

Pero de pronto vuelve á abatirse desconsolado, porque aquellos héroes que habían de aplastar á los enemigos se disponen á destrozarse mutuamente y á cubrir la tierra de sepulturas, dando lugar al regocijo de los medos y africanos el espectáculo que les ofrecían sus eternos y aborrecidos dominadores.

En la oda á Tulo Antonio (II del lib. IV), que es un panegírico de las excelencias y el gobierno paternal de Augusto, admira la flexibilidad pasmosa de su genio para descender por inesperadas y fáciles transiciones del tono más robusto y vehemente al más suave y delicado, y conseguir que el contraste de los objetos surta efectos tan sorprendentes como las imágenes hermosísimas y atrevidas que los encarnan. Habla de la poesía pindárica, la única digna de conmemorar las hazañas de Octavio, y parece que la inundación desata su estruendo hervoroso, estrellándose en las combatidas riberas: habla de sí mismo, y creyérase oír el zumbido de la solícita abeja que coge la flor del tomillo en los húmedos arroyos afluentes del Tíber; pero al instante, desmintiendo con el arrojo la timidez, se eleva y extiende sus alas emulando al águila de Joye, la

audaz mensajera de Augusto, á quien Roma debe la reformación de sus costumbres y la gloria inmarcesible de que corona su cabeza. Grandes fueron en verdad las mercedes que hizo al poeta el emperador, mas no menores las deudas de gratitud que el emperador á su vez contrajo con el poeta; pues cuando no resuena su nombre en los cantos horacianos, óyense los de Marcelo y César, los de sus parientes aleccionados en la escuela de sus triunfos, y los de sus favoritos Agripa y Mecenas, y sobre todos el de Roma, la eterna, la gloriosa, la invencible, la que sujeta con las garras de sus águilas al núbida y al cántabro, al medo y al sicambro, y contempla alborozada y satisfecha cómo extienden sus alas desde las regiones nebulosas de la Bretaña á los arenales de la Libia, desde las regiones fertilizadas por el Ebro hasta las que bañan las fuentes entonces desconocidas del Nilo con sus periódicas inundaciones, ó las que el Tigris y el Éufrates fecundizan con sus corrientes templadas por los soles orientales.

IV

Odas morales.

Si Horacio rivaliza con Píndaro en la oda heroica, en la moral, donde á los raptos delirantes del entusiasmo substituye la reflexión aleccionada por la experiencia y el examen de la naturaleza humana, tan osada y quimérica en sus esperanzas, como impotente para hacer efectivos los anhelos que sin descanso persigue en esta oda, fruto de la meditación y el talento, en que el filósofo y el poeta se confunden de tal modo que apenas se acierta á distinguir cuándo habla el maestro de las costumbres ó el discípulo predilecto de las Musas, no reconoce rival en las literaturas antiguas ni modernas, y sus innumerables imitadores desde el Renacimiento á nuestros días se quedan tan por debajo de su mérito y su fama.

Quantum lenta solent inter viburna cupresi.

(VIRG., *Églog. I.*)

Nadie como él ha comprendido esa heterogénea diversidad de las inclinaciones humanas de donde surge la armonía del conjunto social; nadie tampoco se ha revuelto tan indignado

contra la audacia del linaje de Jafeto, á quien ni detiene la barrera de los mares ni amedrentan las alturas del cielo, antes le incitan á recorrerlas con las alas de Ícaro, y á robar por la mano de Prometeo la antorcha que iluminó el nacimiento de las artes fabriles, atrayéndose en castigo el resentimiento de Júpiter, que inundó el planeta de crímenes, enfermedades y dolores. Nadie como él ha lanzado contra la codicia y el egoísmo dardos tan agudos y penetrantes, ni ha enseñado con la palabra y el ejemplo que la áurea medianía contribuye á nuestra dicha más que los tesoros de los árabes y las riquezas de los persas; nadie como él ha derramado bálsamo de consuelo sobre las heridas de sus amigos, para librarlos del propio ensimismamiento; nadie les ha infundido con tanto calor la resignación que acalla las inútiles quejas, ni ha sentido tan melancólicamente la brevedad de esta frágil y efímera existencia, aconsejándonos de paso no abrigar largas esperanzas, ya que es corto, y además inseguro, el plazo que los dioses nos conceden para convertirlas en hermosa realidad.

Vitae summa brevis spes nos vetat inchoare longam.

(Oda X del lib. I.)

Se marcha Virgilio á Atenas, y la despedida se convierte en tremenda imprecación contra la audacia de los navegantes, que en débil leño se confían á los peligros de las olas, sin intimidar-

les la lucha del águila con el ábrego, la rabia del noto que subleva las olas del Adriático, ni los monstruos marinos ó los funestos escollos de Acrocerania; peligros que su arrojo se complace en arrostrar, y aun atreverse á mayores, robando el fuego sagrado de la mansión divina, cerniéndose en los aires con las alas de Dédalo, y traspasando con Hércules el Aqueronte, como traspasaría el mismo cielo, por gala de su ambición contrapuesta á su flaco y deleznable poder. ¡Qué hondas reflexiones le sugiere (oda III del lib. III) la fortaleza del varón justo y tenaz, á quien no consiguen extraviar por caminos tortuosos, ni las exigencias de los ruines ciudadanos, ni las amenazas de los poderosos, ni las tempestades que abortan la cólera del rayo, ni aun las ruinas del orbe estallando encima de su cabeza; porque estos fatales accidentes son incapaces de aniquilar su conciencia, como son incapaces los designios humanos para levantar lo que los dioses han destruído con sus soberanos decretos; ¡y cuán desinteresada aparece su aversión al oro, que corrompe los ejércitos, abre las puertas de las ciudades enemigas y rinde los pechos que jamás se rindieron á los botes de la lanza, como si el hombre de todas las edades hubiese tenido en más estima el rico metal que la vida indispensable al goce de los placeres y deleites que proporciona!

Sus quejas sobre lo efímero y transitorio de las dichas humanas suenan muy tristes y melan-

cólicas; mas no se desespera ni reconviene airado á los dioses, porque su conformidad es mayor que su amargura; acepta la vida con sus sombras y tristezas, y se dispone á gozarla, como avaro que se lucra con su capital.

«Huye el inquirir, dice á Taliarco (oda IX del libro I), lo que pueda ser del mañana, y cuenta como ganancia segura el día que los dioses te conceden, y ya que estás en la flor de la juventud, entrégate á las danzas y los amores, acude á las citas de tu fiel amiga, y regocíjate con esos placeres de que un día te apartarán para siempre los achaques de la vejez»; y á Sexto le aconseja así: «Goza las dulzuras de la existencia, respirando las tibias brisas de la primavera, y coronándote con guirnaldas de mirto: regálate con la frescura de las opacas selvas y las ardientes miradas de Lícidas, que encienden la sangre de los jóvenes con febriles ardores: detén el placer cuando pase por tu puerta, no sea que cuando corras tras él se haga el perdidizo, y rehuse tu solicitud; y pues las canas no blanquean aún tu cabeza, recreáte con las danzas, los festines, los amores y los deleites, que los dioses permiten á la juvenil edad.» Y dirigiéndose á Póstumo (oda XIV del lib. II), le advierte «cuán fugaces se deslizan los años, sin que nuestras súplicas logren detener un instante las arrugas de la vejez ni los pasos de la silenciosa muerte; al mismo tiempo que un ambicioso heredero entra en posesión de las riquezas acumuladas por nuestro esfuerzo,

y las derrocha en festines y orgías, burlándose sin piedad de nuestra memoria». No se vaya á creer por esto que el cisne de Ofanto (oda XVIII del lib. I) es un cantor libertino que diviniza el placer como el ídolo de su religión epicúrea; lo permite, lo aconseja y hasta lo persuade, como un alivio á las miserias de la flaca naturaleza sólo dentro de la moderación, que tan bien sienta á la criatura racional.

Así, cuando invita á Varo á que plante la cepa antes que ningún otro árbol, cuando le declara que los dioses son poco propicios á los abstemios, y ensalza el valor que Baco infunde en el corazón de sus adeptos, tiene buen cuidado de advertirle que no se traspasan impunemente los límites de la sobriedad, y que la embriaguez ocasiona las reyertas intempestivas, rompe los candados de la lengua, y deja transparentar, con la lucidez del vidrio, los secretos que deben permanecer ignorados en los últimos rincones del alma.

La oda á Crispo Salustio (II del lib. II), pre-yiniéndole contra las seducciones de la avaricia, es verdaderamente maravillosa por la perfección de la forma y la sabiduría del fondo; y no le va en zaga la (III del lib. II) dedicada á Lelio, sobre la templanza y la necesidad de no abatirse cobardemente en las tribulaciones, ni regocijarse con exceso por los favores inestables de la fortuna; aconsejándole, puesto que no es inmortal, y un joven heredero ha de ser pronto dueño de sus

haciendas, villas y caudales, que procure regalarse con las copas de Falerno, los unguentos olorosos, las guirnaldas de flores, los murmullos del arroyo fugitivo y las sombras de los árboles, con los demás placeres que hacen tan halagüeño el vivir como odioso el ministerio de las Parcas. Y exhortando á Valgio (oda IX del lib. II) á moderar su acerbo dolor por la muerte de una persona querida, le pone delante los ejemplos de la Naturaleza en la variedad de sus fenómenos; pues lo mismo derrite las nieves y calma las tempestades, que disipa los nublados y enfrena los aquilones que silban en el bosque; y no le invita á ahogar sus penas desgarradoras en las copas del Cécubo espumoso, sino á cantar los triunfos de Augusto y sus conquistas en el Asia Menor, que llenaban de legítimo orgullo á los amantes del régimen imperial. Aun rebosa inspiración más soberana la dedicada á Grosfo (oda XVI del lib. III), sobre la tranquilidad interior, que huye los sangrientos campos de batalla, abandona á los que se sienten devorados por la ambición insaciable de poder, títulos y honores, y rehusa cobijarse al abrigo de los techos artesonados, prefiriendo guarecerse en la humilde choza, ó sentarse á la mesa frugal del ciudadano, que sazona su alimentación con la sal contenida en el salero que heredó de sus padres. Es ésta una de esas odas rebeldes á la traducción, y sólo en el original puede apreciarse la sublimidad de sus pensamientos y la riquísima galanura

de los versos. En la oda á Licinio (X del lib. II) enaltece la áurea medianía, tan distante de la miseria como del fausto insolente del acaudalado; y qué imágenes tan deslumbradoras y magníficas brotan de su fantasía, qué reflexiones tan sabias para que no se deje abatir por los golpes de la contrariedad, ni excesivamente confiado navegue á toda vela cuando el viento le sople favorable, porque si puede cesar la persecución de la desgracia, es más fácil todavía que la fortuna se canse de dispensarle sus favores. Esta diosa tan reverenciada de la antigüedad, y á cuyo patrocinio se acogían el tosco labriego y el inquieto navegante, lo mismo que el prócer y el tirano vestido de púrpura, no arranca una sola súplica al poeta, tan contento con la suya, y si solicita sus mercedes, no es en provecho propio, sino en el del príncipe que se apresta á sojuzgar á los remotos brítanos, y del caudillo que emprende la conquista de Arabia dispuesto á probar las espadas romanas en los cuellos de los enemigos y borrar con sus triunfos el ominoso recuerdo de las discordias civiles que contaminaron las aras de los dioses con pecados repugnantes y sacrílegos.

Por último, el tema de la avaricia, tan antipático á su natural sobrio y modesto, lo desenvuelve con inspiración rica y profunda en múltiples lugares, y en ella descubre su talento observador los gérmenes que minaban la salud del Imperio, y más aún (oda VI del lib. II) en el fatal escepti-

cismo que señoreaba los espíritus, y la corrupción escandalosa de las antiguas familias, santificadas por la honestidad, respetadas por el esfuerzo de sus hijos y capaces de las más temerarias empresas; mientras en su tiempo el adulterio, con la frente levantada, mixtificaba los linajes, el hogar doméstico semejava un antro de mancebía, y la mujer constituía una renta para el esposo holgazán y degradado que toleraba sus excesos; y corrompida la familia, corrompida también la nación; siendo castigada por ello con el azote de las sediciones civiles y las victorias de los pueblos bárbaros, orgullosos de mostrar en sus templos como trofeos las enseñas romanas ganadas en el campo del valor.

V

Los epodos.

La parte de la oda constituida por el canto del coro que seguía á la estrofa y antistrofa, vino á significar posteriormente una metrificaci3n especial de versos cortos, alternando con otros de más número de pies, en la que escribió Horacio sus poesías ligeras, fruto, en el común sentir, de sus mocedades, bien que publicadas en los últimos años, y, según otros, algo después de su muerte.

La nota especial que los distingue es el tono festivo, burlón y hasta procaz. Si se exceptúa el primero, dedicado á Mecenas con motivo de su ausencia forzosa por seguir al César á la campaña que terminó en la rota memorable de Accio, en todos los demás da rienda á su humor cáustico y maligno, disparando agudas flechas contra los que irritaban su bilis ó le hacían fruncir con disgusto el entrecejo.

Hasta al consagrar sus elogios al campo en su *Beatus ille*, cien veces imitado y traducido en las modernas literaturas, no deja de reconocer que sus placeres sencillos sólo están reservados á los hombres ingenuos y honrados, á quienes no devora la sed congojosa del lucro, y aprovecha

la ocasión para tirar un mordisco al usurero Alfio, más atento á su negocio que dispuesto á solazarse con el espectáculo de las faenas agrícolas. En los demás, ó se revuelve con indignación algo cómica contra el ajo, menos picante que sus conceptos epigramáticos, y lo relega á servir de aperitivo á los brutales segadores, ó se encara con el liberto Menas, que, amoratadas sus espaldas por los cardenales y sus piernas por los grillos de la servidumbre, osaba sentarse en el teatro entre el orden ecuestre, é insultaba á la plebe con su fausto propio de príncipe; ó se desata contra los encantamientos y venenos de la hechicera Canidia, ó fustiga la audacia de Casio Severo, insolente con los débiles, cuanto servil y comedido con los que podían devolverle sus caricias nada afectuosas, ó se burla de la vieja deshonesto y poco resignada á despedirse de los favores de Venus, que solicita del vate los halagos que éste con mejor acuerdo reserva á las mejillas frescas y los ojos vivaces de las jóvenes, ó convierte en blanco de sus invectivas á un tal Mevio, á quien piadosamente desea que se lo traguen las olas del mar, para quitarse de la vista un hombrezuelo tan odioso y repulsivo, ó elevando el tono y burlas aparte, en presencia del general desorden que ponía en las manos de sus compatriotas las armas forjadas contra los enemigos, rompe los diques de su indignación al considerar que sólo servían para enrojecer los campos latinos y los mares de Italia, como si

hubiese caído sobre ellos la maldición divina, por su irreligiosidad y desenfreno, que triunfaban en toda la línea á costa de ríos de sangre y la pérdida de la libertad, que los redujo á la vil condición de los esclavos de los monarcas asiáticos.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
HORACIO EN ESPAÑA	5

LIBRO PRIMERO DE LAS ODAS

I.....	Á Mecenas.....	39
II.....	Á César Augusto.....	40
III.....	Á la nave que conducía á Virgilio..	42
IV.....	Á Sextio.....	44
V.....	Á Pirra.....	45
VI.....	Á Agripa.....	45
VII.....	Á Munacio Planco.....	46
VIII.....	Á Lidia.....	48
IX.....	Á Taliarco.....	48
X.....	Á Mercurio.....	49
XI.....	Á Leuconoe.....	50
XII.....	Á Augusto.....	51
XIII.....	Á Lidia.....	53
XIV.....	Á la República.....	53
XV.....	Nereo profetiza la ruina de Troya...	54
XVI.....	Á su amiga.—Palinodia.....	56
XVII.....	Á Tindaris.....	57
XVIII.....	Á Varo.....	58
XIX.....	Á Glicera.....	59
XX.....	Á Mecenas.....	59
XXI.....	Á Diana y Apolo.....	60
XXII.....	Á Aristio Fusco.....	61
XXIII.....	Á Cloe.....	62
XXIV.....	Á Virgilio.....	62
XXV.....	Á Lidia.....	63
XXVI.....	Á su Musa.....	64

	<u>Páginas.</u>
XXVII.... Á sus comensales.....	64
XXVIII... Arquitas y el Marinero.....	65
XXIX.... Á Iccio.....	67
XXX.... Á Venus.....	68
XXXI.... Á Apolo.....	68
XXXII.... Á su lira.....	69
XXXIII... Á Albio Tibulo.....	69
XXXIV... Palinodia.....	70
XXXV... Á la fortuna de Antio.....	71
XXXVI... Sobre la vuelta de Numidio.....	72
XXXVII.. Á sus amigos.....	73
XXXVIII. A su siervo.....	84

LIBRO SEGUNDO

I..... Á Asinio Polión.....	75
II..... Á Cayo Salustio.....	76
III..... Á Quinto Delio.....	77
IV..... Á Jantia.....	78
V..... Á un amigo.....	79
VI..... Á Tito Septimio.....	80
VII..... Á Pompeyo Varo.....	81
VIII..... Á Barina.....	82
IX..... Á Valgio.....	83
X..... Á Licinio.....	84
XI..... Á Quinto Hirpino.....	85
XII..... Á Mecenas.....	86
XIII..... Contra un árbol.....	87
XIV..... Á Póstumo.....	89
XV..... Contra el lujo de su siglo.....	90
XVI..... Á Grosfo.....	91
XVII..... A Mecenas enfermo.....	92
XVIII.... Contra un avaro.....	94
XIX..... Á Baco.....	95
XX..... Á Mecenas.....	96

LIBRO TERCERO

I..... Sobre la tranquilidad del ánimo.....	99
II..... Á sus amigos.....	101

	<u>Páginas.</u>
III.....	El varón constante..... 102
IV.....	Á Caliope..... 105
V.....	Elogio de Augusto..... 107
VI.....	Á los romanos..... 109
VII.....	Á Asterie..... 111
VIII.....	Á Mecenas..... 112
IX.....	Diálogo entre Horacio y Lidia..... 113
X.....	Á Licia..... 115
XI.....	Á Mercurio..... 115
XII.....	Á Neóbule..... 117
XIII.....	Á la fuente Blandusia..... 118
XIV.....	Sobre la vuelta de Augusto vencedor..... 119
XV.....	Á Cloris..... 120
XVI.....	Á Mecenas..... 120
XVII.....	Á Elio Lamia..... 122
XVIII.....	Á Fauno..... 123
XIX.....	Á Telefo..... 123
XX.....	Á Pirro..... 124
XXI.....	Á su ánfora..... 125
XXII.....	Á Diana..... 126
XXIII.....	Á Fidile..... 126
XXIV.....	Contra los avaros..... 127
XXV.....	Á Baco..... 129
XXVI.....	Á Venus..... 130
XXVII.....	Á Galatea..... 131
XXVIII.....	Á Lide..... 133
XXIX.....	Á Mecenas..... 134
XXX.....	Se promete una gloria inmortal..... 136

LIBRO CUARTO

I.....	Á Venus..... 137
II.....	Á Julio Antonio..... 138
III.....	Á Melpómene..... 140
IV.....	Celebra la victoria de Druso Nerón..... 141
V.....	Á Augusto..... 144
VI.....	Himno á Apolo y Diana..... 145
VII.....	Á Manlio Torcuato..... 147
VIII.....	Á Marcio Censorino..... 148
IX.....	Á Lolio..... 149

	<u>Páginas.</u>
X.....	Á Ligurino..... 151
XI.....	Á Filis..... 152
XII.....	Á Virgilio..... 153
XIII.....	Á Lice..... 154
XIV.....	Á Augusto..... 155
XV.....	Elogio de Augusto..... 157

LOS EPODOS

I.....	Á Mecenas..... 159
II.....	Alabanza de la vida campestre..... 160
III.....	Contra el ajo..... 162
IV.....	Contra Menas, liberto del gran Pompeyo..... 163
V.....	Contra la hechicera Canidia..... 164
VI.....	Contra Casio Severo..... 167
VII.....	Á los romanos..... 168
VIII.....	Contra una vieja impúdica..... 169
IX.....	Á Mecenas..... 169
X.....	Contra Mevio..... 171
XI.....	Á Peto..... 172
XII.....	Contra una vieja deshonesto..... 173
XIII.....	Á un amigo..... 174
XIV.....	Á Mecenas..... 175
XV.....	Á Nerea..... 176
XVI.....	Á los romanos..... 177
XVII.....	Roracio y Canidia..... 179
	Canto secular..... 183
	Notas á las odas..... 189
	Notas á los epodos..... 279
	DE LOS SATÍRICOS LATINOS..... 299

